

DIARIO DE UN
SANADOR



RICARDO PERRET


DIARIO DE UN SANADOR

© Ricardo Perret 2020
Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-607-00-6879-9

Corrección: Luis Eduardo Yepes - leyepes@gmail.com

PERMITIDA la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico, incluso en fotocopiado o sistema para recuperar información, incluso sin permiso del autor, siempre y cuando la reproducción no se haga con ánimo de lucro ni con fines comerciales.

 rperret@centrodetransformacion.org

 Ricardo Perret

 @ricardo_perret

www.ricardoperret.com

Capítulo 1

Hola, soy Yao, fui sanado y hoy soy sanador. La capacidad de sanar a otros es un don que Dios nos dio a todos, incluyéndote a ti, y me cuento entre los afortunados que decidimos aceptarlo y servir a través de este medio. Te voy a contar mi historia que es, como la de cada ser humano, ¡única y extraordinaria! Me permitiré hablar directo y desde el corazón, porque siendo Dios el artesano de mi vida, me enorgullece hablar de ella. Si te abres a aceptar la magia que ha habido en mi vida, te abrirás a aceptar también la magia en tu vida. Yo no soy más especial que tú, pero sí soy tan especial como tú lo eres.

En este año, 2020, cumplí 52 años y algunos me consideran “abuelo” porque he cumplido cuatro veces trece años. Es por esto que en la comunidad de Santa María Xoxocotlán, al sur de Oaxaca capital, me llaman XtaoYao, que en zapoteca significa Abuelo Yao. Me considero muy joven, saludable y fuerte, y esta fortaleza la utilizo para aceptar desde el amor la responsabilidad de ser el protector de la sabiduría espiritual de mi comunidad, hasta que llegue el momento de ceder el bastón de la responsabilidad a las nuevas generaciones.

A lo largo de los años he aprendido que la verdadera fuerza del ser humano tiene su origen en las capacidades que el Gran Espíritu nos otorgó desde el momento en que fuimos concebidos, y que lo divertido de la vida está en ir las descubriendo, poniéndolas en práctica y sirviendo a los demás con ellas. Por eso mi trabajo, desde la adolescencia en que descubrí algunos secretos de la vida que en este libro te contaré, se enfoca en ayudarlo a los demás a descubrir sus propios dones, sus propias fuerzas, a Dios dentro de ellos y ellas. Más que un sanador me gusta ser el guía que ayuda a los demás a sanarse a sí mismos con sus propias capacidades. Hay un chamán dentro de cada ser humano, sólo tiene que despertar un poco. El ser humano despierta cuando se cuelga de Dios y lo escucha en el silencio, en la soledad, no cuando se cuelga de otras personas, de actividades materiales o de adicciones terrenales.

Mi existencia terrenal comenzó el 6 de enero de 1968 en el vientre de una mujer de apenas 16 años. Aquel momento de la concepción, lleno de una magia

indescriptible, estuvo acompañado a la vez por un dolor fuera de lo común. Creo que la existencia de un ser humano comienza el día en que el espermatozoide del padre se encuentra con el óvulo de la madre, logra ingresar y comienza la mágica multiplicación celular por obra divina. Algunos dicen que el espermatozoide que fecunda al óvulo es el más rápido o el más perseverante, pero eso parece más bien el lenguaje del ego. Yo más bien coincidí con lo que una mujer de poder me enseñó un día: que el espermatozoide que fecunda es el elegido por los millones de espermias restantes que desde atrás lo impulsan a llegar. Así que somos el resultado del trabajo colectivo de unos 200 millones de espermatozoides y no el producto de la competencia ambiciosa entre ellos.

Por considerar que mi vida realmente comenzó en ese mágico momento de concepción, te la contaré desde ese día, no desde mi nacimiento. Hoy sé que honrar y estar en paz con nuestra vida desde la fecundación y la gestación es clave para vivir en plenitud y con una sonrisa permanente en el rostro.

Mi madre, llamada Verónica, trabajaba en la Panadería Vélez, propiedad de Don Manuel Vélez, el panadero más famoso de la ciudad por aquellos tiempos. La panadería, ubicada en la esquina de la Calle García Vigil y Morelos, era reconocida como la mejor fábrica de roscas de la ciudad, además de vender pan de yema, regañadas, duques, brocas, banderillas, trenzas y volcanes. Cierta día, como era Noche de Reyes había muchísimo movimiento y en catorce horas se vendía lo que usualmente se vendía en todo un mes. Don Manuel, decidido a cerrar hasta que el último cliente hubiera comprado su rosca, dejó encargada a mi madre, para él irse a cenar con su familia. Mi madre, apenas una jovencita, había trabajado con Don Manuel desde los siete años de edad, obligada por su propia abuela, y ya era digna de confianza del gran panadero. Ella lo consideraba más que un jefe, un tío cercano, y en ocasiones hasta llenaba el vacío de figura paterna que ella nunca tuvo, aun cuando él fuera un tanto duro con ella y con todos los empleados.

Cerca de las once de la noche, aquella jovencita que habría de ser mi madre despidió al último cliente y se echó una chamarra encima en la que guardó cuidadosamente una bolsita en la que llevaba el dinero de las ventas de aquel largo día. Don Manuel le había pedido que se llevara el dinero para la casa de ella, en lugar de dejarlo en la caja registradora de la tienda, pues él sabía que si dejaba ese dinero en el negocio era muy posible que cayera en la tentación de beber tepache y no parar hasta caerse de ebrio. El tepache, hecho de pulque con canela, espuma de maíz, cacao y achiote, le ayudaba a reconectarse con su linaje. Incluso decía que después de varias tazas de tepache hasta sentía amor

por sus padres, quienes de niño acostumbraban a darle de cuerazos sin razón o explicación alguna. El tepache lo hacía llorar y al hacerlo soltaba muchas emociones contenidas que no podían salir de otra manera. Aunque a él le gustaba aparentar públicamente que era fuerte y nada lo quebraba, en privado, tomando tepache, le salía su humanidad.

Mi madre volteó el letrero que indicaba *ABIERTO*, salió a la calle y le echó llave a la puerta de marco de madera y ventanal de cristal que permitía admirar las deliciosas creaciones de la panadería. Entonces se encaminó hacia su casa por la misma ruta que recorría todos los días tras salir de su trabajo. Caminó un par de cuadras y atravesó el Zócalo por el Paseo de las Flores, y pudo ver que los vendedores de alebrijes, chapulines, piezas de barro negro y ropajes artesanales ya habían desmontado sus puestos para irse a descansar o a celebrar. Un par de farolas apenas alcanzaban a iluminar una franja del quiosco frente a la Catedral.

Unas cuadras después, desde un callejón oscuro, una mano fuerte la jaló hacia la oscuridad y de un golpe en la quijada la dejó inconsciente. Ella reaccionó media hora después, adolorida y helada, semidesnuda, tendida detrás de unos basureros en el callejón. Su chamarra no estaba y del dinero no había rastro. Pero lo aterrador para ella fue descubrir que sus calzones habían sido rasgados, y que el dolor y la sangre que manaba de su matriz daban testimonio de que había sido violada. Esa noche, en el cuerpo de una adolescente aterrada, adolorida, y a quien le había sido arrebatada su castidad, mi vida comenzaba.

Un peatón que deambulaba por allí, algo embriagado, se compadeció de ella, le ayudó a levantarse, la cubrió con un suéter y la guio al puesto de policía más cercano. Ella, que necesitaba más de un médico que de un policía, atolondrada, apenas pudo describirle al oficial la apariencia física del hombre que la había violado: “Hombre de mucha fuerza, joven, alto”. La denuncia, como miles de otras, al cabo de unos días habría de perderse en el laberinto burocrático creado precisamente para desaparecer casos no resueltos y no cuantificarlos en las estadísticas.

Mi madre llegó trastabillando a su casa y tras comprobar que su abuela, enferma crónica, estaba profundamente dormida, se encerró en su cuarto, su único refugio en ese trágico momento. Al filo de la tarde del día siguiente Don Manuel, todo desaliñado y con un tufo que sofocaba a cualquiera, tocó a su puerta solicitando el dinero. Mi madre, temblando y llorando le abrió la puerta. Se sentía agobiada no solo por lo ocurrido sino por la necesidad de contárselo todo a él, famoso por su rudeza con los empleados que perdían dinero de la tienda. Pero el estado de ella era tal que cayó frente a él desvanecida. Unas horas después, al

despertar, descubrió con sorpresa que había sido hospitalizada. A la larga estuvo internada allí por dos días mientras le curaron las heridas, le terminaron por sacar dos muelas flojas debido al puñetazo recibido y le pusieron un collarín para ajustarle las vértebras cervicales.

Mi madre ya no se atrevió a ver a los ojos a Don Manuel. Cargó por varios meses una gran culpa por haber permitido que le robaran el dinero y no quiso volver al trabajo. Él nunca la buscó, ni para ayudarla, ni para invitarla de regreso al trabajo, ni siquiera para regañarla. Una de las empleadas dijo que un día Don Manuel, alcoholizado, había dicho que “la niña Verónica ya era impura y que no era digna de trabajar en su panadería”.

Ella se dedicó a cuidar día y noche a su abuela, quien había sido como su madre, ya que había sufrido varias embolias recientemente y apenas lograba decir algunas palabras. Había perdido la movilidad de un brazo y una pierna, mucho de lo que comía lo devolvía y como no controlaba sus esfínteres había que limpiarla con gran frecuencia. Atendiéndola lograba olvidar un poco su propio dolor. Mi madre solía encerrarse en el baño con el pretexto de descansar, pero en realidad lo que hacía ella llorar y golpearse el vientre. Aunque no lo habían confirmado aún, sabía que algo no deseado ni esperado crecía dentro de ella.

Cuando el doctor que visitaba esporádicamente a la abuela notó pálida a mi madre, le preguntó si le había venido la regla recientemente. Mi madre agachó su cabeza y segundos después respondió que no le venía desde hacía dos meses. En ese momento quedó confirmado que mi madre estaba embarazada de mí.

Poco después, tras varios días de agonía, la abuela de mi madre murió. Con sus escasos medios disponibles, mi madre se aseguró de que fuera sepultada dignamente. Con el paso de los días, a medida que dejaba atrás ese capítulo triste de la sufrida relación con su abuela, mi madre empezó a ocuparse del drama que se agitaba en su propio vientre. En su desesperación concluyó que lo mejor sería inducir el aborto y lo consultó con mujeres expertas en técnicas y brebajes para tal propósito. En el mercado del 20 de Noviembre compró las plantas más poderosas que allí vendían, reconocidas como “casi infalibles”, y la vendedora, una mujer hermosa y muy amable, le explicó detalladamente cómo preparar una infusión con ellas.

Cierto día, ya con cuatro meses de embarazo, mi madre se fue al río que pasaba cerca del panteón y ahí se tomó el brebaje, del que había preparado una porción doble. Estaba decidida a no fallar en su intento de aborto, así esa doble dosis le costase la vida a ella misma. Apuró hasta la última gota y la pócima le produjo vómitos hasta vaciar su estómago. Sangró por la nariz, ano y vagina,

y sudó y tembló como poseída. En su desesperación tomó una rama seca de los alrededores y se la introdujo por la vagina, como tratando de expulsar a la criatura. Pero ni aun así yo me salí de ahí ni cedí. Al contrario, me aferré más.

Berreando como niña, sintiéndose totalmente abandonada y despreciada, ensangrentada, intoxicada, se abrazó de un árbol enorme y se dejó caer en su sombra. Ahí, entre alucinaciones, maldijo a su propia madre por haberse muerto justo cuando la había parido; maldijo a su padre por haber golpeado tantas veces a su madre, pues él siempre creyó que el embrión que crecía dentro de ella no era de él sino de su “mejor” amigo. Maldijo al hombre que la había violado, maldijo a su abuela por haberla despreciado toda su vida y haberla puesto a trabajar desde niña, y maldijo a Don Manuel por no haberle ayudado y por tantos regaños que le había dado. Se maldijo a sí misma por no haberse quitado la vida mucho antes y finalmente maldijo a Dios con todas sus fuerzas, tantas que hasta el árbol se estremeció. Y habiéndose descargado del dolor que la inundaba y también debido a la pérdida de sangre, cayó desmayada y entró en un profundo sueño.

Aunque su cuerpo permanecía inerte, inconsciente, tendido en un campo semi seco, frío, con basura por doquier, a las orillas de un río que casi se había extinguido, ella sentía un agradable calor, acompañado de un sentimiento que nunca antes había experimentado. Percibía un paisaje abundante de vegetación, una cascada a lo lejos y un río majestuoso de agua clara. El sol brillaba en un extremo y la luna, casi llena, de un tono rojizo, nacía en el otro extremo. Dejó de sentir dolor, dejó de sentir vergüenza y el miedo desapareció. Una suave brisa levantó del suelo algunas hojas que tomaron la forma de un ser enorme. Mi madre no alcanzaba a distinguir quien era o ni cuáles eran sus intenciones, pero lucía un enorme penacho de plumas coloridas. Este ser se acercó a ella –que yacía recargada en un gran árbol lleno de pajaritos que en este encontraban refugio– y le entregó una pluma de su penacho. Era la pluma de ave más grande y bella que ella jamás había visto. Cuando ella la tomó con su mano, la brisa cesó y las hojas que dibujaban tal figura misteriosa regresaron al suelo lentamente.

Sostener esa pluma la hizo sonreír, y al hacerlo sintió que algo inmenso y hermoso la llenaba por dentro. Era como un calor delicioso, y más que calor era un fuego tan mágico como todo lo que estaba viendo. Entonces se puso de pie, se colocó la pluma de ave entre sus trenzas y caminó decidida al río majestuoso. Introdujo un pie y lo sintió cálido, así que decidió entrar al agua, aunque no sumergió su cabeza para evitar que la pluma se mojara.

En ese momento ella decidió renacer. Tomó con sus manos agua y la llevó suavemente a su rostro. Después, recordando que no era un solo cuerpo el que

entraba al agua, sino dos, acarició por unos minutos su vientre, lo que hizo que el calor que sentía por dentro fuera aún más placentero. Con sus manos colocadas por debajo de su ombligo, comenzó a sentir un corazón que palpitaba, primero suave, luego intensamente. Lo escuchó con atención, era el sonido más bello que había escuchado en su vida. Cerró sus ojos y lo visualizó sin prisa alguna. Por primera vez estaba experimentando alegría en su vida y decidió prologar esa vivencia. Entonces llevó una de sus manos a su pecho y pudo identificar su propio corazón, el cual irradiaba luz en todas direcciones.

Pronto notó, embelesada, que su corazón y el del ser que crecía en su vientre producían una música que se sincronizaba con su respiración, con el canto de los pájaros, el fluir del río, la cascada a lo lejos y el viento que la acariciaba. Después de disfrutar aquel paisaje majestuoso y de sentirse parte de la inmensidad, por fin entendió que era bendecida. Cerró sus ojos amorosamente y agradeció a Dios por su vida y por la oportunidad que le daba para renacer. No sabía en dónde estaba y porqué estaba ahí, pero no le importaba, estaba decidida a sentir por primera vez la plenitud de su existencia y a honrarla.

Se visualizó dando a luz a un bebé varón, y luego abrazándolo, y se sintió orgullosa como madre. No se veía a sí misma como una simple adolescente, menos como una mujer que había sido sometida a un cruel abuso, sino como una mujer fuerte, erguida, con la frente en alto, orgullosa de la pluma de penacho en su cabellera. ¡Se sentía como una guerrera y una guerrera sería el resto de su vida!

Luego se reincorporó, estremeciéndose, y se reconoció nuevamente junto al árbol en el que había liberado todo su resentimiento. El río seguía vacío y la sangre, que había dejado de brotar, se había secado. Aunque el campo aún estaba árido y ninguna flor silvestre crecía cerca, en su interior ella seguía sintiendo el fuego que la llenaba de algo indescriptible que nunca había sentido. Dos corazones seguían palpitando rítmicamente dentro de ella. La pluma del penacho ya no estaba en su cabellera, pero la podía sentir como si lo estuviera. Se fue levantando poco a poco y al ponerse de pie nuevamente dejó que el viento de la tarde acariciara su cuerpo. Se situó frente al sol para recibir su calor, pero ahora dispuesta, contra viento y marea, a honrar y proteger a los dos corazones dentro de ella.

Ese día mi madre, Verónica, decidió aceptarme y nombrarme Yao, que significa RÍO en zapoteco, su lengua de origen. Ella siempre dijo que el río de su visualización hizo que ella renaciera y me aceptara, y que quería que yo fuera el testimonio de su gratitud a la Vida. Ese día mi madre sintió el AMOR de Dios por primera vez, y se sintió más viva que nunca. Agradezco mucho a Dios y a mi

madre, la joven Verónica, por ese día, no sólo porque decidieron que yo habría de seguir existiendo, sino porque le daría la gran fuerza que ella necesitaría para ayudarme a encontrar mi sanación y mi destino en medio de las tormentas por venir. El plan de mi vida lo estaba tejiendo Dios en los telares del Universo, y nada ni nadie podía detenerlo.

Ella buscó al día siguiente a la curandera del mercado que le había vendido el brebaje, pero curiosamente nadie supo darle razones de ella. La describió a varios locatarios como “una mujer de ojos claros color miel, de trenzas largas hasta la cintura, de una sonrisa de oreja a oreja, bastante hermosa, que olía a rosas y especias”, pero nadie supo a quien se refería. Entonces un recóndito pensamiento le hizo sospechar que el brebaje que había comprado no era precisamente para expulsar al embrión sino para que lo aceptara con el más profundo amor.

Capítulo 2

Mi madre no sabía hacer otra cosa más que pan, a eso se había dedicado desde los siete años en que la abuela la sacó de la escuela para nunca más volver. “¿Para qué me sirve esta niña en la escuela? Ya es hora de que trabaje, ya sabe limpiarse los mocos y cargar costales”, le había dicho a Don Manuel el día que la llevó a su panadería para que este le diera trabajo. Don Manuel, comprometido con la Señora Esperanza, ya que ella le conocía uno que otro secretito a él, no tuvo más opción que emplearla, primero en el aseo del local, después en el patio lavando charolas, parrillas y pinzas, después en la cocina y en los hornos de pan, y finalmente en la caja registradora.

Doña Esperanza, la abuela de mi madre, se había quedado con ella desde el día en que nació, que fue el mismo día que murió su hija, la madre de mi madre, justo al terminar de parirla. El padre de mi madre se había ido a los Estados Unidos desde que supo que su esposa estaba embarazada y nunca volvió. Se dice que él, Ignacio, mi abuelo, amaba a su esposa, pero siempre cargó un sentimiento de inferioridad, así como la creencia de que no podía fecundar a una mujer, pues lo había intentado varias veces antes sin buenos resultados, lo que le hizo creer que mi abuela había tenido amoríos con su “mejor” amigo y que de ellos había resultado mi madre. Y como no soportó esa carga, una noche de otoño huyó. De todo esto me fui enterando poco a poco, digamos que por Diosidencias en la vida de un Sanador que fue sanado.

Así que mi destino incluía a mi abuelo largado al norte por sus propios dolores, a mi abuela muerta recién parida y a Esperanza sin más hijos ni nietos que la quisieran, aprovechando la gran oportunidad de tener a alguien que le trabajara gratis algún día y la atendiera en su vejez. De hecho le dijo a la partera esa noche de muerte y de vida: “Pues me la quedo, para mucho me va a servir esta niña”.

Aquella adolescente de 16 años, adoptada por la abuela desde su nacimiento, ya sin trabajo, con cuatro meses de embarazo, a la que muchos creían “sucía”, pero la que estaba decidida a salir adelante, tuvo que ponerse a trabajar en lo único que sabía. Ella había aprendido lo suficiente para hacer su propio pan, así que, sintiendo un poco de miedo por lo que pudiera hacer Don Manuel al saberlo, pero envalentonada por ese instinto “doble” de sobrevivencia, se puso a hacer pan de yema a la mantequilla, pan rebosado, polvorones y trenzas. Todos los días se levantaba a las cuatro de la mañana a preparar la masa y, después de hornear los panes tanda por tanda en una estufa antigua, abría la ventana de su casa para exhibir y vender el pan, el cual entregaba y cobraba a través del enrejado de la misma ventana. Sí, la casa que antes había sido de su abuela ahora era de mi madre a falta de alguien más que la reclamara.

A los pocos días de abrir “su negocio”, el rumor llegó a los oídos de Don Manuel de que el pan que estaba haciendo su exempleada Verónica era más barato y hasta más sabroso. Así que éste, buscando defender la “propiedad intelectual” de sus recetas, pero sin querer verla nuevamente, envió a uno de sus panaderos a que pusiera fin a su reciente competencia. Mi madre ya estaba preparada y lista para responder ante cualquier posible ataque, y el día que el empleado apareció intempestivamente frente a su ventana tirando con agresividad las charolas de pan al suelo, mi madre sacó fuerzas de sus entrañas, le colocó un cuchillo carnicero en el pecho y le dijo: “Dile al viejo Manuel que tenga los pantalones para venir él mismo a enfrentarme; seguiré vendiendo pan cuando me dé la gana, es lo único que sé hacer y pronto voy a ser madre. Advértele que sé de sus amoríos con su comadre y con varias de sus empleadas casadas, y que si vuelve a amenazarme todo Oaxaca se enterará. Esta que sostiene el cuchillo en tu pecho ya no es la que ustedes conocieron, y los estaré esperando cada vez que vengan”.

Aun cuando había dado la cara con mucho valor, como leona defendiendo a su cachorro y su nido, el susto la tiró en cama con fuertes dolores en el vientre, aunque por suerte para mí se recuperó al cabo de varios días. El recado, conciso y expedito, le fue entregado a Don Manuel, y éste la dejó en paz por un tiempo.

A mi madre empezaron a apodarla La Polvorona, entre sarcasmo y lástima. Algunos decían que era la mujer embarazada más joven que habían conocido, otros se sorprendían de que con su complexión bajita y delgadita pudiera cargar a un bebé dentro; otros contaban tras bambalinas cómo había quedado preñada, gracias a las historias esparcidas por el policía al que ella había acudido la fatídica noche. Pero lo cierto es que muchos, en silencio, admiraban no sólo su valor al haberse quedado con el niño adentro, haber montado solita una panadería

casera, haberse defendido de Don Manuel, y hacer caso omiso a los rumores, sino también por los exquisitos polvorones que vendía, de los que ni ella misma entendía porque le quedaban tan sabrosos.

A los escasos tres meses de haber abierto el negocio, este ya contaba con un pequeño horno de ladrillo y barro que le había construido –en secreto para que no se enterara Don Manuel– uno de sus excompañeros de nombre Daniel. Él era un joven corpulento de unos veintitantos años, que en sus tiempos en la Panadería Vélez siempre se ofrecía a ayudarla con las cosas pesadas, y ahora teniendo ella su propio negocio se había acomedido a seguirle ayudando al salir de sus horas laborales. Cada vez que la veía le echaba una mirada de coqueteo, pero ella no lo pelaba, no tenía tiempo para esas cosas, estaba metida al cien en sus actividades y en su embarazo. Cuando el joven Daniel cargaba costales, ladrillos o estantería, buscaba que ella le viera la musculatura y lo admirara, pero ella aceptaba la ayuda con cierto desdén, y aunque le ofrecía pagarle con dinero o con pan, él se negaba.

Por aquellos días, en un momento dado, sin previo aviso, ella tuvo que suspender operaciones pues el bebé aún prematuro dio indicios de querer nacer. Fueron días difíciles para mi madre. Los primeros postrada en su cama sufriendo lo que en ocasiones parecían contracciones y en otras con punzadas incesantes en la boca del estómago, siendo atendida por una de sus clientas que la quería mucho y que hacía las veces de enfermera. Los siguientes días los pasó hospitalizada con el inminente nacimiento de un niño sietemesino. Nací apenas se cumplieron los siete meses de embarazo, con los pulmones colapsados, sin poder emitir llanto y presentando lo que los doctores al principio dijeron que eran convulsiones de diafragma, y que luego oficialmente diagnosticarían como ataques epilépticos de localización generalizada. Mi madre, después de un parto natural que duró varias horas, aunado a las condiciones de debilidad y agotamiento con que llegó al hospital, quedó moribunda al dar a luz, pero en sus momentos de lucidez se repetía a sí misma una y otra vez que no moriría y que a su hijo no le pasaría lo que a ella, quien había perdido a su madre al nacer.

Los médicos, asumiendo que yo no sobreviviría sin ayuda de respiradores, me trasladaron de emergencia a otro hospital en donde tenían incubadoras, y en una de ellas permanecí durante cinco semanas. Día y noche mi madre vivió, literalmente, sentada en una silla metálica frente al cristal del área de incubadoras. No le permitían tocarme porque creían que mis convulsiones eran debido a algún virus y temían que se pudiera complicar con el contacto humano. Mi madre se sacaba la poca leche de su pecho que podía, la mezclaban

con leche de polvos para que rindiera, y en mamilas me la pasaban las enfermeras que vestían guantes de látex.

Me mantuve con los ojos cerrados durante todo el tiempo en la incubadora, y los doctores decían que yo no tenía fuerzas ni para abrirlos. Poco a poco mis pulmones fueron reaccionando y me retiraron los respiradores artificiales, pero las convulsiones continuaban, algunas tan fuertes que volteaban boca abajo mi cuerpecito de kilo y medio. La única comunicación que había entre mi madre y yo era el suave “uhmm, uhmm, uhmm, uh” que ella ronroneaba tras el cristal. Una enfermera, motivada por su idea de que me quedaban pocos días de vida, y que por humanidad deseaba que tuviera más contacto con mi madre, a escondidas le pedía alguna de sus prendas para acercármelas discretamente y que yo pudiera al menos olfatear sus aromas.

Al cabo de esas semanas me dieron de alta, aunque no estaba del todo sano. Los médicos, sin saber qué hacer para detener las convulsiones, concluyeron que en ese hospital ya no podían atenderme, particularmente en vista de que a mi madre se le había acabado el poco dinero que tenía ahorrado. El hospital era público, pero mi madre no era derechohabiente del sistema de salud y los apoyos para ella eran muy limitados. De hecho había que pelearlos a diario. El peligro de mi nacimiento prematuro y con múltiples complicaciones había pasado y consideraron que mi condición epiléptica sería algo de por vida con lo que mi madre y yo tendríamos que lidiar.

Apenas mi madre regresó conmigo a su casa y reabrió su panadería, lo hizo con más fuerza que nunca. Trabajaba 18 horas al día, tenía que recuperarse económicamente y pagar deudas contraídas con especialistas que estudiaron mi caso durante mi hospitalización. Ella sólo detenía sus actividades cuando tenía que darme de comer, o cuando sufría ataques epilépticos que me sacudían de pies a cabeza y amenazaban con tirarme letalmente contra cualquier superficie en la que me encontrara.

Capítulo 3

Apenas abrí los ojos a los dos meses de nacido, ya estando en casa, aunque daba lo mismo si los tenía abiertos o cerrados pues había nacido ciego. Mi madre no se dio cuenta de inmediato, pues su ingenuidad y su dedicación permanente al trabajo se lo impidieron. Unas semanas después, cuando yo apenas pesaba tres kilos, ella pudo descubrirlo. Años después ella me contaría que al enterarse de mi ceguera entendió que esa pluma del penacho que le había sido entregada en el río por un ser misterioso tenía una razón de ser, y que necesitaría de todo el apoyo del Universo y de Dios para entender y sobrellevar las condiciones con las que había nacido.

Creendo que mi condición de invidente sería de por vida, ella se concentraba en encontrarle solución a mi condición neurológica que producía los ataques recurrentes. Trabajaba, ahorraba y visitábamos nuevos médicos cada dos o tres meses. Por lo general cada uno le confirmaba el diagnóstico, aunque cada uno le recetaba cosas diferentes, desde preparados químicos del boticario, medicinas de última generación, ejercicios físicos, hasta brebajes preparados con hierbas. Pero nada funcionaba, las convulsiones continuaban y en ocasiones eran tan intensas que parecía que serían las últimas que mi cuerpo soportaría. Ninguno de los médicos estaba interesado en encontrar la causa raíz, pues estaban concentrados en los síntomas, no en el origen.

En ocasiones mi madre llegaba al borde de la desesperación, porque la búsqueda de una cura era desgastante emocionalmente, pero también en cuanto a dineros, sobre todo cuando le pedían que me hiciera estudios en aparatos complicados. Pero lo cierto es que ella nunca se daba por vencida ni se resignaba. En guerrera se había convertido y como guerrera moriría.

Cuando ella descubrió que yo no veía –esto era evidente al desviar mi mirada de ella, al no identificar su mano o al no percibir los bordes de la cuna y chocar

constantemente con ellos– mi madre tuvo un periodo de tristeza sostenida y anduvo como sonámbula por varios días. Años después me contaron que la veían llorar constantemente, incluso mientras atendía clientes por la ventana. La imagen de cerámica de la Virgen de Guadalupe, que tenía sobre una repisa en la cocina, se fue llenando de velas poco a poco.

Sus fuerzas en ocasiones parecían agotarse, y era evidente que necesitaba de otra fuente de fuerzas que no fuera terrenal, algo más mágico y espiritual, como ya le había sucedido en otra ocasión. Un día, desesperada, llevándome en brazos acudí a la Iglesia, a la que normalmente evitaba por miedo a que los feligreses la juzgaran. El Sacerdote se le acercó y le preguntó si el niño ya había sido bautizado, sin saber si era su hermanito o su hijo, a lo que ella sólo respondió moviendo su cabeza de un lado hacia otro. Él se ofreció a hacerlo en ese preciso momento, aunque mientras él entró a la sacristía para recoger sus ropajes e instrumentos, ella se fue de la Iglesia, intuyendo que no era el momento adecuado o la forma correcta.

Cuando yo tenía un año de nacido mi madre ya había adaptado el recibidor de su casa –la antigua casa de mi bisabuela– como panadería propiamente, y hasta una caja registradora había instalado. Además de polvorones, trenzas y pan de yema ahora vendía chamucos, madrileñas, donas, regañadas, payasos y medias noches, que algunos clientes acompañaban con un rico champurrado el cual hacía a base de maíz, piloncillo, canela y chocolate. Ya se había hecho de clientela de visita diaria, aunque siempre llegaban nuevos clientes, hasta turistas, entre los cuales se había corrido el rumor de que en la Panadería La Polvorona, como había decidido llamarla oficialmente para simplificarle la vida a sus clientes, se vendía el mejor pan artesanal de la ciudad. Y que de hecho sí era artesanal y de horno de ladrillo, de ello daban cuenta las manos rugosas y el cuerpo curtido de quien me había parido y cuidado, y quien estaba llegando apenas a la mayoría de edad.

Una viejecilla apareció un día por la panadería, una que jamás la había visitado. Se paseó por las charolas olfateando la variedad de panes, y de cuando en cuando cruzaba miradas con mi madre que, desde el espacio de la caja registradora trataba de identificar su mirada, pues le pareció conocida. Finalmente, a mano pelona la viejecilla tomó un pan de yema, el cual brillaba en su superficie y mirando fijamente a mi madre, se lo comió lentamente.

La anciana, robusta, de cara osca y de espalda encorvada, pero de una rara belleza y de mirada penetrante, se acercó a mi madre apoyándose en una rama seca que usaba a manera de bastón. Al estar frente a ella le dijo en

tono afirmativo: “Tú eres la nieta de Esperanza, la que fue abusada, la que quiso sacarse su hijo de las entrañas junto al río, la que tuvo un hijo antes de cumplirse el plazo, hijo que aún no puede ver las crueldades del mundo y que se convulsiona sin razón aparente”.

Mi madre se quedó atónita al saber que alguien conocía su más íntimo secreto, el del intento de aborto, pues todo lo demás era público. La viejecilla levantó las cejas, se acercó aún más a quien yacía paralizada y cerró diciéndole: “Tienes que visitar a la curandera Gertrudis, ya ningún médico te puede ayudar. Lo que ustedes tienen está muy adentro y hay que sacarlo de raíz”. Entonces, con suavidad, le quitó a mi madre la pluma de escribir que traía en su oreja y sobre una servilleta le escribió: “Kilómetro 12.5, carretera a Santa Lucía”. En su camino a la salida la mujer misteriosa recogió un par de panes de superficie brillante –sin pagarlas– y pronto desapareció de la vista de Verónica, dejando un rastro de aroma a lavanda y romero. Fue un encuentro extraño, mi madre nunca la volvió a ver, pero en su corazón supo que había un parecido entre la mirada de esta viejecilla y la mujer que le había vendido el brebaje supuestamente abortivo en el mercado.

Mi madre, sin tener mucho que perder, aunque sin grandes expectativas, al día siguiente se subió a un taxi y acudió a la dirección indicada por la anciana. En el camino, en su mente revoloteaban las palabras de aquella mujer, en particular la frase: “lo que ustedes tienen está muy adentro”, preguntándose porqué habría hablado en plural.

Al llegar al lugar se bajó conmigo en brazos, envuelto en una sábana. Era una mañana fresca y le pidió al taxista que la esperara, asumiendo que no estaría ahí por mucho rato. Se divisaban cinco casas semidestruídas, una tras otra sobre la lateral de una calle de terracería, y detrás de ellas todo era pura selva. La primera casa, que más bien parecía una antigua tiendita, con letreros de botanas y refrescos en sus paredes, estaba abandonada. La segunda parecía más una bodega que casa, también abandonada. Tocó en la tercera, que era la que más aparentaba estar habitada, pero nadie abrió. En la cuarta un perro esquelético estaba tendido en la entrada y tampoco nadie respondió. La quinta, al final de la calle, en donde se apreciaban un par de macetas en la entrada cuyas plantas parecían estar bien cuidadas, era la última posibilidad para encontrar a Gertrudis.

La puerta de madera color verde pistache se abrió justo antes de que mi madre la tocara. Un hombre de unos cuarenta años, alto y delgado salió llorando y cabizbajo, a paso acelerado. A lo lejos se oyó la voz de una mujer: “Los hombres de hoy ya no aguantan nada, se dicen muy fuertes pero emocionalmente son muy débiles. La verdad es la medicina más pura... aunque primero lloran, siempre

sanan. La verdad siempre sana, si no es a corto plazo, es a mediano plazo”. Era una señora que rondaba los sesenta, se apreciaba haciendo múltiples cosas en una cocina atiborrada en donde no cabía una naranja más. “Pasen hija, pasen, ya sabía que venían, pero llegaron antes de lo esperado”.

Ella nos dejó entrar. Vestía un suéter tejido, pero viejo y sucio, unos jeans que alguna vez fueron blancos pero ahora eran grisáceos, una gorra y pantuflas. Y mientras ponía café en una olla, y en otra calentaba algo de un color marrón comenzó a decirle: “Ya sé que vienes a que cure a tu hijo, pero primero tenemos que sanarte a ti, pues si tú no puedes amarlo a él, él nunca sanará. El amor es lo único que sana a los hijos, yo por eso estoy bien loca porque nunca me dieron amor... pero sé de lo que hablo por experiencia”. Mi madre de inmediato replicó: “Pero yo sí amo a mi hijo”.

La curandera Gertrudis, luciendo gran confianza, siguió: “Crear que amas a tu hijo no es lo mismo que amarlo realmente. A ver, ¿amas a tu madre? ¿amas a tu padre? ¿amas al papá de tu hijo?”. Mi madre se estremeció y puso cara de sorpresa. “Ahhh, si no puedes amar a quien te dio la vida, ¿cómo vas a amarte a ti misma, si tú eres mitad papá y mitad mamá? Si no te amas a ti misma no puedes amar a nadie más. Si no amas al hombre que sembró la semilla de tu hijo en tu vientre, no puedes amar al resultado de su unión, aunque esta haya sido a la fuerza. En tu hijo, por ser varón, ves reflejado a su padre todos los días, y de paso también a tu propio padre y a todos los hombres que has conocido en tu vida. Entonces, ¿lo amas realmente? Además, si tú odias tu maternidad, ¿puedes amar al producto de ella?”.

Gertrudis siguió hablando y sus palabras eran como un tren que pasaba por encima de mi madre arrollándole el corazón. “No hija, tú podrás saber hacer pan y te quedarán muy bien esos panes brillositos (y señaló una bolsa de color café en la que se leía “Panadería La Polvorona” la cual reposaba sobre una mesita de madera), pero de amor no sabes nada, y el amor es la medicina más poderosa que existe”. La mujer entonces sirvió una taza de café y otra taza con un líquido oscuro de otra olla, y puso ambas tazas sobre la mesa. Después caminó hacia donde estaba mi madre, la tomó de sus manos, pasó sus dedos pulgares gruesos y tostados sobre la palma derecha de la jovencita y le dijo: “A ver, tómate esto y vamos a ver si podemos ablandarte el corazón, porque parece que lo tienes más duro que la piel de tus manos”.

Mi madre me dejó, envuelto en sábanas, en un sofá mientras ella bebía lo que aún desconocía, motivada por aquella mujer misteriosa, pero que hablaba con mucha certeza. Después de unos cuantos sorbos, la señora, que parecía ser

Gertrudis aunque ella no lo había confirmado, le preguntó: “¿Ya adivinaste qué estás tomando?”. Mi madre respondió que le parecía chocolate pero que no le sabía al típico que antes había probado. Esta duda le dio pie a la mujer anfitriona, que parecía más del centro o del norte del país que oaxaqueña, para aventarse un gran discurso: “Te digo que no sabes nada del amor hija, tal vez nunca has estado enamorada, ni nadie ha estado enamorado de ti, ni siquiera tus padres. Mira, eso que estás tomando es la planta del amor, se llama Cacao Teobroma. No, no, no es chocolate, el chocolate de la tienda es basura, ni tiene choco ni tiene late, es pura azúcar con cafeína y grasa pintada de colorantes artificiales. El Cacao es el mejor alimento para el corazón, lo abre, lo suaviza, te sacude para que sueltes las basuras que traes por dentro. Estás a punto de sentir tu propio corazón, lo que tal vez nunca has hecho; bueno, tal vez moribunda en el río lo pudiste hacer”.

“¿Pero quién es esta mujer que conoce mi vida y mis secretos, y que seguro conoce a la otra mujer misteriosa que me visitó en la panadería?” se preguntaba mi madre. Y justo cuando pensaba en esto, comenzó a sentir las pulsaciones del corazón en las arterias que suben por el cuello. “Siento mi corazón aquí en el pescuezo”, le dijo mi madre señalándose esa parte de su cuerpo. “Esa es la circulación hija, notarás la diferencia cuando sientas tu corazón”. Apenas habían pasado un par de minutos cuando una lágrima se desprendió y corrió por su mejilla, lágrima que pronto se convirtió en un delgado río que circulaba sin parar, por más que intentara ocultarlo o limpiarlo. “Tu corazón se está abriendo y te llegó la hora de ver y sanar tu pasado. El Cacao es mágico, conecta tu corazón y tu mente, que en ti siempre se han mantenido desconectados, y es así como comienzas a pensar con el corazón”.

Gertrudis comenzó a tararear suavemente una canción mientras continuaba acomodando cosas en la cocina. Mi madre, sorprendida con lo que escuchaba, quería seguir escuchando más. Había llegado blindada y asustada, y ahora se abría de par en par a escuchar y aprender. Intuía que de esta manera no solamente podría sanarse ella, y amarse, sino que podía comenzar a amar a su propio hijo y a ayudarle a sanar.

“Es cierto, tienes razón, no me amo, no amo como debería de amar a mi hijo, y no amo mi vida”, y estalló en llanto como nunca lo había hecho. Entonces la mujer se acercó y le puso una de sus pesadas manos en el hombro: “Eso, eso, habla de lo que te duele, ese es el primer paso para sanarlo, acepta el dolor que has guardado por tanto tiempo. Nos han enseñado a callar, por eso la sociedad vive enferma, sólo expresan lo que le conviene a la mente, lo que la sociedad aprueba, no lo que el corazón quiere y necesita”. La aprendiz seguía sollozando, pero escuchaba con todo detalle a la mujer que a todas luces era curandera.

“Ven, vamos al patio, la Naturaleza nos habla”. Mi madre me dio un beso en la frente en su camino de salida. Yo continuaba dormido mientras ella seguía a la que ya parecía su maestra, la única que había tenido en muchos años. Al llegar al patio trasero parecía que habían viajado hacia otra dimensión, porque mientras el camino de llegada a esa casa era árido, seco y terroso, ahí atrás había plantas y árboles de todos tipos y colores. El césped estaba parejo, los pajaritos cantaban y hasta le pareció ver una ardilla que se escondía entre las ramas.

La paciente de Gertrudis se sentó en una banqueta hecha de una tabla de madera sobrepuesta en unos ladrillos y admiró con calma el jardín. Mientras la anfitriona seguía su letanía de frases de poder: “Lo que a ti te hace falta es respirar, pero respirar bien realmente. En la ciudad respiras de prisa y puro aire contaminado, en la Naturaleza respiras aire puro y despacio. La respiración también es medicina, es el amor de Dios convertido en sus suspiros. Dios suspira de pena por muchos, pero de alegría por otros...”. Y tras decir esto la mujer soltó una carcajada. Mi madre comenzó a poner atención en su respiración por primera vez en su vida.

La mujer de poder continuó: “Eso es, respira profundo por la boca hasta llenar tus pulmones y después suelta el aire también por la boca hasta vaciarlos. Respirar profundo te ayudará a recordar lo que necesitas ver para sanar. Quien no ve hacia adentro nunca puede sanar lo que manifiesta hacia afuera, y tú manifiestas tristeza y dolor”. Esas palabras la hicieron estremecer, pero siguió escuchando mientras alternaba los sorbos de Cacao y el enfoque en su respiración.

Aquella mujer, que se había ocupado de regar y acariciar algunas plantas de su jardín, volvió a acercarse a mi madre, la tomó con fuerza por los hombros, la miró fijamente a los ojos y le ordenó: “Describeme al padre de tu hijo”. Mi madre, con sus ojos bien abiertos, le respondió con miedo: “No lo conocí, fue en contra de mi voluntad, en medio de la oscuridad. Desde que me jalaron a la fuerza al callejón supe lo que me iba a ocurrir y no quise ver”. La señora siguió: “Crees que no lo conoces y que no lo viste, pero eso no es lo mismo que no conocerlo y no haberlo visto. Tu mente temerosa y llena de odio hacia él, ha bloqueado el recuerdo para que tu conciencia no lo vea, pero la realidad te sigue haciendo daño por dentro en tu inconsciencia. Haber visto y forzarte a pretender que no viste corrompe el cuerpo por dentro”.

Mi madre, que jamás había escuchado de temas de “conciencia y bloqueo de recuerdos” y que lo que menos había deseado en su vida era volver a hablar de esa noche dolorosa, comenzó a temblar y a sudar. La guía, de quien ya no se podía escapar, le dijo: “Es ahora o nunca hija, primero sanarás tú para poderte amar y

después sanarás a tu hijo haciendo que se sienta deseado y amado”. Mi madre, a la defensiva, dijo: “Pues yo le he dicho muchas veces al oído que sí lo deseaba y que lo amo”. La mujer refutó susurrándole: “Los bebés no entienden palabras, son sonidos huecos a su edad, lo que entienden son sentimientos, pero sentimientos de verdad”.

La sesión de terapia seguía avanzando. “Cierra tus ojos, respira profundo por la boca como lo hacen las guerreras, es hora de viajar a tu interior, ahí donde duermen las respuestas a todo lo que buscas”, le dijo la mujer en un tono misterioso, pero con gran confianza, la cual le ayudaba a mi madre a sobrellevar el proceso. “Recuerda lo que hiciste el día de ayer... recuerda alguna persona que viste el día de ayer... recuerda su ropa, sus ojos, su nariz, su boca, su cabello...”. Después de cada instrucción dejaba pasar unos segundos en silencio para que mi madre hurgara en su pasado.

“Ahora, recuerda algo importante que sucedió el año pasado... recuerda a alguien que conociste, una meta que lograste o una experiencia intensa del año pasado”. Y transcurrieron un par de minutos más en silencio. “Es momento de ir más atrás, recuerda el día en que nació tu hijo, recuerda en detalle todo lo que sucedió”. Hizo una pausa y entonces llegó al momento al que deseaba llegar: “Ahora ve más atrás, recuerda lo que hiciste en la mañana del día en que quedaste embarazada... recuerda en detalle a alguien a quien viste ese día, algo que sucedió en tu trabajo”.

Mi madre comenzó a temblar, los dedos de sus manos se comenzaron a engarrotar, y su rostro dio muestras de que el sufrimiento estaba emergiendo en su interior. Aunque mi madre seguía con los ojos cerrados, Gertrudis le puso su dedo índice derecho en el entrecejo y ejerció presión, lo que hizo que mágicamente recuperara su calma para poder seguir navegando en el océano de su interior.

El inconsciente de mi madre comenzaba a arrojar imágenes y la intensa respiración contribuía a que recuerdos reprimidos pudieran aflorar. Primero había rescatado recuerdos del día anterior, después del año pasado y también del día de mi nacimiento. Su memoria de largo plazo se había reactivado con el Cacao y la respiración, y comenzaba a mostrarle imágenes del día del inicio de su embarazo. Se vio trabajando en la panadería de Don Manuel aquel día trágico-mágico, recibiendo a los primeros clientes, escuchando el regaño de su patrón a uno de sus compañeros de trabajo. Recordó el momento en que embolsaba el pan de una de las clientas, y luego decenas de recuerdos aparecían frente a ella sin control ni premeditación. Mi madre, por más que quería detener el tiempo

que transcurría inexorable en su mente inconsciente, no lo lograba. Parecía que su memoria le hacía más caso a la curandera, chamana, mujer de poder, o lo que fuera, que a ella misma.

“Es hora de ir al encuentro con el padre de tu hijo, al que le debes tu maternidad”. Pum, zaz, orden contundente a la que su cerebro no se podía resistir. En ese preciso momento se vio a sí misma volteando el letrero de la puerta, buscando la llave en su bolsa, insertándola en la chapa y cerrándola; todo lo veía con lujo de detalles. Se vio caminando por la banquetta, volteó hacia al parque y mantuvo su mirada puesta en una pareja que se besaba. Experimentó de nuevo una sensación como de celos, a la que ni atención le puso cuando sucedió. Su zapatilla estuvo a punto de salirse de su pie al tropezar con un adoquín salido, pero se la reacomodó y siguió caminando. La noche era muy oscura, sintió algo de miedo, a lo lejos divisó unas farolas y aceleró el paso. De repente escuchó un ruido a la vuelta de la esquina, era distante aún y eso la obligó a abrir más los ojos, pero no captó nada raro. Siguió su camino y de pronto una gran mano le tapó la boca y otra tomó su brazo y la jaló con fuerza. Un hombre, vistiendo un pasamontaña, la arrojó al suelo, la miró fijamente a los ojos y luego de darle un puñetazo en la cara, todo se oscureció para ella. En aquella sesión de terapia su cuerpo comenzó a sacudirse intensamente y ahora parecía ella la epiléptica, con convulsiones originadas por sus recuerdos sensoriales de la violación.

Al cabo de un par de minutos de sacudidas, mi madre salió del trance en el que se encontraba y sintió un gran sobresalto. Lloró intensamente y luego sus ojos quedaron abiertos de par en par al descubrir algo que le cambiará la historia de su vida. Con voz jadeante y temblorosa atinó a decir: “Esos ojos los conozco muy bien, pero no puede ser, no, no, ¿por qué me hizo eso? Esos ojos son de Daniel”. Se hizo un silencio largo, la chamana no quiso interrumpir la sorpresa que mostraba su paciente, la dejó meditar su descubrimiento por unos minutos y siguió regando sus plantas.

Desde lejos, al cabo de un rato, rompió el silencio: “¡Y es así como Dios te pone las grandes pruebas! Ahora tienes que honrar a ese muchacho y agradecerle que haya sembrado la semilla en ti que le ayudó a tu hijo a venir a este mundo. Si hubiera sido otro hombre otro hijo habrías tenido. Para amar a tu hijo tienes que honrar a su padre y agradecer su semilla; si no lo haces, nunca sanarás tú ni tampoco tu hijo. La medicina es dura, pero cura”.

Mi madre la interrumpió: “Perdonarlo, jamás. Me golpeó y me violó, yo era virgen”. La curandera le puso su dedo en la boca para hacerla callar. “Shhhhss, yo nunca dije perdonarlo, dije agradecerle. Perdonar es de arrogantes, agradecer

es de humildes. Perdonar nunca es la solución porque te hace sentirte juez, te hace creer que Dios te mandó al mundo a juzgar a los demás. La medicina es la GRATITUD, que es la madre del perdón. Quien todo lo agradece no tiene nada que perdonar. Quien todo lo agradece no tiene a nadie a quien culpar”.

Las palabras sacudían de pies a cabeza a la jovencita que recibía un gran botiquín de medicinas pero que no sabía cómo tomarlas. “Yo sabía que él se traía algo entre manos, pero no creí que llegara a tanto. Siempre me veía en el trabajo, siempre me quería ayudar a cargar cosas pesadas. Ese idiota siempre andaba alrededor de mí, a veces me desesperaba”, continuó mi madre.

Gertrudis prosiguió: “Nunca sabrás qué hizo él y qué hizo Dios a través de él. A lo mejor fue tu hijo el que los escogió desde el cosmos y tramó todo para que sucediera. Tu andabas de piernas apretadas con él y pues a la fuerza tuvo que ser. Pero eso nunca lo sabremos, lo mejor es aceptar y agradecer las cosas tal como sucedieron. Así que dílo: GRACIAS”.

Mi madre se mantuvo con sus labios sellados por un par de minutos, silencio que interrumpí yo llorando desde el interior de la casa, pues me había despertado, tal vez Diosidicialmente. En ese momento ella cerró sus ojos, apretó sus manos con todas sus fuerzas, y sacando voluntad del corazón que aún sentía palpar con intensidad en su pecho, tal vez por los efectos poderosos del Cacao que había bebido, gritó a todo pulmón: “GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS hijo de tu pinche madre por preñarme y darme el regalo más grande que he recibido en toda mi vida. GRACIAS malnacido por penetrarme y sembrar tu semilla en mí, semilla que produjo un ángel hermoso que me cambió la vida. Acepto, acepto el momento tal como sucedió. GRACIAS, GRACIAS de corazón por hacerme madre... GRACIAS Dios por esa noche trágica que hoy veo como mágica y necesaria en mi vida. GRACIAS Dios por mi hijo. GRACIAS señora Gertrudis”. Y entonces la chamana le dijo:

“Eso, eso mujer guerrera, así es como se sana de adentro hacia afuera. No te resistas al llanto, deja que con él salgan el coraje, el odio y el miedo que has venido conteniendo. Ven, vamos para dentro que tienes que abrazar mucho a tu hijo. De aquí en adelante cada vez que lo abras no sólo le demostrarás tu amor a él, sino también a su padre, a todo tu linaje y a Dios”.

La mujer se adelantó a su casa entrando por la puerta trasera. Mi madre, aún un poco absorta por lo que acababa de suceder, se quedó por unos segundos más contemplando aquel mini paraíso del traspatio, aquella abundancia en medio de la aridez. Cuando se decidió y se encaminó al interior tuvo una extraña sensación como si alguien la observara por detrás. Volteó asustada pero no vio a nadie,

aunque llamó su atención un curioso vaivén de las ramitas de unas pequeñas palmeras. Y digo ‘curioso’ porque ese vaivén, si hubiera sido producido por el aire, se presentaría en todas las plantas, pero en ese momento sólo se presentaba en esas hojas en particular. De repente, en fracción de segundos una silueta gigante se dibujó entre el follaje detrás de las palmeras, y a ella le pareció ver un gran penacho de plumas hermosas. Al cabo de unos instantes la visión de su imaginación o la visión de la realidad desapareció. En su interior se hizo la calma y hasta sonrió. Entonces se limpió las lágrimas, enderezó la espalda y fue a buscarme, a mí, en el que la sanación había comenzado a través de la sanación de mi madre.

Al cargarme en sus brazos me susurró al oído un “te amo”, seguramente el *te amo* más dulce y sincero que me había dicho en toda mi corta vida. Después le dio un abrazo a Gertrudis y pudo oler un aroma a rosas y especies muy delicado, a pesar de que no parecía haberse aseado en varios días. Mi madre le entregó un par de billetes por su ayuda, los cuales la mujer de poder bendijo y colocó en una canastilla de mimbre que tenía muy acomodada entre velas y amuletos. Ella le pidió que esperara unos segundos antes de irse, escribió unas palabras en un pedazo de papel, se lo entregó y le pidió que lo leyera cuando sintiera que era el momento. Salimos de ahí. Los pasos que mi madre daba hacia el taxi eran firmes, seguros y su respiración era intensa pero calmada. ¡Ya no era la misma que había entrado por esa puerta verde pistache!

Capítulo 4

El taxi seguía esperando en ese desértico paraje del kilómetro 12.5. En cuanto lo abordamos, mi madre le dio la instrucción al conductor sobre la próxima parada: “A la Panadería Vélez, por favor”. El hombre volteó sorprendido, pues si bien a su venida había escuchado la voz de una mujer adolescente triste y dubitativa, ahora le parecía la voz de una adulta segura de sí misma. Ella, mirándolo a los ojos le dijo: “Ustedes los hombres nos creen pendejas, pero todo se nos queda en la memoria, es cuestión de escarbar”. El taxista no entendía por qué la mujer decía aquello, pero sus palabras le provocaron unos escalofríos que le recorrieron todo el cuerpo, tal vez por recordar algunos pecadillos contra mujeres que él mismo venía cargando.

Al llegar a la panadería le pagó al taxista, se bajó con su hijo en brazos y entró sin titubeos. Don Manuel se quedó estupefacto al verla y el resto de los colaboradores enmudecieron. Ella se acercó a su antiguo jefe. Al llegar justo frente a él se paró de puntas, clavó su mirada en la suya y le dijo: “Todos tus secretos oscuros estarán seguros mientras no te metas conmigo. Gracias por darme trabajo tantos años, gracias por enseñarme a hacer pan, te quise como a un tío, pero hoy te libero y me libero de ti”.

Acto seguido se dirigió a la cocina, dejando atónito a aquel hombre sesentón y raboverde. En ese momento Daniel, mi padre, estaba sacando charolas calientes de uno de los hornos metálicos, horno que recientemente había llegado para sustituir al de ladrillos. Él, al verla, casi tira las piezas de pan recién infladas. Ella llegó hasta él, me sacó de entre una frazada, me sostuvo frente a él, y le dijo: “Contempla a tu hijo, resultado de tus acciones cobardes aquella noche de Reyes. ¡Que pocos huevos tuviste, nunca fuiste capaz de decirme que me tenías ganas, poco hombre! Pero así todo tuvo que ser, a pesar de que fue a la fuerza, me diste este hijo hermoso, lo acepto con amor y te acepto a ti como el padre de mi hijo. No soy nadie para ir en contra de los designios de Dios, los acepto desde el corazón”.

Él, un joven confundido con la vida, y sobre todo con lo que estaba viviendo en ese momento, no podía pronunciar palabra, sólo jadeaba tratando de absorber suficiente oxígeno para su tembloroso cuerpo. “No, no te confundas”, siguió la mujer que hasta ayer era una jovencita, y que ahora nadie reconocía. “No vengo a decirte que tú y yo estaremos juntos, ni que necesito de tu ayuda, ni que el mundo entero sabrá lo que hiciste. Vengo a decirte que acepto lo que sucedió, le agradezco a Dios que me haya mandado a este gran angelito y que te agradezco a ti que hayas sembrado la semilla en mí, haya sido como haya sido. Si algún día quieres verlo o jugar con él yo te lo permitiré con mucho gusto. Por cierto, él es epiléptico y ciego, pero pronto sanará. Yo, su madre, no descansaré hasta que así sea”.

Finalmente les dijo a todos: “Soy la Polvorona, a mucha honra”, y salió de la panadería dejando detrás una estela de silencio y de sorpresa. Al cerrar la puerta observó de reojo que el letrero de *Abierto-Cerrado* se quedó oscilando. Caminó justo por la banqueteta que había andado esa noche y se dirigió al callejón en el que todo había sucedido. Ahí se recostó en el suelo boca arriba, me colocó junto a su vientre y dio tres grandes suspiros. Al ver que el papel que le había entregado Gertrudis estaba cayendo del bolsillo de su suéter, lo sacó y leyó estas frases como repitiendo un canto poderoso de sanación: “Acepto, bendigo y agradezco el momento en que Dios sembró a mi hijo en mi interior. Acepto, bendigo y agradezco al hombre que actuó por voluntad de Dios para fecundarme. Se hizo la voluntad de Dios en mí y así se hará en mi hijo. Sanada mi relación con el padre de mi hijo está, sanado mi corazón en mi está, sanado el corazón de mi hijo está”. Mi madre me abrazó fuerte y unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Fue un momento mágico, tanto para ella como para mí, y la aceptación y la GRATITUD eran ahora su medicina.

Al entrar a su casa, ya convertida en panadería, se quedó por unos momentos a unos pasos de la entrada contemplando todo a su alrededor. La sala de la casa era ahora el espacio que ocupaban las estanterías de pan. La recámara de la abuela era la bodega, la cocina y el patio eran los lugares de producción y sólo el cuarto que desde niña había ocupado mi madre le seguía sirviendo para su propio refugio y descanso. Las habitaciones eran pequeñas pero de techos altos con travesaños de madera, paredes gruesas y sólidas con remates inferiores más gruesos, pisos de entramados churrigurescos y ventanas de madera de dos hojas aseguradas con herrería de la época en que la casa fue construida, un siglo atrás. La fachada era de color naranja en la parte superior con una franja inferior en tono ocre.

En mi madre se tejían nuevos pensamientos de sanación: “Gracias abuela por haberme recogido, aunque me hubieras visto y tratado como sirvienta, al fin

y al cabo me diste protección y un techo, gracias por ello. Gracias por dejarme, incluso sin quererlo o saberlo, esta casa que nos ha servido de guarida a tu bisnieto y a mí. Pero a esta casa le falta algo, hay mucho metal, ladrillo, madera, cristal y piedra, le falta naturaleza viva, quiero que nuestra casa tenga también un mini paraíso de naturaleza como en la casa de doña Gertrudis. Ah, y también a esta panadería le falta un producto esencial para acompañar el pan, algo que les abra el corazón a mis clientes”.

Y al cabo de unos días su casa-panadería estaba llena de macetas con plantas por doquier, en el suelo, en las repisas, en el pretil del techo y hasta colgadas de las ventanas. Se respiraba aire puro. Mis pulmones, casi colapsados cuando nací, lo agradecían. Seguramente también lo apreciaban los pulmones de mi madre, que no daban tregua trabajando incansablemente día y noche con la rutina laboral, maternal y casera. Pero no fueron los únicos cambios; como complemento al pan que vendíamos mi madre introdujo cacao espeso y cacao en barra. Siempre le aclaraba a sus clientes que era cacao criollo, de la sierra, sin pesticidas ni herbicidas, que no era como los de cualquier otra tienda porque esos estaban llenos de azúcares, cafeína, grasas y colorantes. Ella hablaba maravillas de su pan y de su cacao y, como las claves para que un negocio prospere son amar lo que vendes, amar a tu cliente y amarte a ti mismo, el negocio comenzó a florecer aún más. Contrató a otra mujer para que le ayudara en la cocina y al cabo de unos meses a otra más para que hiciera el aseo.

Yo seguía ciego y epiléptico. Comencé a dar mis primeros pasos alrededor de los dos años de edad, un poco más tarde que los niños videntes. Me tropezaba constantemente y chocaba con todo, por lo que mi madre tuvo que reorganizar algunas cosas para que yo me pudiera desplazar, al menos algunos metros a la redonda, sin tanto obstáculo. Los ataques seguían y a veces mi madre o sus empleadas, ya entrenadas, me tenían que meter una cuchara en la boca mientras me convulsionaba, para evitar que me ahogara con mi propia lengua. Mi madre sabía que si quería avanzar en el proceso de mi sanación tendría que ir más allá de nuestra ciudad, ya que ningún doctor le había podido dar nada que realmente le diera esperanza. Ella sentía que en la medicina convencional no encontraría las soluciones y que tenía que buscar en lo alternativo, lo emocional, lo natural, lo mágico, lo energético y lo espiritual.

Los médicos aceptaban que la Ciencia tenía sus limitaciones en cuanto a mis condiciones, así que habría que buscar en donde no hubiera limitaciones. En cuanto a la ceguera, decían: “Si es de nacimiento seguramente será permanente, no tiene que ver con los ojos en sí, sino con el cerebro”. En tanto que para la

epilepsia decían: “Hay que llevarlo a la capital para una cirugía de cerebro expuesto, que es muy riesgosa, o esperar a que algún día se desarrollen nuevos medicamentos”. Habíamos intentado los medicamentos actuales aptos para bebés e infantes, y ninguno había funcionado; al contrario, la mayoría tenían efectos secundarios como diarrea, vómito o urticaria. Pero mi madre no se daría por vencida.

Un día, con la venta en pleno apogeo, llegó una niña como de 9 años a la panadería. Venía sola y le preguntó a mi madre por el pan de cubierta brillosita. Mi madre apuntó a una repisa al fondo de la franja derecha de estantes, y aunque se le hizo conocida la mirada, no pudo recordar dónde o cuándo. La niña se acercó a la caja registradora y con uno de los panes en su mano le preguntó a mi madre con picardía: “¿Si te digo quién puede ayudar a tu hijo me regalas este pan?”. Mi mamá miró fijamente a los ojos a la niña, segura de que su mirada era la misma de aquella viejecita misteriosa que otro día la visitó y quien le había apuntado la dirección de Gertrudis. Se parecía también a la mirada de la curandera del mercado que le vendió el brebaje y de quien nunca más volvió a saber. La niña, sin importar que mi madre no hubiera respondido pues seguía meditabunda, tomó la pluma que había en el mueble y sobre una bolsa de papel café con las que envolvían el pan, escribió: “Abuelo Arteago, Santa Clara del Paso”. Se dio media vuelta, salió caminando con el pan en la mano, sin pagarlo, y nunca más volvió a aparecer por ahí.

Mi madre, un tanto confundida, pero asumiendo que los personajes y episodios misteriosos ya se estaban volviendo costumbre, y que cada uno le traía un gran bienestar y esperanza en el proceso de nuestra sanación, tomó el pedazo de papel en donde estaban escritas esas palabras y lo guardó entre sus ropas. Unos días después íbamos en búsqueda de ese hombre, hacia las afueras de la ciudad, por el extremo noreste.

Capítulo 5

El conductor del taxi serpenteó colina arriba con gran destreza y velocidad, y parecía que conocía el camino como la palma de su mano. Mi madre, conmigo en brazos, al no tener el vehículo cinturón de seguridad, se balanceaba en el asiento detrás hacia un lado y hacia el otro. “Uy no, desde hace diez años que no traigo cinturones, pero no pasa nada, sólo agárrese bien de donde pueda”, le había respondido el conductor a mi madre cuando ella, un poco asustada por el exceso de confianza del hombre, le había preguntado por los cinturones.

Al cabo de unos veinte minutos de zangoloteo, que le parecieron dos horas a mi madre, apareció un letrero que decía: “Bienvenidos a Santa Clara del Paso”. Aunque no se divisaba ninguna casa en el horizonte, mi madre se bajó en un clarito que encontraron al lado de la carretera, le pagó al taxista y lo despidió diciéndole que era mejor que se fuera, que intuía que se tardaría algunas horas. A lo lejos, un pequeño camino se abría paso entre los árboles verdes de copas tupidas y mi madre avanzó en esa dirección, confiando en que encontraría respuestas. El camino, estrecho pero claramente dibujado, le parecía a mi madre un hermoso paseo. Escuchaba el canto de aves y veía plantas que nunca había visto. Al cabo de media hora observó que el camino la llevaba finalmente a un pequeño redondel de unos ocho metros de diámetro. Mi madre supo, con su sexto sentido de mujer, que había llegado al encuentro de otro ser de poder.

Una voz de hombre, pausada y amorosa, como ofreciendo consuelo y confianza, se escuchó a lo lejos. Primero parecía venir de un extremo del bosque, después de otro, después de otro. Por unos momentos mi madre no sabía si era un ser humano el que le hablaba o la misma Naturaleza. “Tú y tu hijo son bienvenidos a mi casa, mi casa es la Naturaleza. Aquí nací y nunca me iré. La ciudad está llena de personas pero muy contaminada, acá casi no hay personas

pero está limpio. Suelta a tu hijo y veamos de qué clase es". El dueño de la voz seguía sin aparecer, pero mi madre hizo caso y me bajó de sus brazos.

"No sé si para ti, pero la Naturaleza es la casa de tu hijo. ¡Míralo, feliz gateando, feliz respirando aire puro! Ni parece que sea cieguito, me parece que aquí él ve más que nosotros dos juntos", y se escuchó una carcajada tan grande que contagió a mi madre. "Este niño viene al revés y eso es una gran señal de que es especial, que no es igual a todos los demás. Primero aprenderá a ver hacia adentro con su ojo mágico y después lo hará hacia afuera. Su espíritu sabe que lo más importante por conocer está adentro y que necesita explorarlo bien antes de sondear el mundo exterior. Para educar a los niños tenemos que seguir su intuición, no la de los padres, y para eso tenemos que observarlos más, en lugar de imponerles lo que otros nos dicen. Ellos ya vienen programados por Dios, aunque tristemente la gente de la ciudad insiste en borrarles esa programación e imponerles otra antinatural".

Aquel hombre, que seguía sin aparecer, le pidió a mi madre que me quitara zapatos y calcetines, "porque es hora de descubrir quién es su hijo". Ella así lo hizo y aquella voz me habló a mí. "Anda libre, pues libre eres". En cuanto puse mis pies en la tierra, comencé a rascarla con mis deditos, como queriéndolos enterrar en ella, y entonces sonreí y tuve la confianza de caminar en libertad como no lograba hacerlo en mi casa. Mi ceguera no me impedía moverme entre las piedritas de aquel redondel, parecía que las sentía y lograba esquivarlas con destreza, pero al mismo tiempo las acariciaba con piecitos y manitas. Nunca había sentido tanta alegría al andar. Era un niño de dos años, ciego y epiléptico que ahí en medio del bosque me sentía como en mi verdadera casa. Mi madre estaba sorprendida.

Anduve por unos minutos sin la ayuda de ella. Un silbido atrajo mi atención y fui yo quien logró encontrar la procedencia de la voz. Encontré a aquel hombre, el más morenito y más bajito que mi madre había visto pero con una gran sonrisa que invitaba a abrazarlo. Estaba escondido tras un árbol de tronco grueso. Él me tomó de la mano y me hizo sentir mucha paz y confianza. En ese momento una ráfaga de Viento se coló por entre el follaje espeso y nos abrazó a los tres. El anciano, de unos setenta años, volvió a reír y dijo: "Cuando somos libres podemos experimentar el amor de Dios en la Naturaleza. Sientan el Viento que les da la bienvenida y esperemos que caiga la noche para que las Estrellas y la Luna nos confirmen el destino de este niño". El hombre alzó la voz como dirigiéndose a los árboles que circundaban el lugar y casi gritando dijo: "Porque este niño no está enfermo, ¿verdad compañeros? Lo que tiene este niño es que

no ha terminado por bajar del cielo, sigue viendo con el Espíritu y por ello aún no ve con sus ojos. Pobres de aquellos que sólo pueden ver con sus ojos, bendito este niño que sigue viendo con su Espíritu”.

Mi madre empezó a llorar y yo sentí que una energía indescriptible subía desde la tierra, atravesaba mis pies y recorría todo mi cuerpo, haciéndolo vibrar de manera hermosa. “¡Ay de los seres humanos, no entendemos nada pues somos ignorantes de nosotros mismos! Calma jovencita, contempla a tu hijo feliz y alégrate porque estás haciendo lo que toda madre debe de hacer, traerlo a casa”. Mi madre entonces comprendió que ahí estaríamos durante varias horas, o tal vez hasta el día siguiente.

El hombre de pequeña estatura, que por sus palabras ya le parecía un gran hombre a mi madre y le infundía un gran respeto, caminó por una vereda que ella no había observado al principio. Mi madre me tomó de la mano para guiarme y lo siguió. “Perdón, ¿usted es Arteago?” le preguntó mi madre un tanto apenada mientras avanzábamos sin saber a dónde, pero con mucha confianza. “El mismo que viste y calza, aunque yo no calzo”, le respondió el hombre volviéndose a reír y recalcando que él andaba a pie por el bosque sin preocupación alguna. Mi madre le lanzó una segunda pregunta: “¿Y me podría decir quién era la niña que me visitó en mi panadería para recomendarme que viniera a visitarlo a usted?”. El hombre no respondió y mi madre, sin saber si él no le había escuchado o si no le había querido responder, siguió caminando.

Llegaron a una pequeña cueva en la caída de un cerro, la cual no parecía construida por manos humanas sino más bien hecha por el mismo paso del tiempo. Arteago se sentó en unas piedras colocadas en círculo alrededor de los restos de una fogata que parecía haber estado encendida la noche anterior, y comenzó a entrelazar unas largas hojas de palma. Mi madre se sentó en silencio y al cabo de unos minutos él le dijo: “Aquí tienes los nuevos zapatos para tu hijo, cúbrelos con esto, comenzará a refrescar pronto. Esto es mejor que sus zapatos hechos de hule, que lo separan de la Madre Tierra, mientras que estas hojas lo conectarán a ella. Algún día un abuelo de mucha sabiduría me dijo que Dios nos había hecho como árboles caminantes, y razón tenía. Pero los seres humanos se olvidan de dónde vienen y visten aquello que los desconecta de su origen. Aquel que vive desconectado de su origen no sabe cuál es su destino ni su misión”. El hombre hizo silencio.

“Mi hijo tiene epilepsia.. además de que no puede ver”, le puntualizó mi madre, y el hombre de poder le dijo: “Es una respuesta del cuerpo de tu hijo ante el entorno que habita. Él no es de la ciudad, yo creo que él es del campo. Allá su

cuerpo hace corto circuito, pero estoy seguro de que acá no le sucederá. Pero veamos más tarde que nos dicen las Estrellas y la Luna, pues en el mapa estelar podemos ver quién es cada hijo de la Tierra. No te diré su futuro porque a mí me gusta permitir que nos sorprenda, aunque podría decirlo porque todos los tiempos son uno y se nos presentan en todo momento frente a nuestros ojos”.

Mi madre se quedó un tanto sorprendida y reflexiva: ¿sería que en realidad yo no pertenecía a la ciudad y me tocaba vivir en el campo? ¿realmente se podía leer en las estrellas quién era yo? ¿sería cierto que este hombre podía ver el futuro y que todos los tiempos eran uno solo? Todo estaba por aclararse, como él decía, cuando cayera la noche.

Pasaron las horas, mi madre a veces estaba sentada y en otras apreciaba meditativa el bosque. Yo me paseaba a mis anchas, como si viera claramente, feliz como nunca lo había estado. Don Arteago juntó un poco de leña, acariciaba cada tronco como si tuviera vida y lo bendecía con palabras en su dialecto; después lo colocaba con amor y respeto en el centro del círculo de piedras. Cuando el sol se estaba poniendo él encendió la fogata golpeando dos piedritas, soplando yesca seca y diciendo: “Se nos va un Sol pero encendemos otro, la cuestión es sentir el amor de algún Sol y su calorcito”.

En cuanto el Fuego apareció él lo olfateó y después hizo un ademán con sus manos, hacia su rostro, como queriendo absorber el calor que se desprendía. Cuando escuché el crujir de los maderos quemándose me acerqué a la hoguera a una distancia segura y mis ojos se clavaron fijos en ella. Y aunque no la veía, la sentía.

“Comienzan a aparecer las consejeras”, dijo satisfecho aquel hombre de poder como anticipando grandes respuestas. “Es hora de comenzar”. “¿Y ahora qué hacemos?”, preguntó ingenua mi madre. “Pues preguntar y escuchar. Es eso lo que se hace con las consejeras”, dijo él muy familiarizado con el proceso que se iniciaba. Mi madre volvió a preguntar: “¿Y debo preguntar yo o usted lo hará por mí?”. “Ni tú ni yo, esta es la noche de tu hijo, nosotros sólo seremos testigos. “Shhhsss que ya están a punto de comenzar a hablar. Nosotros sólo somos mirones y los mirones son de palo”, y se rio con una carcajada que trató de contener, decidido a honrar el sagrado momento que estaba presenciando.

Mi madre se mantuvo expectante, dejando que el espíritu de su hijo dialogara con las estrellas, intentando creer en lo que sucedía o estaba por suceder. Su necesidad de creer representaba la gran necesidad que tenía de que yo sanara. Yo, guiado por la fuerza del momento, sintiéndome libre, me recosté muy cerca del fuego y me dormí. Mi madre se sintió un tanto decepcionada e inquieta al

pensar que si yo estaba dormido no podría haber diálogo ni sanación, pero aquel hombre la calmó diciéndole: “Llegó el momento”.

Él dirigió su mirada al cielo y ella, siguiéndolo a él, también alzó su mirada. Al cabo de unos momentos, de manera sorprendente, sobre el lienzo oscuro del cielo estrellado, hermoso, comenzó una lluvia de Estrellas. “Una, dos, tres...el Cielo está feliz”, dijo él dando un gran suspiro. “Cuatro, cinco, seis, siete... tu hijo está protegido. Ocho, nueve, diez... tu hijo ha sido bendecido. Once, doce, trece... está confirmado, él es un elegido”. Y la lluvia de Estrellas cesó.

El hombre, que parecía que estaba viviendo un momento mágico y sintiéndose humilde ante el poder del Universo, me tomó en sus brazos y entonces yo desperté. Me elevó hacia lo alto y ante la mirada iluminada de mi madre, pero dirigiéndose al Fuego, dijo: “Él es tu hijo, que se haga en él tu voluntad. Que los cuatro rumbos le susurren, que los cinco elementos le den fuerza, que las siete puertas se abran en él, que la serpiente del conocimiento se eleve por su columna, que sus manos se llenen de calor y multipliquen bendiciones, que su corazón ilumine caminos”.

Me puso en los brazos de mi madre, tomó un leño con la punta encendida y procedió a hacer dibujos en el cielo mientras entonaba: “Es la Noche, es la Noche, la que nos despierta. Es el Fuego, es el Fuego, el que nos da calor. Es la Tierra, es la Tierra, la que nos nutre de amor. Es Diosito, es Diosito, quien lo pinta todo de luz. Este niño es un protegido, este niño es un bendecido, este niño es un Sanador”.

Mi madre no parecía entender mucho lo que estaba sucediendo, aunque le había parecido mágico que justo cuando me dormí las Estrellas brillantes comenzaran a desfilar por el Cielo. El hombre de poder, que entendía mejor que nadie el lenguaje del firmamento, se vio en la necesidad de aclararle lo que ocurría: “Tu hijo está destinado a ser un Sanador, un hombre que despertará conciencias, ayudará a miles a recordar lo que son verdaderamente, así lo acaban de confirmar las Estrellas. Pero primero el Sanador tiene que sanar. Tendrá que pisar mucho la Tierra con sus pies descalzos, comer más lo que más Sol reciba, tomar agua limpia de río o manantial, ayunar un día al mes cuando la Luna sea llena, aprender desde joven sobre el poder de su energía sexual y honrar a cada mujer que sus ojos vean. Tu hijo, para dejar huella por donde camine, tendrá que honrar a Dios todos los días, acostumbrarse a disfrutar su soledad que es cuando el Universo le compartirá su sabiduría y dormir en cuartos totalmente oscuros. Él, que aún es pequeño de tamaño pero ya es grande de luz, aprenderá a hablar con el fuego, la lluvia, el agua, las estrellas, los árboles y los animales, porque cada creación de Dios es un mensajero. Que no se apegue a nada que le

impida reconocerse a sí mismo. Que sean su linaje y el amor a Dios sus fuentes de poder. Enséñale a creer en sí mismo con tu ejemplo. Recuerda hija, descendiente de madre guerrera, guerrero será. Que él sepa, entrando a su adolescencia, que es un elegido, y que esa responsabilidad no implica un sacrificio, sino que es un honor. Tú vivirás grandes retos en el camino de su sanación, pero sanándolo a él sanarás tú, y sanando tú él avanzará también. Dios estará con ustedes en todo camino por el que avancen”.

Como a las nueve de la noche aquel personaje se acercó a mi madre, puso sus manos suavemente en su cabeza, y ella cayó profundamente dormida. La despertó el canto de los jilgueros al amanecer, mientras yo jugaba plácido entre las plantas y árboles. Y pese a que yo aún no veía hacia afuera, parecía que allí no era tan necesario ver lo externo. Después de esperar por unos minutos, Arteago apareció sonriendo entre los árboles y le dijo a mi madre que su taxi estaba por llegar en cualquier momento.

Mi madre, sin cuestionar cómo lo había conseguido, se puso sus zapatos y tomó su morral, buscando allí dinero para hacerle una donación a Arteago como símbolo y gesto de gratitud. Cuando me iba a poner los zapatos, aquel hombre la detuvo y le pidió que no lo hiciera, que aprovechara el camino para que yo tocara más Tierra. Ella, tomándome de la mano, siguió a aquel hombre hacia quien ya sentía una profunda gratitud. La paz interna que sentía mi madre era mayor que con la que había llegado, y su vida y la mía comenzaba a cobrar mayor sentido en su mente y en su corazón. Al llegar a la carretera no vio a ningún taxi, pero pronto, detrás de una curva, apareció uno a toda velocidad aunque no parecía tener intenciones de detenerse. Don Arteago hizo un movimiento de brazos y manos, como jalando Viento del interior del bosque y llevándolo hacia la carretera, y una gran parvada de jilgueros surgió de entre los árboles y atravesó tempestuosa el vidrio delantero del taxi obligándolo a detenerse justo a unos pasos de nosotros. “Te dije que estaba por llegar tu taxi, Verónica. Les deseo buen viaje. Vuelvan cuando tu hijo llegue a la adolescencia y esté por dar su gran paso”.

El conductor parecía atolondrado por lo que acababa de suceder y a través de la ventana nos preguntó si íbamos a la ciudad. Mi madre le dijo que sí y él nos abrió la puerta. Ella, durante el trayecto, se cuestionaba cómo era que Arteago había descubierto su nombre, si ella no recordaba habérselo dicho en ningún momento. También se preguntaba sobre el *gran paso* que yo habría de dar en la adolescencia y meditaba sobre qué hacer de ahí en adelante. Era claro que yo pertenecía más al bosque que a la ciudad, pues en un entorno natural me

sentía más feliz y con mayor confianza, y le parecía que en el campo tal vez no experimentaría los ataques epilépticos que me dejaban moribundo cada vez que se presentaban en la ciudad.

Al doblar la esquina de mi casa, mi mamá pudo ver a un hombre sentado en la acera. Enfocó su mirada y pudo reconocer a Daniel, mi padre. Al acercarse a él se sintió un poco sorprendida ya que después de varias semanas de aquel encuentro en la Panadería Vélez no había dado señal alguna, pero lo miró fijamente esperando sus palabras. Él, un jovencuelo confundido emocionalmente, pero con gran fuerza para trabajar y voluntad para seguir instrucciones, le dijo quedamente y con la cabeza agachada: “Pues aquí estoy, quiero ayudarte y quiero jugar con mi hijo cuando tú lo permitas”. En la cabeza de mi madre se urdió un plan en pocos segundos, le pidió que la esperara y fue a dejarme a la recámara.

Al volver, le dijo de una manera clara para que no hubiera malentendidos: “Muy bien Daniel, acepto tu ayuda, pero te pido que no esperes que te ame; agradezco tu paternidad y nunca más quiero hablar de cómo sucedió. Simplemente concentrémonos en la gran bendición que Dios nos mandó. Un hombre de mucha sabiduría, o chamán o no sé qué es, al parecer encontró la cura de la epilepsia de nuestro hijo, y quizá también de su ceguera, así que necesitaré de toda tu ayuda para su tratamiento y aquí en el negocio”. Él asentía a cada frase que mi madre le decía, como listo para seguir sus instrucciones.

Entraron a la casa-panadería y ella comenzó a indicarle cómo funcionaba el negocio. Mi madre, mentalmente, seguía tejiendo el plan para que mi padre tomara las riendas de la panadería y ella poder instalarse conmigo en alguna casita en el bosque, al menos por una temporada. Estaba firmemente decidida a comprobar si mis convulsiones al vivir en medio de la Naturaleza desaparecerían. Necesitaba unos quince días para comprobarlo, ya que normalmente en la ciudad en ese periodo mi cuerpo padecía uno o dos ataques.

Al cabo de una semana mi papá, que no era la pareja de mi mamá, sino su empleado o, para que se escuche más bonito, su aliado, estaba suficientemente entrenado para quedarse al frente del negocio al menos por dos semanas. Él le había renunciado a Don Manuel aunque no le había revelado a dónde se iría a trabajar. Varios empleados escucharon que Don Manuel le gritó a mi padre al irse: “Lárgate si quieres. Lo único que te advierto es que si te vas a trabajar a otra panadería y les pasas nuestras recetas, te mato”.

Capítulo 6

La jovencita bajita y delgadita que se había tenido que convertir en toda una mujer al cabo de unos cuantos años, apenas había cumplido los 19 años y ya era capaz de tomar decisiones contundentes en beneficio de su hijo. Siguiendo las recomendaciones de Don Arteago buscó en el campo, en las afueras de la ciudad, un tejabán para rentar en el que pudiéramos pasar una corta temporada. Hizo maletas con lo necesario y más pronto que tarde estábamos instalados en una casita muy sencilla en el ejido Cocotitlán, a media hora de Oaxaca. La casa tenía dos cuartitos, cada uno había sido construido en diferente época. Se notaba así porque la cocina era de sillares de barro y la recámara era de ladrillo rojo. En ambos casos el techo se formaba de vigas de madera largas con hojas de lámina acanalada, y clavos y piedras sostenían a los maderos. El aire se colaba por todos lados, pero eso ya lo iría reparando poco a poco Daniel en sus visitas los fines de semana, quien era incondicional de mi madre, y mío, no sólo por paternidad sino por culpabilidad.

Por fuera estaba el baño, que era un cuartito rudimentario de madera con una letrina a la que había que echarle cal cada vez que lo utilizábamos. El dueño, un rancharo de la zona, le había dicho a mi madre que había que hacerlo así para desinfectar y para no atraer animales carroñeros. Tenía un patio relativamente grande y en un rincón había muchas llantas viejas apiladas que pronto mi madre usó como macetas. No se apreciaba ninguna otra casa cerca, más que la del rancharo a unos 800 metros. Él le había prometido que ahí estaríamos seguros, que él y su gente nos cuidarían. Lo importante era que había arbolitos por todos lados, que el pasto del jardín me permitía andar descalzo y que ahí mi madre estaría al cien por ciento conmigo, al menos mientras se inventaba qué hacer porque parecía que siempre necesitaba estar creando algo productivo.

Una vereda de tierra conectaba nuestra casita con la orilla de la carretera, y todos los días mi madre la caminaba de la mano conmigo para visitar una tiendita y comprar algunas cosas para las comidas. Hacíamos más de media hora de caminata, pero al cabo de los días se convirtió en un paseo que ambos apreciábamos mucho. No había presentado ninguna convulsión en el transcurso de la primera semana, por lo que mi madre cada día se convencía más de que aquel hombre sabio, que leía señales en las Estrellas, realmente tenía razón, y que era la ciudad la que provocaba cortos circuitos en mi cerebro. Las palabras de aquel hombre cada vez se comprobaban mejor con el pasar del tiempo: yo estaba hecho para el bosque, no para el asfalto.

Las dos semanas de prueba pronto se convirtieron en varios meses, pues al final de cada mes mi madre renovaba el acuerdo con el ranchero que le había rentado la casita. Daniel daba muestras de poder administrar bien la panadería con las instrucciones que mi madre le daba cada sábado o domingo que él llegaba a visitarnos. Ellos pasaban horas platicando del negocio, y saberse productiva y al frente de su propia panadería hacía sentirse bien a mi madre. Daniel la escuchaba con mucha atención y en ocasiones se atrevía a jugar conmigo a los carritos o con una pequeña pelotita, aunque lo que yo más disfrutaba es que sembráramos juntos alguna plantita en el jardín. Él aún no me decía que él era mi padre, tal vez por temor, o tal vez porque mi madre aún no se lo permitía. El resto del tiempo se la pasaba reparando puertas, tapando huecos por donde se colaba el viento y ajustando sillas y mesas desvencijadas.

Un buen día, después de llevar varios meses ahí, mientras nos dirigíamos a la tiendita a un costado de la carretera, divisamos a una mujer joven cortando florecitas silvestres. A mi madre le causó interés esa mujer, a quien nunca había visto, pues su presencia allí parecía como fuera de lugar. Pero como en el Cielo se tejen situaciones que en la Tierra no entendemos, y mi madre ya se estaba acostumbrando a estas, caminó hasta ella llevándome de su mano. Mientras nos acercábamos a ella me la describió como una mujer de quince años, muy blanca, hermosa como pocas, vestida impecable con unas ropas de lino blanco y algunas florecitas adornaban su cabellera oscura.

Nos vio venir, pero siguió cortando florecitas y llenando sus manos con ellas. Cuando estuvimos muy cerca ella comenzó a hablar: “Llévate unas florecitas para tu casa, la adornarán bien”, y le entregó un ramito a mi madre. “Son muy raras por aquí, y cuando crecen me gusta tomar un poco de ellas, primero hay que pedirle permiso a la Madre Tierra para cortarlas. Se hace con suavidad, para no maltratar tus manos, pero sobre todo para no maltratarlas a ellas. Son bonitas

pero huelen mejor, y si las pones en un jarrón con agua se mantienen vivas y hermosas por varios días. Eso sí, hay que cantarles de vez en cuando, no porque escuchen tu canto, sino porque sienten tu felicidad cuando tú cantas”.

Mi madre estaba fascinada con lo que escuchaba, mientras yo me dedicaba a olerlas. “Que hermoso tu hijo, te felicito por ser una gran madre a pesar de las circunstancias en que llegó a tu vida”, dijo la mujer para sorpresa de mi madre. “Yo creo que Inés les podría ayudar a ti y a Yao”. Mi madre se quedó boquiabierta al escuchar mi nombre de los labios de esta extraña joven, quien entonces le extendió un pedazo de bolsa café, idéntica a las que se usaban en la panadería La Polvorona, con una dirección escrita. Mi madre lo tomó, parecía una repetición de lo que ya había vivido con la niña y con la viejecita anteriormente. Tuvo que preguntarle y no quedarse con la duda: “¿Quién eres tú?” A lo que la mujer radiante respondió: “Soy la mujer que corta florecitas, pero quien primero les pide permiso para hacerlo”. Mi madre sonrió sintiendo una confianza plena en la mujer y sintiéndose protegida por ella.

La mujer, antes de retirarse, cruzó su mirada fijamente con la de mi madre, quien estaba segura de que era la misma mirada de la niña y de la viejecita, incluso de la curandera del mercado, pero no quiso decir nada. La cortadora de florecitas, ya a lo lejos, se volteó y le dijo: “Extraño tus bollitos, esos de piel brillosita, nadie más los hace como tú. Tienes un gran hijo, y él tiene una gran madre en ti. El bosque está feliz de que estén viviendo aquí”.

Caminamos el resto de la vereda hacia la tiendita, y aunque mi madre estaba llena de preguntas, sintió una gran calma. Poco a poco iba abriéndose a las señales del Universo, esas que nos guían a lugares mágicos cuando las escuchamos. Ella no sabía cómo habíamos llegado a ese mágico aquí y ahora que ahora vivíamos, pero cada vez se resistía menos. La resistencia le había traído dolor, en tanto que un sabio fluir nos estaba trayendo bendiciones. En mi juventud un temazcalero me habría de contar que su padre, ya fallecido, en un sueño le había dicho: “Es mejor ser copiloto del auto de tu vida y dejar que Dios y el Universo conduzcan pues ellos tienen billones de años de sabiduría, mientras que como copiloto puedes disfrutar más el paisaje”. Pero a esos aprendizajes llegaremos en su momento, no quiero adelantarme, si bien me estoy saboreando al escribir y contarte la historia de la vida de mi madre y de la mía.

Antes de llegar a la tiendita, mi madre abrió y leyó el papelito que aquella mujer hermosa le había entregado dobladito, el cual decía: “La Bruja Inés, Calle 16 Sur, #23, Comitán Chiapas”. Las señales se intensificaban y ahora nos enviaba más allá de las fronteras de nuestro estado, pero para mi madre resultaba

claro que si hasta allá nos mandaba la mujer, pues hasta allá habría que hacer el esfuerzo de ir. La fe nos guiaba y yo comenzaba a disfrutar esos paseos con mi madre, pues nuestros lazos se estrechaban con cada nueva experiencia. Su lucha incansable por mi salud era la prueba más grande de su amor hacia mí y pese a que yo no podía ver, me sentía feliz porque podía oler, oír, palpar y sentir cosas nuevas, espacios diferentes y escuchar la descripción paciente que mi madre iba haciendo de los paisajes por los que atravesábamos o de las personas con las que entrábamos en contacto.

Mi madre dejó todo organizado en la panadería y con mi padre para poder hacer el viaje. La noche antes de emprender el viaje a Chiapas ocurrió algo curioso y fue que me desperté a media noche empapado de sudor y jadeando. Mi madre se levantó asustada y me abrazó preguntándome qué me pasaba. Yo, con las pocas palabras que podía pronunciar en aquella la época, le dije: “No quiero volver a ese lugar, no quiero volver”. En el sueño sentía que el piso de las banquetas afuera de nuestra casa estaba caliente, quemaba mis zapatitos, y yo brincaba hacia la calle pero el asfalto era acuoso y movedizo, mis pies se hundían y no podía avanzar. Además, el ruido de la ciudad era abrumador: estruendosos sonidos de carros y máquinas, gente gritando, ambulancias rondando y campanas repicando penetraban por mis oídos y atravesaban mi cerebro, provocando cortos circuitos. Yo gritaba y nadie me oía. Extendía mi mano para ser rescatado por mi madre pero ella no me alcanzaba. Sentí muy de cerca el tormento de la ciudad, y comprendí que mi cuerpo era demasiado sensible frente a tantos estímulos. Esa noche supe que mi lugar sería para siempre cualquier espacio que estuviera lejos de la ciudad.

Esto se confirmó el día posterior, pues en nuestro camino a Chiapas tuvimos que pasar por la ciudad ya que mi madre debía atender unos asuntos pendientes, a pesar de yo haberle expresado mi miedo de estar en la ciudad. Mientras ella revisaba cuentas de la panadería con mi padre, comencé a sentir unos martillazos en mi cerebro y las convulsiones me tiraron al suelo. Mi madre me rescató en sus brazos y pudo controlarme, tal vez su calor fue mi medicina en esos momentos, pero todo esto no hizo más que ayudarlo a confirmar que mi destino estaba entre los árboles, no entre las calles.

Daniel nos llevó a la central de autobuses y se despidió efusivamente de nosotros. Ese día, lo recuerdo como si fuera ayer, fue la primera vez que él me abrazó. Sentí que un calor recorrió todo mi cuerpo, y aunque me pareció curioso, lo disfruté. A mi madre le extrañó el abrazo que él me dio, pero lo permitió. Ella le dio las gracias en un tono un tanto seco y nos subimos al autobús rumbo a Comitán.

Capítulo 7

Después de casi doce horas de trayecto, el autobús que nos transportaba arribó a Comitán al mediodía. Comitán era una hermosa ciudad y sigue siéndolo. Mi madre me la iba describiendo con detalle ya que le gustaba que yo imaginara todo lo que ella veía. Ella, hasta cierto punto, veía por mí. “Este es un parque con muchos árboles, parece que los han podado porque están parejitos todos, los pajaritos se arrecholan en sus ramas. Hay unas bancas muy antiguas de acero y por allá unos señores que venden fruta cortada en rebanadas. La música que se escucha es la de un organillero, como el que toca en el parque cerca de la panadería”. Yo la escuchaba y dibujaba en mi mente todo lo que ella me describía.

Descansamos unas horas en un hotelito que encontramos, a pocas cuadras de la dirección que buscábamos, ya que nos había resultado fatigoso el viaje con tanta parada del autobús para subir y bajar pasajeros. Aproximadamente a las cinco de la tarde caminamos en busca de la Calle 16 Sur #23. Tocamos la puerta indicada, que mi madre me describió como de color verde cáscara de aguacate, y al cabo de unos instantes nos abrió una mujer. Tenía los ojos cerrados y una gran sonrisa, y su cabellera gris y sus leves arrugas indicaban que tenía aproximadamente sesenta años. No dijo nada, extendió su mano derecha y toscamente la puso primero sobre el rostro de mi madre y después sobre el mío recorriendo con sus dedos mi frente, cejas, ojos, nariz, labios y finalmente revolvió mi cabello. A mi madre de inmediato le quedó claro, ella también era ciega.

“Buscamos a Doña Inés”, dijo mi mamá. Ella respondió: “Ninguna doña, no me hagas sentir vieja; mejor Bruja, así me haces sentir poderosa, aunque el único poderoso es Dios y nosotros solamente somos sus canales”. Ya con eso

se ganó nuestra confianza. Pasamos a su casa y nos sentó en un sofá. Mi mamá se quedó viendo una gran figura de cerámica sobre una mesa, como queriendo reconocerla. “Todos se quedan viendo al Arcángel Miguel, les sorprende que le tenga vendados los ojos. Él es el ángel del amor, el de la luz amarilla que todo lo regresa al amor. Porque, como sabrás, sanar el cuerpo, la mente o el corazón es simplemente cuestión de regresarlos al amor. El amor es una medicina espiritual que cura cualquier dolor, porque el dolor es una idea terrenal. El amor lo crea Dios, el dolor lo creamos nosotros”. Y mientras continuaba con su cátedra, me tomó de la mano y me llevó a tocar con mis manos la figura del Arcángel Miguel, de casi un metro de altura. Ella me ayudó a pasar mis manos por todo el cuerpo de la escultura, incluyendo su espada.

Ella seguía: “El ser humano es un ángel atrapado en un cuerpo que se debilita fácilmente y una mente que olvida con facilidad, pero cuando la persona recuerda quién es realmente, entonces la fuerza y la salud regresan a su vida. Desde cuando perdí la vista aprendí la lección de que el poder de nuestro ángel lo teníamos que usar para el bien y no para el mal. De joven yo jugaba con mi poder, e hice muchas travesuras, una de las cuales me costó la vista, pues me metí con quien no debía. Él no llegó a saber el bien que me hizo, enfermó y murió misteriosamente días después de haberme privado de la vista. Me encerré por varios años en un cuarto de cuatro paredes, y me hubiera quitado la vida si hubiera tenido con qué, pero mi abuela me protegió porque hasta mis padres se dieron por vencidos. Pero al cabo de un tiempo lo entendí todo, gracias a Miguelito, él me sanó. Se metió en mí y me ayudó a ver hacia adentro. Yo me quería morir porque creía que uno vivía del ver hacia afuera, cuando en realidad es viendo hacia adentro como uno vive realmente. El que mira hacia adentro despierta, el que sólo vive mirando hacia afuera vive hipnotizado. Me llenó de luz amarilla, hice las paces con mi ángel, con mi poder interno y decidí poner mi fuego al servicio de los demás. Mi hermano Miguel, o Miguelito como le digo en forma cariñosa, porque no le gusta que le digan Arcángel, dice que es mucha soberbia emplear títulos y que al lado de Dios no hay jerarquías. Él hizo un pacto conmigo, dejar de ver también, así que me pidió que lo vendara. Yo sé que está medio loco eso, pero mi verdad es mi verdad y es la que me sana”.

Dio un respiro, me buscó tentando el sofá hasta encontrar mis piernas y me preguntó: “Y tú niño, has sido bendecido, dale GRACIAS a Dios por tu ceguera. Algo te voy a asegurar y quiero que me creas, cuando aprendas a ver hacia adentro y escuchar la voz de tu Ángel, podrás ver hacia afuera. Tú sí tienes ojos, pero es cuestión de que estén listos para ver”. Era la primera vez que alguien me decía tan contundentemente que algún día podría ver lo que en ese momento sólo

olía, tocaba, o escuchaba de labios de mi madre. Recuerdo ese momento como si hubiera sido ayer. Yo apenas tenía dos años y medio, pero fue un encuentro muy emocional y lo que bien sientes nunca se olvida.

La Bruja, como le gustaba que le dijeran, se colocó frente a mí y puso sus dos manos circundando la parte alta de mi cabeza, como si esta fuera una bola de cristal y algo quisiera leer en ella. Sus pulgares oprimían ligeramente mi entrecejo y entonces inhaló profundamente y después fue exhalando el aire poco a poco por su boca directo hacia mi frente. Comencé a visualizar pequeños estallidos luminosos, como estrellitas que aparecían y desaparecían en el mar de oscuridad. De pronto visualicé una columna de luz amarilla, muy nítida, y a la altura de su centro comenzaron a salir unos chispazos que parecían alas.

Yo aún no tenía un lenguaje tan amplio como para describir lo que veía, pero la Bruja me ayudó a ponerle palabras a mi visión: “Ahí está, la luz amarilla de amor y de sanación de nuestro hermano Miguel, la columna espiritual alada de luz. Eso quiere decir que sí ves, y esa luz te guiará para que puedas ver mucho más. Déjate llevar por ella, confía, confía, confía...”. En ese momento muchas imágenes se me vinieron a la mente, como pasajes de mi vida que yo no había visto con mis ojos abiertos, pero que sí habían quedado registrados en mi memoria; tal vez representaban lo que yo había construido internamente con base en lo que había sentido y escuchado en el exterior. Estaba viviendo una regresión, un viaje hacia los días recientes. Ahí estaba yo comiendo pan junto al regazo de mi madre en el autobús, recibiendo un abrazo de despedida de Daniel, caminando la vereda rumbo a la tiendita de la carretera, y de repente zaz, pum, apareció en mi visualización la mujer hermosa que nos había dado la dirección para llegar hasta la Bruja Inés. “Mujer bonita” pude decir yo en voz alta. Mi madre se sorprendió y me preguntó: “¿Qué mujer bonita?”. Inés, como si estuviera viendo lo que yo veía, exclamó con naturalidad: “La cortadora de florecitas”. Era increíble. ¡Dos ciegos viendo algo que parecía ilógico, pero algo que era tan real como mágico!

La Bruja me pidió que siguiera a la mujer de las flores, que no le perdiera el rastro. La bella mujer comenzó a caminar y yo a seguirla, hasta que llegó a un espacio en el bosque lleno de aves y mariposas; eran tan reales que sentía que revoloteaban cerca y agitaban mis cabellos. “Se te hará una limpia... déjate limpiar”, me dijo al oído Inés. Sentí que las aves y las mariposas alivianaban completamente los pesos que había sobre mi cabeza, espalda y hombros. El cansancio que aún sentía por el largo viaje desapareció mágicamente. “Ellas se llevarán no sólo tu cansancio físico, sino también el cansancio mental. Te has esforzado por ver lo que aún no ha llegado el momento de ver. Te has

esforzado por entender lo que aún no ha llegado el momento de entender. Los tiempos de Dios son perfectos, el hermano Miguel lo sabe y te manda esos animalitos para limpiarte”.

Tras haberme quitado todo el cansancio e impurezas de adentro pero también las que me rodeaban, comencé a visualizar que dos enormes alas verdes comenzaban a salir de mi espalda. “Si ya puedes ver tus alas es hora de que comiences a volar. Dios nos da alas para que las usemos, no para guardarlas. Si ves las alas es porque Dios confía en ti, ahora sólo falta que tú confíes ti. Si Dios no te pone límites, no te los pongas a ti mismo”. Escuchaba estas palabras que no entendía muy bien a mi corta edad, pero las sentía y me trasmitían mucha paz y fortaleza.

Y comencé a volar, como en varias ocasiones mi madre me había contado que las águilas lo hacían. Y comencé a sonreír, sonreía mucho. “Volar de esta manera nunca lo podrás hacer con tus ojos abiertos, así que disfruta el poder hacerlo con tus ojos cerrados. Ya ves que estar ciegos, para nosotros que somos capaces de disfrutar la magia, no es tan malo. Algún día podrás ver, pero por lo pronto vuela mucho en tu visualización interna. La magia interna existe, hacia afuera todo es muy fijo, pero hacia adentro todo es flexible”.

A los pocos minutos ella apartó sus manos de mi cabeza y fue como si me desenchufaran de la corriente eléctrica: me quedé plácidamente dormido. A partir de ese día supe que algún día vería con mis ojos externos. Si ya era capaz de ver hacia adentro, que es lo más difícil, ver hacia afuera sería relativamente sencillo. La fe y la confianza serían siempre mis aliadas en mi sanación. No niego que a veces me desesperaba porque me golpeaba con algún objeto a mi paso o porque otros hablaban de algo que yo no podía ver, pero lograba que ese enojo se pasara pronto.

Luego de esto la Bruja trabajó con mi madre mientras en mis sueños yo seguía volando. Tiempo después, cuando adquirí más conciencia, ella me contó que la sanadora de Comitán le había puesto sus manos en el corazón primero y después en su vientre. Le había dicho que así sanaría las rasgaduras de su corazón y de su vientre con el poder de su propio Ángel y de su hermano Miguel. Mi madre había visualizado las heridas en su cuerpo y en su corazón y pudo ver que una luz amarilla amorosa la había suturado poco a poco, sin dolor alguno.

Al volver a Oaxaca Daniel fue a recogernos a la central de autobuses. Mi madre no quiso pasar a la panadería por temor a volviera a experimentar alguna convulsión al pasar más tiempo en la ciudad, así que le pidió que nos llevara directo a nuestra casa en el bosque. Al llegar, me fui directo al patio, a jugar, pues

me había vuelto experto en navegar por esos espacios que me eran tan familiares. Ellos se quedaron adentro platicando lo que nunca supe, pero de lo que sí conocí el resultado. Al cabo de media hora mi madre me llamó al interior y me reveló que Daniel era en realidad mi padre. Me dijo que lo consideraba un gran hombre, que estaba feliz de que él fuera mi padre y que yo era afortunado de tenerlo a él como padre. No pude pensar mucho al respecto, sólo recuerdo que sentí una especie de alivio, una especie de felicidad calmada. Él me abrazó y me prometió que de ahí en adelante nos visitaría mucho más seguido.

A partir de ese momento mi padre trabajó el doble, me abrazó y jugó conmigo el triple, y sé que amó a mi madre más que nunca. Al sanar ella sus heridas se estaba permitiendo abrirse a sentir como nunca lo había hecho desde su nacimiento, y más que sólo sentir, a expresar, poco a poco y con discreción, sus sentimientos. El amor entre mis padres había nacido muy poco a poco, entre entendimiento, sanación y gratitud, pero se había ido inflando como un pan de yema en el horno y nada lo detuvo. Como mi madre algún día me lo dijo, tal vez haciendo referencia a su propio proceso de enamoramiento con mi padre: “Del odio al amor hay sólo un paso: paz interna”.

Capítulo 8

Cierto día se nos venció el plazo acordado con aquel ranchero para ocupar el tejabán. Dos semanas se habían convertido en casi 10 meses. Estábamos ante tres posibilidades: o lo comprábamos, o nos comprometíamos a rentarlo por un año completo o desocupábamos. A mi madre ese espacio no le pareció tan prometedor como para pensar en comprarlo, así que tuvimos que idear un nuevo plan. La idea de mi madre era sencilla: ella y yo nos mudaríamos al campo, me conseguirían una maestra a domicilio, y mientras yo recibía las clases ella viajaría a la ciudad y estaría junto a mi padre para administrar la panadería.

Mi madre no podía arriesgarse a otro ataque más ya que en esa última ocasión mis gestos le hicieron saber que “me había dolido hasta el corazón”. Así que mi madre aceptó el ofrecimiento de unos tíos de mi padre, y nos instalamos temporalmente en un cuartito de su casa en el campo, mientras encontrábamos algún otro espacio que pudiéramos comprar. Y fue muy temporalmente, porque al cabo de unos días el tío de mi padre, que sufría de alcoholismo, comenzó a acercarse a mi madre con intenciones poco cordiales, y nos tuvimos que mudar nuevamente.

Por aquellos días, hipotecando la panadería, compramos el ranchito donde crecí, en el poblado de San Felipe del Agua, a unos 40 kilómetros de la capital de Oaxaca. Al principio sólo había una casucha desvencijada, pero mi padre y uno de sus hermanos poco a poco fueron construyendo cuartos y nuevos espacios, de modo que al año ya lucía como una casa.

La dedicación y esfuerzo de mi padre eran impresionantes. Crecí escuchándolo y sintiéndolo trabajar, tanto en la panadería como en el rancho. No sé si era sólo el amor lo que lo movía, o en su corazón guardaba una gran culpa que lo hacía buscar, a través de sus buenas obras, el perdón de mi madre. Nos habíamos acercado mucho él y yo, y él me tenía una gran paciencia.

Mi madre, que llevaba la productividad en las venas, para buscarse algo que hacer cuando estaba en el rancho, comenzó a sembrar Palmas de Cacao alrededor de la casa, pensando que en algún momento podría surtir tanto a su panadería como a otros locales que lo utilizaban. Además, como en ese rancho ya se producía Yaca, mi madre siguió cosechándola para vender. Nunca nos pasó por la cabeza que ese rancho, algún día se convertiría en un gran centro productor de Cacao, una de las plantas de poder más nobles que Dios puso en la Tierra. Tristemente, esa planta ha sido modificada genéticamente, por lo que en la actualidad ya es difícil encontrar Cacao criollo y puro.

Mi madre estaba feliz: la panadería dejaba buen dinero, yo ya no había vuelto a tener ningún episodio epiléptico y cada vez esperaba y recibía con mayor gusto la llegada de mi padre al rancho. Yo andaba descalzo el mayor tiempo posible, adentro y afuera de mi casa, lo que me permitía conectarme con la Tierra, así que me sentía pleno, sin nada que se interpusiera entre mi cuerpo y la Naturaleza. Mi madre, en solidaridad conmigo, había empezado a ayunar también los días de Luna llena, como Don Arteago nos lo había recomendado y, curiosamente, eran los días en que más paz sentíamos y en los que mejor nos integrábamos al Universo. Además, después aprendimos que el ayuno nos ayudaba a limpiar el cuerpo y a ‘resetear’ el sistema digestivo, el linfático y el neuronal. ¡Por eso lo han recomendado tanto las civilizaciones antiguas y los grandes maestros!

A mis cuatro años de edad, al tocar los árboles yo podía saber cuándo era Luna llena: los sentía un poco más frescos y fuertes que lo normal. A veces yo era el que le decía a mi madre que debíamos ayunar antes de que ella lo supiera por ver la Luna.

A mis padres los recuerdo platicando por largas horas en el portalito de la casa y tomando Cacao. Se sentaban en unas sillas de ratán protegidos por un techo de vigas de madera y teja, y colocaban sus tazas de Cacao sobre unos guacales de madera. Tal como nos había dicho la curandera Gertrudis, el Cacao les alimentaba el corazón. Mi madre, así lo sentía yo, poco a poco se iba enamorando de mi padre. Yo era un niño y poco entendía de los asuntos del amor, pero el entusiasmo de mi madre era evidente cada día que sabía que él vendría.

Un lunes en que él nos visitó le entregó un papelito a mi madre; era un pedazo de bolsa café de la panadería. Le dijo que una mujer muy hermosa había ido preguntando por ella, que se había comido ahí mismo un pan de yema de cubierta brillante y que le había escrito una dirección en ese papel. Mi madre lo abrió de inmediato, leyó la dirección y entonces me gritó: “Yao, mañana viajaremos al Distrito Federal”.

Mi padre no sabía cómo habíamos hallado a los personajes de poder, pues él era muy escéptico frente a la magia que hay detrás de la realidad. Mi madre supo en ese momento que tenía que irle platicando poco a poco, pues al fin y al cabo nos habíamos convertido ya en una familia. Mi madre, durante una de sus tardes viendo la puesta de sol tomando Cacao, se armó de valor y comenzó a contarle la historia del Río, esa que sucedió cuando ella decidió mi nombre, pero no pudo terminarla. Mi padre se soltó en llanto y no paró de llorar durante toda la noche. Al día siguiente le dijo a mi madre que nos acompañaría al Distrito Federal y dejó encargada de la panadería a una empleada.

Temprano en la mañana abordamos el autobús. Siete horas después llegamos a la Central de Autobuses Oriente. Había mucha gente y yo nunca había oído tantas personas hablando en simultáneo; así era la capital. Mis padres quisieron acudir de una vez a la dirección que les había dado aquella mujer, pues tanto mi madre como yo estábamos comenzando a sospechar que era la misma mujer curandera del brebaje, la anciana, la niña y la jovencita del vestido blanco que recogía florecitas, aunque no lográbamos explicarnos cómo funcionaba todo aquello.

Llegamos a la calle Cantera número 2 y mi madre, decidida, pulsó el timbre. Un joven abrió la puerta y nos pidió que entráramos y guardáramos silencio, mientras que a lo lejos se escuchaba la voz de un hombre que estaba dando instrucciones. Mis padres pudieron ver un saloncito con unas quince personas sentadas en el suelo en una postura que, lo sabríamos después, se denomina 'flor de loto'. El hombre que facilitaba la dinámica, sentado en el centro del salón y rodeado por todos, desde lo lejos hizo señas a mis padres para que nos acercáramos en silencio, nos sentáramos en el círculo exterior, pusiéramos la espalda recta y cerráramos los ojos. Mi madre me sentó en un sillón y me dijo que volvía en un rato, que guardara silencio. Tanto ellos como yo comenzamos a seguir las instrucciones de aquel hombre de voz fuerte e imponente, que hablaba seguidito, quizá porque al parecer había dado las mismas instrucciones durante años: "Visualiza que estás en el vestíbulo o sala de tu casa. Ahí están los muebles, sofás, artículos decorativos. La puerta de la entrada se abre y observas una luz inmensa detrás de esta. Un ser muy querido para ti, pero ya fallecido, aparece en la puerta y te extiende su mano. Te das cuenta de que llegó tu hora de partir, es hora de dejar el plano terrenal e irte para siempre al plano espiritual. Pero antes, sientes la necesidad de pedir perdón a todos aquellos a quienes alguna vez hiciste daño". Yo iba siguiendo con lujo de detalles la visualización y observé claramente la entrada de mi nueva casa, la puerta luminosa, y del otro lado estaba la que me contaron que fue mi bisabuela, a la que nunca conocí.

Después de cada instrucción hacía una pausa para permitir que los presentes visualizáramos con detalle las situaciones mencionadas. “Ahora, agrádecele a todo aquel a quien sientas que te ha faltado agradecerle algo durante tu vida”. Hizo una nueva pausa de varios minutos y así continuó con el resto de las indicaciones: “Perdona, a quien tienes que perdonar... Dile que lo o la admiras, a quien siempre has admirado... Es momento de entregar todas tus pertenencias materiales, ya no necesitarás ninguna a dónde vas, vas a un lugar hermoso en donde lo hay todo y no necesitas nada. Así que entrégale a quien le corresponde y quien las merece tus pertenencias materiales... Llegó la hora de agradecer y soltar tu cuerpo, agrádecele a cada parte de este”.

Para mí, visualizar al interior era fácil, me imagino que también lo fue para muchos que se soltaron llorando a pierna tendida. “Bien, llegó la hora de tomar esa mano extendida que te espera, de entrar por la puerta radiante que te conducirá al plano espiritual”. Y de pronto su voz se intensificó con una instrucción contundente: “Y de pronto, ¡alto, alto!, dice tu Padre Dios, ¡aún no es hora de irte, aún tienes compromisos por cumplir! ¡Esto era sólo un ensayo, para que te dieras cuenta de los asuntos pendientes que tienes en tu vida!”. Aquel hombre retomó su tono calmado: “Visualiza a Dios entregándote una charola dorada, sobre la cual están tus nuevas responsabilidades; obsérvalas y analiza cada una de ellas, son tus misiones de aquí en adelante”.

Yo visualicé claramente la charola dorada, y sobre ella una espada luminosa. Por un momento me pareció que tenía la misma longitud y forma que la espada del hermano (Arcángel) Miguel que conocí en casa de la Bruja Inés. Así se lo platicué a mis padres, quienes estaban sorprendidos al saber que yo, a mis escasos cuatro años de edad, había seguido la visualización al pie de la letra. Ellos, que también habían vivido la dinámica, lloraron mucho y pudieron sanar muchos temas atorados que traían.

Todos los participantes se retiraron y mi madre decidió que nos quedáramos hasta el final para conversar con aquel facilitador, al que me describieron como un hombre alto, rubio, de ojos claros, fornido y con acento como del norte del país. Él le dijo a mis padres: “No sé cómo llegaron hasta aquí, pero GRACIAS por venir, ojalá hayan disfrutado la Meditación de la Despedida. ¡Quien aprende a morir aprende a vivir, quien le pierde el miedo a la muerte le pierde el miedo a ser quien es! La plenitud surge de la autenticidad, y la autenticidad surge del reconocimiento pleno de que somos espíritus proyectándonos en una experiencia humana. No puedes tener una vida verdadera si no reconoces que siempre estás a un paso de la muerte. La muerte no es trágica como la pintan, no hay cielo e

infierno, y menos purgatorio del otro lado. Del otro lado, en el paraíso espiritual todos somos iguales, gotas de un mar hermoso llamado Dios. El infierno es el que vives en la tierra al no agradecer, no perdonar, culpar y juzgar. Espero que con esta meditación hayan podido soltar algo de lo que produce un infierno en el interior”.

En medio de aquellas, explicaciones yo lo interrumpí y le dije: “Señor, ¿qué significa una espada de luz, como la del hermano Miguel, sobre la charola dorada? Porque eso fue lo que Diosito me entregó”. Mi mamá se adelantó a aclararle: “El hermano Miguel es el arcángel Miguel, pero una mujer de Chiapas nos enseñó a decirle hermano Miguel”. Él se agachó, sentí que clavó su mirada en mí y dijo: “Eso es, campeón, los ángeles son nuestros hermanos, ni más ni menos que nosotros, todos llevamos un Ángel adentro, y parece que tu angelito interno es enorme. Y no me digas señor, tengo apenas 43 años. Te respondo tu pregunta así: muy pocos reciben esa espada de luz, con ella cortarás los egos de muchas personas. Tal vez no me entiendas ahora pero algún día lo harás. Tú le quitarás la máscara a aquellos que las tienen, para ayudarles a ver lo que realmente son. La mejor forma de sanar a otros es ayudarles a quitarse los disfraces que tienen”.

Aunque en ese momento no entendí muy bien lo que me quiso decir, me sentí muy bien por sus palabras. Yo era muy pequeño pero ya era consciente de que quería vivir sirviendo y ayudando, como lo hacían Gertrudis, Arteago, Inés y ahora este hombre llamado Jairo.

La sesión había durado alrededor de dos horas, y había valido totalmente el viaje. Al salir de ahí paseamos por el centro de Coyoacán, comimos un helado típico y mi padre quiso entrar a la Parroquia de San Juan Bautista. Mi madre no era muy devota de entrar a las iglesias, pues para ella significaban estar regañada, ya que tenía algunos recuerdos fuertes de sus escasos años en la escuela, cuando las monjitas la regañaban y la mandaban castigada a la capilla a rezar 50 padres nuestros y 50 aves marías, aunque poco a poco también eso lo fue sanando. Mi padre, en cambio, era muy devoto de su fe, y por ello al principio había criticado los métodos y creencias de mi madre, y de las chamanas y curanderos que visitábamos. Pero también él poco a poco se fue abriendo a la magia y el conocimiento que poseían otros sanadores, y fue comprendiendo que la espiritualidad y la paz no sólo se encuentran en templos, sino sobre todo en nuestro interior, y que los mejores sanadores son los que te ayudan a descubrir y emplear los poderes que Dios ya nos dio.

Los próximos días visitamos otros sitios turísticos en el Distrito Federal como el Zócalo, la Avenida Reforma y el Castillo de Chapultepec. Fue paseando en las lanchas de pedales del Lago de Chapultepec, después de que mis padres conversaron plácidamente y rieron mucho, cuando se hizo un silencio momentáneo y entendí que, por primera vez, se estaban besando.

Capítulo 9

Mi madre, que primero había llenado de plantas la panadería y su casa, y después había llenado nuestra nueva morada en el rancho con palmas de Cacao y plantas de Yaca, así como de flores, se había vuelto fanática de ellas. Su flor favorita eran las azucenas, decía que eran especiales tanto por su olor –que es lo que yo recuerdo– como por su apariencia. Le gustaba el contraste entre rojo de la cabeza de sus pistilos con el blanco moteado de amarillo de sus hojas.

Mi padre y dos de sus trabajadores, Pepe y Cristóbal, quienes se habían vuelto los apoyos multiusos de la panadería, habían construido una pequeña bodega de ladrillos de adobe y techo de lámina, en donde se molía y empacaba el Cacao para la venta, así como en donde se procesaba la Yaca. También habían montado un molino de viento con el que extraíamos agua para regar los sembradíos, pues el agua de pozo era la mejor para nutrir las palmas de Cacao y los árboles de Yaca que son enormes. Además, a la entrada del rancho habían colocado un pequeño muro de cemento y piedra que decía: “El Penacho”. Este nombre surgió porque una mañana de domingo, durante el desayuno, mi madre nos propuso a mi papá y a mí que el nombre del rancho estuviera dedicado a aquel ser mágico que ella había visto en su trance en el Río. Noches anteriores ella lo había estado soñando con mucha lucidez, e incluso le había pedido más señales para seguirme ayudando a sanar, y de paso también a ella y mi papá.

Un día muy soleado alguien tocó la puerta. Mi madre estaba secando los granos de Cacao y no escuchó. Yo, que a mis cinco años y medio ya me movía libremente y con confianza por la casa, fui a la puerta. Apenas alcanzaba la chapa, pero la giré y pude abrir. No sentí que nadie estuviera ahí y entonces pregunté un par de veces pero nadie respondió. Di un par de pasos hacia afuera y mis pies se toparon con algo: era una maceta con una planta que al olerla supe que era una azucena. Le grité a mi madre y ella llegó hasta mí. Le dije que alguien había

tocado la puerta pero que yo no había encontrado a nadie al abrirla. Ella miró a los alrededores sin poder encontrar al visitante “fantasma”. En ese momento se percató de que había un papelito café, de material similar a las bolsas del pan de La Polvorona, hecho rollito y hundido en la tierra de la maceta. Ella lo tomó y leyó en voz alta: “Danzadora Luna, 24 de febrero 8pm, Cerro del Ciervo”. Ambos supimos que era nuestro próximo destino.

Aún faltaban unos días para esa fecha. Ese Cerro estaba a unas dos horas de nuestro rancho, en el municipio de Candelaria Loxicha, pero ya era grande nuestra expectativa sobre lo que nos esperaba. Mi padre quería ir pero sabíamos que no podría porque era el día del cumpleaños de su madre y celebrarlo con ella era casi obligatorio para él.

Uno de esos días, lo recuerdo bien, mis padres hicieron ese silencio que habían hecho en el Lago de Chapultepec, mientras platicaban en el portalito. Aprovechaban que yo estaba haciendo las tareas que me había asignado una maestra particular, contratada por mis padres para enseñarme el Sistema Braille y matemáticas. Después de ese silencio entraron a la casa, él se dirigió a la recámara y ella, rápidamente, me recalentó un plato de plátanos fritos, arroz y frijoles, me lo puso en la mesa y me dijo que tenía que platicar algo importante con mi padre, que yo siguiera haciendo la tarea y que al terminar me la revisaría.

Ellos se encerraron por unos minutos, hasta que mi madre salió a paso acelerado, sollozando. Mi padre salió un rato después, se fue de la casa y no volvió sino tres días después. Por lo que escuché tras bambalinas en una confesión que mi madre hizo durante la Danza de la Luna, ellos habían intentado tener relaciones, pero a mi madre la habían invadido miedos que hasta le produjeron reacciones biológicas que le hicieron imposible tenerlas. Sería justo eso lo que ella sanaría con la Danzadora Luna.

Mi padre se sintió rechazado, se había hecho la idea de que mi madre ya había perdonado, olvidado y sanado todo, pero aún su cuerpo guardaba recuerdos de dolor que no sólo tenían que ver con él como hombre sino con el acto sexual. Aquella violación había sido agresiva, y esa noche oscura su cuerpo había recibido coraje, miedo, culpa y rencor, de tal manera que todas las emociones negativas habían penetrado en su interior. En ese hecho se habían conjuntado emociones dolorosas de todas las fuentes, las que ella había sentido, las que él había construido en el acto hacia ella y las que venía cargando de su vida que lo motivaron a actuar como lo hizo. El cuerpo de mi madre, por obvias razones, reaccionaba protegiéndose de mi padre, del acto sexual y de las emociones, así que habría que reeducarlo nuevamente con amor y paciencia. Él se había sentido

rechazado, creyó que ella jamás lo aceptaría y por eso se ausentó por unos días, hasta que comprendió que él era en gran parte responsable y volvió pidiendo disculpas.

Mientras tanto él, asesorado por mi madre, había implementado un sistema de reparto de pan a domicilio. Había sacado un préstamo para comprar una camioneta y con ella repartían pan en restaurantes, hoteles y oficinas. El negocio seguía boyante, pero lo que no anticipábamos era lo que esto estaba provocando en Don Manuel, quien antes tenía el monopolio de pan en la zona, y ahora La Polvorona se lo estaba arrebatando. Es increíble cómo las emociones humanas se pueden ir acumulando y estallar un día en actos atroces.

El 24 de febrero, aproximadamente las seis de la tarde, abordamos la camioneta repartidora que mi padre nos había mandado al rancho para ir a visitar a la próxima curandera. Pepe, empleado nuestro, era el chofer asignado. Poco más de dos horas después, algo mareados por tanta curva y pendiente en la carretera, llegamos a las faldas del Cerro del Ciervo. Mi madre me describió un letrero de madera en forma de flecha en el que se indicaba: “Ceremonia de Danza de la Luna”. Ahí nos bajamos ella y yo. Mi madre se echó al hombro una mochila con cosas útiles en su interior, puso una pequeña mochila en mis hombros y yo la tomé de la mano y con muchas ganas la seguí. Mientras tanto Pepe emprendió el camino de regreso a la ciudad.

A los pocos minutos de caminata me quité los zapatos y calcetines, pues quería sentir la tierra ya que me resultaba incómodo caminar con algo en mis pies que me separara de la tierra. Avanzamos cuesta arriba por una vereda durante unos 45 minutos. Poco a poco fuimos escuchando gritos fuertes y el sonido de tambores. Al llegar a la cúspide mi madre me describió aquella escena, discretamente: “Son como 30 o 40 mujeres, todas desnudas de la cintura hacia arriba, con el pelo suelto. Visten una falda larga blanca con bordados coloridos, y todas parecen bailar descalzas alrededor de un Fuego grande en el centro. Dos mujeres están sentadas cerca del Fuego, en el interior del círculo y tocan tambores. Más allá hay una casita hecha de varas de madera y una manta que cae en forma triangular formando como un cono hacia abajo. Tras esta explicación, ella me dijo: “Vamos a acercarnos hijo sin hacer mucho ruido para no interrumpir”. Y justo cuando me dijo esta última frase, una mujer nos tomó de la mano a ambos y nos dijo en susurros: “Bienvenidos, han llegado”. Le dio a mi madre una falda larga y le pidió que se vistiera como las demás y que se integrara al grupo de danzantes. Le dijo también que me llevaría a mí al “inipi” para que estuviera con varios niños. Me

condujo hasta el interior de ese lugar, en donde estaba más calientito que afuera, y colocó una maraca en mis manos.

Me coloqué justo en la apertura de lo que esa mujer llamaba *inipi*, pues yo era muy curioso y quería escuchar lo que hacían aquellas mujeres. De lo que me perdí esa larga noche, por no ser capaz de ver hacia afuera, mi madre me lo complementó con sus descripciones a detalle que con paciencia me narró después, pues ella trataba de llenar cada vacío visual mío de situaciones importantes.

Una mujer, la más pequeña de todas, pero la más sabia de ellas, de más de setenta años, piel tostada, y pies grandes y callosos que cuando golpeaban la tierra todo se sacudía, tomó la palabra y todas detuvieron su danza nocturna. “Mujeres guerreras de la Luna, dispuestas a sanar a la Humanidad, primero sanarán su sexualidad y la fuerza a ustedes regresará”. Al terminar esa, y las próximas frases, o más bien órdenes, todas coreaban con gran ánimo y fuerza: “¡Ahó!”. Yo, en cada *aho* que escuchaba, sentía que todo mi cuerpo se estremecía. Para esos tiempos yo aún no sabía nada de las energías, pero ahí podía sentir la energía de aquellas mujeres en plena sanación sacudiendo todas mis células. “Los hombres ya tuvieron su oportunidad, es la hora de nosotras las mujeres. Pero vamos a cambiar al mundo desde la fuerza del amor, y nunca desde la venganza motivada por el odio o el miedo. Que nuestras Aguas retomen su cauce, que nuestro Fuego renazca, que nuestros Vientos se purifiquen y que la Madre Tierra nos nutra”. Se oyeron los tambores y varios “ahó... ahó... ahó”.

Para entonces mi madre ya se había integrado totalmente a la ceremonia de la Danza de la Luna, comandada por aquella anciana pequeña de estatura pero de gran fuerza interna, la que seguramente era la Danzadora Luna. El tono de la Danzadora cambió drásticamente, al principio tenía un acento militar, pero ahora parecía contar un cuento misterioso. “Ninguna de ustedes conoce el poder que reside en su matriz, regalo de Dios, recinto de creación, tierra que nutre y germina semillas. Ocho de cada diez de ustedes han sido violadas, abusadas, forzadas a entregar su flor. Su sexualidad ha sido lastimada, muchas han cedido su voluntad, pero llegó la hora de recuperarla, por su bien y por el bien de la humanidad. Ustedes vinieron al mundo no sólo para ser madres de sus hijos, sino de toda la Humanidad. Su corazón se tiene que volver a abrir y salir de la coraza en donde lo han metido. Pero sólo si sanan su sexualidad y recuperan su poder sexual infinito, lograrán reencender su corazón. Dios te eligió mujer, mujer habrás de ser con todo tu poder. Dios te eligió creadora, creadora habrás de ser con todo tu amor. Cualquier ser humano que no sepa usar su poder sexual está muerto

en vida, vive en automático, es como rana de estanque. Hoy renacerán desde la fuerza de su matriz, hoy conocerán el poder de sus ovarios y sanarán cualquier humillación a su belleza sexual. Quien ha abusado de ustedes lo ha hecho por ignorancia y dolor, porque un hombre no sabe lo que se hace a sí mismo y a la Humanidad entera cuando ataca a una mujer. Prepárense para la liberación final, la ascensión de su volcán de Fuego, Fuego de amor que recorrerá todo su cuerpo trasmutando dolor en amor, y cambiando humillación por renacimiento”.

Aquella mujer, la gran oradora, se acercó a una de las participantes, le puso una de sus manos abiertas a la altura de la parte baja del ombligo, la otra mano detrás por la espalda baja, y le dijo: “Tú, hija mía, fuiste violada una y otra vez por tu padrastro”. Esa mujer soltó un fuerte llanto desgarrador que contagió a otras a llorar también. Entre las que lloraban estaba mi madre, de quien reconocí claramente su llanto. Ella seguramente creyó que yo no la escuchaba, pero mi oído se había afinado con el tiempo y con la falta de vista.

“Lloren, lloren, no contengan el llanto que Dios les dio como medio para purificar. Quien te impide llorar no quiere que purifiques y que recobres tu fuerza. A ti mujer, no solamente te abrieron las piernas a la fuerza y te penetraron despiadadamente, sino que te arrebataron las ganas de amar, la capacidad de sentir, parte de tu voluntad, y te llenaron de odio hacia los hombres. El que debía protegerte fue tu victimario, y ahora no sabes a quien recurrir. Ilusas, ilusas todas las mujeres que al desconfiar de los hombres no saben a quién recurrir y se sienten perdidas. Ahí está el Gran Protector, ahí está el Gran Espíritu, Dios, Dios es tu refugio, deja de recurrir al hombre en busca de protección, la verdadera protección viene de tu conexión con Dios. Que las aguas vuelvan a ti, que el amor de Dios te bañe y te sane. Que el agua te purifique...”. Y de repente otra mujer, una ayudante, vació una cubeta de agua tibia sobre la mujer que seguía berreando y le dijo: “Que el Fuego queme tu odio y encienda tu amor”, y luego la ayudante pasó una copalera por delante y por detrás de la mujer que era sanada.

Después, el ritual de sanación siguió con todas las que iban levantando la mano e indicando que también habían sido víctimas de abuso sexual. Media hora después las curanderas habían bañado, humeado y sanado a todas las que lo habían pedido, incluyendo a mi madre. Entonces, Luna les pidió a todas que se sentaran en la Tierra, les enseñó una forma de respirar fuerte y por la boca, les pidió que visualizaran un volcán de Fuego a la altura de su matriz, que yo aún no entendía en dónde estaba pero me mantenía escuchándolo todo, y que buscaran elevar con su inhalación el calor del Fuego por su columna vertebral.

Las mujeres comenzaron a respirar intensamente siguiendo el liderazgo de la misma Luna. Ella se iba paseando frente a cada una de las mujeres, y les colocaba sus manos en la parte del cuerpo que sentía que obstruía el flujo del Fuego del volcán. “A ti te libero de tus miedos de ser mujer, acepta la bendición de Dios de ser su hija creadora... A ti te libero de apegos y miedos a soltar a los demás, deja de controlar, deja de imponer, que tu amor te permita aceptar, admirar y no juzgar... A ti te libero de tu incapacidad de expresar tus sentimientos, deja de sentir vergüenza por ser quién eres, mujer hermosa, guerrera de la luz... A ti te libero de tus miedos a ver hacia adentro, a recordar tu niñez, tu pasado te trajo hasta aquí y de aquí saldrás renovada y fortalecida... Todas ustedes son nietas, hijas, amantes, esposas y serán madres, no sólo de sus hijos, sino de la Humanidad entera. Porque las dos obligaciones sagradas de las mujeres son: ser las mejores hijas de Dios y ser las mejores madres de la humanidad”.

Los tambores seguían sonando. Las respiraciones de las mujeres se habían intensificado, parecía que iban corriendo una larga carrera. Se escuchaba, y yo imaginaba, grandes bocanadas de aire que entraban por sus bocas y después salían de ellas. Yo, con mi maraca, quise seguir el ritmo de la música intensa que los tambores hacían en ritmo con las respiraciones, y logré articular un compás. Así me volví parte de la ceremonia e intentaba calmar a los otros tres niños que estaban ahí, que eran más pequeños que yo y me sentía su protector pues no quería que sintieran que sus madres estaban sufriendo.

Las respiraciones se convirtieron en jadeos, que iban de intensos a dramáticos, algunas mujeres los combinaban con gritos, en tanto que yo imaginaba que con ellos liberaban sus dolores, sus miedos, sus tristezas. Poco a poco las expresiones de dolor se trasmataron en expresiones de gozo, sus gritos me hacían estremecer y el mismo cerro se sacudía, el amor de sus corazones había recobrado el aliento y su sexualidad había recuperado la voz y ambas fuerzas, amor y sexualidad, ahora eran extremadamente poderosas. En aquel momento la mujer que nos recibió, la que me condujo al inipi y me dio la maraca, se acercó a nosotros los niños nos dijo a todos: “Sus madres están disfrutando mucho, muy pronto podrán verlas y ellas estarán con una gran sonrisa”.

Entonces Luna, la mujer danzante o danzadora, dijo a las participantes: “Sus ovarios se han liberado, sus corazones se han abierto, su mente se ha limpiado, es hora de vivir, es hora de gozar, es hora de amar, es hora de compartir y servir al mundo... son mujeres guerreras, guerreras del amooooorrr”. Y con esta última frase la mayoría de las mujeres estallaron y sus gritos llenaron el espacio con una sensación imponente que nunca antes habían vivido.

Yo me concentré en escuchar el grito de mi madre, quería interpretarlo y sentirlo, pero no lograba identificarlo entre tantos otros. De pronto logré identificar un jadeo, que aún no estallaba en gritos, y supe que mi madre seguía en su proceso. Las otras mujeres fueron pausando sus expresiones, algunas cayeron sobre la tierra agotadas, otras simplemente hicieron un silencio ahí sentadas. Mientras tanto mi madre seguía y seguía respirando con fuerza, y su ritmo se aceleraba más y más aún cuando parecía que había llegado al máximo nivel de intensidad. La mujer Luna dijo en tono susurrante a las demás: “Contemplan el poder de Dios en el interior de una de sus hermanas, ella está a punto de iluminarse”.

La respiración de mi madre alcanzó entonces un nivel que parecía el de un hombre gigante, no de una mujer pequeña. Parecía que se tragaba el oxígeno de todo el planeta en sus inhalaciones y que lo exhalaba convertido en lumbre. Unos segundos después ella enmudeció, todas la contemplaron, pero ella sólo tomaba impulsó para estallar en el grito estremecedor más liberador que haya yo escuchado jamás. “Aaahhhhhhhh, aaahhh, aaahhh...”. Lo sentí en cada centímetro de mi cuerpo, en cada átomo de mi ser, y ahí sucedió un primer milagro en torno a mi condición de ciego, porque pude ver unos destellos color naranja que aparecían frente a mis ojos abiertos, eran chispazos del Fuego en el centro del círculo. Nunca había visto nada, todo era negro ante mis ojos abiertos, pero ahí estaba viendo algo, chispazos de Fuego que se convirtieron en chispazos de fe dentro de mí, y en mi madre cuando se lo conté posteriormente. Parecía que la sanación de las mujeres, o la vibración tan fuerte del lugar provocada por los potentes alaridos de mi madre, habían activado algo en mi cuerpo o mi cerebro, algo que antes había estado dormido.

Mi madre continuó gritando durante un par de minutos. Por unos momentos la sentí poseída por una fuerza inmensa más allá de mi entendimiento, y sólo pude imaginar que era el grito de un millón de mujeres contenidos en su corazón y en su vientre. Imaginé que ella sanaba a todo su linaje, a todas sus antepasadas, y a la energía femenina de toda la Humanidad. Luna cerró: “Es así como una mujer redescubre su poder, es así como Dios vuelve a nuestro cuerpo y se manifiesta a través de este. Hermanitas de mi corazón, contemplan a esta guerrera, es así como las guerreras del amor nacen”. Y culminó con estas palabras: “Nunca más dejen que un hombre entre a ustedes sin haberlo limpiado antes; primero sánelo para que las penetre con energías de amor y no con energías de dolor. Las guerreras del amor primero limpian a sus parejas y después permiten que ellos entren en ellas. Reciban, pero reciban lo mejor de sus parejas. Entreguen, pero entreguen lo mejor de ustedes”.

Habían pasado casi tres horas desde que habíamos llegado, el fresco de la noche se hacía presente, así que me puse la chamarra que traía dentro de mi mochila. Las mujeres afuera, desnudas en la parte superior y descalzas, habían comenzado a bailar, tanto para paliar el frío como para celebrar su sexualidad. Mi visión sobre las mujeres cambió totalmente a partir de esa noche y comencé a entender mejor lo que había sufrido mi madre, de modo que mi admiración hacia ella creció aún más. Si bien no adivinaba quién había sido su agresor, puesto que era pequeño para deducirlo, más tarde lo sabría y el rompecabezas se completaría. Tampoco podía explicar, en esa época de mi vida, por qué mi madre había salido llorando del cuarto cuando se habían encerrado con mi padre después de haber platicado tan amistosamente en el portalito, aunque pronto lo entendería. Lo cierto es que Verónica, aquella mujer de veintiún años, toda una empresaria del Pan, el Cacao y la Yaca, fanática de las flores y la agricultura, ya no era una simple madre para mí, era mi maestra, una gran guerrera, y me sentía orgulloso de ser su hijo.

El golpeteo de los pies descalzos de las mujeres-casi-desnudas sobre el suelo, en sincronía con los tambores, terminaron por arrullarme, hasta que caí profundamente dormido. Unas horas después, cuando el sol salía, dos brazos masculinos me cargaron. Era mi padre quien al terminar la celebración del cumpleaños su madre había decidido ir hasta el Cerro del Ciervo por nosotros y había llegado justo al terminar la ceremonia. Caminamos de bajada por el mismo camino que tomamos para subir, entre el bosque. Mi padre iba adelante, me llevaba cargado con mi cabeza reposando en su hombro, y mi madre lo seguía detrás. Yo sentía a mi madre, caminando firme y sin miedos, detrás de nosotros. En determinado instante sus pasos se detuvieron por unos momentos y por primera vez pudo contemplar al ser alto, de penacho de plumas coloridas, entre las ramas del bosque. Y, a diferencia de las otras veces, ella recibió un mensaje de él y desde entonces supo que algo sucedería en nuestra familia que cambiaría para siempre nuestros rumbos. Se quedó paralizada por unos segundos, pero pronto retomó sus pasos.

Ya en la carretera, mi madre le contó a mi padre algunos pasajes de su experiencia en la cima del Cerro del Ciervo, y yo les conté lo que había vivido, en especial que había visto unos destellos del Fuego. Mi madre dijo entonces: “Hoy, mi confianza en que Yao verá algún día es más grande que nunca. Él ya se curó de la epilepsia, esa enfermedad de la ciudad, y estoy segura de que un día verá. Pero eso será cuando Dios y el Universo lo quieran. Por lo pronto ya ve chispazos, tal vez los de su Fuego interior, o los del fuego Exterior, pero él ya ve”.

Durante el camino sentí muchos momentos de silencios cortos, aquellos en los que yo imaginaba que ellos se besaban; en algunos de ellos escuchaba los leves choques y separaciones de sus labios, así que no era tanto mi imaginación. Al llegar al rancho mi madre me recordó, con cierta insistencia, que tenía tareas de Braille por realizar. Yo, sabiendo que era un método que me permitiría leer y aprender muchas cosas en el futuro, me puse manos a la obra. Mientras tanto ellos, mi padre y mi madre, volvieron a encerrarse en el cuarto, sólo que esta vez se quedaron ahí por más de dos horas, y cuando salieron ambos vinieron muy contentos a abrazarme y jugar conmigo. Para el niño que yo era, algo raro había pasado ahí adentro, algo sobre lo que yo no debía de preguntar. Para el adulto que ahora soy y que recuerda esos pasajes, los cuales siguieron sucediendo de manera frecuente hasta el final de la vida de mi padre, es obvio que se encerraban para hacer el amor.

Capítulo 10

Mis papás sentían que yo necesitaba socializar con otros niños, pues tenía ya seis años y me había vuelto hiperactivo. Me despertaba antes que mi mamá y me dormía siempre después de ella. Ella aprovechaba sus idas a las tienditas de la zona para preguntar si otras señoras tenían hijos o hijas de mi edad. Mi mamá, siempre habilidosa, pronto consiguió a otras dos mamás dispuestas a juntar a sus hijos conmigo para jugar un par de veces a la semana. Lo que más nos gustaba era trepar a la casa del árbol que mi papá me había construido por mi sexto cumpleaños, era algo que yo deseaba mucho y él había cumplido mi deseo. Pensando en mi condición, la construyó totalmente segura para mí, así que también resultaba muy segura para los niños que sí veían.

Aún recuerdo con nostalgia esa casita, que el tiempo ha ido deshaciendo. Era mi guarida perfecta tanto en mis momentos más felices, como en mis momentos de mayor tristeza. Ahí me refugié cuando supe que mis padres se casarían, recuerdo que le di muchas gracias a Dios por la decisión que ellos habían tomado, la que me hacía muy feliz. Y ahí estuve pertrechado por más de cinco días después de que mi padre fuera asesinado.

Mi papá seguía durmiendo en la panadería de miércoles a domingo. El domingo llegaba en la tarde al rancho y se quedaba con nosotros hasta el miércoles temprano. Se había vuelto más que un gran administrador de la panadería, ya era un gran empresario. Le propuso a mi madre abrir una segunda panadería al sur de la ciudad, zona que estaba creciendo mucho, y juntos lo hicieron posible. Recuerdo que mi papá hizo coincidir todo para inaugurar la Panadería La Polvorona No. 2 justo el día del cumpleaños 22 de mi mamá. Ese día, dando un pequeño discurso frente a los invitados, colaboradores y clientes, él se comprometió a abrir una nueva panadería en cada cumpleaños de mi mamá. La Polvorona, con sus dos sucursales, se estaba convirtiendo en una marca muy

reconocida en la ciudad, para nuestra bendición, pero para desgracia de Don Manuel y su panadería que estaba en picada.

Mi abuela paterna, con quien yo rara vez convivía, a quien aún se le dificultaba aceptarme ya que no entendía muy bien la situación que se había ido construyendo entre su hijo predilecto y la joven Verónica, comenzó a ejercer presión en mi padre para que formalizara su relación. Ella, muy conservadora y tradicionalista, se sentía orgullosa de las habilidades que mi padre había desarrollado y que estaba mostrando como empresario, pero se sentía avergonzada de que su hijo estuviera en una relación fuera de matrimonio, con la mujer a la que por mucho tiempo el pueblo había juzgado. Ella creía que su hijo Daniel estaba adoptando a un hijo, pues aún no sabía la verdad de que yo era el hijo de una violación en la que su hijo había sido el perpetrador. Pero a pesar de la presión, mi padre se resistía a pedirle matrimonio a mi mamá, pues algo muy en su interior se lo impedía.

En algunas ocasiones escuché que mi madre le ofrecía a mi padre llevarlo con alguno de los curanderos y sanadoras que habíamos conocido, pero él se negaba. En la dinámica de respiración que hicimos con Jairo, en Coyoacán, él había encontrado algo que lo había hecho andar serio por momentos durante nuestro paseo por la gran ciudad, pero poco había compartido con mi madre de lo que había descubierto guardado en su inconsciente, y menos conmigo. Él era más discreto que mi propia madre, y en ocasiones era una tumba en cuanto a sus temas personales. Era claro que él necesitaba apoyo, pero ¿cómo ayudar a alguien cuando tiene tanto miedo de entrar en su interior, ya que esa interiorización es la clave para la transformación?

Mi madre había notado que él se despertaba seguido, en plena noche, sudando, como si temiera que algo fuera a suceder. Él le insistía que no era nada y que ya pasaría, pero lo cierto es que rara vez podía dormir parejo toda la noche. En varias ocasiones ella había escuchado a mi abuela, la mamá de mi padre, decir que él sufría de pesadillas desde la adolescencia.

Por aquellos días, según lo supo mi mamá por esas fechas, y yo muchos años más tarde, él había estado soñando con un cuarto oscuro, encerrado allí con muchas personas, tantas que no podía respirar y sentía sofocarse. Sin embargo, en sus sueños veía que justo después de sentir una sofocación extrema experimentaba un profundo alivio que nunca había sentido, y esto le parecía contradictorio: primero sofocarse y después vivir libre. Él no decía nada, si se lo hubiera contado a mi madre ella le habría dicho que era una señal del Universo de que debía vivir algo similar para sanar.

Y mira lo que son las Diosidencias de la vida, un buen día mi padre escuchó tras la puerta de la cocina a dos colaboradoras de La Polvorona platicar acerca de una dinámica que acababan de vivir con un chamán de nombre Don Ramiro. Alcanzó a escuchar que ellas hablaban de una bóveda pequeña y oscura, a la que entraban como 20 personas, que se calentaba a unos 40 grados y la cual les había ayudado a liberar dolores contenidos desde su infancia. A él le pareció que ellas describían casi exacto lo que él había estado soñando.

No le contó a mi madre, ni menos a mí, pero un día, desesperado con sus pesadillas y por no poder dormir bien, decidió acudir con Don Ramiro, temazcalero de tradición Náhuatl. Llegó sigiloso al lugar sin hacer ruido, y detuvo la camioneta de la panadería a varias cuadras para que nadie supiera que estaba ahí. Caminó por un pasillo estrecho entre dos casitas de interés social hasta llegar al patio trasero de una casa, en donde se encontraban unas 15 personas formando un círculo alrededor de una fogata generada por hornillas de gas y piedras volcánicas, de esas porosas que conservan muy bien el calor. Quien guiaba la sesión era un hombre moreno grandote, pelón, de ojos verdes saltones, que se movía intensamente alrededor de cada participante con una copalera, limpiando con un sahumero a cada uno. Apenas vio a mi padre llegar, dijo: “Justo te estábamos esperando, quítate zapatos y calcetines e intégrate al círculo, te vamos a limpiar porque nadie entra contaminado al útero materno”. Mi padre se sorprendió, pero no pudo negarse a seguir sus instrucciones.

Aquel hombre pasó el incensario primero por la parte delantera del cuerpo de Daniel, y después por la parte trasera, yendo de arriba hacia abajo, recorriendo cada rincón y extremidad. Con unas plumas largas ventilaba las brasas para que el humo se esparciera por su cuerpo y lo purificara. En su lenguaje, seguramente Náhuatl, iba diciendo quedamente unas frases. Mi padre sintió el humo y el calor, los cuales le calmaron un poco los nervios, aunque seguía temeroso pues la oscuridad no había sido de su agrado desde la infancia, y menos estar tan cerca de tantas personas en un espacio tan pequeño.

Después de haber limpiado a todos y todas, el temazcalero les explicó que el temazcalli o casa de vapor era un método milenario de sanación corporal y emocional, y que al mismo tiempo les permitía reconocer su poder espiritual en ellos. Comentó que ahí dentro iban a enfrentar sus grandes miedos, a la oscuridad, al encierro, al calor, a estar rodilla con rodilla con otras personas, pero sobre todo a las visiones que tendrían dentro. Les dejó muy claro que el temazcal era muy poderoso y escurridizo, que penetraría en la profundidad de sus pensamientos y memorias para sacar a la luz lo que tenían que sanar, que no se resistieran

porque resistirse sólo haría que el temazcal se esforzara más por ayudarlos y que eso a veces dolía. Les pidió que escucharan sus miedos, que estos sólo eran consejeros que querían llamar su atención, y que mientras más pronto tomaran conciencia del mensaje de sus miedos, más pronto esos temores se irían. Antes de entrar agradeció a los cuatro rumbos y a sus protectores, este, oeste, norte y sur, y agradeció a las “abuelitas”, esas piedras volcánicas que representaban la memoria de la Madre Tierra, puesto que venían de sus entrañas, y cerró diciendo que el temazcal no sólo representaba volver al vientre de la madre biológica, sino al vientre de la Madre Naturaleza.

A los hombres les pidió que dejaran todas sus ropas afuera y se quedarán en trusa, y a las mujeres les pidió que sólo se quedarán en calzón y con brasier. Mi padre estaba temblando antes de entrar, así se lo confesó luego a mi madre y ella a mí. Le tocó justo en medio de la fila y no tenía forma de detenerse puesto que los de atrás sutilmente lo hacían avanzar, ya que los primeros y los últimos ocuparían los espacios cercanos a la puerta de entrada. Estuvo a punto de salir corriendo, pero su aversión a seguir sufriendo pesadillas e insomnio era aún más grande que su incertidumbre. En su interior quería sanar, no sólo por él, sino también por el amor que le tenía a la que pronto sería su esposa.

Antes de entrar a la cúpula, tan oscura como el abismo, se arrodilló y repitió las palabras que un auxiliar de Don Ramiro le había indicado: “Me entrego al temazcal con todos mis miedos y con todo mi amor, por mí y por todas mis relaciones”. Adentro, ya unas personas estaban llorando, otras reían o contaban chistes motivados por sus miedos que querían ahogar entre risas, y todos ya comenzaban a sudar. Mi padre esperaba temeroso que la medicina no fuera más fuerte que el dolor que llevaba por dentro.

Al principio mi padre se preguntaba cómo cabrían tantos en aquel espacio cóncavo tan pequeño, de unos tres metros de diámetro por metro y medio de altura. No quedaba más opción que apretarse, rodilla con rodilla, hombro con hombro, con las piernas recogidas. En el centro había una concavidad, a la que se refirieron como “ombigo”, en la que depositarían las “abuelitas” ardiendo recién salidas del Fuego, y después verterían sobre ellas unas infusiones de hierbas para producir un vapor que calentaría tanto el espacio, como los cuerpos.

Una de las claves de un temazcal, hoy ya las conozco mejor, es elevar la temperatura hasta unos 40 grados centígrados, de tal manera que se provoque una calentura natural que active el sistema inmunológico para expulsar virus, bacterias, hongos y toxinas del cuerpo. Otra es lograr una oscuridad total para que la visión se torne hacia dentro, para descubrir lo que duele y que se sane,

pero también para redescubrir el poder interior. Y también es clave la energía que el temazcalero y sus hombres de Fuego van poniéndole al proceso de varias etapas para que la sanación pueda ocurrir.

“Respiren, respiren, sin miedo... permitan que los vapores sanadores entren y sanen su cuerpo”, decía Don Ramiro una vez que todos estuvieron dentro. Cuando los vapores comenzaron a fluir y el espacio estuvo totalmente oscuro, desde afuera los ayudantes cubrieron la entrada con unas colchas gruesas. Don Ramiro se había colocado justo cerca del ombligo, en donde había colocado las siete primeras abuelitas al rojo vivo, y desde ahí daba instrucciones y tocaba suave y rítmicamente su tambor. A mi padre al principio le costó trabajo respirar, pero poco a poco se fue acostumbrando. Una mujer estalló en llanto, apenas transcurridos unos minutos. “Eso, eso hermanita, llora, saca todo el dolor y tristeza que has estado acumulado en tu cuerpo. El dolor no le pertenece a nuestro cuerpo, sino al Viento...”. Y justo cuando él dijo esto otros también se permitieron llorar. Mi padre no podía hacerlo aún, pues se estaba ajustando y su duro trabajo apenas estaba por comenzar.

Don Ramiro cantó por unos minutos. Aunque su voz no era muy privilegiada, eso no le importaba ni impedía que sus cantos le infundieran confianza a los participantes para que vivieran lo que tenían que vivir y soltar lo que era necesario soltar. De pronto él dijo: “Sus madres están aquí, el espíritu de ellas se hace presente y los está abrazando, es hora de perdonarlas, es hora de agradecerles, dolor que llevan hacia sus madres es dolor que los enferma”. Esas palabras hicieron que otros despertaran fuertes sentimientos reprimidos y soltaron el llanto, algunos en forma desgarradora. Mi padre sintió que su madre lo abrazó y se sintió protegido y amado; derramó sus primeras lágrimas, pero fueron nacidas del corazón.

Después de unos minutos de silencio, el temazcalero cantó otra melodía que sonaba a canción de cuna, lo que le agregó un toque de mucha nostalgia al momento. Los llantos continuaban y la conciencia de cada participante comenzaba a abrirse. Al terminar su canción gritó a todo pulmón: “puertaaa guerreros”, y sus ayudantes, desde el exterior, retiraron las cobijas gruesas que cubrían la portezuela y el Viento fresco comenzó a circular. Era la primera pausa del proceso. Terminaba la “primera puerta” y se alistaban para iniciar la segunda puerta. Al interior los participantes, aprovechando el Viento fresco que se colaba, respiraban con fuerza tratando de alivianar su calor, pero también su dolor. Desde afuera comenzaron a entrar nuevas abuelitas al rojo vivo, que el gran temazcalero tomaba con unos cuernos de venado y las colocaba en el pozo aquel llamado ‘ombligo’.

Nuevamente taparon la puerta, las infusiones se vertieron sobre las piedras y el vapor elevó aún más la temperatura que en la primera etapa. Aunque muchos sentían que los vapores les quemaban los pulmones, todo era parte de la sanación, en especial para quienes no estaban acostumbrados al Fuego interno. El tambor sonó y, al terminar Don Ramiro dijo en tono místico: “Sus padres acaban de llegar, están a su lado, no importa que no los hayan conocido, que hayan fallecido o que hayan sido duros con ustedes, ellos sembraron la semilla y por eso ustedes están vivos y vivas. Es hora de hacer las paces con ellos...”. Fue ahí cuando mi padre se quebró: en su visualización, con los ojos cerrados y temblando de miedo, comenzó a ver imágenes de su padre alcoholizado azotándolo con un cinturón de cuero. A cada cintarazo que visualizaba, su cuerpo lo sentía en ese momento como si estuviera ocurriendo en el presente. Su llanto se convirtió en un berreo de coraje y de odio, y apretaba los puños como queriendo golpear a su padre. Las primeras visualizaciones dieron paso a otras en que su padre golpeaba a su madre, la insultaba, su ebriedad lo volvía un monstruo, y así era como lo veía mi padre cuando era niño. Don Ramiro le ayudó con estas palabras: “Claro, claro, hay coraje, pero es un coraje no hacia tu padre, sino hacia ti mismo, somos mitad papá y mitad mamá. Pregúntense: ¿por qué Dios me asignó este papá, o por qué ustedes lo escogieron desde el Cielo?”.

Mi padre movía la cabeza de un lado hacia otro, negándose a creer que él lo hubiera escogido o culpándose por lo idiota que fue si acaso él lo eligió desde el plano que fuera. Entonces cayó en cuenta que por mucho tiempo había sentido mucho coraje hacia Dios, por haberle dado ese papá, por permitir que él los golpeará a su madre y a él, ella siendo tan sumisa y él siendo tan pequeño. El llanto se había convertido en dos ríos de lágrimas que corrían por sus mejillas, el dolor era intenso y le dolía todo el cuerpo, se sentía azotado. Entonces se vio a sí mismo de niño, despertándose en la noche, asustado, escuchando que su papá abría la puerta, pues bien sabía que cuando su padre llegaba a media noche era porque andaba ebrio y hecho un diablo. Él, de cinco o seis años, se despertaba sudando, sabía que su padre podría golpearlo si viera alguno de sus juguetes fuera de su lugar, y que golpearía a su madre ante la más mínima provocación. Se vio deseando estar en capacidad de defenderse de los golpes y poder defender a su madre, pero se sentía impotente, pues era aún muy pequeño y su padre era casi un gigante para él. Entonces supo que sus pesadillas y el despertarse en automático tenían su origen en aquel periodo difícil de su vida y comprendió que haciéndose consciente de lo que vivía en su inconsciente era posible sanarlo.

“La gratitud es la virtud maestra que todo lo sana, busca sentir gratitud hacia tu padre y lo sanarás todo. Además, ¿quiénes somos nosotros para culpar

a nuestros padres, si también hemos cometido grandes errores?”, continuó Don Ramiro. Y ahí, pum, mi padre entró en catarsis recordando sus propios errores: “Claro, ¿quién soy yo para culpar a mi padre, si yo he cometido peores monstruosidades que él? Golpeé y violé a una joven inocente, me aproveché de mi fuerza. No, no, ¿qué hice yo? ¿quién soy para culpar y odiar a mi padre? O de aquí en adelante considero a mi padre y a mí mismo unos monstruos, o perdono a ambos. Sí, llevo cargando una culpa enorme por lo que le hice a Verónica, yo también he sido malo. Pero ya quiero ser bueno, ya no quiero odiar a mi padre, ya no quiero culparme a mí, mi propia sombra me aterra, me tengo más miedo a mí mismo que a mi propio padre que hasta muerto está”. Pensaba mi padre, Daniel, mientras temblaba de dolor y bañaba con su llanto todos sus dolores.

Entonces, sacando fuerza de sus entrañas, sintiéndose humilde, chiquito, y buscando sentirse en paz, se atrevió a agradecerle a su progenitor por la vida, por pagarle sus estudios, por hacerlo ordenado, por hacerlo fuerte, por acercarlo aún más a su mamá, por hacerlo muy trabajador. Sí, todo se lo había enseñado de maneras muy duras, incluso a golpes, pero seguramente era porque su padre, habiendo tenido también una vida tormentosa, no conocía otra manera de hacerlo. Y en medio de los agradecimientos que mi papá, en silencio, manifestaba hacia su padre, una nueva culpa lo embargó y comenzó a sentir frío, mientras otros ya no soportaban el calor. Recordó que él había deseado la muerte de su padre, justo unos días antes de que lo encontraran en un barranco con medio cuerpo devorado por los zopilotes. Recordó que no había llorado en su funeral, que incluso se había alegrado de que su padre estuviera ya cautivo, para siempre, en un ataúd; tenía nueve años cuando eso sucedió, pero le parecía que había sido ayer.

Don Ramiro comenzó a cantar en su dialecto, era su forma de regresar al centro y a la calma a los participantes. Y en ese momento la magia sucedió, mi padre, de manera tan real como escuchaba los cantos, sintió que una mano le revolvía el cabello con cariño, como algunas veces llegó a hacerlo su papá cuando estaba sobrio. Lo sintió cerca de él, con una presencia amorosa. Entonces, en silencio le pidió un abrazo y sintió como dos brazos de vapor lo abrazaron. Su llanto ya no contenía dolor y odio, ahora contenía amor y gratitud. La magia fue mayor cuando escuchó la voz tierna de su padre susurrarle al oído: “Has sido el mejor hijo del mundo, GRACIAS por cuidar a tu madre. Estoy orgulloso de ti, eres un gran padre y eres un gran compañero de una gran mujer. Yo ya no podía cuidarte allá, ahora te cuido todos los días desde acá”. Pudo sentir, por primera vez en su vida, el cariño de su padre, un cariño que no había recibido de él durante toda su infancia, excepto en momentos muy esporádicos

“Perdona, deja de culpar... ama, y déjate amar. Todo así tuvo que suceder... todo así perfecto es. Dios te ama... tus padres te aman”, cantaba el temazcalero.

“Te perdono... me perdono. Te amo... me amo. GRACIAS por ser mi padre... te honro. GRACIAS a Dios por elegirte como mi padre. GRACIAS a mi Espíritu por elegirte como mi padre. GRACIAS a tu ejemplo nunca jamás he probado una gota de alcohol”, decía Daniel en silencio y en medio de un llanto nostálgico.

La segunda puerta terminó, hicieron una pausa fresca y entonces aquel hombre de poder, desde el interior, pidió más abuelitas a los hombres de afuera. Nuevas piedras volcánicas al rojo vivo entraron y se inició la fase denominada la tercera puerta. El calor se intensificó y Don Ramiro les pidió que agradecieran todas las bendiciones que habían recibido en su vida. Les dijo que fueran humildes para reconocer las enormes bendiciones recibidas del Universo, y que mientras más agradecieran más bendiciones recibirían. Les recordó que al Universo le gusta cumplirle sus deseos a aquellos que tienen lleno el corazón de agradecimientos. A muchos, no acostumbrados a agradecer, a experimentar realmente ese sentimiento tan hermoso que provoca la gratitud verdadera, esta puerta los quebró en llanto, ese llanto que libera sentimientos atorados que debían haber salido mucho tiempo atrás.

Luego de más abuelitas y de más calor, se dio inicio a la cuarta puerta. “Es hora de crear, crear desde el amor, sin miedos, desde el corazón. Dios te ama, tus padres te aman, has agradecido y abierto tu corazón, con esa confianza crea desde el corazón”, dijo Don Ramiro entre sonidos del tambor que imitaban los del corazón. Durante esa fase mi padre descubrió la causa de su gran miedo a casarse con mi madre, pues por la forma como había juzgado a su propio padre, tenía miedo de ser él mismo un mal esposo. Creía que llevaba en la sangre el mal comportamiento de su padre, y por eso temía formalizar su relación con mi madre. Descubrió también que albergaba en su interior la creencia de que ninguna mujer lo querría porque él era casi un asesino ya que había deseado la muerte de su padre y que por eso había tomado a la fuerza lo que con amor debió haberse merecido.

También en esa puerta visualizó toda una cadena de panaderías. Se sintió un gran empresario, un gran esposo, un gran padre, un gran hombre, y así lo proyectó en la oscuridad del temazcal siguiendo las instrucciones de aquel hombre de poder: “Visualiza en tu interior grandes ideas y creaciones nacidas del corazón, y proyéctalas en la oscuridad, la cual es tan sólo un lienzo vacío en espera de tus proyecciones. La oscuridad cobrará vida con el color de tus ideas creativas y amorosas”. Por fin, aquel viaje al interior del vientre caluroso, pero sanador de la Madre Tierra, llegaba a su fin.

Al salir del temazcal, la experiencia más poderosa que mi padre había vivido, era otro hombre, un hombre renacido, que se conocía mucho más a sí mismo. Después de beber despacio un té hidratante que les ofrecieron, y que cada uno tomó silenciosamente en algún rincón de aquel patio, aprovechando esos momentos para entender lo que les acababa de suceder, Don Ramiro los fue despidiendo uno a uno. Cuando llegó a mi padre, lo miró fijamente a los ojos y le dijo: “Ya ves hijo, le tenías miedo a la oscuridad del temazcal, pero en realidad le tenías miedo a tu propia oscuridad. Ahí adentro, en medio de la oscuridad, encontramos la luz que vive en nuestro interior, sólo hay que sacudir un poco el farol que ilumina nuestro Espíritu y apartar las hojas secas que lo nublan. El aura de resentimiento que rodeaba a tu cuerpo ha desaparecido porque por fin has entendido. El resentimiento es producto de la resistencia a entender, pero cuando comprendes lo que vive en tu inconsciente y el poder de tu Espíritu, todo sana. Veo en tus ojos un brillo de esperanza, la esperanza de que puedes ser feliz. Es hora de aceptarte y amarte, es hora de amar intensamente a los que te esperan”.

Esa noche fue una de las más hermosas de mi vida. Mi padre llegó al rancho, con todo y mariachi a darle serenata a mi madre y le pidió que se casara con él. Yo, de pie junto a la puerta abierta, lo escuché llorar y decirle a mi madre que ya lo había entendido todo. Lo escuché pedirle perdón y prometerle serle fiel y amarla el resto de sus días. Mi madre le dijo que no era necesario pedirle perdón, que lo había perdonado hacía tiempo, que ella lo amaba, que era una mujer afortunada de tenerlo a su lado y que estaba lista para ser su esposa. Cuando el mariachi se fue los dos vinieron a abrazarme, él me revolvió el cabello como acostumbraba a hacerlo su papá con él y como él ya se había acostumbrado a hacerlo conmigo; era su señal preferida de amor hacia mí.

Después se distanciaron de mí y se hizo un largo silencio, de esos hermosos en que sabía que se besaban, y luego se encerraron en su cuarto hasta el amanecer. Yo me refugié en la casita del árbol por unas horas, pues quería darles su privacidad. La brisa fresca de primavera que se colaba por las ventanitas era deliciosa. Me había vuelto muy independiente en mi casa y en los alrededores del rancho. Contando los pasos llegaba a todas partes casi con exactitud, y mi madre había puesto señales en lugares estratégicos para orientarme: desde pequeños arbolitos, estacas enterradas, adornos colgados, marcas en el piso, hasta unas lindas campanitas de viento que me orientaban por el sonido.

En la casita del árbol le agradecí mucho a Dios por la vida de mis padres y por mi propia vida. Me había acostumbrado a hacerlo y eso siempre me ayudaba a dormir mejor. Los ataques epilépticos habían cesado por completo y mi ceguera hacia afuera era compensada por mi libertad de ver hacia dentro y construir grandes paisajes en mi imaginación.

Capítulo 11

Mi papá se había comprometido a expandir la cadena de panaderías La Polvorona, y la tercera la abrió tres meses después de vivir la gran experiencia del temazcal, la cuarta a los ocho meses y la quinta al año. Su intención había sido abrir una por año en cada cumpleaños de mi mamá, pero su promesa había sido rebasada por el ímpetu con el que ahora vivía. Mi mamá acostumbraba a decir que la primera panadería la había abierto ella por amor a mí, la segunda la habían abierto juntos por amor al trabajo, pero que la tercera, cuarta y quinta las había abierto mi papá por amor a nosotros. Con las ganancias, producto del esfuerzo y de siempre tratar de darle gusto a sus clientes, planeaban más crecimiento, así que también compraron tres hectáreas adicionales contiguas al rancho, y otro porcentaje de estas ganancias lo donaban mes a mes a una fundación especializada en ceguera para niños de familias de bajos recursos, a los que visitábamos con frecuencia y en donde yo había hecho muchos amigos.

Mi madre había conseguido colocar sus productos de Cacao y Yaca en varias de las tiendas ubicadas a orillas de la carretera. Se vendían en las panaderías y ya comenzaban a ser reconocidos por la marca tan original y mística que mi madre le había puesto: Rancho El Penacho. Ella seguía conectada con el misterioso ser de penacho grande que se le había aparecido en varias ocasiones y mantenía una profunda gratitud ante este Ser. La mujer hermosa no había aparecido en casi dos años, pero estaba por hacerlo nuevamente.

Todos en la ciudad de Oaxaca conocían las panaderías La Polvorona y cada uno tenían una pieza de pan preferida de las casi 30 variedades que ya vendíamos. Pero quien no estaba feliz con nuestro éxito era, evidentemente, Don Manuel. En varias ocasiones mandó amenazar a mi padre, ya que a mi madre siempre le había temido, pero él no hacía caso. En varias ocasiones escuché platicar, incluso discutir a mis padres, sobre cómo calmar a Don Manuel. Mi madre quería respetar

las colonias en donde él tenía sus panaderías, pero en cambio mi papá insistía en abrir justo cerca de él para que la gente pudiera tener dos opciones y elegir la que mejor le pareciera. Ninguna de las cinco actuales estaban en sus “dominios”, pero Don Manuel ya sentía de cerca sus pisadas y no estaba acostumbrado a competir sino a imponer.

Mi padre, por aquellas fechas en que yo tenía 9 años, comenzó a planear, a escondidas de mi madre, abrir una nueva panadería justo frente a otra propiedad del viejo panadero. Y al mismo tiempo planeaba la boda con mi madre. La boda religiosa, que mi padre había convencido a mi madre de llevar a cabo, para darle gusto a mi abuela aun cuando mi madre no la quería, se llevaría a cabo un día de agosto, y desde ahí todos los invitados se irían al rancho a celebrar. Ambos estaban más felices que nunca y todo estaba listo en ambos sitios, la iglesia y el rancho. Mi madre, en casa de una de sus amigas y colaboradoras, se arreglaba y peinaba, y de ahí se irían directamente al Templo de Santo Domingo. Mi padre me pidió que lo acompañara a recoger el traje que había rentado y después fue a arreglarse a La Polvorona No.1 en donde él, por cuestiones de trabajo, seguía viviendo la mitad de la semana. Mientras él se bañaba y cambiaba yo me puse a jugar con mis juguetes de antaño, que seguían en el mismo baúl en el que los guardábamos cuando yo era niño. Mi madre, entre una actividad y otra, me había entregado una cajita con los anillos de matrimonio y me pidió que le recordara a mi padre que los llevara. Entre risas me dijo que no los podía olvidar, porque si llegara el momento de entregárselos mutuamente en la iglesia y no los tuviera, no se lo perdonaría.

Al terminar de arreglarse y perfumarse, mi papá me arregló a mí. Después salimos corriendo de ahí y nos subimos a la camioneta último modelo que mi padre había comprado recientemente, la cual había sido decorada con letreros de “recién casados” y arrastraba latas. Una vez arriba de la camioneta mi papá me preguntó si traía la cajita con anillos. Le respondí que no, que los había olvidado adentro. Agaché mi cabeza en señal de vergüenza, ya que me lo había pedido expresamente mi mamá. Él, dándose cuenta de mi pena, me revolvió el cabello tratando de animarme para que no me sintiera culpable.

Se bajó a toda prisa porque ya era casi la hora de inicio de la boda y se dirigió a la puerta de la panadería. Y allí, mientras maniobraba para abrir los tres cerrojos que tenía aquella puerta, un hombre le disparó arriba de su oreja derecha, causándole la muerte en el acto. Yo escuché el disparo y me sobresalté. No veía qué estaba pasando, pero en mi interior sentía que era mi padre al que le habían disparado. Comencé a gritar pero él no me respondió. Bajé de la camioneta y

por instinto llegué hasta donde su cuerpo yacía sin vida. Mis manos se llenaron con su sangre que corría por la banquetea. Varias personas que llegaron al lugar gritaban pidiendo auxilio, los sonidos de sus voces se confundían en mi cabeza y muy pronto mi cuerpo comenzó a convulsionarse, lo que me llevó a vivir uno de los ataques epilépticos más fuertes de mi vida.

Diez horas después desperté en el hospital. Lo pude haber hecho antes pero no quería entrar en consciencia: la culpa era aterradora y paralizante, y en mi cabeza me repetía: “¡Soy culpable de la muerte de mi padre. Si yo no hubiera olvidado la caja con anillos él no hubiera vuelto y aquel hombre no lo hubiera asesinado!”. Tenía pavor de sentir la presencia de mi madre y tener que explicarle lo sucedido. Sufría por ella y sufría por mí en simultáneo. Era justo el día de la boda y se suponía que debería ser un día mágico y no un evento trágico. Deseaba con todo mi corazón que fuera una pesadilla, que sólo hubiera sido un ataque epiléptico y que lo sucedido se hubiera creado tan sólo en mi imaginación.

Apenas moví una mano mi madre la sostuvo. Ella se acercó a mi rostro y me dijo: “Ahora yo seré tu padre y tu madre. Nada nos separará nunca, querido hijo. Sobreviviremos. Recordaremos siempre a tu padre con mucho amor. Lo honraremos cada día de nuestras vidas”. Sentí que fingía su fuerza, pero su fuerza me ayudó a recuperar un poco de la mía. Quería gritarle que yo había sido culpable, pero no podía. Sentía que esa verdad me quemaba por dentro, pero aún no estaba listo para gritarla; oportunamente me llegaría el momento para hacerlo. En ese instante sólo pude decir unas cuantas palabras más: “Llévame al rancho mamá, ya no quiero estar en la ciudad”.

Después supe que esa tarde, cuando ella ya estaba esperando en el atrio de la iglesia, una tía de mi padre había llegado con la funesta noticia. Los allí presentes no podían creer lo que estaba sucediendo. Mi madre, después de unos cuantos minutos de silencio en los que pareció que el tiempo se detenía, había dicho: “Él me lo dijo”. Nadie había entendido estas palabras, pero ella se refería a la entidad espiritual de penacho, quien le había transmitido este mensaje al bajar del Cerro del Ciervo, cuando ella se había quedado paralizada por unos segundos: “Él siempre estará con ustedes, pero no como tú crees”. Ella no lloró, no gritó, no se tiró al suelo, y aún con el vestido de novia fue al hospital a asegurarse que yo estuviera fuera de peligro. Después fue a la morgue a identificar el cuerpo y a despedirse de la materia que quedaba del espíritu de mi padre y finalmente pidió que lo incineraran.

Al día siguiente ella asumió el control de toda la situación. Llevada por Pepe pasó por mí al hospital y me sacó de ahí pese a las advertencias que los doctores

le habían hecho sobre mi estado. Nos dirigimos a La Polvorona No. 1, donde una empleada de aseo se encontraba limpiando los restos de sangre seca y adherida a la banquetta. Mi madre llamó a todos los empleados y empleadas, impartió nuevas instrucciones y nombró a un nuevo director. Mientras tanto, discretamente fui a tomar la caja de anillos de matrimonio que había olvidado, y tomé también un juguete para despistar a mi madre.

Uno de los empleados nos alcanzó en el camino de regreso a la camioneta y le dijo algo en silencio. Y aunque él intentó que yo no me enterara, escuché sus palabras gracias al afinado oído que compensaba mi falta de vista: “Jefa, Daniel estaba planeando abrir la próxima panadería frente a una de Don Manuel. Por eso todos aquí creemos que él lo mandó matar”. Mi madre no dijo nada, dio media vuelta, me tomó de la mano y partimos de ahí. Pasamos a recoger las cenizas de mi padre, todo su cuerpo hecho polvo cabía en una pequeña caja no más grande que nuestras dos manos juntas. Al llegar al Rancho El Penacho mi madre esparció las cenizas en varios árboles que mi padre había sembrado, y que él había afirmado que serían muy grandes algún día y darían mucha sombra.

Capítulo 12

Al cabo de dos meses, a las investigaciones sobre el asesinato de mi padre les dieron carpetazo. La Procuraduría nos había entrevistado o cuestionado en múltiples ocasiones, siempre por personas diferentes, y no parecía haber un seguimiento puntual y transparente del caso. La única persona adicional en la escena de los hechos había sido yo pero, por obvias razones, no había registrado ningún detalle visual y, ya que yo estaba en la camioneta con la ventana cerrada, no había logrado escuchar tampoco nada más que el aterrador disparo. Mi madre insistía que investigaran a Don Manuel, pero los funcionarios insistían en que no había ninguna prueba para hacerlo. A la larga ellos dijeron que creían que el culpable había sido un hombre cuyo cadáver, hallado al otro día del crimen, no lejos de allí, había sido el presunto asesino y que seguirían su pista para ver si lo corroboraban. Dijeron que lo investigarían a fondo pero que si no hallaban pruebas, darían el caso por cerrado.

Mi madre, sabiendo que no se haría justicia, decidió emprender una ofensiva comercial muy agresiva contra Don Manuel y su negocio, aprovechando los planes e ideas que ya había escrito mi padre en un cuaderno, el cual fue encontrado en su closet días después de su muerte. Así que decidió comenzar a abrir panaderías La Polvorona justo en frente de cada una de las de su antiguo patrón. A cada una que abría le invertía más que a la anterior para hacerlas más llamativas y espectaculares. Había decidido poner a la vista del público la cocina y hornos para que los clientes percibieran la calidad de los ingredientes y procesos, y hacer que tuvieran más confianza, además de que así se percibían más los aromas y el calorcito, lo que les abría más el apetito. También creó un sistema de tarjetas, que en cada compra iban perforando, y a la quinta compra le entregaban un regalo al cliente. Introdujo también unos combos de pan, nuevas recetas de Cacao caliente y un dulce especial de Yaca.

En los nuevos modelos de panaderías comenzó a hornear y ofrecer pasteles hechos bajo pedido según los gustos del cliente, y también agregó unas mesitas y sillas en donde la gente podía comer sus productos. Esto último lo hizo porque consideraba que mientras más gente hubiera siempre en las panaderías, menos se arriesgaría Don Manuel a hacer algo por venganza. Y, adicionalmente, comenzó a abrir los siete días de la semana en todas las panaderías.

A los pocos meses de abrir las primeras panaderías frente a las de Don Manuel, las de este hombre comenzaron su declive. Él no descansaba en sus tácticas sucias para molestarnos: le pagaba a inspectores de salubridad del municipio para que hicieran revisiones, pero siempre las aprobábamos. Hacía correr el rumor de que en nuestras panaderías había ratones y bichos en la cocina, y continuó hablando mal de mi padre y mi madre, por aquello que había sucedido casi 10 años atrás en aquel callejón. Pero mi madre aguantaba, sus fuerzas se habían redoblado, no descansaba ni un minuto y yo la sentía más guerrera que nunca.

Ella contrató para mí a una maestra particular que iba al rancho de 8am a 2pm, horario en que mi madre se iba a las panaderías de la ciudad. Aprendió a manejar el vehículo de las panaderías y esto le dio más libertad para moverse de un lado para otro. Cristóbal, uno de los colaboradores del rancho, rondaba por la casa para verificar que todo estuviera bien. Durante la tarde ella administraba el rancho y su producción de allí. Ya eran cuatro trabajadores en la bodega de producción y dos en el campo cuidando las plantas y cosechando.

Sin embargo, yo sentía que un dolor profundo se había instalado dentro de mi madre, y aunque trataba de taparlo con sus múltiples actividades, una mezcla de coraje, miedo y tristeza nublaba su corazón. Ella nunca había sido vengativa, pero ahora estaba empeñada en destruir a Don Manuel. Yo entendía que lo que estaba viviendo no era fácil, y si lo sumabas con lo que había vivido en su pasado, más complicado se volvía: su madre había muerto al nacer, su padre la había abandonado, su abuela la había maltratado, había sufrido su proceso de maternidad con mis condiciones y ataques, y ahora sucedía la muerte violenta de mi padre, de quien se había permitido enamorarse por primera vez en su vida.

A todo esto se había sumado mi actitud posterior a la muerte de mi padre. Me enojaba y hacía berrinches a la menor provocación. Había comenzado a manifestar molestias por mi ceguera y le pedía a mi madre que hiciera más para investigar si alguien me podía ayudar a ver. En algunas ocasiones le exigí que dejara de gastar en tantas nuevas panaderías y que en su lugar invirtiera en mi salud. Sentía que mi cuerpo quería ir más allá de lo que mi condición me permitía y constantemente sacaba de sus casillas a la maestra. Discutíamos y me encerraba

en la casita del árbol durante horas y allí lloraba, lloraba mucho. Contraje una especie de alergia en la piel y había comenzado a rascarme tan fuertemente en los antebrazos que en ocasiones me causaba gran irritación. A mis casi diez años, yo era muy pequeño para entender que lo que vivía en mi corazón era una profunda culpa. Tan sólo sabía que no me quería a mí mismo y eso me provocaba un dolor enorme que se manifestaba en ataques hacia mí y en furia hacia los demás ante cualquier provocación.

Un día, después de pelear con mi madre, en realidad por algo insignificante, corrí a refugiarme a la casa del árbol. Allí me rasqué tan fuerte los brazos que hasta sangre me saqué. Hoy sé que era para autocastigarme y para tratar de sacar de mi cuerpo, mente y corazón esa dolorosa culpa que me estaba destruyendo.

Escuché que mi madre salió de la casa y que se fue a caminar entre los plantíos. Caminó lejos, esperando que yo no la oyera, pero ni siquiera ella comprendía el sentido del oído tan agudo que yo había desarrollado. Y allá, en la distancia, la escuché llorar, con un llanto que primero trató de ser contenido, pero después explotó en gritos de profundo dolor. Esos berridos me estremecieron de pies a cabeza. Ella permaneció durante más de una hora en aquel lugar entre Palmas de Cacao, y ahí sucedió lo que años después me contó. Se tiró al suelo, agotada y adolorida. Sí, le dolía el cuerpo por tanto trabajar pero también para haberse callado durante tanto tiempo el dolor por la muerte de mi padre. Además le dolía de corazón mi ceguera, las tantas veces que yo había estado hospitalizado, el hecho de que yo no podía ir a la ciudad y que viviera confinado en el rancho, y ahora mi actitud rebelde que ella consideraba producto de la tristeza por la muerte de mi padre. Y, en medio del dolor, le reclamó a Dios por haberse olvidado de ella, haberse olvidado de mí y haber permitido que mataran al único hombre que había amado en su vida.

Después la emprendió contra la mujer hermosa. Le preguntó a gritos por qué no se había aparecido en más de dos años, le dijo que era un invento de su imaginación y hasta la culpó por haberle hecho creer lo que los curanderos le había dicho, que todo se podía curar, que yo volvería a ver, que el amor lo sanaba todo, que yo sería sanador y que ella era una guerrera. En su rebelión ella gritaba y lanzaba preguntas al aire: “¿Cómo va a ser él un sanador si no es capaz de curar su ceguera? ¿Qué podrá hacer en la vida si no es capaz de superar la muerte de su padre? ¿Va a ser un sanador desdichado o qué? ¿Cómo alguien me puede decir que soy una guerrera del amor, si gorgo tanto dolor en mi corazón?”.

Aquella noche me desperté sudando, fui hasta el cuarto de mi madre y me metí entre las sábanas de su cama. La abracé muy fuerte, como hacía tiempo no

lo hacía. Lloramos juntos por un tiempo, no dijimos nada, fue una comunicación silenciosa, hasta que nos volvimos a dormir.

Al día siguiente, como de costumbre, ella se fue puntual a las 8am a la panadería y me dejó con la maestra. Al mediodía, mientras hacía inventario de insumos en la bodega del patio en La Polvorona No. 1, una mujer vestida con un atuendo indígena, de cabellera blanca pero aún joven, se le acercó sin hacer ruido, tan sigilosamente que la espantó. Sus miradas se cruzaron por unos segundos y de inmediato mi madre supo que era la mujer hermosa. Rodaron unas lágrimas por las mejillas de mi madre y no supo que decir. La extraña mujer le dijo: “Dios nunca te ha abandonado”, y le entregó un pedazo de papel café con una dirección. Se dio la media vuelta y se fue.

Mi madre regresó a la entrada de la tienda y le preguntó a sus empleados si habían visto entrar a una mujer de atuendo indígena con colores muy llamativos, pero todos le respondieron que no. Sin embargo, en el corte cierre de cuentas del negocio, al final del día, ella notó que había un faltante de dos panes de cubierta brillante. La dirección decía: “Felipón, Estación del 14, San Luis Potosí”. Entonces mi madre comprendió que no había sido olvidada, y que la base de su fuerza estaba en confiar en que Dios siempre estaba presente, así Dios se manifestara a través de una mujer de mirada penetrante, en un ser de gran penacho visible o en el mensaje de algún curandero. Entendió además que cuando su confianza y su fe disminuían, su dolor aumentaba, se llenaba de miedos e incertidumbres y su mente se nublaba impidiéndole tomar buenas decisiones.

Capítulo 13

“¿Y tú conoces San Luis Potosí, mamá?” le pregunté yo mientras ella preparaba las maletas para emprender el viaje hasta aquel lugar semi desértico. “No, yo creo que ni siquiera había escuchado sobre esa parte de México, pero si la mujer de vestido blanco nos pide que vayamos hasta allá, pues hasta allá tenemos que ir”. Yo, que confiaba totalmente en mi madre y hasta me emocionaba la oportunidad de irme nuevamente de aventura con ella, le ayudé a preparar lo que pude de mi maleta. En mi interior yo sabía que, al igual que ella, también tenía que sanar mucho, y que esta podría ser una gran oportunidad. En realidad pensaba más en sanar la culpa que cargaba por la muerte de mi padre que mi ceguera, pues para mí la primera era mucho más dolorosa que la segunda. En ocasiones, las condiciones emocionales duelen más que las condiciones físicas, y suele suceder que las condiciones emocionales son las que originan las físicas.

Pepe, el chofer de las panaderías, manejó la camioneta que había comprado mi papá, y en la que había aprendido a manejar mi mamá. Primero nos llevó al Distrito Federal, en donde dormimos, y después condujo por más de ocho horas hasta la Estación del 14. Dicen que preguntando se llega a Roma y así lo hicimos, pues en aquel entonces todavía no existían los sistemas GPS que ahora todo el mundo usa. Nos indicaron que teníamos que pasar San Luis Potosí capital, seguir hasta Matehuala, de ahí rumbo a Real de Catorce, pero que en lugar de tomar la vereda hacia este pueblo misterioso debíamos avanzar hasta cruzar las vías del ferrocarril. Una vez llegamos allí, la gente del área nos fue guiando hasta dar con la casa, o más bien con el tejabán de lámina del tal Felipón.

Nos dijeron que aquel hombre vivía tras una lomita, en medio de la nada, puro desierto. Nuestra camioneta iba levantando grandes polvaredas y Pepe se sentía cada vez más nervioso en tanto que mi madre permanecía firme, sin quejarse y yo confiando en que algo muy poderoso nos guiaba. Les pedía que me

describieran el “paisaje” y disfrutaba lo que imaginaba, sin importarme la ausencia de flores o de grandes árboles, pues ese entorno era totalmente diferente para mí. De pronto Pepe dijo: “Jefa, yo creo que es ahí, no hay nada más alrededor, por fin llegamos”. Y lo dijo con un tono de descanso, ya que el pobre lo necesitaba, pues había manejado sin parar por muchas horas.

Antes de bajar de la camioneta unas veinte chivas nos rodearon. Una mujer, de tono mexicano-americano, entre risas nos dijo: “Mis hijas creen que ustedes les traen algo de comer, ahorita las espanto”, y comenzó a hacerlas a un lado para permitir que nos bajáramos del vehículo. Pepe le preguntó que donde estaba el baño y la mujer le respondió: “En todas partes, estás en medio de la naturaleza y lo que sale de tu cuerpo es naturaleza”, y soltó una carcajada. Nosotros también reímos y así se rompió el hielo.

Mi madre me contó que un hombre, que rondaba los 70 años, comenzó a acercarse desde lejos mientras decía: “Ya los esperaba, me dijo el Viento que vendrían. Pásenle, ya llegaron al lugar perfecto para arrojar las piedras que tanto les pesan. Y hay dos formas de hacerlo, o las tiras primero para poder desplegar ligeras tus alas y lanzarte al vuelo, o te avientas por el barranco con todo y piedras y las sueltas antes de caer al abismo para entonces poder volar. La primera forma es la más segura, mientras que en la segunda muchos se dan unos madrazos muy duros, je je”, y comenzó a reírse él solito, mientras nosotros tratábamos de acomodarnos a su sentido del humor. Y dirigiéndose a mí con toda familiaridad y adivinando mi condición me dijo: “Y para volar no necesitas ver, hijo, tan sólo tienes qué sentir”. Al terminar de decir esto se acercó y me revolvió el cabello, tal como lo hacía mi padre. Yo me quebré en llanto en ese momento, y por más que traté de disimularlo mi dolor era evidente.

“¿Pues qué hice?”, preguntó haciéndose el sorprendido quien a todas luces era Felipón, el hombre de poder al que nos había dirigido la mujer de atuendo indígena. Mi madre me abrazó y le dijo en tono suave: “Así le revolvió el cabello su padre, quien murió hace pasadito un año”. Y Felipón replicó: “Pues espero que tu padre te traiga recuerdos de amor y alegría, y que tu relación con él no esté llena de culpas. Las culpas matan más personas en el mundo que las guerras, ¿lo sabías?”. Pum, zaz, se sacudió mi cuerpo de pies a cabeza. “¿Pero quién es este hombre que sabe qué es lo que yo cargo, y lo dice de frente pero sin por eso delatarme frente a mi madre?”, me preguntaba yo.

Y él continuó: “Pues bienvenidos, ya llegaron al lugar donde se puede tener el privilegio de la introspección, aquí todos podemos ser ciegos, aquí todos podemos disfrutar lo que sólo Yao y aquellos como él pueden disfrutar. Sí, hijo,

tú has vivido, sin saberlo, el privilegio de ver más hacia adentro que hacia afuera. No creas que afuera hay más cosas hermosas que adentro. Tal vez eso lo has creído porque los zombis que sólo viven de lo que ven hacia afuera te han hecho creer que hay más belleza afuera que adentro. Ellos son los pobres de visión que se distraen con lo exterior y se olvidan de lo interior. Que hermoso regalo te dio Dios, poder ir de adentro hacia afuera, porque tú primero lograrás comprender el interior para después ser capaz de entender el exterior. Así es como venimos al mundo, nueve meses viendo hacia adentro, pero luego nacemos y pronto se nos olvida. Deslumbrados con lo que hay afuera, nos olvidamos de la belleza interior. Bienvenidos al Desierto, el que te despierta los sentidos internos para que vuelvas a ser ciego, para que recuperes el privilegio de la introspección”.

En ese momento la mujer, que tal vez era su compañera, pareja o algo así, preguntó: “¿Cómo andan de apetito? No tenemos mucho para ofrecerte, pero siempre hay leche bronca de chiva”. Aunque nosotros no aceptamos ese extraño ofrecimiento, nos invitaron a “pasar” a su patio. “Pónganse cómodos”, dijo aquel hombre que era el motivo de nuestro largo viaje. Según mi madre me lo describió después, un carretón de madera, de esos de los grandes cables de luz, hacía las veces de mesa, mientras que cajas de refrescos y troncos de árboles viejos servían de sillas. Además, unas telas rotas y sucias colgando de árboles parecían estar allí para darles sombra en los días soleados, como era normal en esos territorios.

La mujer, directa y al grano, le preguntó a mi mamá que quién era el que necesitaba medicina. Mi madre, con dudas, le respondió que tanto ella como su hijo necesitábamos sanar algunas cosas que se nos habían acumulado a partir de la muerte de mi padre. La mujer la interrumpió y, señalando a Pepe, le dijo: “No olvides a aquel joven, es un burrito que ha venido cargando las emociones negativas de muchos en su familia... él también necesita medicina”.

No sabíamos a qué tipo de medicina se refería la mujer, pero yo pensaba que una verdadera medicina sería la que me quitara la gran culpa que sentía por haber causado la muerte de mi padre, eso no me dejaba dormir, jugar, poner atención a mi maestra, ni estar en paz con mi madre. Desde hacía más de un año no podía disfrutar mi vida debido a los pensamientos que me atormentaban. Felipón se acercó, le susurró algo en el oído a mi madre y juntos se retiraron del lugar. A lo lejos escuché tres voces conversar. Sus pisadas se iban distanciando, entonces supe que Felipón se había llevado también a Pepe.

Yo me quedé con la mujer, que me inspiraba confianza. Ella comenzó a hablarme: “Yo me llamo Elizabeth, pero acá tus paisanos me llaman Bety. Yo digo que soy la mujer de Felipón, pero él dice que sólo soy una arrimada; la

verdad no me importa, acá no hay muchos con quien platicar y me conformo con escuchar su voz, aunque me diga lo que me diga. Yo sé que él se moriría si yo no estuviera, pero le da miedo aceptarlo; hay muchos curanderos que curan a todos menos a sí mismos. Llevamos más de 20 años juntos. Él venía escapando de la Capital, yo venía escapando de Nueva York, y nos conocimos, nunca he sabido si nos enamoramos o no, pero nos juntamos. Al principio éramos aliados sobrevivientes de este Desierto, pero luego nos convertimos en amigos del Desierto. ¿Sabes? Este Desierto tiene vida, habla, escucha, siente, y también ríe mucho, je je, sobre todo de aquellos que sufren por fantasías que ellos mismos se crearon. Nos dedicamos a ayudar a los que pasan por aquí y les damos plantas que la Pachamama nos dio”.

Yo interrumpí y le pregunté: “¿Y qué es la Pachamama?”, a lo que ella rápidamente me respondió: “La Pachamama es tu primera mamá, es la Madre Naturaleza, la Santa Mamacita que todo nos lo dio en la Tierra. Y aunque es nuestra mamacita y es sagrada, le estamos haciendo daño con tanto tóxico que sacan los mofles y las fábricas, con el plástico que tiramos y con tanto pesticida que echan los agricultores a las tierras de siembra. Somos unos hijos adolescentes, muy egoístas y muy desmadrosos, acaparadores debido a nuestros temores, seres sin conciencia. Un día la Pachamama se los va a sacudir a todos de encima como hormigas, je je. A veces lo hace con uno que otro tornado, terremoto, incendio o erupción volcánica. Tu mami es tu segunda mamá, pues la Pachamama también es la primera mamá de tu mamá”. Ella se reía todo el tiempo de su propio monólogo. Yo iba reflexionando sobre lo que decía, pues me obligaba a pensar de maneras distintas y profundas, en particular sobre aquello que había dicho de que el Desierto se reía de aquellos que sufrían por fantasías que ellos mismos se habían creado.

En ese momento me atreví a preguntarle: “¿Y adónde fue el señor Felipón con mi mamá y con Pepe?”. Y ella respondió: “Caray, tú estarás muy ciego pero oyes todo. Ya ves que Dios aprieta pero no ahorca, je je. Se fueron por ahí a recolectar frutos para cenar. Los frutos que cortarán son sólo para adultos, no esperes que traigan para ti. Pero no te apures, yo cenaré por ti”. Yo no entendía a qué se refería con expresiones como ‘frutos para adultos’, o con ‘yo cenaré por ti’.

Las chivas nos habían vuelto a rodear, una me lamía las manos y a mí me nació el impulso de acariciarla, mientras Bety siguió con su explicación: “Son frutos muy especiales, se esconden, no se dejan encontrar por cualquiera, sólo salen cuando la persona que los busca está lista. Por eso tiene que ir Felipón con ellos, porque a él ya lo conocen, saben cómo camina, cómo silba, y hasta cómo le

huelen los pedos, je je”. Y con esta última frase le entró un ataque de risa que le duró varios minutos, lo que me impidió continuar con mis preguntas.

Yo visualizaba aquellos frutos que ella me describía, pero no lograba imaginarlos, pues era difícil tan sólo escuchando aquella descripción. Pero todo en mí se sentía tranquilo, no me nacía juzgarla de loca, al contrario, me hacía querer escucharla más. Platicamos por más de dos horas mientras ella masticaba algo que nunca me ofreció. Me habló de cómo acostumbraban a ponerle nombre a cada chiva basándose en el parecido que le encontraban con cada visitante. Así, una se llamaba Charly, otra Lucas, otra Valentín, y así siguió con cada una. Y así supe que eran más de diez chivas. Me contó de un calendario antiguo de trece meses que según ella era más exacto que el actual, así como la historia de cómo habían decidido los Emperadores y Papas de la iglesia crear el calendario gregoriano actual. La noté algo enojada con este tema del calendario, y en un momento dijo algo así como: “Las mujeres de hoy ya no saben ni en qué día están de su ciclo femenino, el calendario que usamos es un desmadre, antes la Luna nos lo decía todo. Es una aberración que sean doce meses, casi todos más largos que un ciclo lunar, por eso nos confundimos todas. Ahora ya nadie voltea al Cielo a la ver la Luna o el Sol, nos distraemos con tantas cosas a nuestro alrededor que nos hemos olvidado de nuestro interior y del Cielo”.

Le conté sobre las bases del Sistema Braille, de mi casita en el árbol, del Cacao y la Yaca que sembrábamos y producíamos, y de las panaderías de mis papás. No puedo asegurar que le interesaba mucho lo que le platicaba, a todo me decía “ajá... ajá... ajá” en su acento único México-americano. Ella seguía haciendo algo con sus manos y masticando, mientras fingía escucharme.

De pronto ella se levantó, me pidió que guardara silencio y se distanció un poco. Escuché que sus pasos se alejaban y al cabo de unos minutos volvieron a escucharse cerca, mientras yo me mantenía a la expectativa. El Sol comenzaba a caer y se empezaba a sentir fresco. Ella se volvió a sentar junto a mí y me dijo: “Fui a platicar con el Desierto y ya le agradecí los frutos que me dio para cenar por ti. Me dijo que puedes pedirle cualquier cosa, lo que quieras, y que te lo va a conceder si prometes cumplir lo que Él, el Desierto, te pedirá a cambio. Ten mucho cuidado en caso de que aceptes el compromiso, porque el Desierto pide cosas muy grandes a cambio de conceder deseos”. A ella le había cambiado el tono de voz, ahora era más calmado, más solemne y no se reía ya de sus propias palabras. Se agachó, me tomó por los hombros y dijo con fe: “Al Desierto le gusta la gente valiente que pide con todas sus fuerzas”.

Aunque yo estaba decidido a pedirle algo al Desierto, ella me explicó que mi deseo debería ser tan grande como para que valiera la pena el esfuerzo para cumplir con lo que Él me pediría a cambio. En mi visualización interna yo dibujaba el Desierto como una entidad poderosa, seria, algo o alguien con quien si uno se comprometía era mejor cumplirle. De pronto, sin que concretara claramente en mi mente estas palabras, sino más bien como un grito desesperado de mi inconsciente más profundo, le dije con firmeza: “¡Quiero ver a mi papá!”.

Ella no respondió nada, se quedó en silencio. El ruido producido por las chivas en constante movimiento cesó. Las láminas del tejaban, que se agitaban con el golpeteo del aire del atardecer, enmudecieron. Se hizo un silencio total que duró por unos momentos. Me pareció extraño, me sentí como si estuviera sólo en medio del Desierto, me sentí como en el vacío. Rompí el silencio preguntando: “Señora, ¿sigue ahí?”, pero ella no respondió. Logré sentirla cerca de mí pero parecía que estaba esperando algo.

En ese momento comencé a escuchar un Viento que se formaba a lo lejos, y que se iba intensificando al acercarse. Era como una pequeña tormenta que se dirigía justo hacia nosotros. Me agarré fuerte del tronco en el que estaba sentado, sentí algo de miedo, agudicé mi sentido del oído y mi piel se erizó. El Viento, sin traer polvo, llegó y se plantó a mi lado. Unas coletillas de Viento me removieron el cabello, y sentí claramente que me lo agitaron justo como mi padre lo hacía. Otra vez me solté en llanto, aunque era un llanto calmado. El intenso pero amoroso Viento recorrió todo mi cuerpo, yo me estremecí, sentí cómo se colaba por todo mi cuerpo. Entonces ella se acercó y me susurró: “Tu papá está aquí, contigo. El Desierto te lo trajo”.

Yo, con unas intensas ganas de creer para así borrar todo escepticismo, le dije a ella: “Pregúntale si me puede perdonar por lo que le hice”. Ella, después de una pausa, respondió: “Dice que la responsabilidad de los anillos era de él, no era tuya, que quien se iba a casar era él y no tú. Dice que quien decidió ir a su casa esa tarde fue él, y no tú. Dice que fue su espíritu el que ya tenía todo decidido así, y no tú”. Era como si sus palabras llegaban hasta mi corazón, me revolcaban por dentro, y después salían disparadas al Viento. “Dice que todo estaba ya escrito y que tenía que suceder justo así para que la culpa me arrastrara hasta aquí, y para que entendieras que la magia sí existe y que él sigue presente. Dice que él ya había cumplido su misión acá abajo, y que ahora cumplirá otra gran misión desde arriba. Dice que cada vez que necesites un consejo se lo pidas a él, y que te susurrará las respuestas a través del Viento. Me pide que te diga que cuando los

seres humanos parten de este plano se van al Viento Espíritu, y que es ahí donde está él gozando. Que cuides a tu madre, que él la amó con todo su corazón y la seguirá amando desde el Viento. Que le digas que cuando se encierra en su cuarto a llorar, y prende una veladora para buscarlo en el Fuego, es justo cuando él se hace presente para abrazarla. Dice que le digas a tu mamá que no es necesario que cargue con el peso de ser tu mamá y papá a la vez, que sólo se enfoque en ser mamá y que él seguirá siendo tu papá desde donde esté. También te pide que nunca pienses ni digas que no tienes papá, porque él sigue siéndolo y sigue presente”. La mujer guardó silencio y yo me levanté como tratando de abrazar al Viento antes de que se fuera. Volví a sentir que me removían el cabello, y unos segundos después todo pareció disolverse.

Me quedé de pie y me sentí ligero, sin anclas, como si me hubieran quitado un bloque gigante de concreto de los hombros y la espalda. Unos minutos después la mujer me trajo una manta y me acompañó a acurrucarme en un rincón de su tejabán. Estaba agotado, no solamente por el viaje sino por la gran experiencia que acababa de vivir. No sólo creía que había sido real, sino lo SABÍA real y lo afirmaba como tal. El Desierto me había escuchado y me había respondido, a través del Viento y a través de Elizabeth. Esos frutos de los que me había hablado, seguro que eran los mismos que ella estaba masticando y ella había cenado frutos de poder por y para mí. Lo único que estaba faltando, y pensando en ello me quedé dormido, fue la pregunta: “¿Qué me pedirá el Desierto a cambio de haber cumplido con mi deseo?”.

Cuando me desperté temprano al amancer, mi madre, Pepe y Felipón no habían regresado. Bety andaba con las chivas dentro de unos corralitos hechos de pedacería de tarimas de madera, costales de papas, láminas y lonas de vinil; platicaba con cada una de ellas y les decía su nombre. Ella me vio a lo lejos, de pie en la puerta de la casa del tejabán y se me acercó. Me extendió un vaso de plástico con una bebida y me dijo: “Tómatelo, es tu desayuno”. Confíe en ella y le di un gran sorbo; sentí ganas de vomitar, pero me contuve; era leche babosa y caliente, seguramente de las chivas. Ella me dijo riéndose: “Más vale que te la tomes, no hay nada más aquí, además es muy buena y contiene todo lo que necesitas. Es mejor que la leche de vaca que se toman en la ciudad, que está llena de hormonas, pesticidas y antibióticos. Ahora a las vacas les dan medicinas hasta para que no se pedorreen, y eso se lo come la gente, je je”. Y volvió a reír como ya era su costumbre. “Además a las vacas las tratan muy mal las empresas lecheras, las mantienen encerradas, no las dejan ni convivir con sus terneros, mientras que yo a mis chivas hasta les canto. No me quedaba otra opción, así que me la fui tomando poco a poco. Era muy desagradable pero yo tenía demasiada hambre y las tripas me rugían.

Una vez que me la terminé me preguntó si ya estaba listo. Le pregunté que listo para qué, y ella me respondió que para asumir mi compromiso con el Desierto. “¿A poco crees que el Desierto se olvida de sus deudores? Ja ja, pero si el Desierto tiene mejor memoria que tú y yo juntos. Me tomó de una mano, me quitó el vaso vacío de la otra y comenzó a caminar. No podía oponerme, “promesas son promesas” me decía en mi interior, así que comencé a seguirla. Anduvimos entre algunos pequeños matorralitos por un par de horas, hasta que me dijo: “Mira, allá hay un pequeño arbolito que nos dará sombra, es el único a la redonda, hay que aprovecharlo”. Nos sentamos bajo esa planta y le pregunté qué íbamos a esperar ahí. Ella me respondió que esperaríamos hasta que el Desierto nos hablara. Me dijo que el Desierto no repetía las cosas, que tenía que prestar mucha atención a lo que me dijera.

Mientras tanto, nuevamente, yo la escuché masticar algo. Y cuando le pregunté qué era lo que comía, me respondió: “Frutos del Desierto para adultos”. Yo, algo curioso sobre el tema, pregunté si había frutos del Desierto para niños. Ella, sabia o creativa, respondió que seguramente en algún tiempo los hubo, pero que por ser tan sabrosos se los habían acabado todas civilizaciones anteriores y que sólo habían quedado los frutos más amargos. “¿Y para qué exactamente se los comen ustedes los adultos?”, seguí con mi tren de preguntas, aprovechando que no había nada más que hacer además de esperar que el Desierto nos hablara. Ella aprovechó para darme una buena lección: “Tú naciste de una semilla combinada de tu mamá y de tu papá, así que eres una extensión de tu mamá y de tu papá, vienes cargando información genética, emocional y espiritual de ellos. Tú llevas la esencia de ellos en ti y cada vez que alguien te ve o platica contigo, hasta cierto punto siente la presencia de ellos en ti. Así son los frutos del Desierto, ellos nacen de la Madre Tierra y del Universo. Cada planta, árbol, animal y ser humano nace de una semilla que integró agua, tierra, aire y sol. Estos frutos contienen la esencia amorosa y sabia de la Naturaleza y del Universo, y al tomarlos te conviertes en ellos y entonces puedes entender muchas cosas que a veces este cerebritito no sabe, pero que el gran cerebro del Cosmos sí sabe. Yo me tomo los frutos del Desierto para convertirme en Él y para ser el medio por el cual Él te hable. Recuerda siempre, en lo que comes te conviertes, lo que comes habla por ti”.

Entonces se acercó más hacia mí, bajó el tono de su voz y me dijo: “Este es el compromiso que el Desierto coloca sobre ti”. En ese momento sentí que ella colocaba un bulto sobre mis piernas, lo que me sorprendió pues yo nunca había sentido algo similar en mis muslos. Intenté tocarlo como normalmente yo lo hacía para adivinar las formas, y puse las cinco yemas de los dedos de mi mano derecha sobre aquello. ¡Y zaz, pum! Vaya susto que me llevé al descubrir

que aquello tenía una piel rugosa y escamosa. Mi mente tardó un segundo en saber que era una serpiente y me quedé paralizado. Antes de que yo comenzara a temblar el Viento empezó a soplar y se hizo presente trayéndome una gran calma y quietud.

Aquella mujer me dijo: “El viento está contigo y en cada momento de peligro lo estará. No temas aceptar lo que te será dado, muchos lo piden pero a pocos se les entrega. Tu compromiso es despertar y acariciar a la serpiente que llevas dentro de ti y dejar que te posea. De aquí en adelante serás hombre serpiente, pero no cualquier serpiente, sino una luminosa y con alas. Algún día lo entenderás, pero cuando a nuestra serpiente le salen alas regresamos a nuestro origen”.

Había escuchado absorto el mensaje del Desierto mientras sentía que un reconfortante Viento me rodeaba. No sentía miedo, me sentía en paz. Entonces intenté volver a tocar a aquel reptil en mis piernas, pero ya no estaba. “No, ya no está afuera, ahora vive dentro de ti. Tu compromiso, Hombre Serpiente Alada, se te ha asignado, ahora ya sabes quién eres. El día que olvides quién eres sufrirás, y sólo recordando que la fuerza de la Serpiente que vuela está en ti, recobrarás la calma”.

En ese momento comencé a sentir un fuerte ardor en mis testículos. Toda la zona genital estaba vibrante y caliente, así que llevé mis manos a esta región. La mujer, que canalizaba al Desierto, cerró la sesión con estas palabras: “Ahí la serpiente de luz se anidará esperando el día en que habrá de despertar. Pero a partir de hoy nada será igual en tu vida. Comenzarás a ver lo que antes no veías, comenzarás a sentir lo que antes no sentías, comenzarás a crear lo que antes no creabas. Cuida mucho tus pensamientos porque ahora serás capaz de manifestar lo que piensas, y cuida mucho tu corazón porque lo que sientas se proyectará en la realidad”.

Capítulo 14

Después de recibir y asumir el compromiso emprendimos el camino de regreso a la casita de Felipón y Bety. Al acercarnos identifiqué las voces de mi madre, Pepe y Felipón. Se les escuchaba relajados, intercalaban sus palabras con suspiros profundos. Mi madre, al verme, se acercó y en medio de una gran calma me dio un cálido abrazo. Luego pude sentir su mirada buscando colarse por mis ojos y entonces me dijo: “Yao, aunque tus ojos no ven los míos, estoy segura de que los sienten. El Desierto me ha abierto los ojos de par en par, hay mucho más amor en el Universo de lo que antes creía, el amor de Dios es infinito. El amor dentro de nosotros no es escaso, sino abundante, somos hijos de Dios y de la Madre Tierra. Ellos desean que seamos felices porque ser felices es nuestra esencia. La naturaleza del Desierto me permitió reconocer mi propia naturaleza, y es hermosa. Quiero que sepas que te amo, no sólo con un amor terrenal, sino espiritual. En el desierto me encontré a un ser muy especial, una hermanita de todos nosotros, y ella me dio un mensaje muy importante para ti, me dijo que tú lo entenderías muy bien”. Yo iba sintiendo en mi corazón cada palabra de mi madre, la sentía fuerte, sanada y liberada.

Me dispuse a escuchar atentamente el nuevo mensaje para mí, de quien ella se refería como una *hermanita*: “Nunca he sido mala, en mi nombre han escondido los códigos del amor, vivo dentro de cada ser humano esperando despertar. Cuando me reconozcas y me despiertes te convertirás en un Sanador, es tu destino. Enroscada permaneceré en la fuente de la creación que vive en ti, y llegado el momento subiré por tu columna de acero para estallar en luces de mil colores”.

Nuevamente escuchaba eso de ser un Sanador y todo indicaba que no podía evitar ese camino. Cuando terminó mi madre, con curiosidad le pregunté: “¿Y quién era esa hermanita mamá?”. Ella me abrazó, recorrió mi espalda de abajo

hacia arriba con los dedos de su mano, ejerciendo cierta presión, justo a lo largo de la columna y me susurró: “Una Serpiente hermosa, una Serpiente alada y luminosa. Una Serpiente a la que nunca deberás temer, aunque le deberás tener respeto”. Sentí escalofríos por todo mi cuerpo conforme mi mamá recorrió con su mano mi espalda y pude visualizar un destello de luz que subía de la base de mi columna hasta la cabeza. Fue como una corriente de electricidad que encendía mi espalda, como si fuera un gran foco. Mis manos se llenaron con un calor extraño, sentía que vibraban, como si de ellas me saliera un Fuego tibio. Me nació llevar mis manos a los ojos como queriendo compartirles algo de ese calor y sentí como ellos se fueron calentando poco a poquito.

Mi mamá me acompañó a sentarme en una pila de cajas de refresco y de inmediato todas las chivas vinieron a lamerme. Yo me dejé y me puse a acariciarlas. Nos pusimos a platicar todos sobre temas cotidianos alrededor del carretón de cable que hacía las veces de mesa, pues cada uno tenía sus razones para evitar hablar sobre sus experiencias con el Desierto. Y fue entonces cuando algo comenzó a suceder en mí. De repente comencé a ver un manchón de luz que se movía lentamente frente a mí en medio del mar de neblina que normalmente “veía”. Lo curioso es que ese manchón, de color desconocido para mí, se movía siguiendo la ruta de la que venía la voz de mi madre; tal parecía que era una proyección de ella. Jamás antes había visto nada, no tenía noción de los colores, tan sólo de figuras, formas, texturas y distancias. Ahora veía un color que se formaba con la mezcla del negro típico que siempre percibía y un toque de luz que aclaraba el negro, color que luego supe que era el morado.

Fue muy extraño lo que me estaba sucediendo, pero estaba viendo un color alrededor del cuerpo de mi madre. Y apenas me hacía consciente de lo que estaba ocurriendo cuando una nueva sombra lúcida apareció siguiendo la voz de Felipón. Estaba impactado, no podía decirle a nadie, temía que al decirlo las visiones desaparecieran. Mis ojos se abrieron aún más y entonces capté una tercera silueta que se movía, parecía que reflejaba la presencia de Bety. “¡Puedo ver, puedo ver!”, pensé para mis adentros. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

Entonces me dediqué, en silencio, a seguir las siluetas de todos, a compararlas en cuanto a tamaños y tonalidades. A los pocos minutos, una cuarta silueta de un tono distinto apareció, era la de Pepe, quien se había ido a descansar en la camioneta pero ahora volvía. En ese momento, sorprendido por lo que estaba ocurriendo, pero callado para no alertar a los demás, llevé mi atención hacia mi mano que era lamida por una chiva, y pude notar el color que desprendía el animal.

Entonces me puse de pie de un salto, la chiva escapó y los demás enmudecieron. “¿Qué te pasa Yao?”, preguntó rápidamente mi madre. “Veo colores que antes no veía, salen de ustedes, y salen de las chivas. Estoy viendo colores, destellos, no sé qué es pero son sombras luminosas que salen de ustedes. Incluso puedo notar una luz que sale de aquel árbol. Ese árbol es del tamaño de Pepe, Felipón es más bajito que Bety, y tú, mamá, eres la más bajita y la más delgadita de todos”.

Mi madre corrió a mi lado. Pude ver claramente su luz desplazándose hacia mi cuerpo y me abrazó visiblemente emocionada. Felipón se dirigió a su pareja con cierto tono de enojado pero juguetón: “Bety, ¿pues qué le hiciste a este niño? Ahora ya no habrá secretos para él, ha comenzado a ver las luces de los vivos”, y acto seguido se rio a carcajadas. Era como el Eureka de un sabio que ve realizadas sus predicciones. La mujer tomó la palabra y me dijo: “No te asustes, niño, se acaba de despertar el tercer ojo en ti, has comenzado a ver lo que otros jamás ven y pronto podrás entender lo que otros ni se cuestionan. Lo que ves es el aura de los seres vivos, la proyección de la luz interna que se mezcla con sus emociones y emana por su cuerpo. Cada historia de vida es un color y a partir de hoy verás miles de colores. Acepta este gran don que el Desierto te acaba de entregar. Estás comenzando a ver hacia afuera después de haber visto mucho hacia adentro, Dios quiso que fuera de esa manera. Ahora ves el resplandor de los seres vivientes, seguramente harás algo muy importante con esa capacidad, abrázala y agrádecele a Dios, al Desierto y a la Serpiente que tú mismo encontraste. Tal vez fue la misma que platicó con tu madre. ¡Eres un niño privilegiado que ya empezó a ver de adentro hacia afuera!”.

Felipón aprovechó que Bety había terminado la cátedra para preguntarme en tono sarcástico: “¿Y qué color le sale al cuerpo arrugado de mi mujer?” y soltó nuevamente la risa estruendosa, sin pena ni remordimiento alguno. Ella, conociendo a Felipe mejor de lo que él se conocía a sí mismo, dijo: “Pinche Felipón, pa´ que te haces, si ya sabes que mi color es verde esmeralda, por eso te enamoraste de mi cabrón y no me puedes soltar, eres una pinche sanguijuela pegada a mis faldas. Tú eres de aura oscura y tenebrosa, sólo con mi luz te equilibras”. Todos rieron, entonces yo pude saber cuál era el color verde realmente, el que desprendía el cuerpo de Bety. Mi madre le preguntó a Felipón si él también veía auras o colores desprenderse de los cuerpos, a lo que él le respondió: “Claro, ese fue el primer paso para comenzar a ver, yo también nací ciego”.

Todos callaron, el Viento sopló y su presencia se instaló por unos momentos cerca de nosotros. Bety dijo: “Shhh, que nadie hable y que todos escuchen con atención el mensaje del Viento, pues no le gusta repetirlo”. Hizo una pausa y

entonces murmuró: “Dice que por celebrar las bendiciones que el Desierto les ha regalado no se olviden de honrar el compromiso que ustedes han asumido”. Todos nos quedamos reflexivos por unos minutos y poco a poco el Viento se dispó.

Una gran esperanza llenaba mi corazón después de escuchar el testimonio de Felipón. Mi madre dijo que era hora de irnos para que no se nos hiciera de noche en el camino hacia la Capital. Nos despedimos de Felipón, Bety, las chivas, el Desierto y el Viento, y partimos de ahí. A los tres o cuatro minutos de haber tomado camino Pepe frenó intempestivamente. “¡Una víbora!”, dijo. “Déjala pasar”, le pidió calmada mi madre. “¿Cómo es?” pregunté yo. “Primero dínos de qué color es su brillo”, pidió Pepe. Yo, tratando de ponerle nombre a lo que desconocía, “es como el que emiten mis manos, pero con más luz”. Pepe interrumpió dirigiéndose a mi madre: “Usted es la encantadora de víboras, descríbasela usted”. Yo fruncí el ceño manifestando mi curiosidad sobre este apodo. “¡Ay Pepe, eres un chismoso! Yo tenía pensado hablar del tema con Yao en su momento. Nada hijo, sólo que en el Desierto, durante la noche, se nos apareció una serpiente. Felipón insistió en que yo le hablara, asumiendo que si andaba por ahí era porque quería decirnos algo. Yo le hablé y pronto ella se fue”. Pepe, con toda confianza, se metió en la conversación: “Felipón nos ayudó a entender que toda creación de Dios tiene un lenguaje, que no porque los animales, las plantas, el agua, el viento o el sol no hablen como los seres humanos lo hacen, significa que no se comunican, pues ellos también tienen sus formas de expresarse. La clave, como lo aprendimos en el Desierto, es abrir nuestras antenas para recibir los mensajes de cada ser vivo que Dios creó”.

Yo seguía emocionado, tanto por lo que ahora veía como por lo que escuchaba. Pepe estaba más interesado que nunca en esos temas mágicos, pero reales. Mi madre estaba seria pero feliz, la sentía llena, plena, aunque meditativa. Curioso, y tratando de profundizar, pregunté: “Mamá, ¿y qué te dijo la serpiente”. Algo dubitativa, como tratando de guardar un secreto, mi madre respondió: “Que algún día alguien aparecería en tu vida para activar tu Serpiente de Fuego Interno de una manera muy poderosa, que te saldrían alas y volarías, y que yo debería permitirlo, aunque me doliera”. Yo, ansioso por saber quién sería esa persona, cuándo vendría y por qué le dolería a mi mamá, volví a preguntar: “¿La Serpiente te dijo quién sería esa persona, cómo reconocerla y cuándo ocurriría todo aquello? ¿Le preguntaste? ¿Y por qué podría dolerte a ti, mami?”. Ella, buscando detener la conversación, respondió: “Los tiempos de Dios son perfectos hijo, todo llegará en su momento, vive y disfruta cada momento de tu vida sin pensar en lo que sucederá en el futuro”.

Pepe, metiche, je je, nuevamente intercedió poniéndole un toque de misterio al asunto: “Felipón dice que la Serpiente representa un secreto que Dios puso dentro de nosotros, y que se esconde en un cofre justo en nuestras partes íntimas debajo de la cintura. Que cuando una persona logra encontrarlo, reconocerlo y abrirlo, se integra para siempre a la Naturaleza y Dios fluye libremente por él o por ella”. Aunque mi mamá trató de callarlo, él continuó: “Dijo que quien logra abrir el cofre y desenrollar la Serpiente se convierte en luz para el mundo y en un Sanador. Esa persona que llegará a tu vida te ayudará a descubrir ese cofre y a abrirlo”.

Sonreí anticipando aquel momento especial. Le tomé la mano a mi madre y pude notar que dos auras se fundían y generaban un color entremezclado de tonalidades. Entonces les conté mi historia: “Yo también sentí una víbora, que apareció de repente en mis piernas cuando estuvimos en el Desierto Bety y yo. Ella me dijo que la Serpiente era mi amiga, que Dios ya había puesto una dentro de mí, que no le temiera a la Serpiente que sentía en mis piernas porque era el reflejo de la que llevaba dentro. Me dijo también que yo sería un Hombre Serpiente”. Los dos callaron por unos segundos, hasta que Pepe interrumpió el silencio: “Maestra, he aquí a tu aprendiz. Aprendiz, he aquí a tu maestra”.

En la distancia, en los alrededores de aquel tejaban, tenía lugar una conversación, de la que me enteré muchos años después: “¡Pinche Felipón, mentiroso! ¿Para qué le dices a Yao que tú también fuiste ciego?”. “Por la misma razón que te lo dije a ti hace muchos años... y que hizo que creyeras que yo era un chingón muy poderoso, para que tuvieras fe. La fe cura más que diez días en el Desierto. No niegues que por eso te quedaste conmigo y dejaste que te comiera a besos el primer día que nos conocimos. Ese niño tiene que creer que va a ver y de esta manera algún día lo logrará. Si ya ve auras seguro que pronto verá. La fe lo trajo a platicar con el Desierto, la fe le ayudará a sanar”.

Capítulo 15

Sé que a algunos les podría parecer que yo era muy niño para vivir todo esto, y es cierto que no lograba integrarlo todo conscientemente, pero mi inconsciente sí lo absorbía todo y algún día habría de emerger para hacerse consciente. Mi sanación avanzaba, no sólo física sino emocionalmente, y esta sanación iba a la par con mi descubrimiento de la magia interna y externa. Poco a poco comprendía que para cada dolor humano había una medicina mágica, energética o espiritual.

El Viento y el Desierto me habían quitado una gran carga de los hombros, y mi fe en el “más allá” y en la magia se había reencendido. Ya no cuestionaba la muerte de mi papá porque ahora entendía que él seguía vivo, y que desde donde estaba también podía protegerme y guiarme, incluso más que antes. Comenzaba a aceptar y entender que en realidad el ser humano pertenecía más al territorio espiritual y tan sólo bajaba al terrenal de manera muy temporal. El Universo estaba vivo, cada planta, cada animal, cada elemento era un gran maestro, y esto se había convertido en un hecho irrefutable para mí. Mi confianza era absoluta en que algún día vería formas y figuras en su totalidad, pero me había acostumbrado a disfrutar la realidad interna que me construía con los sonidos y texturas del exterior, a las que ahora se les habían sumado las auras o colores que desprendían los organismos vivos.

Una tarde, después de haber pasado varias horas en la casita del árbol tocando la maraca que me había regalado Luna la Danzadora en el Cerro del Ciervo, me encaminé hacia la casa. A lo lejos pude percibir el aura morada de mi madre, quien se balanceaba suavemente en una mecedora en el portalito, justo en el lugar en donde siempre se sentaba a platicar con mi padre. Aprovechando la luz que ella desprendía y tomándola como guía para dar cada paso, caminé con mayor confianza que antes; incluso había ocasiones en las que ya no tenía que contar los pasos ni usar señas colocadas en el camino. De pronto algo hermoso sucedió:

justo a un lado de mi madre apareció otra silueta luminosa, muy blanca. Al principio me sorprendí, pero cuando me acerqué sigiloso, desapareció. Le conté a mi madre y ella me dijo calmada: “Seguramente es tu padre que me extraña. Él me amaba como no había amado a nadie y por más cosas hermosas que haya en el Cielo él todavía me extraña”. Después lanzó un suspiro hermoso, de amor, de fe, de confianza; tan hermoso que caló profundamente en mi corazón y yo también suspiré. Ambos sabíamos que estábamos muy bien acompañados.

En el transcurso de los meses me había acostumbrado a ver estos colores en animales, plantas y personas; aún no sabía qué significaba o representaba cada color o combinación de colores, pero se habían vuelto parte natural de mi “visión”. Sin embargo esa era la primera vez que captaba el aura de un ser del plano espiritual. Fue una gran sorpresa, pero otra señal más que confirmaba lo entremezclados que están ambos planos, el espiritual y el material. Mi maestra, fanática de los gatos, en ocasiones me decía que yo tenía el poder de los gatos para percibir presencias de otros planos, y que debía sentirme orgulloso de esa capacidad que Dios me había dado.

En los negocios de mi madre las cosas avanzaban de manera muy acelerada. Mi mamá tuvo un par de años de mucha actividad, la cual se intensificó cuando ella descubrió que su contador desviaba dinero de las panaderías. Y digo ‘desviaba’ porque no me gusta la palabra ‘robar’ porque carga emociones negativas. Le cayó una auditoría de las autoridades fiscales y resultó que no se habían pagado correctamente los impuestos desde la época del fallecimiento de mi padre. Él era quien llevaba las cuentas, pero en su ausencia y en medio de su tristeza mi madre dejó todo el tema financiero y fiscal en manos del contador, quien resultó no ser tan honesto como ella creía. Nos clausuraron dos panaderías de las seis que teníamos, y para pagar la deuda fiscal tuvimos que traspasar una de ellas y vender la camioneta. Mi madre decidió no levantar cargos penales en contra del contador a cambio de que éste le regresara una parte del dinero que había transferido a la empresa que había creado “Proveedora de Insumos para Panaderías del Sur”, la cual era una pantalla para manipular facturas de insumos no entregados.

Mi madre aceptó todo el proceso como una oportunidad para reinventar el negocio, los procesos, la experiencia al cliente y renovar los contratos con proveedores. La sentí vivir esas experiencias con mucha cordura y mucha fuerza, aunque en ciertos momentos de mucha tensión para ella, cuando andaba más preocupada, su aura se ponía un poco opaca. Una noche, en que su aura estaba tan morada que parecía gris, la vi masticando semillas de Cacao, recién tostadas, mientras revisaba la calidad de la producción en el rancho. Yo, atento, pude notar

que a medida que comía más semillas su aura recobraba la luminosidad. Se lo hice saber, y ella mencionó que desde que había probado el Cacao por primera vez con Doña Gertrudis había sentido que este producto de la Naturaleza tenía un poder intenso para calmarla, pero que ahora con lo que yo lo mencionaba, más fe le tendría. Ambos comentamos que sería bueno buscar algún personaje de poder que usara el Cacao como herramienta de sanación, para aprender más de este y contarle a nuestros clientes. Y aunque hasta ahí llegó el comentario, pronto la magia del Universo sucedería.

Estaba cumpliendo 12 años y para entonces ya me había hecho consciente de que el color del aura que mi propio cuerpo despedía, y el de los demás, cambiaba en diferentes estados emocionales y en diferentes espacios. Mi cuerpo desprendía un color diferente cuando andaba en medio de los sembradíos que cuando estaba, por ejemplo, dentro de algún auto, escuchando el radio en mi casa, o cerca de la carretera. Me había vuelto muy curioso y de manera empírica fui haciendo experimentos y aprendiendo que los espacios y las emociones alteran nuestro estado interno y que al cambiar este el aura que proyectan los organismos vivos era distinta. Así lo había notado con mi mamá y por eso era capaz de adivinar con gran acierto su estado emocional. Notaba cuando Cristóbal había tenido un mal día, cuando Pepe estaba peleado con su pareja o cuando Jorge, uno de los agricultores del rancho, traía unas copas encima.

Yo seguía recibiendo mis tutorías caseras y mi madre me había agregado una clase de agricultura por las tardes, así que no paraba durante todo el día. Ella tenía la firme intención de que mi vida se enfocara en el rancho, la siembra, cuidados, cosecha y venta de Cacao y Yaca; yo estaba de acuerdo, ya que ambos sabíamos que no podría volver a vivir a la ciudad porque existían altos riesgos de que la epilepsia volviera. Por las noches tomábamos Cacao juntos y cenábamos algo ligero y saludable. Ella me platicaba cómo le había ido con las panaderías y yo cómo me había ido en el rancho.

Un día ella quiso llevar unas bolsas de Cacao molido a las tiendas de la carretera y, como lo hacía a veces, decidí acompañarla. Literalmente cargamos un burrito con la mercancía y caminamos unos cuatro kilómetros. Aprovechábamos esas ocasiones para recordar las grandes aventuras que habíamos vivido juntos con tantos sanadores o chamanes; incluso mencionábamos mucho a mi padre, pero lo hacíamos con mucho amor y gratitud. Ambos nos habíamos comprometido a que siempre que lo recordáramos lo haríamos con una sonrisa en los labios. En un par de ocasiones, mientras platicábamos de él, una luz blanca, que yo asumía era la de él, apareció al lado de mi madre, y pocos minutos después se desvaneció.

En esa ocasión, mientras acomodábamos el Cacao en el estante que nosotros mismos habíamos instalado en una de las tienditas, un señor de aura amarilla y acento norteño entró preguntando por Cacao criollo. La señora Matilde, dueña de la tiendita, le dijo al señor que estaba de suerte porque justo quien le vendía el Cacao a ella estaba ahí, y nos señaló a nosotros. Este hombre, que mi madre después me describió como rubio, alto y de una gran sonrisa, se acercó a nosotros con gran confianza. “Hola, me llamo Pedro, yo no creo en las coincidencias, todo ocurre por Diosidencias, y si los encontré aquí es por algo. Mis amigas, que están allá afuera, y yo, venimos del Distrito Federal buscando Cacao 100% criollo, libre de pesticidas, herbicidas y, por supuesto, que no venga de semillas genéticamente modificadas. Lo queremos para hacer ceremonias de Cacao, ya sabes, para ayudar a la gente a sanar sus emociones, a reconectarse con su Espíritu. Sabemos que el Cacao abre el corazón y creemos que millones de personas necesitan abrir su corazón para redescubrir quienes son en realidad. Necesitamos un proveedor de Cacao que nos mande cada mes entre 20 y 30 kilos de Cacao puro molido a la Capital”.

Y entonces él se aventó un monólogo muy bonito sobre sus intenciones y sobre el poder del Cacao. Mi madre se mantenía callada y lo escuchaba detenidamente. Capté un leve cambio de tonalidad en el aura de mi madre, no supe qué significaba en ese momento, pero esa misma noche lo descubriría. Ella le respondió: “Nosotros tenemos el rancho no lejos de aquí. Producimos el mejor Cacao de la región y hasta le cantamos a las plantas para que crezcan con amor; es 100% criollo. Si usted quiere vamos para que vean las palmeras de Cacao y el taller en donde lo molemos, y para que lo prueben”. Algo estaba sucediéndole a mi mamá, estaba muy rara, demasiada confianza con aquel hombre para ser un extraño que acababa de conocer.

Él, con un tono de emoción nos dijo: “Pues si quieren vamos de una vez y se suben al carro con nosotros”. Mi madre le pidió que caminábamos todos junto al burrito, que así nos conoceríamos más en el camino. Él aceptó y dijo a sus amigas: “Aurora, Miriam, estacionen el carro, ya encontramos el Cacao que buscamos, pero vamos a ir a buscarlo al campo con esta señora y su hijo”, y soltó una carcajada.

Aquel hombre, hiperactivo, de destellos fuertes de aura, se ofreció a ayudarnos a acomodar en el estante el Cacao que nos faltaba y después él mismo ayudó a mi madre a amarrar los costales en el burrito. Se nos unieron sus amigas –una de nombre Aurora, de aura casi dorada, y otra llamada Miriam, de procedencia venezolana, de aura verde fuerte– y todos emprendimos la caminata de regreso. En nuestros diálogos ellos nos dieron nueva información sobre el Cacao, cosas que mi madre y yo desconocíamos. Sabíamos que la planta en realidad se llamaba

Cacao Theobroma, también lo que significaban en griego los términos “theo” (Dios) y “broma” (alimento), pero no que este nombre daba origen al descriptivo de una xantina alcaloide a la que habían bautizado como teobromina, la cual promovía la segregación de varias hormonas poderosas en el cuerpo, entre ellas la dopamina (que nos hace sentir victoriosos), la serotonina (que nos hace estar alertas) y la endorfina (que nos hace sentir felices).

Pedro agregó: “Dicen que el Cacao es el alimento de Dios, pero como Dios no necesita nada yo digo que en realidad es el alimento para el Dios que todos llevamos dentro, el corazón. A través del corazón el ser humano se asoma al plano espiritual, o bien el corazón es por donde Dios se asoma a nuestra vida”. Miriam, que tenía conocimientos de nutrición, complementó: “Su gran cantidad de magnesio, fósforo, hierro y potasio dilata las arterias, lo que permite que el corazón se conecte mejor con nuestro cerebro y con todo el cuerpo. Hace que fluya más oxígeno por todo el cuerpo, y por eso para muchos es estimulante y andan de enamoradizos, je je. Es lo que le daban a los abuelos para que siguieran teniendo bebés. Hace poco se le descubrieron dos sustancias más, una que se llama epicatequina, la cual limpia las paredes de las arterias y por eso quienes toman Cacao diariamente no corren riesgos ni de cáncer ni de infartos. La otra sustancia se llama anandamida, que en sánscrito significa ‘aires de paz’, pues transmite una sensación de calma al tomarlo”.

Yo, que al masticar granos de Cacao o tomarlo en bebida había notado cambios en el aura de mi madre, y en la mía propia, quise participar: “A las personas les cambia el aura cuando toman Cacao”. Se hizo un silencio y sentí que todos me escuchaban atentos. Apenas en ese momento se dieron cuenta de que yo era ciego, o ciego a medias porque veía auras... “Sí”, continué, “el aura de mi madre se intensifica de luz morada cuando come o toma Cacao. La mía pasa de verde a naranja durante el efecto del Cacao, efecto que dura como dos horas luego de haberlo tomarlo. Ahorita les daremos a ustedes para ver de qué color les cambia”. Pedro dijo sorprendido: “¿A poco ves las auras? Pues debes tener dones de sanador. Por favor ahora nos haces una sanación con Cacao a todos y nos vas diciendo cómo cambian nuestras auras”. Pedro dijo que él ya le estaba dando Cacao a su hija Victoria, endulzado con miel y que al tomarlo dormía plácida.

Algo seguía pasando con mi madre; su aura no había retornado aún a su color natural, escuchaba muy atentamente a aquel hombre, y se reía como nerviosa cada vez que él decía algo chistoso. Yo sentí en ella una especie de miedo de perder algo valioso, después entendí que Pedro le había parecido atractivo y que en su cuerpo se revolvían dos sensaciones muy poderosas, atracción hacia alguien y a la vez miedo de perderlo.

Capítulo 16

Llegamos al rancho y los tres visitantes estaban fascinados con lo que veían, parecían como cazadores de tesoros que acababan de encontrar una mina de oro. Mi madre, que entre más confianza les tomaba más se emocionaba, los invitó a pasar a nuestra casa y luego de una breve conversación les ofreció obviamente la taza prometida de Cacao. En la cocina, mientras se calentaba el producto, ella tomó un palote, se hincó en el suelo y les dijo: “Las abuelitas oaxaqueñas dicen que el Cacao se muele honrando a la Madre Tierra, porque apuntan su mirada a la Tierra mientras trituran con el palo las semillas ya fermentadas y tostadas. Y dicen también que el Cacao se toma venerando a Dios, porque al empinar la taza para tomar hasta la última gota se eleva la mirada al cielo. De hecho dicen que la parte del Cacao que se asienta en la taza contiene una grasita saludable”. Les ofreció ponerle miel o azúcar, pero ellos dijeron que deseaban disfrutarlo tal cual, que ya no les incomodaba su sabor amargo, porque en su esencia estaba su poder sanador.

Pedro dijo que él estaría eternamente agradecido con el Cacao porque le había ayudado mucho en su camino espiritual y en su sanación emocional, y nos contó cómo había descubierto el Cacao puro con los mayas en Quintana Roo y Guatemala. También expresó su tristeza por la forma en que muchas empresas comercializaban productos dizque con Cacao pero que en realidad eran puros químicos, y que el chocolate comercial ni tenía ni ‘choco’ ni tenía ‘late’.

En ese momento, mientras tomábamos Cacao, comencé a notar que algo estaba pasando con todas sus auras: sus colores se aclaraban, como que se limpiaban, y era como si las impurezas que allí había se disolvieran. Me percaté que la luz que emanaba a la altura de su corazón era la que primero se limpiaba y de ahí le seguía la del resto del cuerpo. Fue muy hermoso ver aquello y comencé a describírselo a ellos, que atentos me escuchaban. No puedo mentir que me sentí especial, pues yo tenía una habilidad que nadie más tenía allí.

Pedro me dijo: “Yo voy a durar fuerte y sano muchos años, soy vegano y como muy saludable, además de que la Meditación y el Cacao me ayudan a mantenerme en mi centro. Le prometí a mi hija que le duraría en buen estado hasta los 100 años y que cargaría en mis brazos a sus nietos, y lo que se le promete a los hijos se cumple, je je. Pero si acaso me llego a sentir mal algún día dentro de muchos años, vendré a buscarte porque para entonces tú serás todo un Sanador. ¡El Gran Sanador Yao, quien sana limpiando las auras con Cacao! Se escucha bien, ¿eh?”. Yo me sentí como un pavo real. Aquel hombre tenía el don de la palabra, hablaba fluido y mantenía la atención de los demás, en particular la de mi madre.

Comenzó a ponerse el Sol y me quedé ahí decidido a escuchar las aventuras de sanación que cada uno estaba narrando. Incluso compartí algunos aprendizajes en el Cerro del Ciervo, en Coyoacán y en el Desierto. Cada historia que yo contaba la complementaba mi madre y los visitantes estaban fascinados. Nos sentíamos todos en confianza, aunque mi mamá se reservó mucho la información sobre su proceso de sanación y sus aprendizajes, y en ocasiones me dio golpecitos con su pie por debajo de la mesa para que no entrara en detalle sobre algunas experiencias que habíamos vivido.

“¿Y por qué no hacemos aquí una Ceremonia de Cacao?”, dijo Pedro con gran emoción. “Invitamos a sus trabajadores y con ellos completamos el círculo de sanación que necesitamos... ¿qué opinan?”. Todos aceptaron de inmediato pero esperaron la aprobación de mi madre. Ella aceptó e incluso les dijo que si querían podían pasar la noche ahí, que las mujeres podían dormir en mi cuarto, que yo dormiría con ella, y que Pedro podría dormir en el sofá.

Mi madre le pidió a Cristóbal que fuera encendiendo una fogata y le pidió que invitara a la ceremonia a los demás trabajadores. Pedro le pidió a mi madre una olla de barro, una cuchara de madera y buenas dosis de Cacao de su última producción. Todo estaba listo y la magia estaba por comenzar.

Mi madre acomodó unos petates sobre el suelo, para que todos nos sentáramos a ras de piso y estuviéramos confortables. Pedro no tenía intenciones de sentarse y su aura daba vueltas en torno a la fogata. Primero nos explicó que había aprendido a pedirle permiso al Sagrado Fuego antes de aprovecharlo en sesiones de sanación y para calentar el Cacao. Después dio más vueltas y nos contó sobre sus primeras veces tomando el “Cacao Ceremonial” como él le denominaba. Nos contó que él había aprendido de pueblos originarios que cada planta tenía un Espíritu y que la clave para entender el propósito de cada planta en la Naturaleza era escuchar su Espíritu. Aseguró que él había tenido muchos diálogos con el Espíritu del Cacao y que este le había revelado que su propósito era ayudar a cada

persona a reconocer el amor verdadero dentro de él o ella. Dijo también que el Cacao es una planta noble y amorosa, que no te empuja a descubrir tus dolores, sino que te invita a aprovechar el amor dentro de ti para sanarlos pacíficamente. Nunca olvidaré esta frase que también compartió: “Para sanarnos y sanar a los demás hay que ayudarles a encontrar el dolor escondido dentro, pero al mismo tiempo el amor que todo lo sana; de esa manera a las heridas se les echa la mágica poción de amor que todo lo cura”.

El aura de mi madre se había vuelto enorme y muy luminosa, y se dilataba y se contraía conforme Pedro hablaba. La tenía a mi lado, me acerqué y se lo dije, pero ella me pidió que guardara silencio mientras él hablaba, y que no fuera a decir que su aura estaba crecida. No sabía exactamente qué era, pero mi madre estaba buscando ocultar algo que a mis 12 años no entendía muy bien. De pronto, y mientras el Cacao ya comenzaba a calentarse y a desprender sus deliciosos aromas, Pedro comenzó a hablar sobre la virtud de la honestidad, y dijo que esta era una de las grandes virtudes que el Espíritu del Cacao enseñaba y promovía en el planeta. “El cacao nos enseña que para vivir en amor tenemos que ser honestos. La honestidad tiene cuatro grandes facetas: la primera, ser capaces de decirle la verdad a los demás, porque quien ama a los demás no les miente; la segunda, estar en capacidad de decirte a tí mismo la verdad, porque quien se ama a sí mismo siempre se dice la verdad; la tercera, ser capaces de escuchar la verdad que los otros tienen por decirnos, porque quien se ama acepta la verdad de los demás; y la cuarta, ser capaces de liberar la verdad que hemos descubierto en otros, porque quien ama la verdad permite que fluya y porque nadie debe impedir que los demás vivan en honestidad y verdad. Este es, sin lugar a dudas, un buen paso para sanar. Aquel que le revela al Fuego sus verdades es alguien que está listo para ser sanado desde adentro por el amor, amor que Dios depositó en su interior. Y hoy, todos revelaremos nuestras verdades para continuar sanando”. Aquel hombre pronunció estas palabras y Miriam y Aurora dijeron al unísono: “¡Ahó!”.

“¿Qué significa Ahó?”, pregunté yo, genuinamente interesado. Pedro me respondió con mucho ahínco: “Ahó Mitakuye Oyasin, hermosa frase de nuestro pueblo hermano Lakota que significa: ‘Por mí, por ti, y por todas nuestras relaciones’. Es una frase para reconocer que todos estamos entrelazados, que tenemos el mismo origen y el mismo destino, y que cuando sana uno de nosotros todos sanamos un poquito porque somos parte del mismo Universo. Al decir ¡Ahó! celebramos que alguien está sanando porque asumimos que todos nos beneficiamos”. Al escuchar estas palabras, también yo dije con total convicción: “¡Ahó!” y todos rieron, quizá por la inocencia con que lo dije.

Él comenzó a servirnos Cacao en unas tazas que mi madre le había dado, y al colocarlas en nuestras manos nos decía: “Con amor para tu corazón”. Nos enseñó una oración para bendecir y agradecer a Dios, a la Madre Tierra y al Cacao, así como para pedirle a la planta que hiciera su trabajo de sanación y liberación en nuestro cuerpo. Hicimos un silencio por unos minutos mientras íbamos bebiendo lentamente el Cacao caliente, delicioso, aromático, lleno de amargura de la buena, la que sana. Yo percibía como se expandían poco a poco las auras de todos, como si se fueran volviendo gigantes, y entonces pregunté si podía compartir lo que estaba viendo. Pedro respondió en tono ceremonial: “El Fuego nos invita a hablar libremente Yao, así que ve contándonos lo que ves o sientes a lo largo de la ceremonia, con toda confianza. Estás en un entorno de familia, de confianza, nadie te va a juzgar. Háblale al Fuego, es quien más y mejor nos escucha”.

Así lo hice y comencé a compartir lo que veía en cada uno de ellos. Las imágenes, acompañadas con mis palabras, parecían adquirir más poder. En Pedro pude notar una estela de luz muy brillante que poco a poco se tejía entre su cerebro y su corazón, y de hecho se abría una avenida de energía luminosa entre ambos órganos. Él me pidió que tratara de captar si el flujo de energía provenía del cerebro e iba al corazón o si provenía del corazón e iba al cerebro. Yo le dije con mucha confianza que el mayor flujo se percibía del corazón hacia el cerebro. El respondió: “Por fin tenemos la prueba concreta sobre lo que por muchos años sólo intuimos: el Cacao le regresa el lugar protagónico al corazón sobre el cerebro. Somos educados y programados para creer que el cerebro debe regir sobre todo el cuerpo y sobre nuestras decisiones, y por ello nos volvemos tan mentales. El Cacao nos vuelve más sentimentales y espirituales porque permite que el corazón se comunique con el cerebro y lo calma para que escuche”.

Terminé de hablar, me senté y continué tomando mi Cacao. Se hizo el silencio por otros minutos más y entonces Pedro permaneció de pie frente al Fuego y empezó a revelar sus verdades: “Fueguito, sagrado fueguito, hoy quiero confesarte que he sentido mucho miedo para seguir el camino de la sanación emocional y la reconexión espiritual. Por muchos años me he dedicado al mundo empresarial, y ahora que Dios me pone en este camino del crecimiento personal siento miedo de lo que dirán los demás de mí, de no ganar dinero como lo hacía antes, de empezar algo que no pueda terminar, o simplemente de que yo no sea el mejor para esto. Pero hoy, lleno de amor GRACIAS al Cacao, al Fuego, y a los aquí presentes, y sabiendo que Dios ya confía en mi para continuar con esta misión, acepto que sólo me falta confiar más en mí mismo. Así que hoy declaro que sí estoy listo, sí quiero continuar por este camino y sí confío en mí porque siento a Dios en mí. Esta es mi verdad”. Y todos dijimos al mismo tiempo: “¡Ahó!”.

Era obvio que Pedro ya estaba acostumbrado y tal vez por eso reveló sus verdades fácilmente, pero los demás no lo estábamos así que nos quedamos mudos por unos minutos. Me había sido fácil decirles lo que veía en ellos y sus energías, pero a mí también me daba un poco de miedo revelar lo que estaba sucediendo en mí. Entonces, motivado por una fuerza extraña interna que hacía expandir mi aura, me levanté lleno de valor y dije: “Fueguito, yo también te voy a confesar una verdad que nadie sabe, bueno, sólo el Desierto que me ayudó a sanarla. El asesino de mi padre aprovechó cuando él intentaba abrir las cerraduras de nuestra casa en la ciudad para dispararle en la cabeza. Eso muchos lo saben, pero lo que nadie sabe es por qué mi papá había regresado a la casa después de que ya estábamos dentro de la camioneta, listos para partir a la iglesia. Él volvió porque yo había olvidado en la casa los anillos que mi madre nos había dado”. Había un gran silencio alrededor, pero mi conversación era con el Fuego y no con ellos, así que continué: “Por muchos meses me sentí responsable por la muerte de mi padre, lloré en incontables ocasiones en la casita que mi papá me construyó en el árbol, e incluso llegué a pensar en quitarme la vida para irme a su lado y poder pedirle perdón. Pero en el Desierto pude entender que yo no era responsable de su muerte, sino que su Espíritu ya lo tenía planeado así. Así que hoy libero esta verdad que cargaba en mi corazón, hoy GRACIAS al Cacao y al Fuego la suelto...” Y los presentes exclamaron “¡ahó, ahó, ahó!”. Me senté al lado de mi madre, ella extendió su mano, me dio un apretón en la pierna y en voz bajita me dijo: “Eres un hombre fuerte, me siento muy orgullosa de ti”.

Luego los demás comenzaron a levantarse uno tras otro. Aurora le reveló al Fuego que ya no amaba a su esposo, que en realidad nunca lo había amado, que estaba con él por interés en sus posiciones políticas. Miriam sacó de su pecho su gran verdad oculta, que sentía que le oprimía el pecho y no la dejaba vivir en paz, pues llevaba ocho meses en una relación con un hombre casado, y se sentía muy mal con ella, con él, con los hijos de él y con la legítima esposa de su amante. Cristóbal compartió, desde lo más profundo de su corazón, que tenía un hijo que nunca había reconocido, que sabía perfectamente que era de él pero que nunca se había hecho cargo. Lloró, lloró mucho frente al Fuego. Otro de los trabajadores dijo que era hora de tener el valor de contar que él, a pesar de lo que muchos creían, era hombre muy imperfecto y que maltrataba mucho a su esposa, sobre todo cuando bebía. Otro confesó que había forzado a su novia a abortar. Otro más aceptó que había estado robando materiales de la maderería de su papá para construir su casa.

En el círculo en torno al Fuego nadie juzgaba, nadie podía lanzar piedras porque todos teníamos verdades ocultas por revelar. En ese ritual de amor y

honestidad todos escuchábamos sin juicios y eso era hermoso. Y es que para que alguien acepte sus verdades es necesario que viva en un entorno de confianza y no-juicio. Es así como todas las familias deberían vivir.

Sólo faltaba una persona por revelar sus verdades, mi madre. El silencio que le siguió al discurso del último de los trabajadores tenía la intención colectiva de invitar a pasar a mi mamá. Ella, tomándose su tiempo, y seguramente pensando bien en las palabras que diría, se levantó lentamente. Pronto pude ver su aura nítida y expandida en el centro del redondel de auras. Su voz interrumpió el silencio y abrió aún más nuestros corazones: “Fui violada agresivamente hace unos 12 años, fue una Noche de Reyes en plena oscuridad como a eso de las once de la noche. El hombre era alto y fuerte, y llevaba puesto un pasamontaña. Mi dolor físico fue grande, pero el dolor emocional fue inmenso. Por unos meses me sentí perdida, casi loca, desvariaba. Cuando murió mi abuela, quien me mal-cuidó desde que nací, fui al río seco detrás de la ciudad y traté de abortar. Una mujer del mercado me vendió un brebaje muy fuerte para ese propósito, pero yo, para asegurarme, casi dupliqué la dosis. Pero en lugar de abortar, el brebaje me hizo tener visiones de un paisaje hermoso, de una cascada y de un ser gigante formado de hojas y con un gran penacho. Entonces me sentí renacer y recapacité, acepté ser madre, traer al mundo a un ángel, a ese ser hermoso que es mi hijo. Tiempo después, gracias a una regresión que me hizo una mujer llamada Gertrudis, pude descubrir que los ojos de quien me había violado eran los mismos de quien fue mi compañero de trabajo por varios años, esos ojos eran los de Daniel. Mi terapia y sanación consistió en perdonar, pero sobre todo agradecerle a él por haberme dado este gran regalo”. Yo escuchaba en silencio, meditando cada palabra de mi madre, no estaba sintiendo dolor o tristeza al descubrir que yo provenía de una violación, sentía compasión por mi padre, también por mi madre, y a ella la veía como una heroína.

“No sólo perdoné de corazón a Daniel, sino que posteriormente me enamoré de él. Poco a poco pude comprender que las circunstancias de vida que él había vivido lo habían obligado casi a ser como fue; y que si yo hubiera vivido lo que él vivió, yo también habría hecho lo que él hizo. Él supo compensar su error, y Dios le dio el tiempo suficiente para hacerlo en vida. Hoy, le confieso al Fuego mi violación, le confieso al Fuego mi intento de aborto y le confieso al Fuego mi amor hacia él. También hoy, ante el Fuego sagrado, acepto y declaro que ahora desde el más allá él será mi gran aliado espiritual, porque lo siento cerca todo el tiempo. Apenas cierro los ojos y ahí está. El mismo Yao ha percibido su aura junto a mí cuando me siento en el portalito a ver la puesta de Sol. Pero, al mismo tiempo, lo suelto como hombre terrenal, como pareja, como amante,

como novio. Le declaro al Fuego que tengo toda la intención de abrir mi corazón nuevamente para algún hombre de grandes intenciones que Dios me envíe. Soy amor, quiero volver a amar y quiero volver a ser amada”. Y mi madre se mantuvo en silencio frente al Fuego durante un par de minutos más.

Cuando ella volvía a su lugar, Pedro dijo unas palabras que jamás olvidaré: “Es hermoso escuchar a un ser humano hablar desde el corazón. Cuando alguien habla desde el corazón se convierte en un gran maestro o maestra, y por eso todos a su alrededor debemos de escuchar... y aprender”.

El círculo se volvió a completar al sentarse mi madre, y entonces Pedro dio las próximas instrucciones: “Ahora nos quitaremos todos los zapatos y calcetines, para tocar la tierra con las plantas de los pies; colocaremos también nuestras manos directamente en la tierra, y al hacerlo nos recargaremos de energía, amor de la Madre Tierra materializada en vida para nuestras células. Cierren todos sus ojos, respiren profundo por su boca abierta y visualicen una luz blanca que sube desde el centro de la tierra a la superficie. Una vez que vean claramente la luz blanca en la superficie, justo tocando sus glúteos, la succionarán con su ano y con su zona genital apretándola muy fuerte. La luz blanca subirá por todo su cuerpo serpenteando su columna vertebral hasta llegar a su cabeza y ahí estallará en dos alas blancas hermosas”. Para que no quedara ninguna duda repitió verbalmente las instrucciones, haciendo mucho hincapié en sincronizar nuestra respiración intensa con la visualización de la ascensión de la luz. Y cada uno, con mucha confianza en la sabiduría de aquel hombre, comenzó a hacerlo.

Nos fue induciendo a acelerar nuestra respiración y sobre todo a intensificar la exhalación. Yo podía ver columnas de luz que subían desde la superficie de la Tierra hacia sus áreas genitales, de ahí hacia su estómago, luego a su corazón y a su cabeza atravesando por su garganta. Tengo que confesar que yo no pude hacer la dinámica completa porque cuando mi atención se centró en la luz que desprendía mi madre, algo muy extraño le sucedió. Conforme su respiración se volvía más agitada y Pedro los motivaba a todos con su voz fuerte para que elevaran la luz de la Madre Tierra hasta su cabeza, comencé a percibir una luz dorada que salía del área de la matriz de mi madre y subía por su columna vertebral. Literalmente parecía una culebra de luz que le recorría todo su cuerpo justo por el medio y, al llegar a su cabeza estallaba en dos grandes alas.

Al cabo de unos minutos de intensas respiraciones, incluso de algunos gritos liberadores, Pedro les pidió que abrieran sus brazos y que le enviaran luz de amor a sus seres queridos, incluso que le mandaran luz a quienes no querían tanto. Fue hermoso lo que pude ver: cada persona, afinada con la ayuda del Cacao, llena de

amor, liberada de verdades ocultas, e iluminada por la luz de la Madre Tierra, proyectaba energía en múltiples direcciones. Fue un espectáculo de luces nunca visto por mí, plasmado en el escenario negro de mi visión. Cuando terminaron todos, agotados, les narré aquel espectáculo. Cuando describí, con santo y seña lo que había percibido en mi madre, Pedro me interrumpió diciendo: “Y así es como la Serpiente Emplumada se desenrosca, asciende y se ilumina. Verónica, estás lista para amar, para entregarte, para ser amada libremente”. Mi madre se limitó a responder: “¡Ahó!”.

Esa noche mi madre y Pedro se quedaron conversando hasta muy tarde en el portalito. Yo sabía que algo había surgido entre ellos, en particular de mi madre hacia él. A ella le conocía bien su aura, sus pasos, sus suspiros, el tono de su voz. Yo no entendía mucho de cosas del amor entre los adultos, pero sí sabía mucho del dolor en ellos y cada vez comprendía mejor el funcionamiento de las auras y cada vez identificaba más la vinculación entre las emociones y estados de ánimo y los colores de las auras. Esa noche, a ambos les vi sus auras expandidas, radiantes y luminosas; pronto comprendería que eso tenía que ver con la atracción, el amor y los deseos sexuales, los cuales provocaban movimientos energéticos muy poderosos dentro de cada uno.

Al día siguiente Pedro madrugó para ir por la camioneta y luego de su regreso nuestros tres huéspedes desayunaron con un buen plato de avena con frutas. Cuando estaban próximos a salir mi madre les preguntó que cuándo volverían. Fue una pregunta que ella lanzó en plural, pero el destinatario real era solo una persona, Pedro. Él le respondió que si por él fuera nunca se iría, pero que tenía que regresar a la capital a atender muchos asuntos pendientes, que se iba amando la tierra oaxaqueña, “y sobre todo sus mujeres” acotó. Prometió que volvería pronto y que mientras tanto llamaría a mi madre mes a mes para hacerle pedidos de Cacao que él y sus acompañantes distribuirían en la gran ciudad.

Ya a punto de salir mi madre corrió y los detuvo. Le entregó a Pedro una bolsa grandota de Cacao granulado y algo le dijo al oído. No sé si sus amigas escucharon. Algún día, años después, le pregunté a mi madre qué era lo que le había dicho y ella me lo contó: “El Cacao es una planta que nos recuerda el gran amor que ya vive dentro de nosotros, que nunca olvides que tú lo despertaste nuevamente en mí”. Cuando me lo contó no pude evitar preguntarle qué más había sucedido entre ellos aquella noche en el portalito, cuando yo ya me había ido a dormir: “Tan sólo un beso, hijo, pero fue el beso más intenso que había dado y recibido en toda mi vida, con el perdón de tu papá a quien tanto amé, como bien lo sabes”.

Mi madre se quedó de pie unos minutos viendo como el vehículo desaparecía serpenteando el camino. El polvo que levantaron fue tan sólo un recordatorio de que su relación, incipiente pero intensa, también podía esfumarse para siempre con esa despedida.

Capítulo 17

Y fue así como comencé a sanar a otros percibiendo su aura. Les ofrecía Cacao y les pedía que le revelaran al Fuego sus verdades, verdades que llevaban atoradas haciéndoles daño por tanto tiempo. En temas de aura y emociones los demás parecían ciegos, pero yo podía ver mucho. Mis primeros pacientes fueron las esposas de los trabajadores del rancho. Yo había descubierto que cuando ellas le soltaban al Fuego verdades poco profundas, pretextos mentales o historias de poco peso emocional, el aura se mantenía pálida y restringida. Pero cuando soltaban las verdades profundas y de alto contenido emocional, sobre todo aquellas de cuando eran niñas o adolescentes, entonces sus auras se expandían y ellas avanzaban hacia su sanación. Mi papel consistía en facilitar la afluencia de la fuerza sanadora de sus revelaciones: “No, esa no. No, esa tampoco, siga buscando y revelando señora. No, vaya más a profundidad, que no le dé pena ni miedo, yo no juzgo y menos lo hace el Fuego... Esa sí, esa, hable más de eso, cuénteles la historia completa al fueguito”.

Las señoras después comenzaron a traerme a sus amigas y, por sugerencia de mi madre, coloqué una canasta para que cada persona colocara su donación voluntaria si sentía que la sesión le había servido para la expansión del aura a partir de la revelación de verdades. La voz se comenzó a correr en los pequeños pueblos aledaños y eventualmente llegó hasta a la ciudad, de donde también comencé a recibir pacientes. Ese se convirtió en mi primer trabajo formal, aunque desde pequeño había trabajado en el rancho ayudando en lo que podía. Atendía a unas diez personas a la semana y me ganaba un buen dinerito al mes. Me sentía realmente orgulloso de hacer algo que generara tanta sanación pero también de poder contribuir a la economía familiar. Un día le prometí a mi madre que cuando fuera más grande la iba a sacar de trabajar de las panaderías y yo la iba a mantener con mi trabajo.

Con los meses construimos, con ayuda de los trabajadores, una planta para el procesamiento del Cacao y la Yaca, y a unos ochenta metros de la casa un “consultorio” rústico, hecho de cuatro pilares y tres paredes de adobe. Le pusieron un techo de ramas caídas en el otoño las cuales sostenían unas tejas, y una fachada abierta al aire libre con acceso a la fogata en donde calentaba el Cacao y en donde afloraban las verdades. Los pacientes y yo nos sentábamos en petates a ras de suelo, ahí les leía el aura con la que llegaban, les daba el Cacao, hacíamos el ritual, y les contaba cómo estaba su aura luego de aquel proceso.

Mis pacientes eran mucho más mujeres que hombres. Parecía que los hombres no creían que un niño de doce años, que les daba “chocolate” (como muchos decían) les pudiera ayudar a sanar. Pero de vez en cuando llegaban algunos hombres cargando dolores muy fuertes, con el aura totalmente reprimida, llenos de culpas y miedos, y en su momento estallaban en llanto y liberaban el dolor sostenido. Era muy común que algunos hombres vomitaran, puesto que habían contenido, como “buenos machos”, su coraje, tristeza o dolor, y al liberar las verdades el cuerpo aprovechaba para liberar las emociones tóxicas. Yo siempre les decía, tanto a ellos como a ellas, que no reprimieran los sistemas de purificación que Dios y la Naturaleza les habían dado, tales como el llanto, el sudor, el vómito, el temblor o la diarrea.

Algunas madres me llevaban también a sus hijos, sobrinos o nietos, y resultaba que la mayor parte de las verdades que soltaban al fueguito estaban basadas en emociones o responsabilidades que habían absorbido de sus propios papás y mamás. Llegaban introvertidos, callados, con su aura casi apagada, pero cuando aceptaban sus dolores y los confesaban en la intimidad de aquella covacha frente al fuego, se producía un renacimiento hermoso del que yo era testigo, al percibir su aura engrandecida y escuchar su voz firme y fluida.

Al cabo de un año en el oficio me comenzaron a decir Yao el niño del Cacao, o Yao el niño curandero. Yo seguía estudiando en las mañanas con una tutora y dedicaba buena parte de la tarde a atender a las personas. Recuerdo perfectamente una noche en que me dio una gran fiebre, estuve vomitando y con diarrea por horas. Al principio creíamos que era por algún alimento que me había caído mal, pero como la fiebre y la descarga persistían, mi madre fue a buscar a Gertrudis, pues algo le decía que ella me podría ayudar. Unas horas después de haber salido de casa llegó con esta mujer de mucho poder, a quien yo no recordaba, puesto que era muy niño cuando mi madre la visitó conmigo en brazos. Mientras ellas llegaban Cristóbal se había ofrecido para cuidarme y seguía poniéndome telas húmedas de agua fresca para controlar la alta temperatura que tenía.

La mujer apenas me vio dijo: “Ah caray, el niño mocoso que conocí envuelto en una sábana se ha convertido en puberto. Y, por lo que me cuenta su madre, es un Sanador”. Puso una de sus manos en mi frente y la otra en mi estómago, el cual comenzó a moverse con intensidad al sentir la mano de aquella mujer. Ella se mantuvo callada y con los ojos cerrados por unos minutos, parecía que tenía un diálogo con mi cuerpo. Entonces, esbozando una leve sonrisa, dijo: “Pues bien, este niño lo que tiene es una gran intoxicación de bichos, emociones y energías que ha absorbido de sus pacientes. No has aprendido a blindarte y todo Sanador tiene que hacerlo, porque de lo contrario te comes la mierda de los que te visitan. Estar rodeado de Naturaleza te ha salvado la vida, pues esta se ha llevado mucho de lo que se libera en tus sesiones. Si no fuera así ya te habrías petateado. Pero necesitas cuidarte mucho más para que nos dures como Sanador, porque si ya has ayudado a decenas de personas a tu corta edad, estás destinado a ser un gran hombre de poder. De aquí en adelante siempre que estés en terapia con alguien te pondrás una piedra de obsidiana negra en el ombligo y la sujetarás con un cinturón tejido con hilo de algodón rojo, que llevarás alrededor de tu cintura. Nada de los demás penetrará por tu ombligo, puerta por la que se cuelan bichos, emociones y energías de los demás. Y mientras las personas a quienes ayudes estén echando fuera toda la basura que traen cargando, tú te visualizarás en un gran huevo dorado que nada lo penetra. Y, para blindarte bien, pondrás un jarrón de cristal con agua hasta la mitad y un cirio prendido en tu espacio de sesiones, eso te ayudará a transmutar las energías que floten a tu alrededor”.

Ella sacó unas hierbas de un morralito que traía y le pidió a mi mamá que las hirviera y que me diera un té de esa planta cada media hora. Y con gran seguridad le dijo que en unas horas yo recuperaría la fuerza y el semblante. Antes de irse le di las gracias, la tomé de la mano y le dije: “Su aura es de color violeta, pero algo le pasa a su pie derecho”. Ella respondió: “Gracias hijo, me da gusto conocer el color de mi aura, y sí, en ese pie derecho vengo arrastrando a mi amante, un pinche borrachito que escogí, idéntico a mi papá, nada más que no puedo soltarlo porque es muy bueno en la cama el condenado, je je. Pero con lo que me dices, no vaya a ser que se me desaparezca el aura en el resto del cuerpo y entonces la que se va de este mundo soy yo. Ni hablar, veo que es momento de decirle adiós a Chuy mi amante”.

Mi mamá me dio el primer té y le dejó encargado a Cristóbal, su hombre de mayor confianza en el rancho, que me lo siguiera dando cada media hora, para ella poder llevar a Gertrudis a su casa. Fue justo ese día, en que ella volvía de dejar a aquella mujer, cuando la secuestraron. Un día terrible para ella y para mí, pero al que hoy le guardamos gratitud. Sabes, a lo largo de mi vida fui aprendiendo

que la mejor forma para sanar algo del pasado no es el perdón, sino la gratitud, la gratitud es la madre del perdón, la gratitud es tan grande y poderosa que integra al perdón. La gratitud proviene del entendimiento y la humildad, en tanto que el perdón te coloca en una posición de juez que a nadie le hace bien.

Tres hombres, enviados por Don Manuel, secuestraron a mi madre. No querían hacerle ningún daño ni querían robarle nada material, pero le expresaron su intención de defender los negocios de Don Manuel. Aunque apenas estuvo unas pocas horas retenida, y no fue agredida sexualmente, el impacto psicológico fue muy fuerte. Aquellos hombres fingieron reparar la carretera a unos kilómetros de la entrada del rancho. Mi mamá tuvo que detenerse y entonces la emboscaron. Dos hombres la amordazaron, se subieron a su camioneta y la llevaron a una vereda cercana muy poco frecuentada. El tercero manejó el carro en el que ellos habían venido. Allí, aquellos mercenarios, vistiendo unos paliacates que les tapaban la mitad del rostro, la amenazaron. Don Manuel sabía exactamente en donde golpear psicológicamente a mi madre de la manera más contundente.

El mensaje que le dieron fue claro: “O cierras las panaderías o a la próxima vez te violamos”. Soltaron a mi madre y arrojaron sus llaves al monte. Ella tardó media hora en encontrarlas, tiempo suficiente para que ellos se perdieran entre las veredas. Antes de encender la camioneta mi madre lloró, berreó, gritó y golpeó todo lo que tuvo a su alrededor, buscando vaciarse del dolor inmenso que sentía. “Ya basta, ya basta... ¿Por qué a mí? ¿Por qué otra vez? ¿Cuándo va a parar tanto sufrimiento?”. Cuestionó a Dios, se culpó a sí misma por haber continuado con la expansión de las panaderías, culpó a Daniel por sus intenciones de competir contra Don Manuel, y maldijo con todas sus fuerzas a ese hombre al que sentía como el gran villano de su vida.

Mi madre sabía que yo estaba sólo puesto que esa noche Cristóbal tenía un compromiso y no se había podido quedar sino hasta las seis de la tarde. Comenzaba a oscurecer y ella sabía que tenía que volver sin pérdida de tiempo. Regresó a la casa con su aura gris y opaca, y supe que algo grave le había ocurrido, pero se encerró en su cuarto evitando que la cuestionara. Aunque no podía verla despeinada, con sus ropas rotas, descalza y con el rostro lleno de lágrimas, su aura me lo dijo todo.

Quise ofrecerle ayuda, sabía cómo hacerlo, pero sentí que ella no quería ayuda hasta haber tomado las decisiones necesarias. No pude dormir en toda la noche. Esperaba que saliera en algún momento para volver a explorar su aura, pero nunca lo hizo. Escuché ruidos fuertes al interior del cuarto, pero no me atreví a llamar a su puerta. Sabía que algo grave le había pasado, pero también sabía que tenía que respetar su proceso de liberación del dolor.

Capítulo 18

Al día siguiente salió muy temprano y su aura continuaba igual, contaminada, intoxicada. Me tranquilizó ver que el aura de mi padre la acompañaba, y literalmente la vi desplazarse a su lado mientras caminaba hacia la camioneta. En ese momento no supe si ella era consciente de que la fuerza de mi padre estaba con ella, aunque después me enteré de que sí lo había sentido. Se fue a la ciudad decidida a tomar decisiones contundentes, y su primer paso consistió en cerrar definitivamente las dos sucursales de La Polvorona más cercanas a las panaderías de Don Manuel. En pocos días traspasó a los empleados las otras seis panaderías, a precios reducidos, para ahorrarse las liquidaciones, dinero con el que no contábamos en esos momentos.

La única panadería con la que se quedó fue la primera, la que se encontraba en la casa que había sido de su abuela y en la que ella había crecido de niña. Mandó rotular una leyenda adicional en la fachada junto a La Polvorona: “La primera”. Nadie conoció las razones detrás de sus decisiones, con excepción, obviamente, de Don Manuel, pues por esos días ella no aceptaba preguntas de nadie, parecía una leona.

Uno de esos días, a los empleados de La Polvorona “la primera”, les pidió que se fueran temprano y que la dejaran sola. Tomó un pan de yema de cubierta brillosita, una vela, una pluma y un pedazo de papel de bolsa café. Se sentó en el suelo en medio de los estantes de pan, colocó en forma ritual la vela encendida, el pan, la pluma y el papel, miró hacia las cuatro direcciones y dijo en tono retador: “Aquí estoy, hecha pedazos por dentro y por fuera una vez más. He cumplido todo lo que me has pedido, he ido hasta donde me has mandado, no te he cuestionado nada nunca. Has ido y venido cuando has querido, primero como curandera del mercado, después como anciana, como niña, como cortadora de flores, en muchas formas, tamaños y colores, y no he dudado de ti. Te gustan mis panes y yo necesito

tus instrucciones. Te necesito, sé que tú lo sabes porque no eres de este mundo. Te ruego que aparezcas ahora y me indiques qué sigue para mí”.

Todo permaneció en silencio, no se escuchó ni un murmullo. Mi madre volvió a llorar y se sintió abandonada, perdida, olvidada. Se mantuvo ahí por un par de horas hasta que la veladora se extinguió. Salió de la panadería, dudando y pensando que todo lo que había vivido anteriormente había sido producto de su imaginación, avivada por el dolor y por la necesidad de sanar. Salió de ahí decepcionada, cabizbaja y enojada. Pero al subir a su camioneta pudo ver un pedazo de papel café entre el limpiabrisas y el cristal; se quedó perpleja por unos segundos, lo tomó y leyó: “Panteón San Felipe, tercera fila derecha, tercera lápida izquierda”.

Su cuerpo experimentó un vaivén de emociones. Al ver el papelito su corazón le palpitó de esperanza, y al tomarlo en sus manos sintió que una chispa le recorría todo el cuerpo. Pensó que Dios no se había olvidado de ella como creía. Sintió algo de miedo por tener que ir a un panteón, pero a esas alturas no podía evitar seguir las señales del Universo, necesitaba paz y recobrar su fuerza, y si algo en ese cementerio le ayudaría a recobrarlas pues hasta allá tenía que ir de inmediato.

Encendió el motor de su camioneta y se dirigió hasta aquel lugar que no había visitado en muchísimos años. El Sol se había puesto y el Cielo estaba teñido de tonalidades rojas y anaranjadas; parecía que el Cielo no quería que el Sol se fuera, parecía que el Sol se despedía dejando un rastro de su belleza. Las últimas personas salían del panteón y ella llegó al portón de entrada justo cuando el velador se disponía a cerrar la entrada principal. Él la reconoció y le preguntó si era la dueña de las Las Polvoronas. Ella le respondió que sí y se aprovechó de ello para pedirle que la dejara entrar. Él dudó por unos momentos, pero ella le ofreció pan y chocolate diario por un mes entero si la dejaba entrar y permanecer dentro por una hora. Él, consciente de que nadie visitaba el cementerio a esas horas, dejó de dudar, la dejó entrar y luego le dijo: “Por favor recuerde que debo cerrar dentro de una hora”. “Tenga la certeza de que saldré a esa hora”, le dijo mi madre, agradecida, y se despidió temporalmente de él, como insinuándole que quería estar sola.

Ella, con el papelito de instrucciones en la mano, caminó hasta la tercera fila, volteó hacia ambos lados y percibió largas hileras de tumbas y lápidas, algunas muy olvidadas y otras llenas de flores, algunas muy sencillas y otras que parecían mausoleos. Giró hacia la derecha y caminó despacio, sabía que muy pronto estaría frente a la tercera lápida de la izquierda. Se detuvo frente a una

lápida rectangular, sencilla y simple. La hierba a su alrededor estaba totalmente descuidada, y ni siquiera una sola flor seca adornaba el recipiente que estaba allí para tal efecto. Era una lápida triste, parecía que los vivos se habían olvidado totalmente de quien ahí reposaba eternamente, o que simplemente no había nadie vivo a quien le importara. Algo de tierra y hojas secas tapaban las dos leyendas inscritas sobre la piedra.

A mi madre le palpitaba el corazón tan aprisa que parecía se le iba a salir. Lentamente se arrodilló frente a la lápida, que seguramente custodiaba la memoria de alguien que le ayudaría a sanar y recuperar su fuerza. Con algo de miedo, pero a la vez con mucha curiosidad, pasó su mano por encima de la leyenda inferior y vio una fecha: “12 de agosto de 1932 – 18 de enero de 1952”. “¡No!”, pensó y sintió una fuerte opresión en el pecho. Sus palpitaciones se intensificaron y sus ojos se tornaron rojizos; estaba a punto de soltar el llanto.

Sacando fuerzas de sus entrañas, limpió la leyenda superior y confirmó lo que había pensado: “Verónica Suárez Niza”. Contuvo por unos segundos la respiración, abrió de par en par sus ojos, acumuló una fuerza gigante en su interior y estalló en un grito estremecedor que espantó a todas las aves que descansaban en los árboles del panteón. “Lo que sea menos tú, lo que sea menos tú. Tú no eres ninguna mujer de poder, tú eres quien me quitó el poder desde el día en que nací. Me abandonaste, te moriste, me dejaste. Tú no me vas a salvar, por ti he sufrido tanto, ya no puedo más”. Y se desplomó sobre la lápida, golpeándola con sus manos.

Los golpes agresivos se fueron tornando suaves conforme ella iba perdiendo fuerzas, y terminaron siendo casi caricias sobre la piedra fría. Acariciaba la lápida mientras berreaba y sacaba el dolor contenido por tantos años. “¿Por qué me dejaste? ¿Por qué te fuiste? Ya nada puedes hacer por mí. ¿Por qué la mujer hermosa me trae ahora hasta tu presencia?”.

El velador del panteón, inquieto por los gritos de mi madre, había llegado al lugar, pero se había mantenido distante respetando el dolor de la mujer, sólo siendo testigo de aquel momento. Entre llanto y llanto mi madre escuchó movimientos y giró su cabeza, y entonces pudo ver a aquel hombre detrás de un árbol. Él, sabiéndose descubierto, le pidió disculpas y le preguntó si podía hacer algo por ella. Mi madre le dijo que no, que le pedía que la dejara sola, que estaba frente a la tumba de su madre y que necesitaba entender por qué la había dejado desde su nacimiento. Él, aceptando la petición de mi madre, se dio la media vuelta, no sin antes lanzar unas frases al aire: “Ella, la joven Verónica, en sus tiempos fue la mujer más hermosa de la ciudad, siempre olía a flores. Yo la conocí, nadie que la conocía la podía olvidar”.

Mi madre se quedó boquiabierta y se preguntó: “Mi madre, ¿hermosa? ¿Sería posible que mi madre hubiera sido la curandera, la anciana, la mujer bella, la niña, la cortadora de flores?”. Y en esos pensamientos estaba cuando un colibrí apareció revoloteando alrededor de la lápida olvidada. Mi madre lo observó por unos momentos, inmóvil, tratando de no espantarlo. Le resultó curioso verlo puesto que no había néctares que chupar, ni había flores de donde alimentarse. En ese instante comprendió el mensaje: “A esta tumba le faltan flores, muchas flores”.

Se levantó de un salto y apresurada salió del panteón. El cuidador la vio salir y con una sonrisa pícaro le dijo que al día siguiente iría a La Polvorona por su primera ración prometida. Mi madre le sonrió en señal de aprobación, se subió a la camioneta y salió disparada de ahí, diciéndole: “Ya regreso, no tardo”. A los veinte minutos estaba de vuelta con cuatro ramos gigantes de flores de petunias, salvias, aquilejas y geranios. “Quiero flores de las predilectas de los colibríes”, le había pedido al encargado de la florería.

El cuidador del panteón la volvió a ver llegar y la notó tan decidida a entrar nuevamente que se apresuró a abrirla la reja. De paso mi madre le dijo: “Sí, sí, serán dos meses de pan y chocolate gratis. A ver si no engordas”.

Llegó hasta la tumba de su madre, se inclinó y con amor depositó las flores en el recipiente instalado para tal efecto en la lápida, pero que desde hacía mucho tiempo no había sido usado. Se irguió despacio viendo que ahora la tumba estaba muy adornada y aromatizada, y al cabo de unos segundos el colibrí apareció y extrajo néctar de las flores. “Vendré todas las semanas a darte de comer”, le dijo al colibrí. “Vendré todas las semanas a platicarte mi vida, mamá. Y, si acaso me quieres contar la tuya, vendré también a escucharte. No entiendo mucho de la vida, menos de la muerte. Pero comenzaré a dejarte de juzgar por morir, porque ahora sé que nunca te fuiste. Siempre creí que no había tenido madre, que Dios no me había dado una como a muchos sí se las dio. Siempre creí que si tú no me habías querido y que me habías abandonado. A partir de hoy declaro que sí tengo madre y que mi madre nunca me ha abandonado. Dios me dio una madre hermosa, poderosa, que huele a flores, que me escucha y que siempre está conmigo. GRACIAS mamá por ser mi mamá, GRACIAS mamá por ser quien eres y por haber hecho exactamente lo que has hecho. No te juzgo a ti ni a Dios, ustedes saben mejor que yo lo que necesito. Hágase en mi según la voluntad de ustedes. Ya me cansé de conducir siempre y de cargar como burrito el dolor a costas. Me paso al lado del copiloto, les entrego mi vida, ustedes que todo lo ven desde arriba conduzcan el auto de mi vida. Quiero disfrutar el paisaje como copiloto, no me importa a donde me lleve. Si el camino huele a flores como tú, madre, el destino es lo de menos, disfrutaré siempre con el panorama”.

Esas palabras de amor salieron de su cuerpo, sanándolo, porque cuando la verdad que es contenida dentro sale... sana. Estaba derramando ríos de lágrimas, también sudaba y sintió ganas de vomitar. No se quiso contener, sabía que su cuerpo se estaba purificando del dolor y vació su estómago junto a un árbol cercano. Olió colores fétidos que nunca había olido, vio colores oscuros que jamás había visto y entendió que se estaba liberando que dolores y cargas emocionales de antaño. Ya sin apegos al dolor, facilitó el contacto con su alma y su propia liberación.

Agradecida con el vigilante, salió de ahí por segunda ocasión, con un paso firme y decidido. Al subir a la camioneta notó que había otro papelito café entre el parabrisas y el cristal. Lo tomó esbozando una gran sonrisa, pues olía a flores, y leyó: "Tía Miranda, calle Carey, Mazunte". Respiró profundo, dio una mirada por la ventana, logró ver a lo lejos al colibrí, como despidiéndola, y en ese momento volvió a creer que no había sido olvidada y que era una hija de Dios y de su bella madre. "Ya entiendo, en los momentos más difíciles es cuando la fe lo sostiene a uno. Si pierdo la fe lo habré perdido todo. GRACIAS mamá por recordármelo, GRACIAS por estar conmigo. GRACIAS a Dios, porque al final TÚ eres el que lo teje todo desde arriba".

Capítulo 19

Era momento de volver a tomar carretera, una nueva aventura y muchos nuevos conocimientos nos esperaban. Pepe, el incondicional, nuevamente fue el conductor designado. Siete horas después de haber salido del Rancho El Penacho mis pies tocaban la arena y las olas del mar por primera vez, era una sensación deliciosa. Podía sentir cómo el oxígeno impregnado de brisa de mar entraba por mi nariz y recorría todo mi cuerpo.

Mi madre se encargó de describirme la inmensidad del mar, y yo sólo percibía las auras y oía las voces de niños y adultos jugar en la playa, así como las auras y graznidos de las aves que revoloteaban arriba de nosotros. Yo no sabía nadar, mi madre y Pepe tampoco, así que nos mantuvimos en donde el agua sólo cubría nuestras pantorrillas.

Después de disfrutar un poco el mar buscamos un lugar para comer ahí mismo en la playa. Nos sentamos en lo que mi madre describió como una palapa de hojas de palmeras en donde comimos pescado, arroz, frijoles y tortillas. Mi madre aprovechó para preguntarle por la Tía Miranda a la joven que nos atendía. Aquella mujer, al escuchar este nombre, comenzó a mover su cuerpo como bailando ligeramente y con gran agilidad. Sonrió y respondió: “Je je, andan buscando a la payasa Miranda... también la llamamos así. Vive aquí a la vuelta, toman esa calle, doblan a la izquierda en la primera y ahí la encuentran en la casa de colores. No tiene pierde”.

Pepe se atrevió a felicitar a aquella mujer por lo bien que bailaba, y le preguntó que si le podía enseñar algunos pasos. Ella le respondió: “Muchos turistas me lo piden, pero luego no me siguen el paso”. Pepe le prometió que volvería más tarde a buscarla. Mi mamá notó que Pepe se puso nervioso y le dijo: “Tú no pierdes el tiempo Pepe. Está guapa la muchacha, en cuanto encontremos a la Tía Miranda tómate unas horas libres... a ver si ella realmente te puede enseñarte a bailar”.

Cuando se fue la joven, nos quedamos preguntándonos por qué se referiría a la tal Miranda como payasa, pues se suponía que era una mujer de poder, una chamana. ¿Acaso podía tratarse de una farsa? Pero ya estábamos allí, traídos por la vivencia mágica de mi mamá en el panteón, así que teníamos que ir a buscarla y fue lo que hicimos en cuanto terminamos la comida. El hambre se había acumulado durante la carretera y no dejamos platos con sobras.

En cuanto tomamos esa calle a la derecha, Pepe y mi madre identificaron la casa de la Tía Miranda y me la describieron justo como la casa de un payaso. Tenía bolitas de colores pintadas a lo largo de la fachada y unas banderolas triangulares que colgaban de un hilo grueso que iba del tanque contenedor de agua en el techo hacia uno de los postes de luz en la banquetta. Nos acercamos a la puerta y mi madre y Pepe se rieron al unísono cuando vieron que para tocarla había un tocapiertas en forma de seno de mujer. Pepe se adelantó, tomó la iniciativa, acarició el pecho de acero con su mano derecha y lo hizo golpear contra la puerta. Ambos rieron y yo reí también cuando me lo contaron.

Una mujer apareció en la puerta con una peluca de color rosa fluorescente. Su aura era blanca pero emergía de su cuerpo como varios tubos que formaban una especie de cruz. Un tubo de luz salía disparado de su cabeza, otro de su ingle hacia el suelo, y otro le cruzaba el pecho y se extendía por sus brazos. Con una gran sonrisa nos abrazó, uno por uno, con el abrazo más largo que jamás me habían dado. Nos estrujaba y masajeaba mientras nos abrazaba, y se reía en nuestros oídos mientras lo hacía. Al principio era medio incómodo por el tiempo duraba cada abrazo, pero después me solté y hasta lo disfruté.

Nos invitó a pasar y al avanzar vimos que ella se desplazaba bailando, no caminando. “Ya llegaron a donde van a reír mucho, la risa sana. No sé qué pasa en el cerebro, el corazón o el cuerpo, pero la risa es la mejor medicina”, lo dijo en un tono cantadito aquella mujer que seguramente era la Tía Miranda. En ese momento le dio una instrucción a una jovencita que andaba por ahí, a quien yo le calculaba unos once o doce años por la altura de su aura: “Petra, tráeme tres vasos de agua por favor”. Nadie dijo nada, no teníamos sed, pero asumimos que ella sabía por qué hacía cada cosa.

Al llegar aquella adolescente con los vasos de agua, la mujer de poder tomó una botella de cristal y a cada vaso le echó un chorrito de aquel contenido. “Ahora sí, hagan gárgaras con esta agua y escupan el contenido allá en el patio; traen olor a muerto y así no me les puedo acercar mucho. Por eso mi abrazo fue más corto del que normalmente doy”, dijo ella. Mi madre le preguntó, como buscando aclarar sus ideas: “¿A qué se refiere señora, a que estamos enfermos? ¿O a que alguien cercano a nosotros murió?”.

Ella tomó la palabra nuevamente: “Me refiero al animal muerto que se acaban de comer, su piel, sus bocas, hasta sus cabellos huelen a ese animalito muerto, y tantos otros que se habrán comido en días recientes. Bueno, este muchacho huele más a muerto que ustedes dos”, e hizo referencia a Pepe. “Muchos dicen que son carnívoros, pero en realidad son necrófagos, se comen los cadáveres de animales... ¿o qué es lo que se comieron hace un rato?”. Yo me sacudí con sus palabras, jamás me había puesto a pensar en lo que comíamos en realidad, pero ella tenía toda la razón, y aunque mi madre y yo después de la visita a Don Arteago comíamos mucho menos “animalito muerto” que antes, a veces aún lo utilizábamos como alimento.

“El cuerpo del ser humano no está diseñado para devorar animales. Yo no veo que Dios nos haya dado pezuñas para cazar, dientes de sable para desgarrar carnes y cartílagos, jugos gástricos más fuertes e intestinos más cortos. Nuestros intestinos miden alrededor de siete metros y la carne animal que pasa por ellos pronto se echa a perder e intoxica el cuerpo. Es por esto que obviamente ustedes pueden estar enfermos, inflamados o intoxicados, y con las arterias tapadas. La mayoría de la gente que come animal muerto las tiene, pero se pueden limpiar dejando de comer muerte e ingiriendo pura vida. Antes la leche, el yogurt, la mantequilla, los helados y los quesos venían de vacas libres y felices, pero hoy vienen de vacas maltratadas, mal alimentadas y llenas de medicamentos y, por si su cadáver no fuera ya terrible para nuestro organismo, le sumamos todos estos químicos y emociones negativas. Nos convertimos en lo que comemos, y si comemos muerte comenzamos a morir”.

Pepe interrumpió como queriendo retarla: “Pero las frutas y las verduras que nos comemos también están muertas, al cortarlas se mueren, también nos comemos cadáveres de manzanas y de zanahorias, ¿no?”. Ella aprovechó para agregar más información: “Pues no señor calaca-andando, cuando un animal muere, en su interior, se activan mecanismos de destrucción, se desarrollan levaduras, mohos, bacterias y hongos programados para consumir internamente al animal. Así que lo que te comes es un cadáver junto con sus mecanismos de auto destrucción, que terminan destruyéndote a ti. Las frutas, las verduras, las semillas, los cereales, las raíces y las algas, en cambio, tienen sistemas de preservación de vida que duran varios días y a veces mucho más; ellas pueden acumular oxígeno y energía en su interior, así que lo que comes es vida, no muerte”.

Yo estaba escuchando todo eso y lo dibujaba en mi mente. ¿Quién era esta mujer que nos aleccionaba sobre nuestra forma de comer de una manera tan puntual y concreta? Pepe, ahora con un poco más de confianza en Miranda,

volvió a preguntar en tono de preocupación: “¿Y si no debemos comer animales, entonces qué debemos comer?”. Ella siguió: “A los pobres niños les dan líquido hormonal para engordar becerros durante años, óvulos de gallinas y animales muertos. Por eso los hospitales en el mundo están llenos de enfermos, los médicos les retacan con grandes cantidades de medicinas pero nunca les dicen cómo comer. Si comes como te dice la televisión terminas siendo un zombi, con el cerebro tapado, haciendo lo que te dicen que tienes que hacer, y eso es precisamente lo que quieren, que no pienses porque si pensaras cuestionarías todo lo que te dicen las empresas, el gobierno, hasta las religiones. Si comes animal te conviertes en animal, un borrego siguiendo a los demás sin cuestionar. Si comes animal te comes sus emociones también, si al animal lo maltratan, sus glándulas segregan hormonas de dolor y miedo que se integran a sus músculos, como el cortisol. Al matarlos no mueren instantáneamente, se tardan varios minutos en morir, y mientras mueren sufren, y mientras sufren segregan más hormonas tóxicas que luego te comes. ¿Ustedes creen que el pescado que se comieron en la playa murió de manera instantánea o de manera bonita? Pues sufrió y mucho, y ese sufrimiento se lo comieron ustedes”. Yo por eso soy feliz, no ingiero infelicidad.

Yo comencé a sentir náuseas y comencé a percibir muy claro el aroma a pescado muerto en mi boca, tanto que le di el primer trago al vaso que ella me había dado y comencé a hacer gárgaras. Mi madre me tomó de la mano al verme hacer eso y me llevó al patio, ahí pude escupir el líquido que dejó un sabor a menta y eucalipto en mi boca. Mi madre me siguió. El último fue Pepe, parecía resistirse un poco, pero eventualmente lo hizo. Aquella mujer nos veía limpiarnos la boca y el aliento con sus menjurjes y dijo: “La salsa es la mejor aliada de los mexicanos para enmascarar el olor y el sabor a muerte, le ponen mucha para que no sepa. Así lo hacen con la piel del cerdo que se comen... sí, los chicharrones o cueritos, los llenan de salsa para engañar a sus papilas gustativas del olor y sabor y lograr así que no detecten el sabor a muerte, además de los litros de aceite quemado que sus cuerpos absorben. Por eso el jamón y las salchichas las llenan de sal y saborizantes, si se dieran cuenta lo que contienen, nadie los comería”.

Ahora Pepe fue el que preguntó curioso: “¿Y entonces cómo vamos a sobrevivir, necesitamos la proteína de los animales, no?”. Entonces ella, como estando lista para esa pregunta, le dijo: “Si quieres estar fuerte como el toro come lo que el toro come y no te comas al toro. Los animales más grandes y fuertes como el gorila, el elefante, el caballo o los mismos dinosaurios, son o han sido herbívoros. Los animales más longevos, como la tortuga, son herbívoros también. Al comerte la vaca, el cerdo, el pollo o el pescado, tu cuerpo pierde

toda su fuerza porque esta se enfoca en procesar la carne, en lugar de centrarse en atender tus actividades diarias. Además la grasa del animal tapa las arterias y las paredes celulares y esto impide el paso libre del oxígeno, por eso no pueden pensar bien o tener claridad mental, por eso las células comienzan a morir. La proteína del animal ya es de segunda mano, ya fue usada por el animal; mejor coman proteína de primera mano, llena de luz y fuerza del Sol, proveniente de las plantas”.

Se quedó callada por un momento y después continuó: “¿Realmente saben a qué vinieron? Porque siento que no tienen la menor idea”. Mi mamá respondió: “Pues venimos siguiendo señales, queremos estar mejor emocionalmente porque hemos pasado por una serie de eventos fuertes. Pero no sabemos qué tipo de terapias da usted”. La mujer, que no paraba de sonreír, dijo entonces: “Vinieron buscando felicidad, quieren reír más, quieren estar más en paz, les estoy diciendo exactamente cómo lograrlo, pues yo soy experta en felicidad. Ya viví mucha infelicidad en mi vida, pero decidí abrazar la felicidad y me dejé abrazar por ella. La felicidad comienza en el cuerpo, teniendo células contentas, estómago feliz, intestinos en paz, corazón fuerte y cerebro limpio. Su cuerpo huele a muerte, pero es necesario que huelga a vida para que estén felices. Ustedes tienen que comer más lo que más luz del Sol reciba y eso son las plantas. Además aquí van a respirar mucho aire puro, no como en la ciudad que está todo contaminado”.

Y volvió a llamar a la jovencita: “Petra, díles en dónde se quedarán a dormir estos días que durará su desintoxicación”. “¿Días?”, preguntó mi mamá un poco sorprendida. “¿Y es que ustedes creen que para lograr que su cuerpo y su alma sonrían basta con dos horas? Se quedarán conmigo al menos durante dos semanas para que vuelvan a reír de adentro hacia fuera. Esa es la señal que les estoy dando, y ustedes vienen siguiendo señales, ¿no?”.

Mi madre guardó silencio y pensó bien lo que implicaría permanecer por fuera del rancho y de la panadería durante dos semanas y con rapidez trazó un mapa mental de cómo podría coordinar las cosas a distancia, para que los negocios pudieran mantenerse y no resultaran demasiado afectados.

Tanto Pepe como yo esperamos que mi madre, la líder del grupo, fuera quien respondiera, pero ella contestó con otra pregunta: “Pues sí, tal vez podríamos quedarnos, pero ¿cuánto nos costaría?”. La mujer soltó la risa: “En realidad ustedes los hombres y mujeres de la ciudad siempre se limitan y preocupan por el tema del dinero, y esa es otra razón por la que no sonrían tanto, viven estresados por temas económicos. Petra, toma nota: desintoxicar también de temas monetarios a estos amiguitos. Hagamos algo, al final de estos días han logrado sonreír más

y sienten más paz en su corazón, en aquella canasta me dejan lo que ustedes quieran. Si siguen todos intoxicados y estresados yo les doy lo que traiga en la cartera, que aunque no es mucho seguro les alcanza para comerse unos tacos de vaca muerta por ahí en la carretera a su regreso”.

Mi mamá sonrió y aceptó el trato. A Pepe, la decisión pareció agraderle mucho, algo se traía entre manos. Por mi parte, algo en mí quería quedarse para seguir aprendiendo de esta mujer que me contagiaba mucha confianza y felicidad. Petra nos guió hasta nuestro cuarto y ahí dejamos las pequeñas maletas que traíamos, que contenían una muda para un par de días, pero en caso de quedarnos un par de semanas seguro encontraríamos cómo resolver el tema. Apenas nos instalamos Pepe se duchó bien, se cambió de ropa y pidió permiso para ir al mar. Mi mamá se lo concedió sabiendo que en realidad quería volver a la palapa a ver a aquella joven.

Y así comenzó lo que se convertiría en un periodo 45 días de desintoxicación: todos los días, sin excepción, a las 6am Petra tocaba la puerta del cuartito en el que dormíamos y nos daba un té tibio con limón, jengibre, aceite de pepita de uva y una pizca de sal de mar. La Tía Miranda decía que era para alcalinizar nuestro cuerpo, limpiar el sistema digestivo y activar el sistema inmunológico.

Después Petra, que aunque muy joven ya era experta en esos procedimientos, nos llevaba a la playa y ahí nos pedía que le diéramos gracias a Dios por el nuevo día y que le agradeciéramos al Sol por darnos su luz y energía. Nos decía que era importante que las plantas de nuestros pies tocaran la arena de la playa para recargarse de electrones y balancear la energía en nuestro cuerpo. Yo, que podía ver la luz o energía que desprendían los cuerpos, notaba claramente cómo el aura se intensificaba y aclaraba comenzando desde los pies y subiendo hasta la cabeza. Al cabo de varios días de repetir esa acción, pudimos contar el tiempo que se requerían para que toda nuestra aura se aclarara: 33 minutos. La Tía Miranda se mostró complacida con este hallazgo.

Al regresar a la casa colorida nos daban un jugo verde gigante que tenía mucho apio, perejil, espinaca, nopal, germinados y piña, además de semillas de chía y linaza que dejaban remojando desde el día anterior. Recuerdo que los primeros días nos sabía un poco desabrido, tal vez porque estábamos muy acostumbrados a lo dulce, pero eventualmente cuando nuestro paladar se fue desintoxicando nos supo más sabroso. Como a las once de la mañana nos daban un plato de avena en líquido de almendras con pepitas de calabaza. Era un líquido que parecía lechita y lo preparaba una señora que le ayudaba a Miranda. Alrededor de las cuatro de la tarde nos daban un plato de lentejas con tortillas de maíz nixtamalizado, o

una sopa de habas, o envueltos de garbanzo molido. No nos daban nada de cenar más que agua con menta y un toque de vinagre de manzana. Al principio nos quejábamos un poco porque nos teníamos que ir a la cama sin nada consistente en el estómago, pero después, al notar que dormíamos mucho mejor y que nos despertábamos con más fuerza, comenzamos a agradecerlo.

Los primeros días fueron un poco difíciles, con algunos dolores de cabeza, mareos, cierta ansiedad por el hambre, incluso algo de enojo hacia la Tía Miranda. Ella decía que esto se debía a que nuestro cuerpo estaba sacando lo muerto y renaciendo, que estaba purificándose, que dejáramos de quejarnos y que disfrutáramos el proceso de recobrar la fuerza y la felicidad.

Los primeros días Pepe se escabullía y le aceptaba a aquella muchacha en la palapa uno o dos taquitos de pescado. Pero cuando la Tía Miranda tomó su maleta y la puso en la calle, Pepe entendió el mensaje, y a falta de dinero para un hotel pues tuvo que aceptar los nuevos hábitos. No había forma de engañar a Miranda, detectaba el tufo a animalito muerto desde lejos. Fue curioso, en la noche del quinto día, después de 72 horas completas en que Pepe no había probado nada derivado de animal, tuvo un sueño en el que los animalitos le agradecían y le sonreían. Cuando lo compartió durante el desayuno la Tía Miranda se puso muy contenta y le dio un abrazo que duró más de cinco minutos. A Miranda le encantaba escuchar nuestras historias, reía mucho mientras le contábamos cosas, y hasta celebraba aventando serpentinas y soplando espanta suegras.

Antes de cumplirse la primera semana ya sentíamos mucha más fuerza y vitalidad. Mi mamá comentaba que a ella se le habían quitado unas punzadas en la cabeza que la habían afectado en semanas recientes. Pepe decía que a él ya no le dolían las rodillas, y lo comenzamos a notar muy feliz, lo cual no sólo era generado por su nueva alimentación basada en productos vivos y con mucha energía del Sol, sino también porque había comenzado a pasar largos ratos con aquella joven recién conocida, que por cierto se llamaba Isabel.

Como uno de los efectos de mi desintoxicación, mi percepción áurica comenzó a acentuarse y comencé a notar tonalidades que emanaban de diferentes partes del cuerpo, algo que antes no captaba. Este fue un tema en el que Miranda se mostró muy interesada y, para investigar más en lo que yo podía hacer con esta capacidad pidió que viniera su primo, que era maestro de biología en la secundaria de Mazunte. Con él comencé a aprender sobre los distintos órganos del cuerpo humano, sus nombres y sus funciones. Al cabo de unos días yo era capaz de identificar y nombrar las partes del cuerpo enfermas, desbalanceadas o bloqueadas, a través de las tonalidades que emitían. Así que integramos un gran

equipo de diagnóstico y sanación entre Miranda, su primo y yo. Yo identificaba la parte del cuerpo dañada, Miranda preparaba un coctel de infusiones con hierbas, o jugos, o simplemente le pedía que dejara de comer algo, y su primo le daba seguimiento al paciente para saber cómo evolucionaba a los pocos días de haber sido atendido por nosotros.

Juntos comenzamos a generar un mapa de órganos, plantas y colores de energías. Miranda, junto con mi madre y Petra, comenzaron a dibujar unas pirámides que reflejaban el potencial de cada planta, en una escala del 1 al 10, en donde el 10 indicaba qué planta era la más adecuada para determinado malestar. Todos estábamos muy entretenidos, el único ausente era Pepe que luego de aquellos primeros diez días se sentía más enamorado que nunca. Un día Miranda invitó a varios curanderos, tanto de Mazunte como de Zipolite, para que vieran lo que estábamos haciendo y para que ellos probaran a través de nosotros sus mejores pócimas. En ocasiones pudimos cambiarles las fórmulas con combinaciones de otras plantas aún más poderosas, en otras ellos nos inspiraron a probar nuevas hojas, flores, pistilos, hongos, semillas, cáscaras, cortezas o raíces diferentes, de las que incluso jamás había escuchado Miranda, y por lo general resultaban muy eficientes.

A varias personas las curamos de colitis, a otras de gastritis y a algunas más de hígado graso. También ayudamos a otros vecinos con temas de soriasis, acné, diabetes y varices. A un niño le quitamos el cáncer de piel usando puros hongos, semillas e infusiones de raíces. A la semana volvió sin las manchas espantosas en la piel y su aura había adquirido una brillantez muy hermosa. A lo largo de unos 30 días trabajando día y noche encontramos remedios para los dolores menstruales, para las jaquecas, para el insomnio y hasta para la impotencia. Una señora comenzó a recordar el nombre de sus hijos después de nuestro diagnóstico y del consumo de las plantas que le recomendamos. La práctica de sanación en equipo estaba resultando muy exitosa.

Uno de los comunes denominadores entre todos nuestros pacientes era que estaban intoxicados y que los dolores, debilidades, cansancios, manchas y malestares eran las formas mediante las cuales el cuerpo estaba pidiendo auxilio a gritos. El primo de Miranda, que por cierto se llamaba Rodrigo, mostró interés por identificar patrones de alimentación y las consiguientes emociones en los y las pacientes. Uno de nuestros grandes descubrimientos –algo que ya Miranda intuía– consistió en comprobar que la mayoría de las personas afectadas ingerían diariamente leche o queso, carne animal y mucha azúcar. También notamos que el consumo de alcohol potencializaba la intoxicación. Además identificamos

que casi todos estaban viviendo condiciones adversas en sus hogares, como problemas maritales, estrés por las actividades de los hijos o crisis económicas por falta de trabajo o de ingresos.

La Tía Miranda bailaba y cantaba todo el día de felicidad, me abrazaba cada vez que podía y comenzó a decirme “mi querido chamancito”. Ella fue la primera que me dijo así, aunque yo me sentía con mucha responsabilidad en lo que hacía y por recibir ese cariñoso apelativo. Mi madre, a través de llamadas telefónicas desde teléfonos públicos no dejaba de estar pendiente de su panadería así como de los pedidos de Cacao y Yaca que llegaban al rancho. En particular se mostraba muy interesada en que los envíos al DF para Pedro salieran siempre a tiempo y completos.

Capítulo 20

A los pocos días de abrir “el consultorio” ya se hacían filas largas para que atendiéramos a los pacientes. La Tía Miranda comenzó a evitar la palabra ‘enfermedades’, pues decía que todas eran condiciones temporales, que si se portaban bien se irían, pues eran generadas por un desequilibrio interno ocasionado por la intoxicación. Cuando llegaba les preguntaba qué en qué grado consideraban ellos que su cuerpo estaba intoxicado. La mayoría respondía que poco, pero después de mi diagnóstico les decía que su cuerpo “estaba muy intoxicado”, y que lo que necesitaba no eran medicamentos porque lo intoxicarían más, sino que necesitaban desintoxicarse y cambiar de hábitos.

Recuerdo que una vez nos visitó una mujer que dijo “yo soy diabética” y la Tía le dijo: “No, no, no digas que eres diabética, no te apegues a la enfermedad, no la hagas parte de ti. La diabetes es una condición temporal generada por tus malos hábitos; cuando decidas hacerte responsable y cambies tus hábitos, la diabetes se irá. Toda condición temporal nos viene a dar un gran mensaje, ellas no vienen a molestarnos ni a atacarnos, sino a ayudarnos a cambiar; ellas son salvadoras, no enemigos”.

A veces estas infusiones y menjurjes que Miranda y Petra hacían les provocaba diarrea, sudor, vómito, fiebre, regla más pronunciada en mujeres, o hasta llanto intempestivo. Al principio mi mamá se preocupaba, pero Miranda se reía y decía: “Déjalos que saquen toda la podredumbre que traen por dentro”. Yo coincidía con Miranda en que los sistemas de purificación del cuerpo estaban ahí por algo, que Dios en su inmensa sabiduría nos había dotado de ellos y que había que permitir que se activaran.

Muchos intentaban pagarnos y Miranda puso una canasta en donde cada paciente dejaba lo que quisiera o pudiera. Los que más dejaban eran los europeos que andaban de turistas y aprovechaban para sanarse de algo con nosotros,

atendiendo los rumores que esparcían los ayudantes en los hoteles o los meseros en restaurantes. Un día, la Tía le dijo a mi mamá que ya se había juntado suficiente por concepto de las consultas como para que pagáramos por nuestra estancia en su casa, y que aún nos sobraría. Mi mamá aceptó con gusto y dijo que el resto del dinero lo usarían para arreglar un poco mejor el consultorio que yo tenía en el rancho El Penacho.

Miranda, adicionalmente, nos pidió que no les dijéramos “pacientes” a quienes nos visitaban, para no reforzar en ellos la idea de que eran enfermos, así que les decíamos “vecinos”. Yo me sentía muy satisfecho por poder servir a la comunidad como lo estábamos haciendo, pues nunca nos habíamos imaginado lo que vendríamos a hacer a Mazunte, pero Dios tejía desde arriba sus planes para nosotros y nosotros felices los seguíamos. Mi mamá repetía en constantes ocasiones que había sido su madre la que nos había traído hasta acá y nos había acercado a tanta información y experiencias mágicas.

Los que comenzaron a ponerse celosos –y algunos hasta fueron a amenazarnos para que detuviéramos la “brujería” que estábamos haciendo–, fueron los de la comunidad de doctores de la región. Muchos pacientes habían dejado de visitarlos y preferían ser atendidos por nosotros porque les diagnosticábamos más rápidamente, los sanábamos con mayor eficiencia, y nuestros servicios eran menos costosos, además de que por lo general salían con una sonrisa ante las ocurrencias de Miranda. Una vez Miranda corrió con palabrotas a uno de los doctores que llegó exigiendo dejáramos de “engañar” (así lo dijo él) al pueblo: “Los que están engañándolos son ustedes dándoles medicinas que los intoxican más, no los curan y aparte son carísimas. Claro, ustedes se llevan una tajada de esas medicinas ¿no? Y hacen que esas pobres gentes las consuman de por vida. Ustedes se dedican a administrar las enfermedades y no a curarlas, mientras que aquí las curamos de raíz”.

Yo no entendía mucho de esas diferencias entre medicina moderna y medicina tradicional, o la que muchos también llaman pre hispánica o milenaria. No lograba captar por qué ellos como médicos sólo recetaban medicinas y nunca recetaban plantas o nuevas formas de alimentación. Pero poco a poco comprendí que procedían así porque nunca nadie les enseñó algo diferente. Sus universidades sólo los educaban para que recetaran medicinas, no para que curaran de raíz a través de la implementación de hábitos positivos.

Capítulo 21

Pepe se la pasaba fuera de la casa, se había puesto de novio con la joven Isabel y supimos que estaban aprovechando esos días como toda una luna de miel. Sin embargo, un día volvió con su aura medio apagada y grisácea, traía aliento a alcohol y nos dimos cuenta de que algo había sucedido entre él e Isabel. Yo no me atreví a intervenir, tampoco mi mamá, pero la Tía, que no tenía pelos en la lengua, al ver que no quiso comer ese día le dijo: “Pepe, pepito, ¿ya andas sufriendo por esa muchacha?”. Pepe se quedó callado, se hizo un silencio incómodo y luego él mismo lo rompió: “Todas son iguales, dejan que uno se enamore de ellas como güey y luego nos mandan a volar”. La Tía Miranda soltó la carcajada y los demás estuvimos a punto de seguirla pero nos contuvimos.

“Deja de maldecir a la mujer ingrata. Tú lo que tienes es el Mal del Abandono. A ti te deben haber abandonado de niño, y ahora no sólo sufres por el abandono de esta muchacha sino por todos los abandonos no sanados de tu pasado, de los que ella no es responsable. De que eres güey no me queda la menor duda, no sabes nada de mujeres. No es que ella no te ame, sino que tiene miedo de amarte demasiado y que te vayas. Tú no eres de aquí, ¿qué vas a hacer con ella, te la vas a llevar?”. Él, entre enojado y escuchándola atento, como queriendo acomodar las piezas del rompecabezas, respondió: “Pues no, no hemos hablado de eso”. Ella, dando en el clavo recalcó: “Y aquí estamos, en el momento de la verdad de un hombre, el momento de demostrar si eres hombre o payaso, una de dos, o la dejas ya o le pides que se case contigo. Así de pelado está el asunto, no hay opción. Un hombre consciente es el que decide, el hombre inconsciente vive apendejado por no poder tomar decisiones con valor. Tú lo que traes es un apendejamiento”.

Miranda le pidió a Petra que le preparara un ‘triple despanzador’, algo que sólo ellas entendieron. Al cabo de unos minutos Petra le extendió el té a Pepe y la Tía le pidió que se lo tomara de trancazo. En cuanto se lo tomó Pepe se fue a

vomitara al baño y no salió sino a la media hora. Desde ahí le lanzó majaderías a Miranda, y hasta a Petra se la llevó de encuentro, pero estas hicieron poco caso de los gritos, ya estaban acostumbradas.

Al salir, Pepe, con voz de exhausto, le dijo a la Tía: “Casi vomito hasta los intestinos, pero lo necesitaba, GRACIAS a ti y a Petra”. Ella le respondió: “Es hora de tomar decisiones, como hombre, ese té es muy efectivo para sacarte los miedos de las entrañas y envalentonarte”.

Él se duchó, se arregló un poco, salió y volvió al día siguiente. Su aura parecía un arcoíris y nos dio la gran noticia: “¡Isabel y yo nos vamos a casar aceptó, aceptó! Me confesó que tenía miedo de perderme, que se había enamorado mucho de mi. Andaba toda rejega y sería porque tenía miedo de perderme al yo regresar a Oaxaca. Le pedí que nos casáramos y aceptó. Jefa. ¿Isabel se puede ir con nosotros?”. Mi mamá le respondió que por supuesto. Después le preguntó que si ella y la Tía lo podían acompañar para pedir su mano, y ambas le respondieron que sí.

A mi madre le fue cambiando su aura poco a poco hasta terminar en color esmeralda y me recordaba mucho la de Monique en Estación del Catorce. Sus dolores de cabeza desaparecieron, la escuchaba reír más, decía que ahora iba con mejor frecuencia al baño, que dormía mejor y hasta había aprendido a hacer brebajes de los que hacía la Tía Miranda. Todos los días, desde el teléfono de moneditas que había en la esquina, llamaba al mediodía a la Panadería para saber cómo iba todo y después al rancho para escuchar el reporte de Cristóbal.

Una noche de Luna llena nuestra anfitriona nos llevó al Mar. Estando ahí ella se puso a bailar, revoloteaba sus pies entre la arena y los chacualeaba en el agua. Cuando mi mamá le preguntó qué estaba haciendo, ella le respondió que estaba liberando los vapores de las contaminaciones que había recogido durante todo el mes. Dijo que la Luna era muy poderosa, y que así como era capaz de elevar los niveles del Mar, era capaz de elevar nuestros niveles de agua, y que en vista de que el ser humano era 60% líquido y el efecto era poderoso. Ella reía mientras bailaba y nos contagió a hacerlo nosotros también.

Con mis ‘nuevos poderes’ pude constatar que lo que ella decía era real. Vi que las siluetas de Pepe, su novia, mi madre y la Tía, se estaban limpiando y ondas de estas se elevaban al Cielo, incluso lo pude notar en mí. “Límpiese, purifíquense de todo lo que han recogido de malos pensamientos, malos sentimientos, malas compañías y malos alimentos a lo largo del mes..”, nos insistió aquella mujer que parecía una niña bailando. Nosotros poco a poco comprendíamos las razones y métodos detrás de la enorme felicidad de esta gran mujer.

Hubo un momento en que se le acercó a mi madre, y aunque se lo dijo bajito yo pude escuchar lo que le decía: “Se ve que no tuviste niñez, tú jamás has bailado, pero ya llegó la hora de que liberes a tu niña interior. Estabas lista para hacerlo en tu boda, pero tu pareja nunca llegó. Vete a la oscuridad en donde nadie te vea, y baila toda la noche hasta que aprendas a hacerlo, hasta que descubras tu ritmo natural, hasta que tus cabellos se agiten a la frecuencia de las olas y tus pies se conviertan en baquetas golpeando sobre el tambor inmenso de la superficie de la Madrecita Tierra. Baila bajo la luz de la Luna llena hasta que vacíes tu cuerpo de llanto y lo recargues con risas”. Al cabo de un rato volvimos a la casa, con excepción de mi madre. Todos nos sentíamos más limpios, no tanto del exterior, sino del interior.

Mi mamá volvió a la mañana del día siguiente, cayó profunda en su cama y no la volvimos a ver hasta entrada la noche. Algo fuerte y poderoso sucedió con ella esa noche, pues de ahí en adelante se la pasaba tarareando y hasta golpeando su mano con sus muslos como tocando un tambor. Poco a poco mi madre, a lo largo de los últimos años, había estado recuperando su esencia, redescubriendo el amor, su belleza natural y su alegría interna. Hoy sé que la verdadera belleza exterior de una mujer es aquella que emana de su belleza interna, y su belleza interna es producto de su paz, amor, fe y GRATITUD.

Dos días antes de partir, después de terminar de ayudar a los vecinos con sus penas y dolencias, la Tía nos dio una terapia de risa, así la llamó. Nos enseñó una forma de respirar en la cual cada vez que exhalábamos emitíamos una carcajada. Al principio nos pareció un poco tonto el ejercicio y las que salían eras carcajadas fingidas, pero conforme fuimos avanzando todos estábamos liberando carcajadas naturales. Nuestras primeras risas habían promovido más risas y las risas que seguían promovían más y más hasta reventar en carcajadas sin razón aparente. Fueron unos 8 o 10 minutos de risaterapia pero fueron minutos súper sanadores y liberadores. “En realidad no es tan complicado reír y ser feliz, todo es cuestión de enfoque y ganas de soltar. Finge tu felicidad y alegría hasta que te las creas, hasta que las redescubras dentro de ti”. Nos dijo la Tía hermosa, a la que ya queríamos como un verdadero pariente.

Los cuatro nos sentamos a descansar. Petra andaba metida en la cocina, como siempre. A Pepe le entró la nostalgia y le dijo a la Tía que la iba a extrañar. “Nunca olvidaré Mazunte, aquí me enamoré de dos mujeres espectaculares, de la que mañana será mi esposa y de usted Tía”. Mi mamá continuó: “Puedo decir lo mismo, durante estos días aprendí a quererla mucho a usted Tía, y también a Petra, pero lo más importante es que vuelvo más enamorada de mí. Ah, y por supuesto, hoy me

siento más orgullosa que nunca de mi hijo adorado Yao, que ha podido ayudar a tantas personas aquí de la mano de ustedes, de Petra y de Rodrigo”.

La Tía tomó la palabra y se fue de largo, como lo hacía normalmente. “Dicen que me quieren, y eso que no saben mucho de mí. Yo también los quiero pero sí sé mucho de ustedes por todo lo que me han contado. Entonces para estar parejos les contaré un poco sobre mi vida”, y empezó a hablar de su historia personal, de la que poco nos había revelado previamente. Había sido hija única y cuando ella tenía ocho años de edad su padre se enamoró de una turista y se fue con ella, abandonándolas a ella y a su madre. Su madre, al no poder soportar el abandono del esposo, se había colgado de una cuerda en el patio de su casa. Su hija Miranda, al regresar de la escuela, la había encontrado ya sin vida. Al no tener más parientes en el pueblo, el sistema social del gobierno estatal se la llevó a una casa hogar. Ella era la mayor de entre quince niños y niñas más, y por eso los niños la apodaron ‘Tía’, apodo que se le había quedado hasta la fecha. Ella había tenido que perdonar, soltar y agradecer a sus padres, había aprendido que si no lo hacía nunca sería feliz. Su forma de sanarse y ayudar a tantos niños abandonados, menores que ella, fue la risa, cantar, bailar y contarles chistes y cuentos. Al cabo de los años, ya como adolescente, la pusieron a cargo de la cocina de la casa hogar y tuvo que investigar mucho para preparar buenos alimentos para quienes consideraba sus ‘sobrinos’. Se enamoró a los 18 años y se fue a vivir con su novio, pero transcurridos un par de años el novio le comenzó a ser infiel y tuvo que soltarlo también. Siguió ayudando a sus sobrinos de la casa hogar y a los 22 ya era la administradora y tenía un sueldo del gobierno, que aunque poco, le era más que suficiente. Pero dos años después, el Gobierno, dizque por falta de recursos, cerró la casa hogar y reubicó en otras instituciones a los tantos niños y niñas. Pero ella tuvo que rentar una casa con sus ahorros y quedarse con nueve niños que no habían alcanzado reubicación. Ella tuvo que ser creativa e inventar terapias de sanación para los turistas, limpias con pirul y palosanto, masajes, desintoxicaciones a base de infusiones y jugos, risaterapias para aliviar la tristeza y muchas otras cosas. Los infantes fueron creciendo y buscando sus caminos y a la niña más chica de todas, a quien quería como a una hija, que se llamaba Petra, la dejó para que se quedara a vivir con ella.

Estuvimos más de dos horas escuchando su historia, le metía mucha emoción mientras nos la contaba. Decía que la emoción era el pegamento de la memoria y que para que recordáramos su historia le metía más intensidad. Después de escuchar esa síntesis de su vida la queríamos aún más, pues era y sería una mujer de poder a la que nunca olvidaríamos.

Nos fuimos a dormir temprano para descansar bien porque el día siguiente sería un día largo, Pepe se casaba precisamente un día antes que emprendiéramos nuestro viaje de regreso. Mi mamá, Petra y la Tía Miranda le ayudaron mucho tanto en la decoración de la ceremonia religiosa en la playa, como en la decoración del restaurante de la palapa en donde fue la fiesta. Yo atendí vecinos a lo largo de casi todo el día y por ahí a las cinco de la tarde me dirigí a la playa. Fue una boda muy bonita, todos se sentía felices. Y aunque había cierta aura triste en los cuerpos del papá y mamá de la novia, pues sabían que se iría, tal vez para siempre, todos bailaron, comieron y cantaron mucho. Vi el aura de mi madre bailar feliz, como nunca antes la había visto. Yo bailé con Petra y con la Tía Miranda, y también con mi madre y con la novia.

Capítulo 22

A la mañana siguiente, día en que partimos hacia el rancho, sucedió algo muy hermoso. “Vengan, vengan todos rápido”, nos despertó Petra. Corrimos todos a la puerta y yo lo hice siguiendo los colores de las energías de los demás. Al llegar allí pudimos presenciar una escena espectacular, cientos de vecinos sonrientes y sanados, acompañados de sus familiares, estaban en la calle cargando regalos de todo tipo para nosotros: dulces, frutas, bordados, ropajes típicos, sombreros, decoraciones hechas con conchitas de mar. Pude ver y sentir el cúmulo de energías que nos despedían llenas de GRATITUD, y quise describirles a mi mamá y la Tía Miranda algo que nunca había percibido antes: ¡Las auras se unían y se elevaban sobre el suelo hasta unos 30 metros en una especie de torbellino de luz morada que apuntaba hacia el cielo! Pronto llegó un trío de música y comenzó a tocar y todos comenzamos a cantar. Fue un momento de mucha emoción y magia, todo en mí experimentaba amor. Mi camino ya estaba trazado por Dios, ya no podía interrumpir mi destino de sanador.

A eso de las dos de la tarde, cuando estábamos listos para emprender el camino hacia nuestro rancho El Penacho, al que yo ya extrañaba, alguien tocó la puerta. La Tía Miranda abrió, dialogó en voz bajita por unos minutos con un hombre y después se acercó a mi madre y le preguntó que si podíamos darle un aventón a Oaxaca a ese hombre. Observé su aura y vi que era amarilla radiante. Mi madre lo consultó con Pepe y ambos aceptaron. Entonces el hombre pasó y Petra me lo describió con santo y seña: “Hombre delgado y alto, como de sesenta y tantos años, muy sonriente, pelo rubio lamido hacia atrás. Trae puesto un pantalón blanco de lino impecable, sandalias de tela, guayabera y boina gris”. Al ver su aura noté algo familiar en ella, aunque en ese momento no supe a qué se debía esto. Él se presentó como Hans.

Nos despedimos con mucho cariño de la Tía y de Petra, prometimos volver una vez por año –lo cual yo sigo haciendo religiosamente– y nos subimos a la

camioneta. Pepe al volante, el señor Hans de copiloto, y mi madre, Isabel y yo, en el asiento de atrás. Platicamos mucho sobre la boda, sobre los cuarenta y tantos días en Mazunte, y sobre lo que planeábamos hacer al llegar a Oaxaca, ahora renovados de entusiasmo y de amor por la vida. Hans se mantenía atento al camino y silencioso. Al cabo de un par de horas de carretera Pepe se atrevió a preguntarle si hablaba español, porque se había mantenido casi mudo y poco expresivo. Hans rápidamente respondió que hablaba perfecto español, que aunque había nacido en Alemania y vivido en Austria, Inglaterra, Australia, Italia y Francia, los últimos 15 años los había vivido recorriendo México porque era “el país más fascinante que había conocido en su vida”, y cerró su introducción diciendo algo que me estremeció: “Cuando conocí México entendí que el Génesis era un mito incorrecto, que en realidad Dios nunca expulsó al hombre y a la mujer del Edén, el Edén es la Madre Tierra y sus territorios como México. Seguimos viviendo en el Edén, pero es urgente cuidar a la Pachamama, a la Tonantzin, porque si no lo hacemos nosotros mismos nos autoexpulsaremos del Edén, porque la volveremos inhabitable”.

Isabel, que era la más religiosa de todos los presentes, lo refutó: “pues yo creo que todo lo que dice la Biblia es correcto, es la palabra de Dios, y si ahí está escrito pues debe ser cierto que existió un Edén incluso mejor que México, pero al cometer el pecado original Adán y Eva fueron expulsados de allí”. Hubo un silencio incómodo por unos segundos, y entonces Hans dijo con solemnidad: “Pregunto a todos los aquí presentes si desean escuchar mis argumentos sobre los mitos escritos en la Biblia y en particular sobre el pecado original del que hablas. Estoy dispuesto a que si tan sólo uno o una de ustedes no desea escucharme, yo me callaré durante el resto del viaje. Pero, si me dan permiso de hablar libremente, estén seguros de que lo haré en forma contundente y sin miramientos hacia lo que les ha sido programado en su mente inconsciente desde niños y niñas, lo que les han sembrado en su mente sin pedirles permiso y aprovechándose de su inocencia”, pum, zaz, así directo y franco.

Yo fui el primero en responder: “Permiso concedido, soy todo oídos”. Mi madre, que nunca había sido tan devota puesto que su abuela le había tratado de enseñar la religión a cintarazos, dijo: “Adelante por mí, nos espera un largo camino y creo que podría ser entretenido”. Pepe, con algo de pena hacia su esposa continuó: “Pues por mí, adelante, me declaro totalmente ignorante en temas de religión y creo que llegó la hora de aprender algo. Sólo pido que Hans respete nuestras opiniones así como nosotros respetaremos las suyas”. Isabel cerró un tanto gruñona: “Pues diga lo que diga a mí no me hará cambiar de opinión sobre lo que yo creo, así que hable con libertad, mis oídos y mi corazón están blindados”.

Hans dio un gran suspiro, se acomodó en el asiento, se quitó la boina, la colocó en sus piernas y comenzó su impecable discurso: “La Biblia no es el único libro que se considera sagrado o que contiene información escrita por seres humanos inspirada en diálogos con Dios. El Corán es el libro sagrado para el Islam, los Vedas y el Upanishad son los libros o recopilaciones de escritos sagrados para el hinduismo, el Tanaj es el libro sagrado para los judíos, el Popol Vuh para los mayas. No hay que ser arrogantes y pensar que hay un solo libro sagrado, sino muchos, Dios no inspira sólo a unos, sino a todo aquel que se deja, a lo largo de la historia y en cualquier rincón del mundo. Una religión que cree que es la única que tiene la verdad rompe con el primer precepto detrás de cualquier religión, ya que por cierto la palabra religión viene del latín *religare* y hace referencia a *volvemos a unir a Dios*. El primer precepto es que todos somos hijos de Dios, todos somos iguales, todos venimos y vamos a Dios, a todos nos habla. Promover que sólo una religión tiene la verdad es promover la soberbia y el control”. Se sentía un gran silencio, en pocas frases nos había capturado aquel hombre sabio, aunque yo percibía un poco incómoda a Isabel.

“1546, Concilio de Trento. El papa Paulo III, un gran promotor de la Inquisición en Europa y su implementación en América, desesperado por la desbandada de católicos decepcionados y por el bajo ingreso de nuevos seguidores, decidió tomar una decisión que cambiaría el rumbo de gran parte de la Humanidad: instaurar el Pecado Original. Y lo hizo con el afán de promover el crecimiento sostenido de católicos, queriendo imponerle la religión a la población desde la niñez, cuando no tuvieran la oportunidad de decidir por ellos mismos. Y así, en una reunión entre la curia de más alto rango, decidieron que todo niño o niña nacían con un pecado original y que sólo el Bautismo, que la Iglesia era la única que lo podía ofrecer, podía borrarlo. ¡Wow qué grandiosa idea! A partir de ese momento surge la idea del Pecado Original, no antes, ni la Biblia ni el mismo Jesús habían mencionada nunca el Pecado Original. Seres humanos ambiciosos de poder inventaron el pecado original y se enaltecieron como los libertadores y purificadores, así que quien quisiera vivir sin pecado tenía que aceptar todo lo que les impusiera la Iglesia”. Hans hizo una breve pausa ante un suspiro ansioso de Isabel.

Pero continuó sin miramientos y con aún más contundencia: “Sí, la Biblia menciona el atrevimiento de Adán y Eva para probar la manzana del árbol prohibido, y dice que a partir de entonces los seres humanos conocerían el mal, pero jamás menciona que su atrevimiento daría pie al pecado original y que ese pecado pasaría por generaciones y generaciones al resto de la Humanidad. De hecho, el pecado, por concepto, no es heredable, sino un acto voluntario

en contra de las reglas de Dios. Incluso hoy, por lo que yo haga, aunque sea lo más atroz del mundo, no sería justo que se culpara por ello a mis hijos, hijas, nietas y bisnietas. De hecho, no deberíamos ya ni mencionar a Adán y Eva como referencia, ellos no existieron, son un mito que creó un filósofo y teólogo hace unos seis mil años para explicar metafóricamente la creación de la Tierra. Quienes creen que Adán y Eva fueron reales entonces, por silogismo, creen que la Humanidad y la Tierra tienen unos diez mil años como máximo, lo cual es a todas luces falso. Hoy conocemos mucho más sobre la formación de la Tierra, el surgimiento de los animales del mar, los bosques y el cielo, y sobre la evolución de los primates hasta la llegada del ser humano. Sabemos que este planeta surgió hace unos 6 mil millones de años y el antecesor del ser humano actual vivió hace 1.7 millones de años. La Biblia, más en sus libros del Antiguo Testamento, es un libro metafórico, simbólico, incluso alegórico, y así hay que entenderlo, extrayendo sus grandes lecciones, pues tiene muchas y muy valiosas”.

Hizo una pequeña pausa moviendo su cabeza de un lado a otro. Yo estaba más atento que nunca, los demás también, sólo pude escuchar, en aquel momento de silencio, la respiración un poco agitada de Isabel y percibir su área abdominal un poco más densa. Hans siguió: “Jesús, para mí, fue un gran maestro, pero muchas de sus enseñanzas han sido malinterpretadas por algunas religiones, entre muchas cosas por el afán de control y poder sobre las masas humanas por parte de quienes lideran estas religiones. Es curioso, Jesús vino a liberarnos, y algunas religiones tratan de controlarnos. Él jamás, nunca, habló del pecado original; muy por el contrario, dijo que cada hombre y mujer éramos hijos e hijas amadas por Dios, que nacíamos del Espíritu limpios y puros, que al morir volvíamos a Dios Padre y que Dios era tan amoroso que era capaz de perdonar cualquier pecado. Entonces, la idea del pecado original va en contra de las mismas enseñanzas de Jesús el Cristo, el Iluminado, el Mensajero. Él no vino a decirnos que somos pecadores y que no somos dignos de entrar en la casa de Dios. Muy por el contrario, vino a decirnos que tenemos garantizado el regreso a la casa de Dios porque es nuestra casa original, que nuestra fuente es nuestro destino. Pobres los cientos de millones de personas que cada semana tienen que escuchar que son culpables, pecadores y no merecedores. Claro, terminan creyendo que son lo peor y que sólo su Iglesia tiene las llaves del Cielo; por eso se vinculan a esta y no descubren el poder de Dios en ellos. Jesús vino a liberarnos y resulta que la organización que dice representar las enseñanzas de Jesús lo que más busca es controlar a los feligreses y hacerlos sentir culpables. ¡Qué gran mecanismo para controlarlos!”.

Continuó con una pregunta directa y concreta a Isabel: “Hija, te acabas de casar, pronto serás madre, y estoy seguro de que serás una madre muy amorosa,

así que te pregunto: ¿crees que Dios te mandará un hijo manchado de pecado, impuro?”. Ella no pudo responder, se quedó meditativa y dirigió su mirada al exterior a través de la ventana.

El silencio de los demás promovía que él siguiera hablando, y nosotros escuchando. “A ver, díganme ustedes, ¿qué pasa si a un niño le repites cien veces que es un niño malo y que nunca logrará nada en su vida? Por supuesto que se lo creará, lo integrará a su sistema inconsciente, y actuará en automático programado como robot bajo estas creencias. Se saboteará el éxito, vivirá introvertido, evitará atreverse y hasta experimentará depresiones en su vida u otras enfermedades peores”.

Hans procedió a poner el ejemplo con mi madre y conmigo: “Señora, ¿qué cree que habría ocurrido con su hijo si usted le hubiera repetido desde niño que era un inválido, que jamás vería nada en su vida y que se merecía ser ciego? ¿Cree usted que con esa formación su hijo sería un niño feliz, que vería todo tipo de energías y colores –algo que ya quisieran muchos poder ver– y que sería un sanador extraordinario?”. Mi madre, con toda contundencia, le respondió: “Por supuesto que no”. “Claro que no. Somos lo que nos programan para ser, todo aquello que nos repiten muchas veces se integra en nuestra mente inconsciente y después nos comportamos como robots con base en estas creencias impresas en todo nuestro ser. Entonces, imagínense por un momento que un niño de 10 años, a su corta edad, ya ha escuchado 500 veces el ‘por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa’ que se recita en la Iglesia. A esta edad también ha escuchado 500 veces el ‘no soy digno de entrar a la casa de Dios’. A los 20 años lo habrá escuchado 1000 veces, a los 30 años 1500 veces... Claro, terminan en el suelo creyéndose pordioseros emocionalmente, culpables y no merecedores.

Si creemos que somos pecadores y poco dignos entonces significa que Dios no nos escucha al rezar el Padre Nuestro el cual en una de sus partes dice: ‘perdona nuestros pecados, así como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden’. Claro que Dios siempre nos perdona y nos da otra oportunidad, pues es un Dios amoroso y no justiciero. Si el mismo Jesús creó una oración para pedirle a Dios que nos perdonara, ¿por qué la religión dice que sólo ella a través de la Confesión puede perdonarnos? No, Jesús vino a decirnos que no hay intermediarios entre nosotros y Dios, que nuestro corazón es sagrado y que tengamos el valor de dialogar a diario con Dios, directo, como un hijo lo hace con su padre. Miren, ¿conocen ustedes la raíz de la palabra Pontífice? Pontífice significa ‘puente’. Es decir, los Papas históricamente se han erigido como puentes entre Dios y los seres humanos, y este es un acto de gran arrogancia

de su parte. El mismo Papa actual, Francisco, de extracción Jesuita, evita lo máximo posible que se refieran a él como Pontífice. Los Jesuitas, por siglos, han luchado al interior de la Iglesia por respetar al máximo las enseñanzas de Jesús, aunque la han tenido difícil porque las enseñanzas de Jesús liberan, y mucho de lo que dicen y hacen los que lideran la Iglesia es con intención de controlarnos”.

De pronto se escuchó el susurró de Isabel, que al principio fue muy bajito, pero luego, motivada por el mismo Hans a que hablara más fuerte y con confianza, ella dijo: “Rezaré por usted en cuanto vaya a misa”. Pero esto sólo dio pie a que Hans se explayara en otro tema, tema que abrió con estas palabras: “En tus palabras escucho una relación limitante con Dios. Dices que rezarás por mí cuando vayas a misa, pero ¿por qué no rezar desde ahorita? Has sido programada para creer que Dios sólo está en un espacio físico, cuando en realidad está en todas partes, en cada creación, en las plantas, en el agua, en el sol, en la luna, en cada animalito, en cada ser humano a tu alrededor, y por su puesto en ti, en tu interior. Rézale por mí ya, ahorita, cierra tus ojos y pídele que me ilumine, no tengas miedo a hablar con él, no esperes a estar en misa, confía en que Dios está en ti. Jesús, así como muchos otros grandes maestros, no vino a enaltecerse como el único hijo de Dios y a decirnos que sólo su corazón era sagrado. Qué arrogante y soberbio hubiera sido, cuando a él lo caracterizaban la humildad y la sencillez. Él vino a decirnos que todos somos hijos e hijas de Dios, que todos tenemos un sagrado corazón, del que hoy sabemos que hasta memoria tiene, que guarda recuerdos y que es nuestro gran consejero. Jesús vino a recordarnos el gran poder dentro de nosotros, que Dios vive en nosotros, que todos somos gotas de agua del gran océano de la creación, vino a motivarnos y a admirarnos, no a desmotivarnos y a culparnos. El ser humano que reconoce a Dios en sí mismo despierta y deja de depender de otros, mientras que el que no reconoce a Dios en sí mismo sigue dormido y depende de otros. Y eso es lo que muchos no quieren, que despertemos, les conviene que sigamos como *zombis*, adormilados. Por eso nos dan alimentos como carne muerta, lácteos, azúcar, harinas, sales refinadas y aceites calentadas. Por eso nos llenan de alcohol, drogas, pornografía y guerras. Entre más llenos de miedos y basura estemos, más vulnerables somos. La televisión nos vende soluciones de productos y servicios a nuestros grandes conflictos, y nos la creemos, ya ni lo cuestionamos. Creemos que un pantalón de cierta marca nos hará más felices, un carro de lujo nos ayudará a tener más pegue con el género opuesto, y un diploma de cierta universidad nos hará más inteligentes y exitosos. Yo tengo dos maestrías, dos doctorados, y un postdoctorado y ¿sabes qué?, esa educación no me hizo más inteligente. Irme al

bosque, orar, meditar, escuchar el canto de un pájaro, platicar con pordioseros y con presos de cárceles, escuchar a los guardianes de la sabiduría milenaria de pueblos originarios, el silencio, la respiración, la oscuridad, volver a casa de mis padres y escucharlos antes de morir, estudiar el poder de las plantas, eso es lo que me ha hecho más inteligente y de paso más feliz”.

Hans dio un gran suspiro e hizo una pausa, que yo aproveché para preguntarle: “¿Y a qué se dedica usted Hans?”. Y él respondió: “Soy una persona común y corriente, hijo de Dios, y mi *hobbie* profesional, con lo que obtengo ingresos económicos, es trabajar en proyectos especiales para la NASA”. Pepe, quien se había mantenido muy callado, concentrado en la carretera, pero también en el monólogo de aquel señor tan interesante, dijo sorprendido: “Wow, ¿trabajas en la Nasa?”. Hans, muy tranquilo, respondió: “Así es, hago investigaciones especiales para ellos”. “¿Sobre qué?”, preguntó Pepe, eso sí que me interesa. Hans, volteó hacia el asiento de atrás, vio fijamente a mi madre y dijo: “Sobre sanaciones milagrosas. O como la Ciencia las llama: *curaciones espontáneas*”.

La plática estaba dando un nuevo giro, anticipaba que se podría poner más interesante aún, a menos que se redujera la tensión con Isabel.. y justo así ocurrió. Hans comenzó a exponer sus explicaciones y aclaraciones, a su estilo peculiar, pausado pero seguro de sí mismo, con intensidad emocional en sus palabras y con un acento extranjero que hacía que las sintiéramos hasta los huesos. Hans retomó la palabra: “Para mí, un milagro es una concatenación de eventos llenos de amor, del Universo, de la Madre Tierra, de Dios, de los mismos Seres Humanos. El amor, como yo lo entiendo, es cuando a lo que ES, a la esencia, a lo creado se le permite SER. Es decir, el amor se hace presente y se manifiesta cuando dejamos que Dios sea en nosotros, cuando dejamos que el Universo fluya con toda su energía, cuando nos dejamos envolver por el poder de la Madre Tierra. Cuando nos permitimos sentir la esencia del otro y cuando permitimos sentir nuestra propia esencia, en ese momento regresamos al amor. El amor es simplemente regresar y gozar lo que es Dios, lo que son el Universo y la Madre Tierra y lo que nosotros ya somos. Por eso la enfermedad es producto del estrés interno, que obstaculiza la naturaleza de los sistemas e impide que todo funcione correctamente. La enfermedad se produce cuando bloqueamos de manera antinatural la esencia de nuestras células, con miedos, con malos alimentos, con toxinas del ambiente, con malos pensamientos. Las sanaciones milagrosas se producen cuando la persona suelta, libera, regresa a su esencia, cuando el cuerpo deja de resistirse y comienza a permitir el flujo del oxígeno, de los nutrientes y de la información”.

Pepe sonrió y dijo: “Pudimos vivir muchas de esas experiencias durante los cuarenta y tantos días que estuvimos aquí en Mazunte. Yao es un Curandero Espontáneo o Sanador Milagroso, ve auras y junto con Miranda sanó a muchos regresándoles el equilibrio con plantas. A mí mismo me sanaron. Deberías estudiar el caso de Yao para la NASA”.

Hans hizo una pausa, esperó el silencio oportuno para revelar lo que parecía un secreto y dijo: “Lo sé, me mandaron a investigarlo”. Mi madre, como leona defendiendo a su hijo saltó de inmediato al “ruedo” de la plática: “¿Cómo dices? ¿Estás investigando a mi hijo? ¿La NASA está investigando a mi hijo?”. El entorno volvió a ponerse denso y ahora mi madre era la que estaba a la defensiva.

Hans, siguió apacible como si la experiencia lo hubiera blindado frente a sobresaltos en estos casos, volteó hacia atrás y le dijo a mi madre con tono convincente: “Señora, su hijo es un Sanador, digno de ser investigado por la NASA, he podido comprobarlo. Entrevisté y revisé en secreto a más de 20 de sus pacientes, o ‘vecinos’, y doy testimonio de que sus capacidades sobrepasan a las de muchos que se dicen chamanes, curanderos o médicos. No podría decir que sus capacidades son sobrenaturales porque creo que en realidad son totalmente naturales, pero sí son muy poderosas. Pero no se altere ni se preocupe, no lo comentaré así en mi reporte. Soy investigador y me pagan muy bien por serlo, pero también he sido testigo de lo que hace la NASA cuando se entera de la existencia de un verdadero Sanador, de alguien que descubre los poderes que Dios nos dio a todos. No pondré en riesgo la paz de su familia ya que yo mismo estoy agradecido con su hijo. Uno de estos días yo me disfracé y asistí a terapia con Yao y él me quitó el hipotiroidismo. Gracias Yao, soy tu admirador... y tu protector”.

En ese momento lo recordé: “Claro, ahora te recuerdo, tu aura me parecía familiar. Recuerdo las manchas negras que veía en tu garganta, ya no están ahí. Pues te agradezco mucho que mantengas en secreto lo que has visto, mi intención es simplemente ayudar”. Hans retomó la palabra: “Lo sé Yao y apenas inicias tu adolescencia, no me gustaría ser yo quien interrumpiera tu crecimiento. Eso sí, si tú y tu madre me lo permiten, me mantendré cercano a ti para ver cómo van evolucionando tus capacidades. Estoy seguro de que algún día podrás ver, y yo seré testigo, pues no me cabe la menor duda que eres ciego temporal. Es cierto, un común denominador que he encontrado entre decenas de verdaderos sanadores que he investigado es que a quienes más les cuesta sanar es a sí mismos y a sus seres queridos, por paradójico que resulte, pero estoy seguro de que lo lograrás.

La próxima hora de camino se pasó muy rápida. Las historias que aquel científico místico nos contó sobre sanaciones espontáneas que había investigado en varias latitudes del mundo, así como los intereses de la NASA por entender qué era lo que científicamente sucedía detrás de cada sanación o curación, hicieron que apenas sintiéramos lo largo del viaje. Hans nos reveló, en cierto tono misterioso, que no era el gobierno de los Estados Unidos el que verdaderamente estaba interesado en sus investigaciones, ni en cientos de estudios que otros científicos realizaban sobre misterios de las plantas, los animales y los seres humanos, sino que había un “gobierno” detrás del gobierno, aún más poderoso, una trama de familias y organizaciones acaudaladas que desde hacía siglos buscaban controlar el mundo y los avances científicos. Nos dijo que estas familias usaban al gobierno y su presupuesto para obtener esta valiosa información y después usarla en sus propias instituciones que eran las intermediarias entre el gobierno y sus empresas. Es decir, armaban instituciones como escuelas, museos o fundaciones que firmaban convenios de colaboración con la NASA, la NASA les pasaba información privilegiada y estas instituciones se la remitían a sus empresas privadas. Nos tenía boquiabiertos con la historia que nos contaba y esta nos dejó aún más interesados en este hombre misterioso y en su vida.

Al entrar a la ciudad Hans nos preguntó que si teníamos acceso a algún teléfono para él hacer una llamada. Mi mamá le pidió a Pepe que nos llevara a la Panadería La Polvorona, que quería aprovechar para ver cómo iban las cosas en su ausencia, y al mismo tiempo podría prestarle ahí el teléfono a Hans. Isabel, por su parte, se mostraban muy inquieta al saber que ya estaba por llegar al que sería su nuevo hogar, la casa de Pepe. Y Pepe, nervioso, comenzó a crear todo tipo de pretextos para preparar a Isabel, “ya que encontraría una casa patas pa arriba, como la de casi todo hombre soltero”.

Ya en La Panadería Hans hizo uso del teléfono y pareció tomar nota. Al colgar se dirigió a los estantes de exhibición y tomó varios panes esponjositos y de cubierta brillante. Se dirigió a la caja pero mi mamá le dijo que eran un regalo de nosotros para él por hacernos tan interesante el camino. Entonces él sacó un papelito de la bolsa de su pantalón y se lo entregó a mi madre, la cual se quedó intrigada. Aquel hombre se dio media vuelta y se despidió de nosotros diciendo que iría a visitar a la amiga que acababa de llamar y que después iría a la central de autobuses para ir al Distrito Federal en donde tomaría un vuelo a Washington al día siguiente. Me dijo también que seguramente nos volveríamos a ver y que siempre recordara que él sería mi protector, que jamás pensaría en hacerme daño.

Mi madre se acercó a mí y me describió el papel y lo que contenía; aún recuerdo lo que me dijo: “Es un pedazo de papel café, como el de nuestras bolsas, como el que me ha entregado la mujer misteriosa. Allí escribieron: “Abuelo Enrique, Carranza 78, Zacatlán de las Manzanas, Puebla”. Supe que muy pronto iríamos a ese lugar. Mi mamá, prudente, dijo que hablaría con un par de chamanes y personajes de poder a los que habíamos conocido, para averiguar quién era el Abuelo Enrique y verificar qué tan digno de confianza podía ser. “Si ellos lo recomiendan, pues allá resultaremos”, dijo ella con decisión.

Mi mamá tuvo una breve reunión de trabajo con sus colaboradores, hizo una larga llamada al DF y al cabo de un par de horas regresamos a nuestro rancho El Penacho. Ella no quería arriesgarse a pasar más tiempo en la ciudad, y quería evitar que me fuera a dar algún otro ataque de epilepsia. Además ya ambos extrañábamos mucho estar en casa, tomarnos un Cacao y comernos un taquito de Yaca al achiote que es como mejor le quedaba a mi mamá. En el camino ella me describió las nuevas recetas de pan vegano que compartió con las cocineras, que las había aprendido a la Tía y a Petra, y me dijo que La Polvorona sería la primera panadería en Oaxaca que tendría pan libre de huevo, manteca y lácteos. También me dijo que Pedro me enviaba saludos, con lo que supe que era él con quien mi madre había tenido la larga llamada, lo que me alegró porque al parecer seguía muy viva la relación entre ellos dos.

Capítulo 23

Yo estaba hundido en un lago mientras unas pesas amarradas en mis pies me hacían mantenerme en el fondo. Respiraba por un tubo que iba de mi boca hacia la superficie, y una horquilla cerraba mi nariz para que el agua turbia no penetrara en mis fosas nasales. Jalé de la cuerda, que el Abuelo Enrique y su ayudante habían puesto en mis manos, y cuando llegué al primer nudo me mantuve allí por unos minutos, meditando y reconectándome con el poder energético de mis padres. Primero vi las auras de mis padres, mientras mantenía mis ojos cerrados, tal como si los tuviera abiertos. Pero de pronto comencé a ver figuras, brazos, piernas, y dos rostros. Era la primera vez que esto me ocurría con tal claridad. Al principio no distinguía de quienes eran esas partes humanas, pero pronto supe que eran de mi papá y de mi mamá. Me embargó un sentimiento increíble pues ver sus figuras a todo color había sido uno de mis deseos más grandes cuando yo era niño. Comencé a llorar de felicidad, lágrimas que se mezclaban con el agua en cuanto salían. Los dos estaban vestidos de blanco y una luz radiante salía del pecho de ambos y llegaba hasta mi pecho. El impacto de esa luz me hacía sentir un calor inmenso en mi corazón, a pesar de que el agua estaba un poco fría. Esa fue la primera vez que yo veía con tal claridad, aunque esto ocurrió con los ojos cerrados y dentro del agua. Dentro de ese lago todo era posible, y poco a poco me quedaría claro que el Abuelo Enrique y sus metodologías no eran como nada de lo que hubiera vivido y anticipado.

Después avancé hacia el próximo nudo, entre caminando y resbalándome por el suelo lodoso de aquel lago pequeño que más parecía un estanque. En el siguiente nudo, aún más profundo, me encontré con mis abuelos y con su energía. Sólo había conocido en físico a mi abuela paterna, a ninguno otro, pero ahí estaban sus presencias espirituales arropándome y nutriéndome energéticamente. Los vi también con mucha claridad, incluso después fui yo

quien le describió a mi madre la apariencia física de mi abuela y de mi abuelo. Ella jamás los había conocido, ni siquiera a través de una foto porque su abuela le había escondido cualquier testimonio de ellos. Mi corazón recibió también aquellas energías y después continué descendiendo.

El próximo nudo representaba a mis bisabuelos, ocho energías poderosas, cada una con su personalidad áurica, que me envolvían de manera amorosa y poderosa. Los vi muy claro también, de pies a cabeza: sus cabellos, sus ojos, sus narices, sus bocas, casi todos de estatura bajita, muy de estas tierras, tostados por el sol. Estaba conociendo a todos los integrantes de mi árbol genealógico y esa dinámica me estaba pareciendo muy poderosa, además de que estaba viviendo una transferencia de poder de ellos hacia mí que jamás imaginé posible. El agua parecía tener poderes y ejercía un tipo de influencia en mis ojos, en mi cerebro, en mi corazón y en mi espíritu. Yo estaba dejando de ser sólo 'yo' y me estaba convirtiendo en 'yo más todos ellos'.

Seguí con mis dieciséis tatarabuelos, después con los padres y abuelos de estos. A medida que yo descendía avanzaba en la reconexión energética con los diferentes grados de mi genealogía y el número de ancestros aumentaba más y más, de tal manera que el poder que impregnaban mi cuerpo, mi mente y mi aura, era mayor. Mi corazón estaba expandido como un Sol, sentía un calor impresionante en mi pecho y el frío del agua no lograba contrarrestar ese calor, el cual hacía que yo me sintiera lleno de vida y amor.

Seguí la dinámica debajo del agua por casi dos horas, nunca imaginé que fuera capaz de resistir tanto tiempo hundido en el agua, valiéndome apenas de un tubo para respirar, y mientras más abajo estaba más quería avanzar y más energía me llegaba de mis antepasados. Mi intención era llegar a la raíz de mi linaje, de mi sangre, el origen primario, y mientras seguía avanzando comprendí que si aceptáramos la energía pura y espiritual de nuestros antepasados seríamos invencibles, increíblemente poderosos. Entendí que cortar con ellos por la distancia, por no conocerlos físicamente o por juzgarlos por ser de otra época o por las vidas que llevaron, dejamos de aprovechar una fuente de poder gigantesca. En esa dinámica creada y guiada por el Abuelo Enrique, yo estaba recibiendo la fuerza de la energía espiritual de mis antepasados, pero no los juicios, miedos, tristezas, culpas, corajes o creencias limitantes que pudieron tener como seres terrenales.

No quería detenerme y aunque parecía que jalaban levemente la cuerda, como invitándome a salir, yo seguía concentrado en mi objetivo de llegar a la fuente raíz pues tenía la intención de experimentar la energía de mi linaje

ancestral en su máximo esplendor. En cada nuevo nivel al que llegaba ya eran multitudes de familiares de antaño los que aparecían. Sus luces combinadas, ya formaban un Sol de medianas dimensiones que al integrarse en mí me provocaba un calor indescriptible y hacía que todo mi cuerpo vibraba.

Avancé dos niveles más y el Sol generado por la energía de mis antepasados se hizo tan intenso que me impedía identificar bien sus rostros y cuerpos. Mi calor aumentaba y comencé a sentir que el agua a mi alrededor burbujeaba al contacto con mi piel. Un nivel más y más luz y más calor, otro nivel más y el Sol era tan inmenso que ya no distinguía si era la energía de mis antepasados o era la energía del mismísimo Creador. Dios se estaba haciendo presente en mí a través de todo mi linaje y eso era en realidad poderosísimo.

De pronto sentí que dos manos me tomaron de la axila derecha, otras dos de la axila izquierda e intempestivamente me sacaron del agua. Los estímulos a que estaba sometido mi cuerpo en ese momento se intensificaron cuando el ayudante del Abuelo Enrique me quitó la horquilla que tapaba mi nariz, y entonces salí del poderoso e indescriptible trance en el que me encontraba justo antes de emerger. Sacudí mi cabeza, limpié mi rostro con las manos y abrí mis ojos. Y entonces algo mágico sucedió y pude ver las siluetas físicas, no sólo las auras, de mi madre en el borde del lago y la de quien asumí que era Pepe. Eran como destellos que no supe si eran creación de mi mente o si mis ojos habían despertado por fin. Vi manos, brazos y cuerpos a mi alrededor los cuales me conducían hasta la orilla. Yo trastabillaba, no podía hablar, seguía un poco ido y escasamente distinguía las palabras que los demás decían.

Pero a los pocos minutos, y conforme fui entrando en razón, los chispazos de realidad física desaparecieron, el paisaje se oscureció nuevamente y volví a ver sólo auras. Escuché lo que el abuelo le decía a mi madre: “El agua comenzó a hervir y burbujear, llegó a la fuente, llegó al Sol, llegó al Gran Espíritu, su linaje fue su camino de regreso... Dios lo tocó, Dios lo tocó”.

Me sentaron en el suelo y me pidieron que pusiera las plantas de manos y pies en la tierra para afianzarme en el aquí y el ahora, y me dejaron ahí por unos minutos después de que mi madre me dio un largo abrazo. El sol comenzó a secar mi cuerpo y sentí, por primera vez, que el calor del Sol era menor al que yo sentía dentro de mí. Habían desaparecido las imágenes de mis antepasados frente a mí, pero había traído conmigo un puñado de Sol. “¿Qué significaba aquello que estaba viviendo?”, me preguntaba mientras me reincorporaba. En ese momento escuché una hermosa voz femenina susurrándome al oído: “Yao, río majestuoso, de las aguas vienes y a las aguas vas, de ellas vienen tus fuerzas”.

No pude identificar a la mujer que me hablaba, pero sí supe que la voz venía de otro plano, del energético, del espiritual.

Me ayudaron a levantarme y escuché al Abuelo Enrique decir: “Ya pasó con éxito la primera etapa. Es hora de llevarlo a integrar su fuerza espiritual en su cuerpo terrenal, tiene que asumir su realidad, que no se vaya a confundir. Ahora tendrá que valerse del calor interno, ya activo, para pasar las pruebas siguientes”. Me llevaron cerca de una fogata, sólo vistiendo un taparrabos, me acostaron con cuidado en un hueco de unos 40 centímetros de profundidad y, bajo la supervisión meticulosa de mi madre, me cubrieron de tierra casi totalmente. Sólo la boca, la nariz y ojos emergían. “Lo vamos a sembrar para que renazca con la energía de todos sus antepasados. Él será un árbol de amor y sanación para el mundo, el lago me lo dice”, dijo Enrique con una voz que transmitía paz... y paz y fuerza era lo que yo necesitaba en ese momento en que mi mente se confundía entre si estaba siendo “sembrado” o enterrado.

Todos se alejaron y permanecí durante varias horas allí, cubierto con la tierra, y en mi soledad pasé por muchas sensaciones, tanto de desesperación, de ansiedad, de miedo, así como de ilusión, alegría y paz. Los momentos más fuertes fueron cuando visualicé mi muerte. Estaba tendido en medio de un bosque y daba el último suspiro, lloré mucho pero luego, en medio de un llanto de gran alegría, pude ver la luz y una voz me dijo: “Aún no es tu momento, es hora de renacer”, así que regresé. Estando allí con mis brazos y manos atascados debajo de la tierra no podía frotar mis ojos ni secarme las lágrimas. Sentía que se hundían mis párpados en mis propias lágrimas... pero más hundidos no podrían estar luego de lo que lo estuvieron debajo del agua.

Mi madre no tuvo permiso para acercarse, pues el abuelo no quería que interfiriera en lo que él denominó mi ‘eclosión’. Ellos se mantuvieron en torno a una fogata durante la noche, dándome la espalda a pesar de la ansiedad de mi madre. Me desenterraron justo cuando el Sol salía y yo, debido a todo lo vivido y realizado aquella noche, me sentía transformado, aunque débil físicamente. Acto seguido el abuelo le pidió a mi mamá y a Pepe que se despidieran de mí. Yo no entendía por qué lo hacían, ni siquiera podía preguntar, me sentía aún ido, entre mi conciencia y mi inconciencia, entre mi terrenalidad y mi espiritualidad. Mi madre me abrazó y sentí que su aura me abrazaba. Sentí una paz increíble y de hecho la necesitaba en ese momento. Pepe también me dio un abrazo y se retiró. El abuelo le deseó buen camino de regreso, yo seguía sin entender por qué ellos se iban y yo me quedaba. Seguramente ellos lo tenían todo planeado, pero para mí todo era una sorpresa tras otra. “¿Qué es lo que me espera?” me preguntaba con cierta inquietud.

El abuelo me tomó del brazo derecho, con firmeza pero con amor. Caminó a mi lado por unos 25 minutos, puso mis manos sobre un árbol y me dijo: “Esta será tu base, trata de no caminar muy lejos de aquí. Te dejo esta botella de agua para cuando sientas mucha sed. Mídete al tomarla, es poca, recuerda que el alimento y el agua ya están dentro de ti, tienes todo dentro de ti para pasar perfectamente los días que estarás aquí sólo y en silencio. Estás a punto de cumplir los 14 años y estos días serán tu ritual de paso. Aunque grites ninguna persona te escuchará, aunque llores ninguna persona te consolará, aunque agradezcas nadie te sonreirá, sólo el Viento será tu testigo, el Sol te calentará, la Madre Tierra será tu aliada y Dios tu compañía. Descubre tu abundancia interna y dejarás para siempre de sufrir por la escasez terrenal. Que la fuerza de tu linaje esté contigo, máxime ahora que ya conoces la sagrada fuente de poder de tus ancestros. Aprovechala, la necesitarás”.

No pude cuestionarlo, parecía que mis labios estaban sellados, sus instrucciones resonaban en mi mente y en mi corazón: “Mídete al tomarla... el alimento y el agua están dentro de ti... los días que estarás aquí sólo y en silencio... tu ritual de paso... la Madre Tierra tu aliada... Dios tu compañía...”. Me senté debajo de aquel árbol recargando mi espalda en él. Su tronco parecía tener uno de sus frentes más plano que los otros y sentí que era el perfecto espaldar para mi cuerpo. Pude observar el aura de aquel hombre de poderosas palabras que se iba alejando hasta diluirse en la distancia. Sabía que no debía seguirlo y ni siquiera tenía fuerzas para hacerlo.

No había probado bocado en varias horas. Mi estómago, que había estado distraído durante la noche y la madrugada con las emociones tan intensas que experimentaba no me había demandado alimento, pero ahora comenzaba a hacerlo. El abuelo no me había dejado nada más que agua, así que tomé la botella de cristal que había dejado junto a mí y bebí un par de sorbos. No quise tomar más puesto que sentí que su contenido era más o menos un litro, y si me la terminaba tal vez no habría más. ¡Cuánto deseaba en esos momentos un taco de Yaca o una taza de Cacao del rancho! Pero sólo podía saborearlos en mi imaginación.

Queriendo olvidarme de la falta de alimento me enfoqué en recordar los aprendizajes que la experiencia en el agua me había dejado y seguía sorprendido con el poder y la fuerza que había descubierto en la reconexión con mi linaje. Seguía sorprendido también por el hecho de haber podido ver figuras físicas como nunca antes lo había logrado. ¿Sería que la luz de todos mis ascendientes me había activado regiones neuronales dormidas o fotorreceptores desactivados en mis retinas? ¿Lo que había visto lo había captado realmente con mis ojos

físicos o lo había visto con algún poder adicional de visión interna? Yo me hacía estas preguntas y me sentía emocionado y expectante.

Quería entender qué había sucedido dentro del agua a fin de poderlo repetir nuevamente. Y ahí, mientras reflexionaba sentado en el suelo, recargando mi espalda en el árbol y buscando recuperar fuerzas, me invadieron unas ganas enormes de llorar y de gritar: “Sí, sí, sí quiero ver, sí quiero ver... nunca lo he gritado antes pero sí deseo ver lo que otros ven, quiero poder ver a mi madre, al Sol salir por las mañanas, la Luna llena, las olas del Mar, el Agua escapándose entre mis dedos, la sonrisa de las personas que había sanado, las Palmas de Cacao creciendo...”. Dos ríos de llanto recorrían mis mejillas. Sentía que mi cuerpo se estremecía y pude ver el color de mi aura oscurecerse y tornarse gris. Pude ver el coraje que llenaba mi cuerpo, sentí mi corazón contraerse y mis mandíbulas se apretaron. Grité, grité y saqué mi llanto contenido. Nunca había aceptado que quería ver como otros lo hacían, me había resignado primero a no ver nada, después a ver sólo auras, y aunque entendía y valoraba la bendición de verlas, ahora quería ver más, mucho más. Tenía 13 años y creía haber hecho todo lo que Dios, la mujer hermosa, mi madre, y todos los hombres y mujeres de poder que habíamos visitado me habían instruido. Había sanado a cientos de personas, algunas a punto de morir, y había atendido sin distinción a niños, adultos y ancianos, así que consideré que merecía la recompensa de la vista por todo lo que había hecho.

Me mantuve llorando por unos minutos, lo cual sólo intensificó mi hambre y mi sed. Me tomé toda el agua de la botella y la arrojé lejos, como adolescente rebelde que hace una travesura sin darse cuenta de que lo que está haciendo atenta contra sí mismo. Entonces, en medio del dolor, escuché una voz masculina que me susurraba y me decía: “En tus momentos de mayor dolor es cuando más tienes que agradecer, si todo lo agradeces no hay nada por lo cual sufrir. Al Universo le gusta darte más cuando has agradecido mucho lo ya recibido”. Sabía que era la energía de mi padre la que me hablaba y le dije, aún con cierto enojo: “Ahora sí apareces aquí, justo en este momento de dolor, y ¿dónde has estado en estos años? Sólo te veo en auras junto a mi madre, lejos de mí. Ya no sé si eres tú realmente o son puras alucinaciones mías por el dolor, el hambre y sed que tengo”. Su respuesta no se hizo esperar: “He estado siempre aquí, esperando que vengas a mí. Vengo cuando me llamas, no interrumpo tu vida cuando no me llamas. Acá confiamos en todo, allá lo dudan todo. Pero la duda será tu maestra en medio del silencio. No sabes cuándo vendrán por ti, no sabes si llegará primero un animal a acecharte, no sabes si pronto habrá agua o alimento para ti. Y precisamente cuando no puedes en tu mundo exterior, es cuando Dios te llama a entregarlo todo y a ponerte en

Sus manos. ¿Qué sería de los seres humanos sin esos llamados a soltarlo todo y a regresar a sus brazos? ¡Vivirían perdidos para siempre!”.

Mi llanto comenzó a apaciguarse, la responsabilidad recaía en mí y no podía culparlo de nada. Al contrario, comencé a agradecerle todo y soltarme al susurro de su voz que representaba la fuerza del Gran Espíritu. Agradecí las bendiciones en mi vida, tratando de poner mi enfoque y energía en lo positivo y lograr distraerlas de mis reclamos. Agotado, me desvanecí y dormí durante varias horas, mi cuerpo lo necesitaba con apremio luego de las diversas pruebas a que había sido sometido.

Cuando me desperté los rayos de Sol iluminaban mi cara y la intensidad del momento me hizo suponer que sería aproximadamente el mediodía. Por un momento un pensamiento atravesó mi mente en contra de ese arbolito: “Me dejaron en este triste arbolito que no es capaz ni de cubrirme bien de la luz intensa del Sol”. Pero luego me arrepentí, lo bendije y lo honré como mi único protector y compañero en esos momentos, pues no sabía por cuantas horas ¿o días? debería permanecer allí.

Capítulo 24

Sentía mucha sed y hambre, pero no tenía ya ni una sola gota de agua, pues en mi berrinche me la había tomado toda. No me habían dejado con nada de alimento, lo que en ocasiones me hacía pensar que no tardarían en volver y traerme algo, o que al cabo de unas horas me llevarían finalmente de regreso a la choza del Abuelo Enrique. Pero no fue así, siguieron pasado las horas y no se escuchaba ni un murmullo. El Viento comenzaba a refrescar y la fuerza del Sol iba disminuyendo poco a poco.

Sabía que pronto iba a anochecer y el temor me comenzó a invadir, pues jamás había pasado una noche lejos de mi madre o en solitario en medio del bosque, ni tampoco había pasado tantas horas sin probar bocado. En mi mente comenzó a revolotear un pensamiento: mientras más me enfocara en la situación de escasez, más aumentaría el sufrimiento. Así que nuevamente comencé a recordar momentos de abundancia, como aquellos en los que había ayudado a sanar a tantas personas, en el rancho El Penacho, en Mazunte con la Tía y con el profesor de Biología. Me recordé bailando en la playa o caminando libre por los sembradíos de Palmas de Cacao. De repente me invadía uno que otro recuerdo de dolor pero volvía a los positivos. Caí en cuenta que la dualidad interna que vive en nosotros todo el tiempo, pero en esos momentos me hice más consciente de ella que nunca. Los dos potenciales, las dos posibilidades. ¿Pero cómo dominar la mente para evitar los malos pensamientos que me llevaran al sufrimiento? Sabía que la respuesta era trasladando el diálogo interno a un territorio en dónde no hay dualidad, donde sólo existen lo positivo, el corazón y el Espíritu, pero batallaba para lograr ese traslado.

El miedo iba y venía, pero la noche se había instalado al cabo de un par de horas más y yo comenzaba a titiritar de frío. Pasé una de las noches más difíciles de mi vida y no pude conciliar el sueño ni durante un minuto. Mis agudos oídos

se activaron aún más por el miedo y era capaz de escuchar cualquier cigarra sin importar lo lejos que estuviera y hasta el movimiento de las copas de los árboles. Algo me hizo pensar que cerca de ahí debería haber más árboles, pero no alcanzaba a distinguir más auras cercanas. Me daba miedo moverme lejos del árbol que se había vuelto mi único refugio para buscar más vegetación, y pensaba que aunque la encontrara no ganaría nada.

A media noche acepté la realidad de que ya nadie vendría y comencé a reclamarle en silencio a todos los que se habían organizado para dejarme ahí, incluyendo a mi madre que lo había permitido. “Aprender más y avanzar mi proceso no tenía que ser desde el dolor, también desde el amor podía seguir creciendo”, pensaba yo, y más les reclamaba.

Buscaba una y otra forma para protegerme del Viento, pero éste se colaba por todo mi cuerpo provocando sufrimiento. Comprendí que el miedo y el frío están relacionados: el frío provoca miedo y cuando entra el miedo se siente más el frío. Así que en esas horas frías y oscuras me levanté y, literalmente, comencé a dar vueltas alrededor del árbol para generar un poco de calor interno. No quería distanciarme mucho de ese árbol que me servía para cubrirme del sol y que sabía que sería el punto en donde quizá me habrían de recoger, tal vez al día siguiente. Con el movimiento mi cuerpo generaba calor y con eso no solamente aminoraba el frío sino que se desvanecía el miedo. Algunas lágrimas de impotencia y de miedo, y de repente de coraje, rodaron ocasionalmente por mis mejillas.

Después de una noche muy larga y complicada sentí que a lo lejos se asomaba una fuente de calor inconfundible, el Sol. Me sentí muy aliviado y algo en mí me hizo querer atraer el calor del sol hacia mi interior. Lo sentía afuera pero lo quería adentro. Recordé la respiración intensa que mi madre había hecho en la danza de la Luna, y recordé también la respiración de Fuego que nos había enseñado Pedro en el rancho El Penacho durante la ceremonia del Cacao. Así que me detuve dando mi frente hacia el Sol y comencé a seguir mis instintos de hombre desesperado, con sed, con hambre, con miedo. De pie, coloqué mis pies un poco más abiertos que mis hombros, flexioné las rodillas y mis muslos se tensaron. Erguí mi espalda, levanté mis brazos con las palmas abiertas en dirección del Sol, y comencé a hacer movimientos como jalando los rayos del Sol hacia mí. Primero hice esos movimientos suavemente, después los intensifiqué un poco y comencé a sincronizarlos con mis respiraciones.

Estiraba hacia el frente mis brazos como tratando de agarrar el Sol mientras inhalaba profundamente hasta llenar mis pulmones, después jalaba con intensidad mis brazos hacia mi pecho y exhalaba fuerte el oxígeno contenido.

Me visualizaba a mí mismo como un guerrero del Fuego, un guerrero del Sol. Lo hice durante varios minutos y no sólo fui experimentando un gran calor dentro mío, sino que fui sintiendo una corriente de energía que en verdad jalaba del Sol hacia mi cuerpo. Visualizaba mis manos como muy poderosas y capaces de mover la energía del Sol. Una sonrisa se comenzó a dibujar en mi rostro y al hacerme consciente de este poder, lo que me hizo sentir satisfecho y feliz. Con esa felicidad y lleno de calor comencé a intensificar aún más la respiración, después más y más, hasta que todo mi cuerpo comenzó a vibrar y sentía tanto alivio como fuerza dentro de mí. Esto me hizo pensar que algo estaba haciendo bien así que continué aún con mayor intensidad, hasta que sentí un enorme estallido de luz en todo mi cuerpo, pero particularmente en mi cabeza. Detuve mis movimientos y sentí que una energía muy poderosa me recorría de pies a cabeza. Segundos después sentí que me desprendía del cuerpo y que me conectaba con el Cosmos; dejé de pensar y me sentí flotando.

Cuando retomé la consciencia me tendí sobre el suelo y me sentí parte de la Madre Tierra. Había una gran paz, no sentía hambre, no sentía sed, no sentía miedo ni soledad. Me sentía pleno, lleno, abundante, en conexión con el Gran Espíritu. Después de unos minutos tendido sobre el suelo me levanté con muchas ganas de abrazar a algo o a alguien. Busqué el árbol cercano y lo abracé muy fuerte, tanto que le sacudí tronco y ramas por el éxtasis interno. En ese momento escuché un pequeño golpe en el suelo que me estremeció. “¿Qué podrá ser?” me pregunté. No era la pisada de un animal ni de alguna persona porque lo habría escuchado anteriormente con mi sentido del oído tan agudo o le hubiera detectado su aura estando a un metro de distancia. “¿Sería la botella de agua vacía?”. Tampoco era probable porque la había pateado lejos y ya estaba totalmente vacía. Lo que había escuchado tenía peso, seguramente era algo diferente. Comencé a rodear el árbol tratando de captar más sonidos o auras, y de pronto mis ojos divisaron una pequeña estela redonda a unos metros de mí. Con cautela me acerqué a ella y puse mis manos sobre el cuerpo que la proyectaba. ¡Era una manzana! Y entonces comprendí que el árbol en el que me habían dejado era un manzano.

Supuse entonces que el árbol en el que me había recargado y que me había protegido podía estar lleno de frutos. Me comí esa manzana y me las ingenié para bajar muchas más del árbol. Comí hasta saciarme mientras comprendía que Dios no me había abandonado, que mi madre y don Enrique tampoco lo habían hecho, que el único que se había abandonado por varias horas había sido yo mismo.

Me tranquilizaba saber que tenía manzanas como alimento y que el agua contenida en ellas me ayudaría a calmar la sed. Me sentí agradecido con Dios, con el Sol, con la Vida y con el Árbol, y el hecho de sentirme abundante me ayudó a concentrarme en lo que tenía que aprender de ese periodo que integraba la experiencia de reconexión con mi linaje, de renacimiento desde la Tierra, y de soledad y silencio. De pronto recordé que estaba a tres días de cumplir 14 años, edad en que tanto para pueblos indígenas de México, como para otras culturas ancestrales, era el primer periodo de despertar y de madurez, en que no sólo se presentarían cambios físicos y hormonales, sino de actitud ante la vida. Me asaltó la duda de si mi madre y don Enrique vendrían por mí hasta el día de mi cumpleaños, pero no sentí temor. Al contrario, me alegró saber que tal vez vendrían justo ese día porque sería un momento de celebración. Mi primer ciclo de 13 años estaba terminando, tenía que prepararme para un nuevo ciclo. “¿Y qué me espera ahora?”, me pregunté en repetidas ocasiones.

Más tarde enfoqué mi pensamiento en los grandes maestros de los que acostumbraba leerme mi madre de vez en cuando, quienes habían pasado periodos de largos ayunos como Jesús, Buda, Mandela, Gandhi, Yoguis Tibetanos, y me pregunté: “¿Cómo sobrevivieron tantos días sin comer?”. La respuesta para mí era muy clara: alimentándose con energía. Esta respuesta me llegó de manera concisa y puntual aunque no la racionalicé. Haciendo el ejercicio con el Sol, jalar su energía hacia mi cuerpo, había disminuido mi sed, mi hambre, mi miedo... “¿Pero lo que había disminuido era sólo la sensación, o también la necesidad del cuerpo de alimentos, de agua y de calma?”. Entonces unas fuerzas que no sé de dónde vinieron llegaron a mí y me propuse descubrirlo con mi propia voluntad. Lleno de valor me puse de pie. El Sol estaba en su cenit, el aura del tronco del árbol rodeaba mi cuerpo, apreté mis manos con fuerzas y tomé la decisión de no comer bocado alguno hasta el día de mi cumpleaños. Con esa acción comenzó mi ayuno auto impuesto durante las 70 horas que faltaban, en caso de que vinieran por mí justo al cumplir los 14. Yo sabía que era una decisión drástica, pero confiaba en que todo lo que había vivido y aprendido hasta ese momento me permitiría salir airoso de esa dura prueba.

Estaba decidido a vivir ese periodo absorbiendo de la energía del Sol, alimentándome con la respiración y con mi Fuego Interno. Mi confianza en el Gran Espíritu reforzaba mi valor y me hacía tener fe en que ÉL nos lo había puesto todo en abundancia alrededor y también dentro de nosotros. Estaba seguro de que si lograba sentir la abundancia interna durante esos días no habría escasez posterior que me hiciera sufrir. Entonces arrojé lejos las manzanas que aún me quedaban, las que había bajado del árbol al trepar en él y zarandearlo, y pude ver su aura como pelotas que se desplazaban lejos de donde me encontraba.

Este nuevo periodo de mi iniciación, o lo que sea que eso significara para don Enrique y para mi madre, comenzaba desde otra perspectiva. El día anterior lo había vivido enojado porque otros habían decidido por mí el aislamiento, pero ahora yo decidía en plena conciencia mi propio ayuno. Y, para reforzar mi intención, decidí que también ayunaría de miedos, de corajes, de tristezas, de culpas, de reclamos. Al hacerlos a un lado me permitiría que los pocos nutrientes que quedaban en mi cuerpo me duraran más, pues sabía que las emociones negativas consumían muchos recursos y yo necesitaba optimizarlos.

Pasado el mediodía decidí ponerme a meditar. Alguna vez escuché decir a un hombre de poder que meditar no era para consultarle a nuestra mente lo que debíamos de hacer, sino era para preguntarle a alguien más poderoso que nosotros, a Dios o al Universo, qué querían de nosotros. Me abrí a las señales, y en cuanto mi mente me lanzaba pensamientos que no tenían que ver con mi proceso los aceptaba con calma, les pedía que me dejaran continuar, que ya llegaría su momento, y los despedía con amor. No pretendía gastar recursos y tiempo en pelear o enfrentar mis propios pensamientos, y mientras más pronto se fueran más conexión tendría con la divinidad.

Las manifestaciones sonoras de Dios, o voces del Universo, comenzaron a hacerse presentes en mi meditación y me decían que era privilegiado por tener esos momentos de soledad, silencio, oscuridad y ayuno, porque en ellos habría de encontrar las voces que me indicarían mi camino. Me dijeron que mi camino sería tan largo como tan amoroso fuera yo con mi cuerpo; me dijeron que mi camino sería tan pacífico como consciente fuera yo con mi mente; me dijeron que mi camino sería tan fuerte como fuerte mantuviera mi conexión con el Gran Espíritu. Y justo cuando escuché esa frase, una gran puerta de luz se dibujó frente mí, en mi visualización, y la figura de una mujer hermosa se hizo visible y me extendió su mano. Era claro que me invitaba a seguirla y así lo hice sin dudar.

Me visualicé caminando hacia ella, pero justo antes de alcanzar su mano, ella hizo un ademán y señaló mi cuerpo. Me quedé dudando por unos minutos sobre el significado de aquello y entonces ocurrió algo extraordinario: pude ver mi cuerpo, de pies a cabeza, como si mis ojos fueran los ojos de esa mujer. Estaba ocurriendo algo mágico, estaba tomando prestados sus ojos para verme a mí mismo como jamás lo había hecho. Y mientras veía toda mi ropa, prenda por prenda, con mis manos iba tocando cada una y corroborándolo todo: era cierto, lo que veía era mi propia ropa. Finalmente vi, con lujo de detalles, mi rostro, boca, nariz, ojos, frente y cabellos negros despeinados. En la realidad me acomodé los cabellos y en mi visualización estos también quedaron peinados.

Por fin me conocía a través de los ojos de esta mujer que me observaba y me compartía su visión.

Yo me encontraba feliz, extasiado con lo que veía a través de la mirada de alguien más, y entonces ella hizo un nuevo ademán. Ahora puso las palmas de las manos hacia mí y las movió de un lado a otro, una y otra vez. Primero no lo entendí, pero un pensamiento se abrió camino en mi mente y estalló de pronto en una orden interna: “Al lado de la luz no necesitarás tu cuerpo, es hora de despedirte de él”. ¡Wow! Ahora parecía que el ayuno también implicaba soltar mi cuerpo, no sólo el agua, los alimentos y los pensamientos. Y con un poco de miedo por si después no podría recuperar mi cuerpo, le hice caso a la mujer hermosa y fui visualizando, sintiendo, agradeciendo y soltando cada parte de mi cuerpo, y cada una se iba desvaneciendo en mi escenario interno. Al quedarme sin cuerpo sentí que una fuerza me jaló hacia el interior de una gran luz y pude ver que una estela verde, que era el aura típica de mi cuerpo, transitaba hasta el otro lado, el lado de la luz.

Una gran paz me embargó y me sentía ligero como una pluma que flota sobre el viento. De pronto sentí en mi visualización –pero fue tan real que también lo sentí en mi realidad física– que la mano de aquella mujer me tomó y me guio. Me visualicé desplazándome entre siluetas que sentían mi presencia. De pronto llegué a estar frente a lo que me pareció una semilla que flotaba entre un mar de luz, y ante mis ojos comenzó su proceso de crecimiento y desarrollo. Le brotó un germinado, la planta comenzó a crecer y a crecer, y muy pronto se había convertido en una planta enorme de raíces que penetraron el suelo blanco y de ramas que atravesaron lo que parecía ser un techo blanco. Luego dejó de crecer pero le salieron hojas, después unas flores y finalmente unos frutos. Y entonces y casi de inmediato comenzó su envejecimiento: su tronco se fue encorvando, se fueron pandeando sus ramas, ya no daba flores ni frutos y sus raíces se encogieron hasta que cayó ante mis pies. Pequeños insectos comenzaron a acechar la planta y pronto la cubrieron por fuera y la llenaron por dentro. Aún no entendía la lección que esto tenía para mí, aunque la vida, crecimiento y muerte se me estaban presentando de una manera tan clara y luminosa como nunca la había visto.

Había un mágico contraste entre la luminosidad del entorno y la que desprendía mi ser energético, generando una luz que se intensificaba con los destellos de aquella mujer hermosa y que se reflejaba en los colores de aquella planta. Entonces el mensaje invadió mi conciencia y me inundó de aprendizajes: “Los organismos terrenales, plantas, animales, seres humanos, viven, crecen y mueren en un instante... su existencia material dura apenas unos momentos, pero su existencia

espiritual es eterna, como la luz que todo lo baña a tu alrededor. Sufrir por lo que durará poco no tiene caso cuando puedes gozar por lo que durará eternidades. Que la luz sea tu enfoque y tu guía, que lo material sea tan sólo un recordatorio del poder de Dios y del Universo para celebrar Su magia y Su creatividad. Tu fuerza viene de la Luz Eterna, no de tus habilidades físicas. Lo que es eterno no muere, no se enferma, no se debilita, por eso no sufre”.

El trance llegó a su fin y de manera intempestiva volví a habitar mi yo terrenal, allí bajo el árbol. Habían transcurrido tal vez varias horas en aquella larga meditación y visualización, la cual me había servido para recordar lo prioritario de la existencia. Con esa reconexión renové mis votos para mantenerme sin comer por los próximos días. Mi enfoque tenía que ser mi espiritualidad, no tanto el alimento material de mi cuerpo físico.

A lo largo del resto del día hubo momentos de sed, pero con la fuerza nacida del espíritu logré superarla. También sentí hambre, pero con la fuerza nacida del espíritu logré calmarla. La inquietud por mi soledad la distraje dialogando conmigo mismo. Una pregunta irrumpió en mi tren de pensamientos, aproximadamente a las seis o siete de la tarde en que sentí que el Sol estaba por despedirse y el frío comenzaba a recorrer mi piel: “¿De qué sirve mi vida en este mundo?”. Era una pregunta sorprendente y poderosa y pude sentir que rebotaba en cada rincón de mi cerebro buscando una respuesta igualmente contundente. La primera respuesta que me vino fue: “Para sanar a los demás”. Pero no sentí que esta respuesta tuviera tanta fuerza espiritual, parecía confeccionada mentalmente y basada en lo que yo venía haciendo desde hacía tiempo a través de terapias con Cacao, leyendo el aura y dando menjurjes de plantas como había aprendido a hacerlo con la Tía en Mazunte.

No, no estaba satisfecho con esa respuesta, tenía que haber algo más, muchos médicos, curanderos y terapeutas ya se dedicaban a sanar, pero por alguna razón sentía que estaba llamado a algo distinto. Estos pensamientos no eran producto de la arrogancia ni de la soberbia, simplemente sentía que Dios me había dado condiciones y habilidades muy particulares basados en una historia de vida que, aunque aún corta, había sido sumamente intensa y llena de aprendizajes mágicos, energéticos y espirituales. Otras respuestas me llegaron, pero tampoco las sentí como las definitivas. Estaba a unas horas de cumplir 14 años de edad, momento en que muchos otros adolescentes sueñan con ser grandes jugadores de fútbol, cantantes, arquitectos, políticos o veterinarios.

Sentí que el Sol se despidió y la noche tomó su protagonismo. No sentí miedo por la oscuridad, pues yo vivía permanentemente en la oscuridad –con excepción

de esos chispazos áuricos que veía desde aquella visita icónica al desierto cerca de Estación del 14-, pero sí sentí inquietud por el frío que se avecinaba. Describiré esa noche de una manera sencilla: fue la noche en que pasé más frío en toda mi vida, pero en la que descubrí el verdadero poder del Fuego Interno.

Esta noche tampoco pude dormir, pues era imposible hacerlo con ese frío tan intenso. Mi cuerpo, durante estos casi dos días de ayuno, con excepción de las manzanas que había comido hacía ya más de 24 horas, había consumido muchas calorías necesarias para calentarme. Pero, en lugar de quejarme, pues eso sólo empeoraba las cosas y no resolvía nada, decidí aprovechar mi calor interno para vencer el frío. Cuando ya no aguanté más, todo arremolinado y titiritando debajo del manzano, me levanté y adopté la postura de guerrero: piernas un poco más abiertas que mis hombros, rodillas flexionadas y espalda erguida. Y comencé a hacer unos movimientos que se sincronizaban con mi respiración: inhalaba, me agachaba flexionando más las rodillas, con mis manos recogía energía de la Tierra y la llevaba a mis genitales, y ahí visualizaba un volcán de fuego que se llenaba con esta energía telúrica. Después estiraba con rapidez las piernas hasta hacer que quedaran rectas e iba elevando mis manos juntas, palma con palma, a lo largo de todo mi cuerpo, proyectando esta potente energía sobre cada zona e infundiéndole calor a cada una. En cada ciclo en el que mis manos ascendían por mi cuerpo y las energías llegaban hasta mi frente yo activaba al máximo toda mi energía interna y acompañaba este movimiento con una fuerte exhalación.

Y así lo hice muchas veces, una y otra vez. En ocasiones aceleraba e intensificaba mi respiración, y conforme lo hacía más calor sentía en mi interior. Hubo un momento en que sentí tanto calor –el cual se combinaba con una felicidad un tanto extraña– que decidí desnudarme totalmente, lo que me hizo recordar lo que un hombre de poder me dijo alguna vez: hay monjes tibetanos célebres por su capacidad de resistir fríos muy intensos y lo pueden hacer porque han aprendido a liberar el Fuego Interno. “Ah”, pensé. “Claro, de ese conocimiento surgió en mí la idea de aprovechar el calor de mi Espíritu”. Seguí haciendo el ejercicio con las plantas de mis pies descalzas ancladas sobre la Tierra, pero me di la libertad de comenzar a hacer nuevos movimientos con las manos, con las que movía el calor que emanaba de mi cuerpo de un lado hacia el otro. Cuando aproximaba mis dos manos, sin que se juntaran del todo, podía sentir que se formaba una bola de calor o energía térmica entre las dos. Por unos momentos sentí que era un calor sanador, producto de mi felicidad y de mi energía interna, así que se me ocurrió enviarle ese calor sanador a mi mamá. La visualicé frente a mí y me vi colocando en su cabeza mis manos llenas de amor y mantuve una total concentración en ese acto mágico. De hecho lo hice con tanta intensidad como

si en verdad yo estuviera allí con ella y pronto sentí que una poderosa corriente de energía, impulsada por mi corazón, cruzaba toda barrera y era proyectada hacia ella, haciendo que se sintiera muy bien. Después se me vino a la mente un niño de unos cinco años, sin cabello en su cabeza y con una bata blanca. Una enfermera se me acercaba y me decía que él tenía cáncer, y entonces me visualicé imponiendo mis manos sobre él en su columna vertebral y después en su cráneo. Pude sentir en mis manos la vibración de sus huesos cambiando de frecuencia y comenzando a sanar, pude ver, en mi imaginación, que su aura se aclaraba. Él niño se levantó de la silla de ruedas en que se encontraba y comenzaba a bailar, lleno de felicidad. Fue algo extremadamente profundo, porque en verdad sentí que yo era instrumento de sanación para un niño real y que, más allá de las limitaciones del tiempo o del espacio, la Vida había obrado por mi intermedio el milagro de la curación.

Entonces, totalmente ajeno a lo que vivía mi cuerpo físico, me invadió un extraño pensamiento: “¿Si yo puedo enviarle a otros mi energía sanadora, estaré en capacidad de enviarle esta energía a mis ojos y así curar mi ceguera?”. Tal vez sí podría, pero lo cierto es que tuve miedo de intentarlo, fallar y perder entonces toda esperanza, así que no lo hice, aunque me prometí que me seguiría fortaleciendo hasta estar en capacidad de afrontar ese gran reto.

Y entonces proseguí con las respiraciones rítmicas que activaban el Fuego en mí. Me sentía muy feliz, muy lleno de Dios, me sentía más vivo que nunca, veía mi aura destellar chispazos de luz hermosa a todo mi alrededor. De repente sucedió algo extraño, al menos extraño para esa época de mi vida, algo que nunca había experimentado. Comencé a sentir un calor mayor, en comparación con el que sentía en el resto del cuerpo, justo en mis genitales y en mi pene, estimulándolo. Entre asustado y curioso seguí con mis respiraciones y movimientos para jalar más fuego de la Tierra, ahora con el objetivo de dirigirlo hacia mi pene, ya erecto. Seguí y seguí, y pude ver que el volcán se convirtió en una gran bola de energía y entonces entendí que esta era una zona de mucho poder en mí y en los hombres. A partir de lo poco que sabía sobre el tema, deduje que la energía que se había acumulado en mí podía tener dos destinos: o permitía que saliera de mi cuerpo en forma líquida o bien direccionaba esa energía hacia arriba por mi cuerpo.

Sabía que esa energía era muy sagrada y poderosa, y que se había formado entre la energía de la Tierra que había jalado, la felicidad interna que se había producido y el calor generado por mis respiraciones rítmicas. Además, se había acumulado en una zona demasiado especial, justo la zona que Dios nos dio a los hombres para crear semillas de vida. Entonces pensé que sólo un tonto podría

derrochar esa energía tan increíblemente poderosa, así que decidí elevarla para descubrir lo que le sucedería en mi cuerpo físico, que ya de por sí estaba sudando, pero también a mi cuerpo energético y espiritual. Así que comencé a sincronizar mi respiración con unos movimientos pélvicos de adelante hacia atrás, así como a visualizar que esta energía subía y subía desde mis genitales a lo largo de mi columna, y lo hacía como una serpiente de luz que iba iluminando todo a su paso. Seguí y seguí cada vez con más intensidad hasta que de pronto la serpiente de luz llegó justo al centro de mi cabeza y ahí experimenté lo que nunca antes había sentido, una explosión interna de amor, de luz, de felicidad que se materializó en mi visión como un cono de luz que se abría hacia el cielo. Me quedé mudo, sordo, estático, durante lo que parecieron ser varios minutos. En ese periodo me mantuve flotando en el espacio sideral, visualicé el cosmos y en medio de este un gran ojo naranja. Y entonces la respuesta llegó: “No te envió para sanar, sino para que le ayudes a otros a descubrir sus poderes y que ellos mismos se sanen. Tú no serás médico ni chamán, serás guía para que ellos se conviertan en sus propios médicos y chamanes. Aquellos que curan en realidad sólo sanan por encima, la raíz queda torcida, los hacen dependientes de ellos. Sanar realmente es despertar al fuego-medicina y a la conciencia-sanadora dentro de otro. Eso es liberar al otro y tú vienes a liberar”.

Capítulo 25

Justo cuando salía el Sol de la mañana me puse la ropa y caí rendido, felizmente agotado, y dormí durante varias horas. Al igual que el día previo, desperté cuando el Sol estaba en su apogeo, lo que me hizo pensar que era el mediodía. No tenía hambre, no tenía sed, desperté con una fuerza increíble y con una gran claridad mental, estaba comenzando a entender cuál era el poder del ayuno.

Impulsado por esa gran fuerza interna supe que era hora de moverme. Tuve segundos de duda pero pronto se disiparon. Abracé con fuerza al árbol que me dio protección por más de dos días y una manzana se oyó caer, pero no me nació buscarla, mi cuerpo se estaba sanando con el ayuno, para qué interrumpirlo, además de que gozaba de una claridad mental inmensa y no quería distraerla. Comencé a caminar, sin expectativas de llegar a algún lugar, sin temer si mi mamá o Don Enrique me encontrarían o no si en algún momento. En realidad, algo me decía que ellos no vendrían a mí, sino que yo tendría que ir hacia ellos.

Caminé sin parar durante todo el día, las auras de las plantas y los árboles eran mis guías. Casi no me detuve a descansar, el mismo camino a paso lento era mi descanso, y de hecho cada paso me hacía más fuerte y decidido. Es difícil explicarlo, pero sentía que había un gran objetivo para mí esperándome, y que así yo no lo viera no importaba, lo sabía en mi corazón. Ya entrada la tarde alcancé a escuchar un riachuelo fluir, seguí el sonido y logré llegar hasta él. Tomé algo de agua con mis manos y sentí que no sólo mi boca, garganta, tráquea, estómago e intestinos estaban vacíos, sino que todo mi cuerpo estaba altamente sensible.

Seguí caminando o más bien peregrinando, ya sin sed, pero sin cansancio ni hambre, ya que el oxígeno y mi calor interior me bastaban. Recuerdo que me repetía: “Caminaré a donde Dios me guíe, soy copiloto de mi vida, Dios es el conductor”. Así me enfocaba en disfrutar los paisajes áuricos multicolores. Era increíble sentirme rodeado de energía de vida y me vino a la mente una frase poderosa de la Tía Miranda: “Para mantenernos vivos tenemos que comer vida,

sólo las plantas, cereales, semillas y algas contienen vida para nosotros, energía del Sol y de la Madre Tierra”.

De repente, entre tantas auras de árboles pequeños y grandes, así como de insectos, conejos y pajarillos que ya comenzaban a volver a sus nidos para protegerse del frío que comenzaba a llegar, pude notar el aura de un ser humano a lo lejos, y decidí caminar en esa dirección. Unos minutos más tarde, ya un tanto cerca, pude identificar que el aura se movía de un lado a otro, parecía ser de alguien con mucha actividad. Cuando me había acercado lo suficiente, como a unos cuarenta metros de distancia, caí en cuenta que no era el aura de una persona adulta, sino más bien de un joven o adolescente. Seguí caminando aún con más confianza, esquivando algunas ramas puntiagudas de árboles y, cuando estuve a unos quince metros de esa persona, el aura se detuvo, parecía que me estaba observando. Una voz angelical de mujer, que jamás olvidaré, me dijo: “Hola, ¿andas perdido?”. Me quedé totalmente paralizado y pude experimentar unas olas energéticas fluir dentro de mí. Estimulado por el cautivador timbre de voz de aquella mujer, el volcán en mis genitales apareció en mi visualización al rojo vivo como a punto de hacer erupción, sin que yo hiciera ningún movimiento ni intensificara mi respiración. La joven comenzó a acercarse y dijo: “Soy Minerva, esta es mi casa, ¿tú cómo te llamas?”.

Enmudecí, di una profunda inhalación por la boca y visualicé el fuego del volcán subiendo por toda mi columna. De nuevo experimenté una impactante explosión dentro de mi cuerpo, en particular en mi cabeza, que me hizo estremecer. Entonces pude captar chispazos o ráfagas de realidad como las que experimenté cuando salía del lago. “¡Puedo ver, puedo ver!”, pensé lleno de júbilo y sintiendo un éxtasis interno que hasta entonces desconocía. Pero la visión externa se disipó, así que sacudí mi cabeza, recuperé el aliento y respondí: “Soy Yao, andaba perdido, pero creo que ya encontré mi camino”. Otra voz a lo lejos, ahora de un hombre adulto, llamó con fuerza a Minerva. Ella se me acercó rápidamente, me tomó de la mano y me jaló, yo sentí que un río de electricidad recorría todo mi cuerpo desde su mano. Algo muy especial tenía ella y algún día lo descubriría.

Les expliqué a Minerva y a su papá que había llegado a Zacatlán de las Manzanas hacía cuatro días a visitar a Don Enrique, que había vivido con él varios ejercicios intensos y que después él me había dejado en un manzano sólo, pero que esta mañana había decidido caminar hacia donde el Viento me llevara. El papá de Minerva dijo: “Otra vez Don Enrique haciendo de las suyas. Te llevaremos a su casa al amanecer, ya ahorita no podemos salir porque mi

mamá está agonizando y está dormida. Aquí pasarás la noche”. Ante la decisión del señor, sabiendo que eso me permitiría disfrutar un poco más con la presencia de Minerva, mi aura se expandió un poco y pude ver lo mismo le ocurrió a ella.

No se habían dado cuenta de que era ciego, o como decía mi mamá, ciego parcial, porque en realidad veía auras, lo que ya era algo (y algo muy poderoso). Me había mantenido siguiendo el aura de Minerva por donde ella caminaba, pero cuando me ofrecieron una silla metálica, que no pude “ver”, supieron que o era invidente. Noté que se sorprendieron porque guardaron silencio durante unos momentos. Después me ofrecieron agua y luego un plato de sopa de verduras que me sorbí de un jalón y me supo a gloria.

Me ofrecieron un catre para que durmiera allí aquella noche, pero antes les pedí permiso para estar con la abuela de Minerva, pues ellos me habían dicho que estaba agonizando. No supe si estaba dormida o despierta, para mí era igual, pero pude ver su aura restringida y notar una oscuridad particular en su hígado. Le pedí permiso al señor y a su hija para colocar mis manos en su zona abdominal superior e intentar sanarla. “¿Pues quién te crees que eres tú?”, me preguntó aquel hombre. Y con mucha seguridad le dije: “Soy Yao, un ciego que ve lo que otros no ven. Veo las zonas del cuerpo que están fuera de armonía, y con mis manos y algunos alimentos les ayudo a sanarse. Por lo pronto sano a las personas, aunque mi verdadera misión es ayudarle a cada uno a descubrir sus poderes sanadores”. El señor se quedó callado y Minerva, urgida de alguna ayuda para su abuela, aprovechó para decir: “Claro, haz lo que puedas por mi abuela, estaremos muy agradecidos”.

Su voz fue todo lo que necesitaba para que en mí se activara nuevamente ese volcán de Fuego en mis genitales. “¿Pero quién es esta mujer que logra incendiarme por dentro tan sólo con su voz?”, me pregunté. Por un segundo pensé que aquella joven era como una llave secreta que activaba en mí un poder de amor y sanación enorme, y si fuera así era más que una mujer, era como una musa para mí. Pero me espabilé y me concentré en la viejecita. Con mis manos en su hígado comencé a visualizar como la energía de la Tierra penetraba por mi ano y por mis genitales, llenaba el volcán o bola de fuego en mis órganos sexuales, y después viajaba con mi inhalación a mi corazón, para de ahí trasladarse por mis brazos y manos hasta su hígado. Mis manos vibraban y emitían calor, la zona abdominal superior de la viejecita comenzó a sudar, al igual que su frente, y ella comenzó a emitir unos gemidos calmados y suaves.

“Ya verás muchacho si lastimas a mi madre, ¿eh?”, escuché decir a aquel hombre, pero yo seguí en sesión profunda de sanación. Después de unos quince minutos el hígado de la señora comenzó a recuperar su vibración natural y a emitir luz, lo que antes no hacía. Les pedí que le dieran jugos de apio y perejil

cada cuatro horas durante la noche y durante todo el día siguiente, y que dejaran de darle cualquier derivado de animal, azúcar, harinas o sal, que ella pronto estaría mejor. “Pues yo no veo que le hayas hecho nada a mi madre, tan sólo está sudando”, dijo aquel hombre con su brusquedad habitual. Yo respondí: “Mañana antes de que salga el Sol lo sabremos”.

Minerva, con su mano suave pero fuerte, tomó mi mano y con todo cuidado me llevó al catre en el que dormiría. La verdad yo no tenía mucho sueño, deseaba seguir platicando toda la noche con Minerva, sintiendo su aura cerca de la mía. Ella puso en mis manos una almohada y una frazada, se sentó por unos momentos a mi lado, tan cerca de mí que podía escuchar cada una de sus exhalaciones cerca de mi oído. Mi cuerpo se estremecía al sentir su presencia. Su papá volvió a gritar desde la otra habitación: “Minerva, deja que el muchacho se duerma y vete a tu cama ya”. Ella, antes de dejarme, tomó mi mano y la apretó con fuerza, se acercó a mí y me dio un beso en la frente. Y después se levantó y se fue. Subí y bajé al cosmos en fracción de segundos, sentí una fuerte erección y comencé a notar un aroma particular que emanaba del sudor de mi cuerpo. Algo estaba cambiando en mi química y en mi energía interna, lo podía sentir y oler. Ese día supe que había dejado de ser un niño, ahora era el joven Yao.

Me recosté y después de dar vueltas en el catre, que por cierto rechinaba mucho, je je, pude conciliar el sueño. Unas horas después aquella mano angelical me despertó cuando aún no amanecía y me dijo: “Mi abuela está despierta y hablando, yo sabía que tú podrías curarla”, y me llevó hasta el cuarto de la abuela en donde también estaba su padre. “Yo no sé quién seas tú, pero te debemos nuestra felicidad, sanaste a mi madre. Pídeme lo que quieras, jovencito”. Y le respondí de inmediato y sin pensarlo tanto: “Que ustedes tres acepten mi invitación para que nos visiten a mi madre y a mí en nuestro rancho El Penacho, en Oaxaca”. El hombre hizo una pausa e intuí que estaba esperando la aprobación de su madre y de su hija y entonces dijo: “Por supuesto que sí, antes de que termine el año los visitaremos”.

Al terminar de desayunar un plato de avena en agua, con unas cuantas nueces y polvo de canela, el señor le pidió a su hija que cuidara de la abuela mientras él me llevaba en su camioneta a la casa de Don Enrique. Sentí un pesar enorme en mi corazón, todo mi ser quería sentir la presencia de la joven Minerva durante unas horas, días, o meses más, pero no pude decir nada. Parecía que mis sentimientos a esa edad aún estaban prohibidos y más para ella como joven mujer frente a su padre. Ella, aprovechando que su papá fue a despedirse de su madre, me abrazó con una intensidad indescriptible y me dijo al oído: “Te veo muy pronto, eres bueno, no olvides lo que sientes por mí, que es lo mismo que yo siento por ti.

Llévate mi aroma contigo”, y pasó sus cabellos largos por mi rostro. “Guárdate mi aliento en tu corazón”, y me dio un beso en la mejilla. Quise abrazarla por el resto de mis días, pero sólo pude hacerlo por unos segundos más. Quise besarla intensamente pero vi el aura de su padre acercarse y tuve que distanciarme. Se me rodó una lágrima de amor, el Cielo me habitaba, me sentía abrazado por Dios. Antes de ese momento no sabía nada de amor, pero allí me sentí experto.

A bordo de la camioneta que conducía el padre de Minerva, viajamos durante un rato entre callejones de tierra y montículos que hacían que nuestros cuerpos saltaran. Durante el camino él me dijo su nombre: Romeo Mayen. Así pude conocer el apellido de Minerva, mi Minerva Mayen. Cuando detuvo la camioneta me dijo: “Menuda sorpresa que se van a llevar cuando te vean”. Yo estaba muy en paz, pues en mí se mezclaban agradablemente las energías que el Fuego había hecho circular por mi cuerpo, los efectos de las visualizaciones que había tenido, el haber descubierto mi verdadero propósito de vida, saber que ese día cumplía años y me convertía en un joven, además del cosquilleo en mi estómago provocado por el suspiro y el beso de aquella mujer tan especial.

La voz de mi madre se escuchó a lo lejos, mientras Romeo me ayudó a bajar de la camioneta. Me quedé de pie hasta que la voz se acercó tanto que la escuché en mi oído desafortunada: “Hijo, hijo, perdóname, perdóname por haberte dejado sólo estos días. ¿Estás bien?” La tranquilicé al decirle: “Mejor que nunca madre, nunca te arrepientas por empujarme al abismo ya que allí encontraré aprendizajes que me han ayudado y me ayudarán a crecer y volar”.

Mi madre le dio las gracias a Romero y aproveché para decirle a ella, delante de él, que yo me había atrevido a invitarlo a él a nuestro rancho, junto con su madre y su hija, y vi con alegría que mi madre corroboró la invitación. Luego de despedirse de Romero, mi madre me llevó hasta la choza de Don Enrique, en donde estaban éste, su ayudante y Pepe. Ahí, aquel hombre de poder me dijo: “Ahora sé quién eres, ahora sabes tú mismo quién eres. Has pasado tu ritual de iniciación a la juventud con éxito. Ahora festejemos tu vuelta al Sol, regreso que culmina tu primer ciclo como espíritu humanizado y da inicio a tu nuevo ciclo de conciencia”. Hizo sonar sus maracas y comenzó a cantar una canción en Otomí para celebrar ese acontecimiento. Mi madre y Pepe me felicitaron y un par de horas después emprendimos el viaje de regreso a El Penacho. Les conté de mis historias y aprendizajes, lo cual me sirvió hacerlo para repararlas e integrarlas a mi vida. Lo único que no les conté fue que me sentía enamorado por primera vez en mi vida.

Capítulo 26

Desde nuestro regreso al rancho yo andaba muy inquieto, batallaba para dormir profundo y mi madre decía que estaba comiendo más lento que de lo habitual, tomaba Cacao todo el tiempo y buscaba mantenerme ocupado atendiendo demasiadas consultas de sanación. Algo me había ocurrido en la visita a Zacatlán, pero no estaba seguro si era lo que había vivido en el fondo del agua, o cuando estuve cubierto de tierra durante la noche o el retiro de soledad, silencio y ayuno. Me preguntaba si había sido algo aún más poderoso que todas esas experiencias juntas: Minerva, aquella joven que revoloteaba todo el día entre mis pensamientos, la que me agitaba el corazón tan sólo al recordar su aura, por la que me estremecía al recordar sus palabras cerca de mi oído.

Era como si ella hubiera sembrado una semilla dentro de mí, de la cual una planta crecía y crecía en mi pecho, hasta sentir que me lo iba a reventar. Al recordar su aroma sentía cosquilleos en mi estómago y en mis órganos sexuales. No sé si estaba encaprichado con ella, o si me estaba enamorando, o si lo segundo provocaba lo primero. El trabajo me hacía distraerme parcialmente durante el día, y por ello mientras más trabajara mejor. Mi madre me notaba raro, a veces preguntaba sobre lo que me ocurría, pero yo mismo no sabía qué era todo aquello que me zangoloteaba, y entonces ella misma evitaba preguntarme más, como dándome espacio para que primero yo lo dilucidara y luego se lo compartiera.

Cristóbal había dejado el área de empaquetado de la Yaca y el Cacao para ayudarme con la gran cantidad de llamadas que recibía, armar la agenda y recibir a las personas que venían a consultarme. Yo seguía atendiendo en un tejabancito que me habían construido los trabajadores del rancho en una zona entre árboles muy grandes, casi debajo de donde mi padre me había construido la casa del árbol. Las personas hacían fila para verme, les ayudaba con todo tipo de males, gripas y resfriados, artritis y dolor de articulaciones, jaquecas, diabetes,

infecciones urinarias, hasta alcoholismo e impotencia viril. A algunos les ayudaba a eliminar el insomnio, aunque no podía quitarme el mío propio. Poco a poco fui descubriendo que “el mal de amores” sí existe, y que era esa sensación de que algo poderoso te falta. Supe que a algunos se les manifestaba en tristeza y falta de apetito nada más, a otros en incapacidad para concentrarse y dormir, y en otros hasta en dolores de huesos que no los dejaban ni caminar. Y caí en cuenta que yo presentaba algunos de esos síntomas.

Muy seguido me preguntaba si Minerva y Romeo cumplirían su promesa de visitarme antes de que terminara el año. No niego que a veces pensaba que tal vez ya se habrían olvidado de mí y eso me hacía sentir escalofríos y acentuar nostalgia en mí sobre todo los domingos. El simple hecho de pensar que no volvería a sentir cerca de mí a aquella mujer divina, a la que en silencio denominaba mi musa, me causaba tristeza y hasta lágrimas me salían.

Un día, después de atender a más de veinte personas de todo tipo de dolencias, y ya andando yo un poco cansado, llegó la última visita. Yo solía diagnosticar a las personas desde el momento en que entraban en contacto conmigo, y con sólo ver su aura ya sabía lo que les dolía o la parte de su cuerpo fuera de armonía que no funcionaba correctamente. Ese día yo estaba distraído y esperé a que la persona se sentara frente a mí y que Cristóbal le pasara su taza de Cacao para realmente ponerle atención. Cuando levanté mis ojos para contemplar su aura, pude notar algo conocido y espectacular en ella. Mi cuerpo reaccionó con fuerza y casi me caigo del banquito en el que estaba sentado. Mi corazón comenzó a palpar aceleradamente y unas gotas de sudor rodaron por mi frente. “¿Eres tú?”, le pregunté. “Sí, Yao, soy Minerva”. Una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro y la temperatura comenzó a elevarse en todo mi cuerpo. Con mis manos apreté mis rodillas como buscando salir lo que parecía ser un sueño o un delirio, pero estaba más despierto que nunca. Sentí miedo, sentí alegría, sentí sorpresa, sentí todo en unos cuantos segundos. Mi piel se erizó y mi aura se expandió como nunca lo había hecho. Podía sentir su respiración, su presencia, su energía muy cerca de mí. Hasta tuve que bajarme discretamente la camisola que vestía para cubrir mis partes nobles todas alborotadas, je je.

Ella dijo: “El Cacao está muy sabroso, ¿cómo lo preparan?”. Después de reírme un poco, un tanto nervioso, respondí: “Es sólo agua caliente y un toque de canela... Llegué a creer que no vendrían”. Ella, acercándose un poco a mí, me dijo: “Mi abuela y yo queríamos venir desde hace tiempo, pero mi papá no quería, creo que él sospecha que yo siento algo por ti”. Yo, novato en temas del amor, dije de manera ingenua: “Yo también siento algo por ti que no puedo

describir con claridad. Cuando te conocí sentí calor en todo mi cuerpo, cuando pensaba en ti sentía maripositas en mi estómago, y en estos momentos siento paz y sé que no necesito nada más en el mundo que estar contigo”. Me quedé mudo por unos segundos, jamás había estado en esa posición, ella tenía el control de mí, de la situación, de todo. Sólo pude decirle: “Te admiro, eres una joven muy valiente, hablas como toda una mujer adulta y tu aura apenas es de alguien de 13 o 14 años”.

Y ella siguió dominando la conversación, hablando con rapidez como obedeciendo a un plan que traía bien premeditado. ¡Qué momento tan mágico y hermoso! Toda en ella me enamoraba: su aura, su presencia, su aroma, su voz, cada palabra que emitía y su fuerza interior que se manifestaba con contundencia hacia el exterior. “Mi padre me dijo que vendríamos sólo por unas horas, pero mi abuela y yo trazamos un plan para quedarme contigo más tiempo. Ella viene fingiendo desde hace pocos días que sus dolencias le han vuelto nuevamente y pedirá que tú la atiendas por un par de días. Así nos quedaremos ella y yo más tiempo, porque mi papá tendrá que volver al trabajo, sabe que no puede faltar porque hasta lo podrían despedir”. Volví a quedarme mudo. Su padre a lo lejos nos interrumpió: “Minerva, te pedí que me esperaras para entrar con Yao”, le dijo con un tono de mandamás.

Me saludó con cordialidad pero con cierto desdén nacido de los celos de padre, en tanto que yo lo saludé con respeto. Y siguió: “Aquí estamos, no me gusta fallar a mi palabra. Sigo muy agradecido contigo por ayudar a mi madre, ella ha estado mucho mejor, no sé qué le hiciste o cómo lo hiciste, pero ahora veo que muchos creen en lo que haces. A nuestra llegada vi a varias personas salir de aquí, iban contentos”. Yo le agradecí sus palabras y su visita, y le pedí a mi madre que atendiera muy bien a todos los invitados.

Mi mamá nos llevó a todos a la sala de la casa y luego de intercambiar algunos diálogos ofreció preparar Yaca deshebrada con Achiote, un platillo que le quedaba delicioso. Justo caía el Sol y se sentía un atardecer espectacular. Nos sentamos a la mesa, Don Romeo se sentó entre Minerva y yo, era claro que él también captaba lo que sucedía entre nosotros dos. Temía, después lo supe, perder a su única hija por enamorarse de alguien que viviera fuera de Zacatlán, justo como le había sucedido con su propia esposa, quien había partido del pueblo con un turista cuando Minerva era apenas una niña.

Al terminar de cenar su padre dijo que era hora de irse a la ciudad de Oaxaca a dormir, para salir a Zacatlán al despuntar el alba. Justo en ese momento la abuela comenzó el show que tenía planeado junto con Minerva, je je. Primero

Romeo hizo todo lo posible por convencerla de que se fuera con él, después intentó disuadir a Minerva para que sólo la abuela se quedara y ella se fuera con él. Hasta que por fin, muy reacio, después de un largo debate, su madre lo convenció de que necesitaría uno o dos días de terapias conmigo para regresar en su estado óptimo, y que ya que estaban allí, pues lo mejor sería aprovechar esa oportunidad, surgida por la invitación de Yao unas semanas atrás. Él les lanzó varias indirectas amenazantes a ambas, diciéndoles que confiaría en que ellas se portarían bien y se mantendrían siempre juntas, sin yo saber exactamente en qué estaba pensando. Mi madre le aseguró a Romeo que ella estaría allí en esos días y que no había nada de qué preocuparse. De hecho mi madre ni sospechaba lo que estaba ocurriendo entre Minerva y yo, je je. Les mostró el cuarto en el que pasarían las noches, que era el mío, y les aseguró que yo dormiría con ella.

Una vez que Don Romeo se fue, la abuela le echó una mirada ‘conspirativa’ a su nieta. Después supe por mi madre que ese preciso gesto entre nuestras visitantes le permitió entender todo lo que se tramaban. Y es que las madres suelen ser muy perceptivas, y una mirada puede ser suficiente para revelarles todos los secretos que tienen que ver con sus hijos. Cuando se llegó la hora de dormir, se acercó y me dijo al oído: “Tienes media hora para platicar en el portalito con Minerva, ahí encontrarán el espacio para abrir su corazón y conocerse mejor, así lo hicimos muchas veces tu padre y yo”.

Ese mensaje y ese momento me hicieron recordar por qué amaba tanto a mi madre, lo mucho que me conocía, que era mi mejor aliada y que yo le sería fiel y transparente de por vida. La abracé muy fuerte como hacía tiempo no lo hacía. Parecía que mi ritual de iniciación a la vida joven se había extendido aún meses después de haber cumplido 14 años. Entonces Minerva y yo nos sentamos en el portalito y ella, como ya era típico, rompió el silencio y guio nuestra conversación. Me dijo que me admiraba por mi capacidad de navegar por cada rincón de la casa sin ningún bastón o ayuda. Le dije que era la experiencia, que sabía los pasos que se tenían que dar para ir a cada lugar, que era capaz de oler los muebles, los marcos de madera y escuchar mis pasos sobre el tipo de piso en cada espacio. Pero le dije que era en el patio y en los sembradíos del rancho en donde me movía con mayor confianza, que las auras de los árboles me guiaban con toda claridad. Me pidió que le explicara las diferencias entre las auras que desprendían las personas, los animales y las plantas, y me sentí feliz de responder a su pregunta y tomar por un ratito la batuta.

Estábamos entrados en plática cuando escuché los pasos de mi mamá acercarse. Creí que la media hora ya había transcurrido, pero en realidad salí

para darnos una taza de infusión aromática cuya receta le había aprendido a Petra en Mazunte, una combinación de plantas que aflojan el cuerpo para que las penas salgan. Mi madre, con cariño pero con firmeza, nos dijo: “Se lo terminan y por favor entran a dormir”. Minerva no conocía mi gran aprecio por las plantas medicinales, así que aproveché para contarle sobre sus múltiples propiedades para el cuerpo, la mente, el sistema emocional y el corazón. Le dije que Dios se había encargado de darnos todo en la Naturaleza, que las plantas acumulaban energía del Sol y de la Madre Tierra y que por eso restauraban en nosotros el equilibrio y nos ayudaban a sintonizarnos con nuestro cuerpo y con nuestra luz. Sin pretender imponer en ella un nuevo sistema alimenticio, también le compartí los beneficios que mi madre, Pepe y yo y cientos de pacientes míos habíamos experimentado al dejar de comer lácteos y carnes de animalito muerto.

Ella se mostró receptiva, guardaba silencio cada vez que yo hablaba. Entonces me dijo que ella venía cargando una pena desde hacía mucho tiempo, y me preguntó si yo era capaz de verla y ayudarla a sanarla. Le dije que sí, que era sobre el abandono de su madre, que se reflejaba en la caída izquierda de su hombro y en su ligera escoliosis en la espalda. Pude identificar también una falta de armonía en su luz que emanaba de su matriz, pero de esa no le hablé en ese momento. Ella se mantuvo callada y su silencio era prueba irrefutable de lo acertado de mi diagnóstico.

Entonces me acerqué a ella, envolví con mis dos manos sus manos que sostenían el té e hice esta oración: “GRACIAS, Dios por la Madre Tierra, Tlazocamati Tonantzin, GRACIAS Madre Tierra por cada fruto hermoso y poderoso que nos ofreces, GRACIAS Dios y Madre Tierra por el Cacao Teobroma que nos sana, GRACIAS Dios y Madre Tierra por las plantas medicinales que nos curan. Permite Minerva que Dios y la Tonantzin, a través de las plantas, entren en tu cuerpo, lo calienten suavemente y te liberen de la tristeza ocasionada por la partida de tu madre. Ella va a volver cuando crea que esté en capacidad de educarte. Ella se fue porque se consideraba dañina para ti y con su abandono buscaba protegerte a ti de ella misma. Ella estaba cargando un dolor muy grande, que para ella era inconfesable, y tuvo que alejarse una noche de invierno cuando tenías alrededor de siete años, para tratar de sanarse. No se fue con otro hombre como tu padre creyó, no se fue por algo malo que tú hiciste como tú creíste. En su partida no hay culpables, sólo una sagrada intención no explicada de hacerte el bien. Ella no está gozando y ustedes sufriendo, no, los tres sufrieron, pero sufrieron menos de lo que ella creyó que sufrirían con ella cerca”.

Entre lágrimas, Minerva me dijo: “Me duele el alma, pero sigue, sé que es para mi bien”. Le pedí que bebiera su té, que eso le ayudaría. Le dije que el alma no dolía, que el alma era pura, que lo que dolía era el cuerpo con el dolor creado en la propia mente y que al amanecer estaría mejor. Entonces le pedí permiso para acercarme. Me puse de pie justo al lado de donde estaba sentada, me agaché y coloqué mi mano derecha a unos centímetros de sus vértebras lumbares, pero sin tocarlas, sólo sintiendo su energía. Y mi mano izquierda, con mucho respeto, la coloqué a unos centímetros de la boca de su estómago. Dejé que mi energía fluyera de un extremo a otro de su cuerpo, atravesándola con energía de sanación que pasaba de una de mis manos a la otra. Pude sentir como las células estaban liberando memorias de dolor, de culpa y tristeza, y comencé a ver cómo el aura de esa parte de su cuerpo comenzaba a cambiar de tonalidad. Ella comenzó a intensificar su respiración: cada inhalación era más profunda y cada exhalación se escuchaba más agitada. Fue entonces cuando ella pegó un grito desgarrador que me sacudió de pies a cabeza, no por el grito, que similar a este escuchaba todo el tiempo en mis pacientes, sino porque pude sentir su corazón palpitar en mis manos y me sentí por primera vez el protector, el hombre de una mujer.

Mi madre, que bien conocía esos gemidos liberadores, contuvo a la abuela y le explicó lo que ocurría. Para ambas fue claro que ese proceso era necesario para Minerva, y también confirmaron que entre nosotros, aún unos jovencitos, estaba surgiendo algo muy poderoso. La media hora de permiso habría de convertirse en dos horas.

Minerva se dejó caer en mis brazos y me nació acariciarle los cabellos, suaves como la seda. Los latidos de mi corazón fueron calmando los suyos y pronto se sincronizaron. El aire nos acariciaba y sentí por unos momentos la presencia de mi padre bendiciendo el momento, precisamente allí, en el portalito, lugar tan especial para él. No dijimos mucho por varios minutos, dejando que nuestros sentimientos hablaran en el silencio. Yo tenía mis cicatrices de vida, ella las suyas, éramos caminantes de una senda que apenas empezaba, aunque ya parecía larga por lo andado. El Fuego Interno me serpenteaba desde la base de la columna hasta la coronilla. Poco a poco he ido entendiendo que el amor en realidad tiene muchas manifestaciones y en ese momento las sentí todas juntas.

Ella levantó su cabeza y pasó sus labios muy cerca de los míos, tanto que pude aspirar su aliento. Entonces me abrazó fuerte como deseando integrar su cuerpo al mío. Yo la envolví en mis brazos y por unos instantes las auras se fundieron y no podía distinguir la una de la otra. Ella me dijo al oído lo que jamás podré olvidar, lo que selló nuestra relación terrenal hasta el último día de su vida, y

espiritualmente para la eternidad: “Deseo con todas mis fuerzas que vuelva mi madre, pero más deseo ser la madre de tus hijos”. Mis lágrimas no se contuvieron y sólo pude responder: “Que el Gran Espíritu nos de su bendición”, y dejé que mi silencio y mis suspiros respondieran el resto.

Al sentir la presencia de la abuela cerca de la puerta, en el interior de la casa, supimos que era hora de entrar. Cada uno se dirigió a su habitación, y ambos pudimos dormir unas pocas horas mientras el amor jugaba con nosotros durante toda la noche. Para mi madre fue más que evidente el amor que yo sentía por Minerva, pues tenía una sonrisa de oreja a oreja que no podía evitar.

Capítulo 27

Fueron tres días mágicos en el rancho. Cuando daba consultas Minerva estaba conmigo, siempre a mi lado, atestiguando mis conversaciones con los pacientes, los métodos de sanación y el poder del Cacao en ellos. Al principio me ayudaba en los momentos en que Cristóbal tenía que atender otros asuntos pendientes, pero el último día le pidió a él, con plena confianza, que le permitiera a ella ser mi ayudante, y lo hizo de manera impecable. Por razones que apenas descubría, la luz que emanaba de mi corazón era de un verde más intenso; y luego la proyectaba por mis manos hacia el cuerpo del paciente, logrando que la armonización de su energía comenzaba de manera inmediata. Parecía que mi amor por Minerva estaba potencializando mi fuerza de sanación.

Por las tardes paseábamos por los sembradíos de Cacao y Yaca, también visitamos la fábrica para que conociera de viva voz de los trabajadores los procesos detrás de los productos que vendíamos. Por las noches cenábamos con la abuela y con mi madre una vez que ella había vuelto de supervisar la panadería. Mi madre siempre encontraba historias por contarnos acerca del mundo del pan. También pudimos conocer la historia de la abuela, que resultó ser muy interesante, pues ni Minerva misma la conocía con tanto detalle. Yo podía ver que conforme permitía que sus secretos salieran, en su cuerpo se producía una liberación de dolor y se despejaban canales de oxigenación y nutrición que habrían de ayudarle aún más en su proceso de sanación. No cabe duda de que reconocer y aceptar todo aquello que nos duele por dentro es el primer paso para sanar cualquier pena y la abuela seguía sanando.

Una de esas tardes, para mi sorpresa, la abuela le pidió a Minerva que cantara. Ella, primero apenada, pero después llenándose de valor –valor que le sobraba a esa mujer guerrera– cerró sus ojos y comenzó a cantar: “En espiral hacia el centro, al centro del corazón. En espiral hacia el centro, al centro del corazón.

Soy el tejido soy el tejedor, soy el sueño y el soñador. En espiral hacia el centro, al centro del corazón. En espiral hacia el centro, al centro del corazón. Soy la semilla, soy el sembrador, soy el sueño y el soñador. En espiral hacia el centro, al centro del corazón. En espiral hacia el centro, al centro del corazón. Soy el que sana, soy el sanador. Soy el sueño y el soñador...”. Con esa voz y cantos angelicales me conquistó aún más y pude sentir que sus luminosos sentimientos flotaban y llenaban toda la casa.

Su abuela, con una lágrima en sus ojos, le dijo: “Hacia tanto que no cantabas hija, el amor ha vuelto a tu corazón, estás comenzando a sanar. Desde que partió tu madre no habías vuelto a cantar. Nuestra misión en esta visita se ha cumplido, volveremos a casa muy sanadas, felices. De corazón GRACIAS a ustedes Verónica y Yao. Cuenten con nosotras como dos grandes amigas para siempre”. Y yo, con inocencia pero con picardía, me quedé pensando: “Cuento con su nieta como mi pareja para toda la vida”.

Sabíamos que temprano a la mañana siguiente su padre llegaría. Después de nuestra cena vegana tempranera, a la que la abuela y Minerva ya se habían acostumbrado y en esos días habían experimentado sus beneficios, mi madre nos permitió tener una velada final en el portalito. Sin embargo, mis planes eran otros. Le pedí a Minerva que me acompañara a la casita del árbol en donde le quería enseñar un secreto. Trepé con mucha confianza a la casa, que de hecho hacía varios meses que no la visitaba. Ella me siguió titubeando, pensaba que en cualquier momento la construcción se desmoronaría, pero llegó suspirando a la parte interior. Nos sentamos en el suelo de madera de la casita, cada uno en un extremo de las cuatro paredes de tablones, conscientes de que era el espacio más íntimo que encontraríamos en todo el rancho. Ella, desde su rincón, me fue describiendo cómo se iba poniendo el Sol a lo lejos, dejando una estela rojiza a su paso, y dijo: “Ni la noche, conociendo su propia hermosura, quiere dejar ir al Sol. La noche tiene miedo de su propio frío, de su propia oscuridad. La noche necesita al Sol, la Luna también. Ellas necesitan al Sol como yo te necesito a ti, querido Yao”.

Con esas palabras yo comencé a sentir mi propio Sol que se activaba hermoso y poderoso debajo de mi cintura. Quise abrazarla, quise besarla, pero me dio miedo. Quise decirle que no se fuera, que me había enamorado de ella, pero no me salieron las palabras. En el fondo prefería escucharla a ella que escuchar mis propias palabras. Comencé a respirar con mayor intensidad visualizando que el fuego de mi Sol inferior se elevaba por mi columna. Sentí como llegó a mi ombligo y encendió ahí otro Sol. Ella siguió hablando: “Desde el momento

en que te vi salir del bosque sentí que mi vida estaba por cambiar. Desde el momento en que nuestros alientos se cruzaron supe que serías el hombre de mi vida, me hiciste estremecer de pies a cabeza como nunca lo había sentido...”. El calor seguía subiendo por mi cuerpo y llegó hasta el corazón, y visualicé que desde allí yo emitía una luz verde esmeralda hacia mi alrededor.

Y entonces le dije: “Te pensé día y noche por meses, te soñaba y amanecía sudando. Al principio creí que serías la luz en la oscuridad de mi camino, pero me has abierto los ojos y me has hecho descubrir que yo soy mi propia luz, y por eso más te admiro. Me has ayudado a ser libre y en mi libertad más deseo estar contigo”. El calor encontró su paso hasta mi garganta, ayudado por mi respiración suave pero rítmica, y pude sentir que un nuevo Sol se encendía en mí. Sólo había sentido ese calor en el retiro de silencio cuando trataba de calentar mi cuerpo aprovechando mi propia energía, y cuando Pedro nos hizo respirar intensamente en la fogata el día de la ceremonia del Cacao.

“Me ayudaste a sanar algo muy fuerte de mi pasado y ahora, con todas mis fuerzas y a pleno pulmón declaro que te amo. Haré todo lo que esté en mis manos por estar a tu lado, por caminar de la mano, para ser tu mujer y recibirte como mi hombre”. Entonces el calor alcanzó mi frente y pude sentir un estallido en mi cabeza. No sé si ella sabía lo que estaba provocando, pero la excitación interna detonada por sus palabras me hacía sentir pleno y lleno de mí mismo. Su voz me activaba cada centro de poder, cada umbral de energía dentro de mí.

Ella tomó y encendió una vela que yo tenía allí, que era precisamente la que yo le había encendido muchas veces a mi padre después de morir y dijo. “Enciendo esta vela como símbolo del amor que crearemos juntos, de la luz que seremos el uno para el otro en momentos de oscuridad y la luz que juntos seremos para el mundo. “Aquí viven Minerva y Yao”, ya puedo verlo escrito a la entrada de nuestra casa en el futuro. Enciendo esta vela para invitar a Dios a nuestras vidas, Él estará presente en nuestra cocina, en nuestro trabajo, en nuestra recámara, en cada lugar que visitemos; que Dios guíe nuestros pasos, que Él sea el conductor de nuestras vidas. Me amo, amo a Dios y te amo a ti”. Esas palabras le dieron el impulso final a la columna de fuego en mi interior y sentí que mi cabeza se destapaba y salía un rayo de sol disparado de mi coronilla hacia el Cielo. Todo en mí comenzó a dar vueltas, ella lo notó, se acercó a mí y nos dimos un gran abrazo. El Viento penetró por la ventanita que daba al este y nos envolvió refrescándonos, y supimos que el Gran Espíritu nos daba Su bendición.

Minutos después de aquella experiencia sublime, de profunda intimidad, de amor sagrado y casto, pude pronunciar las palabras que tanto había repasado en

mi cabeza en aquellos días: “Minerva, yo también te amo y quiero entregarte algo como símbolo de mi amor, y te pediré que tú me entregues algo como símbolo de tu amor. Tomé una cajita de madera que había guardado celosamente por muchos años, la abrí con cautela y de su interior saqué dos anillos de oro. Ahora ella fue la que enmudeció, y sentí que sobre nuestras manos entrelazadas caían unas lágrimas. Tomé su mano izquierda, y en su dedo pulgar coloqué el anillo más pequeño. El más grande lo puse en su mano derecha y dejé que ella hiciera lo mismo conmigo. Los anillos de boda de mis papás, que nunca habían llegado a su destino pues aquel pistolero le arrebató la vida a mi padre, sellaban ahora nuestro amor.

“Me voy mañana, Yao, pero pronto volveré para estar siempre a tu lado, sólo tengo que arreglar unos asuntos pendientes”. Yo le respondí: “Sí, tienes que irte, tu mamá está por volver”. La sentí temblar por unos segundos y después con voz fuerte y decidida me siguió: “Estoy lista para el reencuentro con ella, así todo tuvo que ser. Te juro que volveré. Prepárate amor mío, la vida se nos abre de par en par”. Y entonces sucedió lo que mi cuerpo pedía a gritos desde el día en que la conocí. Ella, atrevida, juntó sus labios con los míos y nos dimos nuestro primer beso. No sentí sólo mariposas, sentí delfines, gaviotas, liebres y toda la creación de Dios revolotear en mi interior. Por unos segundos sentí que nuestros cuerpos se fundieron en una sola unidad y visitábamos a Dios de la mano, unidos por nuestras bocas. Era mi primer beso, era su primer beso, y esa intensidad sellaría para siempre nuestra relación.

El llamado amoroso de mi madre interrumpió aquella ceremonia. Queríamos seguirnos besando intensamente, pero sabíamos que la alianza ya había quedado pactada tanto en el plano divino como en el terrenal.

Nos presentamos ante su abuela y ante mi madre portando nuestros anillos, orgullosos de lo que había sucedido entre nosotros y de nuestros sentimientos. Mi madre me pidió una explicación en privado, y su abuela se la pidió a ella. Yo tuve que explicarle a mi mamá cuán grande era mi amor por Minerva, y le revelé el secreto que había guardado por varios años: yo tenía sus anillos de matrimonio en la casita del árbol”. La sentía a ella muy reflexiva, parecía querer descubrir algo más allá de mis sentimientos y de aquel incidente con los anillos. Entonces ella me dijo: “Quiero saber exactamente lo que sucedió en la casita del árbol, confía en mí y háblame con toda apertura por favor, hay algo importante que quiero entender”.

Yo no sabía aún a lo que se refería, pero quise ser honesto con ella, así que le conté a detalle lo que había sucedido. Hubo frases que utilicé que activaron

poderosamente el aura que manaba de su corazón y de mi mente, sabía que estaba resolviendo un rompecabezas interno: “Sentí Fuego en mi interior”, “fue como si una columna de luz se elevara desde mi vientre hasta mi cabeza”, “sentí que me salían alas”, “Dios nos abrazó a través del Viento”. Ella interrumpió mis palabras en un momento y me preguntó: “¿Sentiste que se despertó en ti una serpiente de luz?”. Le respondí que sí, y en ese momento comprendí el misterio que ella quería resolver, justo cuando ella pronunció estas palabras: “¡Es ella, es Minerva!”.

Comprendí rápidamente a lo que se refería y seguí: “¡Mamá, es Minerva a la que se refería la serpiente del desierto, ella dijo que algún día se despertaría la luz en mí, el poder de Dios en mí, la serpiente de alas de Fuego! Es ella, mamá, la encontré. ¡Mi amor por ella y su amor por mí han despertado mi fuego interno!”. Ella, entre feliz y seria, como conteniendo su emoción, me respondió: “No cabe duda de que los tiempos de Dios son perfectos. Sí hijo, al parecer es ella. Dios nos indicará los caminos a seguir, no te precipites, ve viviendo minuto a minuto esta relación. No puedo interferir en lo que Dios ya eligió para ti, al contrario, cuentas con todo mi apoyo”.

Yo me mantuve súper feliz y se lo hice ver. Pero ella sabía algo que yo no sabía, pues la serpiente le había revelado una pieza de información fundamental que ella, ahora lo entiendo bien y no la culpo, me había ocultado: “Quien le despertará la Serpiente de Fuego cumplirá su misión y se irá. Habrá mucho dolor, pero vendrá el renacimiento necesario”, le había dicho la Serpiente del Desierto.

Ella me dio un gran abrazo y cerró la conversación diciendo: “Quiero que seas inmensamente feliz y daría mi vida para que así fuera. Aunque creo que eres aún muy joven celebro tu madurez en tus sentimientos y celebro que te abras al amor como lo estás haciendo. Esos anillos son sagrados y sagrada será tu alianza con Minerva, sólo espero que su padre no impida que ella regrese como te lo prometió. Y si acaso no vuelven, nosotros iremos a buscarla”.

Capítulo 28

Su padre, como lo había avisado, llegó muy temprano. La abuela y Minerva estaban listas con sus pertenencias, aunque el corazón de mi amada no estaba listo para distanciarse del mío. Minerva me había prometido que estaríamos juntos muy pronto, y que esta vez sería para siempre, y sus palabras me daban total confianza. Y aunque no podía evitar un gran nudo en mi garganta, sentía que dejaba ir parte de mí en ese momento. Ella se había guardado entre sus ropas el anillo para que su padre no lo viera y yo había guardado el mío en la bolsa de mi pantalón. Ambos nos sentíamos ya casados y para nosotros no hacía falta nada más para validar nuestro enlace, nuestro amor. El abrazo del Gran Espíritu convertido en Viento nos bastaba para saber que el enlace estaba más que validado.

En mi interior sabía que ella tenía que vivir de manera plena y enfocada lo que estaba por sucederle. La abuela lo sabía todo y el papá intuyó algo con nuestra despedida en un abrazo que no queríamos terminar. Yo ya sabía que el gran miedo de Romeo era perder a su hija como había perdido a su esposa, la que había sido su gran amor, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para no perder ahora a Minerva.

Las mañanas, tardes y noches posteriores fueron muy distintas a las anteriores, y me embargaba una sensación extraña acompañada de mucha distracción. Era una sensación muy distinta a la que había sentido por la partida de mi padre, pues de hecho yo había comprendido que él, desde el plano espiritual, estaba más presente que nunca en mi vida. Con Minerva era distinto, mi piel, mi sangre, mi corazón, mi mente, todo mi ser me pedía su presencia física, no bastaba su presencia energética o espiritual que sentía en cada respiro. Su presencia espiritual me complacía la mitad, pero sólo su presencia corpórea me tendría satisfecho a plenitud. Me ocupaba con mis consultas ayudándole a personas a

descubrir el poder sanador que Dios les había dado, aunque en ocasiones vivía momentos de ausencia, como si todo mi ser viajara hasta la casa de Minerva.

Ya no solía decir que sanaba a pacientes, y desde el retiro de silencio y ayuno me enfocaba en guiar a las personas para que ellas mismas, su fuerza interna y su espíritu las sanara. Me había dado cuenta de que mi nuevo lenguaje empoderaba mucho a mis pacientes y comenzaban a sanar más rápido. Poco a poco descubría que hacerlos dependientes de mí no les ayudaría a largo plazo, y después volverían una y otra vez, y aunque eso era bueno para las finanzas de mi consultorio, en realidad lo correcto era que los ayudara a descubrir que en su interior guardaban un enorme botiquín de medicinas. Ya empoderados era más fácil que adoptaran las recomendaciones de ayuno, cambios en alimentación, meditación o nuevas formas de respiración.

Por esos días nos enfocamos, los trabajadores del rancho y yo, en construir un vivero de plantas medicinales. Era un sueño que tenía desde que habíamos vuelto de Mazunte pero por alguna razón no lo habíamos materializado. Una mañana le prometí a Minerva que cuando volviera encontraría el vivero listo y que de ahí tomaría hierbas y hojitas para que preparáramos tés deliciosos y saludables, y esa promesa fue mi inspiración. Ahí sembramos lavanda, menta, hierbabuena, ortiga, diente de león, sábila, romero, ruda, albahaca, llantén, ajo, toronjil, manzanilla, pirul, higuierilla, árnica y chaya. El aura de las plantas, su aroma, su sabor en mi paladar y su sensación al tacto, me ayudaban a entender lo que había comenzado a llamar “el Espíritu de las plantas”, el propósito terrenal de cada una. El Espíritu de las plantas es tan real y poderoso como el nuestro o el de cualquier animal, es nuestra guía, nuestra programación más sagrada y nuestra razón de ser al formar parte del Gran Espíritu.

Uno de esos días de aquella prolongada espera del regreso de Minerva, dos hombres llegaron al rancho montando a caballo. Uno de aura amarilla, otro de aura celeste, ambos de estatura media. Por la descripción que mi madre me hizo de ellos, ambos eran de piel tostada y manos rugosas, su acento y apariencia daba razón de que eran de la zona de la selva de Oaxaca. Tocaron la puerta mientras mi madre y yo terminábamos de comer unos deliciosos tacos de quelites y flor de calabaza bañados en salsa de mole. Ella les abrió la puerta y, después de una breve conversación, los dejó pasar.

Se sentaron a la mesa con mucha confianza y, en silencio, aceptaron los alimentos que mi madre les ofreció. No dijeron una palabra, entendí que querían que yo fuera el que hablara, estaban haciendo una especie de testeo de mis capacidades de percepción. “Buenas tardes señores, los platillos de mi madre son

deliciosos y saludables, asumo por sus auras que ustedes son de buen comer y conocen las energías de cada alimento, no tengo mucho que enseñarles en cuanto a alimentación”. Entonces comencé a dirigirme a cada uno en particular: “Tú tienes aura amarilla, tienes la evidencia de haber sufrido una herida profunda en tu estómago, tal vez con un cuchillo. La herida ha sanado físicamente, pero generó en ti un miedo profundo durante algunos meses posteriores a esa experiencia. Ese miedo provocó un gran coraje que te llevó a cometer muchas acciones que te fueron llenando de culpa y de más miedo, pero alguien te encontró y supo enseñarte a canalizar ese coraje en intenciones positivas. Veo que has estado lejos de tu madre, que es la única que aún vive en este plano, pues tu padre ya te acompaña desde el plano espiritual”. El hombre iba escuchando y sintiendo mis palabras, y sus energías se movían más y me revelaban más información: “Ah, ahora veo con claridad, unos hombres asesinaron a tu padre, no pudiste hacer nada para defenderlo, aunque lograste salvar a tu madre y a un hermano, o hermana tal vez. Te arrebataron las tierras, sí, así fue, fue un pleito de tierras. Pero has trabajado mucho en ti, mucho más de lo que he podido notar en hombres y mujeres de poder, has sabido aprovechar tus cicatrices para hacer el bien, a menos a tu modo y en lo que crees”.

Nadie hablaba, seguían en silencio, sólo se escuchaba el ruido de los tenedores con que se empanzaban los taquitos bañados en mole. Asumí que querían que continuara con el segundo, y así lo hice: “Tú, de aura celeste, tienes una gran misión en la Tierra, la conoces muy bien y has estado trabajando en ella decididamente. No tienes miedo de lo que te ocurra por perseguir tu misión, has logrado alinear cuerpo, mente y espíritu. Al igual que a mí también te enterraron y lograste encontrar la paz en medio de la sensación de la muerte; le temes más a no cumplir tu misión que a la misma muerte. Todos los días tomas Cacao pero lo mezclas con una hierba extraña que aún no conozco. Esa planta, que en realidad es un hongo, en combinación con el Cacao te produce estados alterados de conciencia que te permiten expandirla y leer el futuro. Eres como una especie de oráculo que predice, que anticipa. Sí, ahora entiendo, ustedes son parte de una hermandad, de una fraternidad, de un grupo secreto o discreto...”. En ese momento uno de ellos me interrumpió y dijo: “Somos Hermanos Jaguar, leemos el futuro por el bien de la Humanidad”.

Se hizo un silencio y le di el último bocado a mis alimentos, y entonces le pedí a mi mamá que nos preparara un poco de Cacao. Así lo hizo y se mantuvo vigilante de aquella curiosa reunión. El otro tomó la palabra: “Yao, río que fluye, que sana, que hidrata, que refresca, eres un sanador muy joven y tienes un gran futuro. El Gran Espíritu te ha elegido para una misión muy grande. Has recibido

muchas lecciones por parte de grandes curanderos, chamanes y seres de poder. Queremos invitarte a que seas un miembro de nuestra Hermandad Jaguar. Allí aprenderás lo que te falta por aprender y podrás compartir tus enseñanzas con nuestros hermanos, que serán tus hermanos”.

“¿Y cómo supieron de Yao?”, les preguntó mi madre en un tono de protectora. “Todo el mundo en la región habla de Yao, señora. Es difícil mantener en secreto los dones que el Gran Espíritu le dio. A todos nos dio capacidades, pero las que su hijo recibió prestadas van más allá de lo que hemos visto a su corta edad. Por eso queremos que sea uno de nuestros hermanos, sabemos que de la mano de nosotros podrá desarrollar estos dones aún más y servir mucho más a la humanidad”.

Mi madre volvió a preguntar: “¿Y qué es exactamente lo que hacen ustedes en la Hermandad Tigre? Ahora habló el hombre de aura amarilla, el de la cicatriz en el estómago: “Hermandad Jaguar señora. Somos hombres como los jaguares, de los que quedan pocos y andamos en sigilo. Nuestra hermandad nació aquí en México, pero hoy se extiende por todo el mundo. Sumamos nuestras fuerzas basadas en el amor y la obediencia profunda al Gran Espíritu, intención de amor detrás de toda creación, para detener aquellos inventos que la humanidad desarrolla que sabemos podrán afectar algunas de las tres relaciones sagradas de los seres humanos”.

Al escuchar esto yo pregunté: “¿Y cuáles creen ustedes que son esas tres relaciones sagradas?”. El de aura amarilla me retó en tono amistoso: “Inténtalo, seguro tú las adivinarás, estos símbolos te ayudarán”. Entonces se quitó de su muñeca una pulsera de cuero con tres pequeños íconos de metal y la puso en mis manos. Pasé mi pulgar derecho por encima de uno y pude sentir un gran círculo tallado en la superficie de metal con un punto hundido justo en el centro, y entonces dije: “Una de estas relaciones sagradas de todo ser humano es la relación con el Creador, con Dios, con el Gran Espíritu”. “Así es”, respondió uno de ellos. Entonces pasé mi pulgar por encima del segundo ícono y noté que estaba tallada una especie de semilla, entonces adiviné la segunda relación sagrada. “Este ícono representa la relación de cada ser humano con la Madre Tierra, con la Naturaleza, la Tonantzin”. “Desde que me hablaron de ti y tus dones sabía que tú podrías adivinarlas, te falta la tercera”, dijo emocionado uno de ellos.

Entonces analicé con mi tacto el tercer ícono y sentí solamente un hoyito en el centro, el cual traspasaba el metal de un lado a otro. Medité por unos segundos su significado y la inspiración llegó de pronto. Levanté con mi mano el tercer símbolo y dije en voz alta: “La tercera relación sagrada de todo ser humano es consigo mismo, es uno mismo el laboratorio en donde probamos toda virtud,

es nuestro cuerpo templo sagrado, nuestra mente altar de conciencia y nuestro Espíritu Fuego eterno”. Uno de ellos se levantó y en tono emotivo le dijo al otro: “Te lo dije, te lo dije, es él, es el indicado, el Fuego tenía razón”.

Yo les pregunté: “¿Y dónde queda la relación de cada ser humano con los demás, con su pareja, sus hijos, sus padres, sus amigos?”. Mi madre ahora fue la que respondió muy segura de sí misma y orgullosa de haberme dado a luz: “La relación de nosotros con los demás es consecuencia de nuestra relación con Dios, con la Madre Tierra y con nosotros mismos. Si en estas tres primeras relaciones todo está bien, nuestra relación con los demás será impecable; pero si nuestra relación con Dios, o con la Naturaleza, o con nosotros mismos está dañada, nuestra relación con los demás será tóxica”.

“Has hablado con una gran sabiduría Verónica, ahora nos entiendes y seguro aprobarás la asistencia de tu hijo Yao a una primera ceremonia para que los demás hermanos Jaguar lo conozcan”. Mi madre respondió siguiendo el hilo de su inspiración. “Pronto tendrán una respuesta de nuestra parte, necesitamos consultarlo con Dios y con la Madre Tierra, y Yao tendrá que meditarlo para escuchar la voz de su conciencia. Les pido que nos dejen alguna forma de contactarlos y los buscaremos cuando tengamos la respuesta”.

Los dos hombres aceptaron la propuesta de mi madre. Le dijeron que la próxima asamblea general de Hermanos Jaguar sería el día de Luna llena, a los ocho días, en un lugar que sólo los de la hermandad conocían, y que lo único que yo necesitaba hacer para contactarlos era poner en mi conciencia de una manera muy firme la intención de estar presente, que ellos lo percibirían y enviarían a alguien por mí.

Los próximos días me mantuve muy meditativo tratando de dilucidar lo que implicaba ser parte de una hermandad como esta. No sabía exactamente qué responsabilidades podría conllevar aunque asumía que algunas importantes. Me inquietaba sobre el tipo de enseñanzas que ahí podría obtener, pues sin duda yo seguía ávido de nuevos conocimientos en temas energéticos, de sanación y de espiritualidad, pues uno debería mantenerse muy humilde para seguir aprendiendo. Por otra parte, la ilusión de ver la realidad externa como otros lo hacían se había acrecentado desde que conocí a Minerva, y tenía un deseo muy grande a verla físicamente. Así que albergaba esperanzas de que algo de lo que me faltaba por aprender terminara por regenerar o activar las zonas del cerebro que estaban dormidas desde mi nacimiento, o incluso desde mi gestación.

En las cartas que le dicté por esos días a Minerva, GRACIAS al apoyo de Cristóbal que las escribía, le comenté sobre mis dudas para asistir o no a la primera

reunión con la hermandad. Ella, en su carta que me llegó tres días después, me dijo que nada perdería con asistir a una primera sesión, conocerlos mejor, escucharlos y sentir sus energías para decidir si era algo que me podría interesar o no. Ella, valiente como siempre, me dio el empujón final para asistir. Recuerdo que en cada una de sus cartas me decía que pronto estaríamos juntos para siempre, y agregaba al final una nota: “PS: sigo esperando que mi mamá regrese”.

Así que puse en mi mete la intención clara y decidida de asistir a mi primera sesión de Luna llena con la hermandad Jaguar y pronto llegaron los mismos hombres por mí. Le dijeron a mi madre que me iría con ellos dos días, que no se preocupara, que ellos cuidarían de mí. Ella trató de hacer que Pepe o Cristóbal me acompañaran, pero no aceptaron. El camino en carretera duró un poco más de cinco horas; en su momento pude ver por la ventana las energías tupidas de los árboles gigantes y supe que estábamos adentrándonos en la selva. Avanzamos otra hora adicional en terracería hasta que divisé unas treinta siluetas áuricas, casi todas con las mismas tonalidades blanquiazuladas, de hombres de pie que esperaban a que nos bajáramos del automóvil. Todos se colocaron en formación e hicieron dos columnas y los hombres que me acompañaron me dijeron que era la forma de recibir a un potencial nuevo hermano.

Atravesé caminando las dos columnas hasta llegar a una escalinata, y ahí los hombres me tomaron de los brazos para ayudarme a descender por un pasadizo. Luego de haber bajado unos 120 escalones, se comenzaron a sentir las paredes húmedas de piedra, el silencio era impresionante. Me sentaron en una banca de piedra, en un cuarto que uno de mis acompañantes me describió en susurros como absolutamente oscuro (que para mí no era nada diferente). Los dos hombres que me llevaban del brazo se sentaron a mi lado y poco a poco fueron llegando los demás hombres, que se sentaron en diversas bancas de piedra colocadas de forma circular. En plena oscuridad yo era el que más veía y pude contar treinta y tres auras en total.

Uno de ellos comenzó con lo que interpreté como un rezo, para disponer a todos a la ceremonia de predicción de ese día. Él lo decía en zapoteco y otro lo iba susurrando en español. No recuerdo palabra por palabra el rezo, pero sí recuerdo estas frases que me marcaron y jamás habré de olvidar: “Somos Jaguares, somos hermanos... juntos venimos, juntos vamos... en luz la sombras convertiremos... que el Gran Espíritu nos ilumine, para saber por anticipado, lo que le espera a los seres humanos... que sea la sangre de nuestro hermano la que nos inspire a ver adelante... somos Jaguares, somos hermanos, de 33 vertebras y del barro, surge el ser humano como un gran árbol...”. Y en cuanto terminó de pronunciar aquellas poderosas frases sentí que en forma intempestiva alguien tomó mi

mano izquierda y de un solo jalón hizo un corte profundo en mi dedo índice con una piedra filosa. El de mi otro lado me sujetó por muslo y hombro y me dijo: “Shsss, no digas ni hagas nada, eres el elegido de hoy, tu sangre nos ayudará a inspirarnos para ver el futuro. Deja que recolecten unas cuantas gotas por un bien superior”. Puso en mi mano una venda y en silencio me pidió que me tapara con ella la herida.

No niego que me asusté de inicio, pero entonces pude ver algo increíble que nunca imaginé que pudiera suceder. Pusieron mi sangre recolectada en un recipiente que colocaron en el centro del redondel de auras y fui capaz de ver el aura proyectada por mi sangre. No sólo eso, los cambios áuricos que ocurrían en mi cuerpo, por el cambio de mis emociones, también se manifestaba en mi sangre: mi sangre era una clara extensión de mi cuerpo. Otro hombre prosiguió: “Nuestro hermano Ignacio murió, ya baila en la luz, ya abraza a sus antepasados; un nuevo hermano nos acompaña hoy, Yao, un hombre muy joven que si se convierte en Jaguar será de gran ayuda para nuestra hermandad... y para la Humanidad. Hoy su sangre nos ayudará a ver lo que el futuro le depara a la Humanidad, a nuestros aliados los Animales y a la Madre Tierra. Es la era de los inventos, pero también es la era de la ambición; quieren conquistar el espacio, pero se han olvidado de que este planeta es su casa. Los inventos pueden liberar al hombre, pero también pueden esclavizarlo; pueden sanarlo, pero también pueden enfermarlo. La Hermandad Jaguar surgió hace muchas generaciones para evitar que suceda la destrucción del hombre por el hombre, para evitar que suceda la destrucción de los animales por el hombre, para evitar que suceda la destrucción de la Tonantzin por el hombre. Somos Jaguares, somos hermanos, que la sangre de Yao nos ayude a ver el futuro y a predecir qué inventos de los que están surgiendo en la actualidad traerán gran destrucción, para así poder nosotros evitarla”.

Aquel hombre guardó silencio y todos comenzaron a murmurar, como para entrar en trance: “A a a a, u u u u, m m m m... e e e e, o o o o, m m m m...”, y así se mantuvieron durante varios minutos. Entonces uno de ellos pidió silencio: “Shsss, el futuro ya está aquí”. Y poco a poco de sus voces comenzaron a escucharse los inventos que cada uno predecía que podrían traer destrucción. Cuando tres hermanos coincidían en mencionar un mismo invento, entonces se asumía que su potencial destructivo era inminente. Yo mismo me sentí en trance, como ido, como flotando en el cosmos visualizando ideas, productos, inventos. Muchos de ellos me eran completamente desconocidos, pero los mencioné como los iba identificando. Al final estos fueron los inventos en los que coincidimos tres o más de los presentes: “pesticidas, vacunas, hormonas artificiales, aerosoles,

comida empacada, plásticos, calentadores microondas, bombas de guerra, semillas modificadas”.

El sonido de un tambor nos aterrizó nuevamente y nos sacó de trance. Uno de los hombres dijo: “Tenemos las predicciones, las compartiremos con las otras hermandades Jaguar en el resto del mundo, en donde haya coincidencias habrá unión para luchar tras bambalinas a fin de evitar la destrucción de lo que amenace la vida en este planeta y la coexistencia entre los seres humanos y los animales”. Uno por uno de los hombres fueron saliendo del lugar. Algunos subieron a su caballo y emprendieron su camino, otros se fueron en carro, unos cuantos más caminando. Tres de ellos se quedaron, los dos hombres que me habían visitado en el rancho y otro más quien se presentó como el Hermano Mayor, el cual me dijo: “Tu sangre es muy poderosa, capta y contiene mucha información. Tus dones son especiales, el Gran Espíritu te abraza, por eso nosotros te abrazamos. Si te integras a nuestra hermandad pondrás tus dones al servicio de la humanidad entera, no sólo de la presente sino de la futura y decenas de generaciones futuras se beneficiarán de tus servicios. Nosotros tus hermanos Jaguares te protegeremos y seremos tu familia. Sólo podrás ver a tu madre cuatro semanas al año, y no podrás casarte ni tener hijos. Si aceptas tu vinculación a la hermandad, cada niña y niño que nazcan en el mundo serán a partir de hoy tus hijos”. Pum, zaz... aquel hombre siguió hablando, pero mis oídos no quisieron seguir escuchándolo, aquellas auras se me nublaron y me tambaleé. Levanté mi mano para detener su tren de palabras y dos de ellos me sostuvieron. Uno me dijo: “Ya has prestado servicio, decidirás si continuar o no, tómate el tiempo necesario para decidirlo. Si decides no ser parte de la hermandad deberás jurar jamás hablar de lo que aquí sucedió, ni de nosotros”. El hermano mayor se despidió de abrazo de los tres y se fue. Los otros dos me acompañaron al auto y me llevaron de regreso al rancho. Llegué de noche a mi casa y mi madre quiso ver mi mano vendada pero le pedí que me dejara dormir justificando que andaba muy cansado.

Capítulo 29

Aún no despuntaba el sol de la mañana cuando sentí que mi madre se sentó al borde de mi cama. Al principio creí que quería cuestionarme sobre mi visita a la Hermandad Jaguar, pero después supe que era para entregarme una carta que me había llegado, enviada por Minerva. Mi corazón comenzó a palpar en cuanto lo supe, como anticipando noticias importantes. Accedí a que mi madre la abriera y me la leyera, eran unas cuantas palabras: “Amado Yao. Mi madre regresó. Tú tenías razón. Te llamo en unos días del teléfono público del pueblo”. Todo indicaba que debía sentirme contento, pero mi intuición me decía que las cosas no estaban bien. Le dije a mi madre: “Creo que cuando me llame Minerva será para decirme que me necesita para curar a su madre, tenemos que preparar nuestras maletas mamá, en unos días iremos a Zacatlán”. Mi madre, siempre con fe en mis palabras, me respondió que estaríamos listos para entonces, y salió del cuarto diciéndome que cuando yo estuviera listo para platicarme lo que había vivido con los Jaguares, ella estaría lista para escucharme.

La llamada de Minerva no demoró en llegar, de hecho me llamó al día siguiente de recibir la carta. Su carta la había escrito tres días antes y por los traslados me había llegado apenas ese día. La había escrito a la carrera para contarme la gran noticia del regreso de su madre, aunque al momento de escribirla, ella aún no sabía las condiciones en que su madre se encontraba. En su llamada, en medio del llanto, me contó que al principio creyó que su madre había regresado sólo cansada, pero al día siguiente había descubierto que estaba agonizando a causa de una cirrosis. Dijo que el Abuelo Enrique la había visto y había confirmado que le quedaban unos días de vida, que su hígado estaba colapsado y que ya otros órganos estaban fallando. Me pidió que viajara de inmediato a Zacatlán, ella creía que yo era su última esperanza.

Busqué a mi madre de inmediato y Cristóbal se ofreció a llevarnos. Para distraernos en el trayecto aproveché para contarle a mi madre sobre mi visita con la Hermandad, aunque no mencionamos el nombre completo de esta organización para mantener la secrecía que se debía. Mi madre me escuchó atenta y al final sólo dijo: “Tendrás que tomar una decisión al volver de este viaje, ojalá ver a Minerva te aclare la mente para tomar una decisión y hacerle frente a las responsabilidades que asumas”. La sentí hacerse la fuerte, pero noté el cambio lumínico que su aura tuvo a la altura del pecho, pues ella tenía miedo de que la fuera a dejar.

Después de seis horas de trayecto llegamos a la casa de Romeo y Minerva, mi amada. Ella me dio un abrazo entre apretado y rápido, me tomó de la mano y me llevó junto a su madre. Ahí, ante la presencia nerviosa de su padre, me suplicó que la sanara. Me dijo que la paciente llevaba casi dos días sin hablar ni comer. De inmediato revisé la energía que desprendía su hígado, pero parecía apagado, paralizado, no había gran actividad ahí. Moví mis manos un poco y noté que otros órganos como el estómago, páncreas, vesícula y una buena parte de sus intestinos estaban severamente dañados. Fui al corazón y descubrí que sus palpitaciones eran muy leves y arrítmicas, su luz apenas se notaba. Finalmente fui al cerebro y en él pude notar algo de aura, aunque intermitente. Supe que esa mujer, de apenas 50 años, estaba a punto de morir y que no había nada por hacer. Pero consciente de la situación, quise que todos le ayudáramos para que desencarnara y trascendiera en paz. Con una calma contagiosa le hablé a Romeo y a Minerva y les expliqué que aunque la abuela estaba próxima a morir, si conservaban el control y mantenían su fuerza interna, podrían escuchar sus últimas palabras, y que tal vez con ellas comprenderían algo más sobre su vida. Con un esfuerzo sobrehumano ellos aceptaron y entonces iniciamos un proceso liberador para ella, pero seguramente también para ellos.

Para empezar, pedí que todos los presentes nos situáramos alrededor de la mujer postrada en cama. Junto a mí se colocaron entonces mi madre y Magda, y al otro lado de la cama estuvieron Romeo y Minerva. Pude ver que al rodearla, todas nuestras auras generaban una sola aura que se elevaba con gran fuerza y que se unía al aura de la moribunda. Entonces llevé mis manos a su cabeza, puse todo mi corazón en la luz que desprendía mi cuerpo a través de mis manos y luego enfoqué toda mi atención en su cabeza. Comencé a notar una activación mayor en sus neuronas y pedí que me trajeran un trapo de agua caliente con lavanda, el cual coloqué en la parte superior de su cabeza para evitar pérdida de calor y así lograr que ella se enfocara en pronunciar sus últimas palabras. Con los ojos aún cerrados, aquella mujer esquelética comenzó a murmurar. Primero le habló a Romeo, quien había sido el gran amor de su vida. Él, dubitativo, aun

cargando un fuerte enojo por haberlo abandonado, acercó su oído y ella le dijo en voz alta: “Fuiste el amor de mi vida, nunca hubo otro hombre en mi vida. Me fui con aquel turista porque me ofreció curarme el alcoholismo, pero él tampoco pudo. Deambulé por el país todos estos años buscando ayuda afuera, aunque hoy sé que la respuesta estaba dentro de mí. Sabía que mi presencia les causaría más daño a ustedes que bien, y esperaba volver algún día recuperada, pero nunca lo logré. En estas últimas horas de silencio un Ángel me visitó y sanó todas mis cicatrices por los sufrimientos que padecí desde mi niñez, de los que nadie tuvo conocimiento, y por todos los demás sufrimientos que padecí a lo largo de mi vida. Ya estoy sanada y en paz, pero mi cuerpo llegó a sus límites, el Ángel me espera. Gracias, amor de mi vida, por cuidar a nuestra hija, es una señorita fuerte y valiente, también sé que será feliz. No trates de atarla, permite que ella recorra sus propios caminos, así te cueste trabajo comprenderlos”.

Romeo se quebró en llanto haciendo a un lado los escudos y corazas que envolvían su corazón. Entonces la mujer agonizante llamó a su hija y Minerva se acercó. “Tu fuerza proviene del orgullo por ser mujer. Nunca te niegues a ti misma, camina con la cabeza en alto, ser mujer es una bendición. Si antes estar lejos de ti era la mejor forma de protegerte, a partir de ahora te cuidaré con más fuerza que nunca, desde donde esté seguiré muy a tu lado. Te amo y siempre te he amado, me siento muy orgullosa de ti, de lo que has sido, de lo que eres y de lo que serás. Vive con intensidad, la vida se nos va de prisa. Cuando te enamores de alguien como yo me enamoré de tu padre, que nada te detenga, entrégate en cuerpo y alma, y yo desde el Cielo derramaré bendiciones sobre ti. Los hombres no son malos, a veces simplemente están confundidos; en ti está aclarar su visión. Dios te hizo mujer, Dios te hizo bendita, bendita serás siempre y bendito será tu compañero”.

Romeo, que escuchó todo aquello, seguía sollozando mientras Minerva abrazaba con fuerza a su madre como no queriendo que se fuera. La abuela Magda se acercó a la que era su nuera, le tomó una de sus manos y le dijo: “Ve en paz con Dios, de nuestra parte todo te ha sido perdonado, y más que eso, sólo tenemos para ti palabras de agradecimiento”. Minerva volteó y me tomó de los hombros, como albergando una última esperanza y suplicando hiciera yo algo para sanarla. Pero Dios había decidido que era su hora y ya no había poder humano capaz de impedirlo. En ese instante pude ver que una chispa de luz salió de la boca abierta de su madre, se mantuvo un par de segundos a unos pocos centímetros de esta, y luego estalló en mil colores que se dispersaron por todo el cuarto. El último suspiro de aquella mujer nos hizo saber que aquel Espíritu había vuelto a su origen, que la materia yacía ahora sin vida.

Mi madre me tomó del brazo y me sacó con discreción del cuarto. Dejamos que la familia despidiera y le llorara a aquella mujer guerrera que lo había buscado todo afuera, pero que al final de sus días había encontrado la respuesta adentro.

Unos quince minutos después Minerva salió del cuarto. Se me acercó, me apartó de los demás y poseída por un fuerte impulso me hizo una pregunta que me sorprendió totalmente: “¿Trajiste nuestros anillos de bodas?”. Yo, captando sus intenciones, le dije: “Sí, los tengo en mi bolsillo”. Entonces se aseguró de que ambos tuviéramos nuestros respectivos anillos puestos y llamó a todos los presentes. Transformada por todo cuanto había vivido en las últimas horas, la que ahora hablaba era toda una mujer, quien pronunció unas palabras cortas pero llenas de sentimiento, dedicadas a la eterna memoria de su madre. Luego, fuertemente motivada por lo que había dicho su madre, palabras que también había escuchado su padre, se situó junto a mí, me tomó del brazo y habló a los presentes en tono firme: “Papá, señora Verónica, señora Magda, Yao es el hombre de mi vida. Lo amo. Nos comprometimos el último día de nuestra visita a su rancho y estamos listos para casarnos. El Viento Espíritu nos dio su bendición, hace unos minutos mi madre también nos bendijo, y ahora, con todo respeto, les pido a ustedes tres esa misma bendición”. El papá se quedó allí de pie, no era sorpresa para él, ya lo intuía, aunque se sorprendió al saber que todo ocurriría antes de lo pensado. Nadie, ni un padre dictador podía detener la fuerza nacida del amor de su hija y expresada en aquellas palabras que denotaban una madurez innegable. Hizo una rápida señal de bendición, pero de inmediato prefirió salir al patio y allá terminar su proceso de duelo por su esposa y de aceptación de la noticia que recibía de su hija. Mi madre y Magda nos abrazaron, y sus palabras confirmaron su aprobación y su bendición.

Ella, de catorce años y medio, yo a unas semanas de cumplir los quince, nos comprometimos el día en que su madre trascendía. Y confiábamos en que ya que el Gran Espíritu había enviado a sus mensajeros para que se la llevaran, también podría de paso reafirmar su bendición. Nos quedamos dos días más en Zacatlán, hospedados en un hermoso hotel en el bosque que daba justo a una barranca, acompañando a la familia en el entierro de la madre, pero también dialogando con la Señora Magda y su hijo Romeo sobre lo que habríamos de hacer Minerva y Yo para formalizar nuestro compromiso y llevar a cabo el proceso posterior. Nos tomó a todos un par de días lograr consenso, y al final se decidió que nos casaríamos tres meses después en Zacatlán, y que después nos iríamos a vivir al rancho El Penacho, a donde Romeo y Magda nos visitarían durante el tiempo que quisieran a lo largo del año.

A lo largo de esos tres meses, junto con mi madre y con Pepe, visité en tres ocasiones a Minerva y a su familia. Magda había tomado la batuta de la organización de la boda junto con su nieta, mi futura esposa, y desde hacía muchos años no la habían visto tan feliz y activa como por esas épocas. ¡La mujer que conocí agonizante ahora era la organizadora de nuestra boda! Aunque el papá se había comprometido a pagar la totalidad de la boda, como se acostumbraba por esas épocas en esas tierras, aceptó el ofrecimiento de apoyo que le brindó mi madre.

Unos días antes de la fecha tan esperada, mi madre me propuso visitar a Don Arteago, aquel hombre que había leído en las estrellas fugaces mi destino siendo yo apenas un niño de dos años. Él le había pedido a mi madre que cuando yo fuera adolescente lo visitara, y mi madre nunca había olvidado esa promesa. En días recientes a ella le había caído el veinte que ese ‘gran paso’ del que le habló Arteago al despedirse, que yo daría en mi adolescencia, sería mi casamiento. Yo ya me sentía joven, pronto todo un señor y esposo, pero para mi madre era justo el momento indicado para volverlo a visitar y escuchar sus enseñanzas... o las de las estrellas.

Así lo hicimos. Habían transcurrido doce años y la carretera seguía siendo un reto pues las pronunciadas curvas hacían marearse a cualquiera. Aunque tratáramos de distraernos y concentrarnos en la historia de nuestra visita inicial a Don Arteago contada por mi madre, el impacto del zangoloteo no paraba. Al llegar a Santa Clara del Paso mi mamá trató de recordar el camino por donde entramos la primera ocasión buscando a aquel hombre bajito y moreno. Nuevas casas y comercios se habían construido a lo largo de la carretera y era difícil ubicarse. Pero la señal llegó pronto y de manera intempestiva, cuando una parvada de cuervos atravesó nuestro cristal delantero. Pepe, asustado, se detuvo a la orilla de la carretera, y mi madre divisó un camino hermoso que se abría paso hacia el interior del bosque.

Mi madre sonrió y dijo: “Es aquí, debemos bajarnos”, y los tres emprendimos el camino. Pepe, quien se había convertido en papá de gemelos recientemente, ya se había vuelto un gran explorador y siempre estaba abierto a nuevas aventuras con nosotros. Yo, a punto de casarme, visualizaba esta visita como una oportunidad para llegar aún más listo a mi boda. Mi madre, una guerrera incansable, andaba por esos caminos con mucha confianza, sabiendo que siempre obteníamos grandes aprendizajes de aquellos hombres y mujeres de poder y de magia.

Apenas habíamos caminado unos 50 metros bosque adentro, cuando zaz, hundimos nuestros pies en un gran pozo de lodo que más parecía un mini pantano. A los tres se nos hundieron los pies hasta cubrir nuestros zapatos y a lo lejos se escuchó una risa pícaro: “ji ji ji ji”. Pepe inquiero al no ver a nadie, abrió bien los ojos, mientras mi madre sonreía y decía: “Ya, ya entendí, los zapatos aquí no son bienvenidos. Ahora recuerdo que Don Arteago nos recomendó andar descalzos y esta es nuestra lección de bienvenida, o recordatorio. Quitémonos los zapatos y sigamos adelante”. Todos hicimos caso y así avanzamos.

Era tarde aún, así lo había planeado mi mamá para llegar y acomodarnos para el espectáculo y lección nocturna de las estrellas. A los 20 minutos de caminar llegamos al clarito que mi mamá recordaba y me dijo: “Aquí descubrí que tú eras hombre de campo, Yao. Aquí Arteago me ayudó a entender que éramos árboles caminantes, que los zapatos nos separan de la Tierra”. En ese momento unas ramas se movieron, una ráfaga de viento se escuchó entre los árboles, y aquel hombre pequeño de estatura pero de gran poder salió caminando”. Por segunda vez me encontraba con ese chamán, pero por primera vez veía su aura. “De qué color es mi aura hombre-río”, me preguntó intuyendo el motivo de mi atención en su cuerpo. “Es verde, idéntica a la mía”, respondí.

Pero justo después de responderle, volvió a preguntarme: “¿Y ahora?” Su aura se tornó a un amarillo claro, lo cual me sorprendió con el cambio intempestivo que dio su color. “Ahora es amarilla como la de mi madre”. “¿Y ahora?”, volvió a preguntar. Y yo, entendiendo que él que podía imitar nuestras auras, respondí un poco sorprendido: “Ahora es azul, como la de Pepe. Es usted como un camaleón, nunca había visto esto”.

Él tomó la palabra ante el oído atento de nosotros tres: “Todos los seres humanos somos camaleones, absorbemos consciente e inconscientemente de los demás su lenguaje, sus emociones, sus aspiraciones... y hasta su energía. Y mientras más vemos hacia afuera, más replicamos de lo que vemos. Por eso es fácil que nos convirtamos en copias de quienes nos rodean. Las estrellas, en tu primera visita, me revelaron que tu ceguera física era para evitar que te convirtieras en lo que vieras, y para que crecieras buscando ser lo que sentías. Sintiendo más de lo que has visto has logrado convertirte en un sanador de cuerpos y emociones. Pero hoy las estrellas nos revelarán la otra parte, lo que ya llegó el momento de saber. Muchos creen que recientemente tú te has convertido en un adolescente o en un joven por tu edad cronológica, pero en mi tradición zapoteca, cuando uno se enamora, se convierte en adulto”.

Y antes de que le preguntara sobre cómo sabía que yo estaba enamorado él me lo dijo: “Je je, no creas que soy más de lo que soy, veo en tu mano izquierda

un anillo, me imagino que pronto te casaras. Y sé que aún no lo has hecho porque aún no has visitado al Gran Espíritu de la mano de tu amada; ese viaje cósmico aún no lo has hecho, lo leo en tus ojos”. Mi madre le echó una mirada contundente al Abuelo sabio, lo intuí con lo que él dijo a continuación: “Llegaste hasta aquí siendo un joven para unos, pero saldrás listo para casarte y aceptar las obligaciones de los viajes cósmicos en el lecho de amor. En esos viajes, de los que ya llegó la hora de hablarte, descubrirás un lado de Dios que aún no conoces. Yo le llamo la totalidad, la integralidad, la plenitud sagrada. Pero, dejemos que las estrellas nos indiquen el camino del amor y la madurez para ti, yo soy un mero mensajero. Ven, ayúdame a encontrar unos troncos en los que veas el aura extinguiéndose, esos serán los leños los secos que harán buen Fuego”.

Pepe y mi madre se sumaron a la búsqueda de troncos y yesca, pues comenzaban a sentir frío y ya querían que el Fuego nos calentara. Muy pronto llegó la noche y nos encontramos todos sentados en círculo en torno a la fogata. Arteago trajo un recipiente metálico de agua, lo colocó cerca al Fuego y nos pidió mucho silencio. Nos dijo que el agua necesitaba del silencio para hacer eco del mensaje de las estrellas. No entendimos muy bien aquello, pero acatamos sus instrucciones.

Al cabo de unos quince minutos aquel hombre comenzó a susurrar: “Las Estrellas están por comenzar a lanzar sus mensajes. Dios es padre de las Estrellas, Dios es padre del Viento, Dios es padre del Sol y la Luna, de nosotros, de los animales y de las plantas. Dios es padre incluso de los extraterrestres, si acaso los hay. Las Estrellas son mensajeras del presente, del pasado y del futuro, lo saben todo. La luz que vemos de ellas es de hace miles o millones de años, y su color y su intensidad predicen su futuro. Así que a las Estrellas que vemos hoy nos hablan de su pasado, y van camino a un futuro que es predecible. Dios usa a las Estrellas para hablarnos, son más confiables que cualquier otro consejero. Aquí en la Tierra hay muchas personas y religiones que dicen conocer la palabra de Dios y se refieren a mensajes de hace miles de años, ji ji, pero eso es apenas un parpadeo, la palabra de Dios es eterna hacia atrás y hacia adelante, como lo es la Luz de las Estrellas. Nadie que te diga que te revelará la verdad está en lo cierto, sino que es un arrogante o un ingenuo, y desea controlarte. La Verdad verdadera se la revela Dios directamente a cada persona a su manera, a través del susurro del Viento, del canto de los pájaros, de la melodía del río, de los ojos de los animales o del lamento del pordiosero. No creas en la verdad que te revelan otros hombres, cree en la Verdad que te revela Dios. Cada quien debe de tener sus sentidos y corazón bien abiertos para escuchar la Verdad que Dios le revela en su momento, en su idioma, en el tono y frecuencia precisa que haga vibrar sus antenas internas

más sagradas. La Verdad sólo viene de Dios mismo a través de sus creaciones más inocentes que no le ponen sesgo personal. Cuando alguien cree que posee la verdad, sus propios pensamientos, emociones y motivaciones para decirlo sesgan la Verdad misma emanada de Dios. Nunca, Yao, como sanador, pretendas ser quien posee la verdad, eso te destruirá, mejor pretende ser quien motiva a otros a buscar la Verdad directamente de Dios. Que nadie tema recibir mensajes de Dios, es su Padre, y como todo Padre se comunica todo el tiempo con sus hijos e hijas. La Verdad sana, cura, libera, empodera. La Verdad te llena de confianza y auto estima, te hace entender y soltar las culpas y miedos. La Verdad es lo que debes buscar tú, y probablemente las Estrellas hoy te la revelen, o al menos una parte de tu destino”.

Ni una rama de árbol se escuchaba moverse, ni un grillo rompía el silencio y apenas nuestro aliento y el crujir de los troncos en la fogata se oían ligeramente. Hizo una pausa y de nuevo tomó la palabra: “Verdad sólo hay una, la que te revela Dios a ti de manera directa a través de sus creaciones más puras, las que no tienen egos ni soberbia, como los animales, el viento, el agua, las estrellas o las plantas. Muchas personas se creen poseedoras de la verdad pero la verdad no se posee, la verdad fluye como el Viento. El Gran Espíritu es la verdad y se revela a sí mismo justo en el momento, entonación, lenguaje e intensidad que cada uno necesita. Por eso en algunos se revela en una canción de pajaritos y en otros en la bofetada de una rama ji ji, cada uno recibe la verdad como el Gran Espíritu sabe que mejor la recibirá. Pero para que el misterio se te revele tienes que disponerte a escuchar, darte tiempo y espacio, callar la mente, cerrar los ojos. Y eso es lo que haremos a continuación, disponernos a recibir cada uno su verdad de este día. Shsss...”.

Las poderosas palabras que escuchábamos de aquel hombre nos hacían reflexionar profundamente. Entonces todos volvimos a callar, queríamos estar listos para escuchar o sentir la verdad que se nos revelaría. De pronto aquel hombre comenzó a hacer ruidos extraños, como pujando, “uhm, ah, ooo, naaa...”. Su voz adquirió un tono distinto, mucho más ronco y fuerte. Al principio no entendimos lo que estaba sucediendo, pero cuando todo terminó nos dijo que había sido una canalización de un Abuelo sanador del pasado que a veces tomaba su cuerpo para guiar a sus invitados a descubrir el misterio que el Gran Espíritu tenía para ellos. Aquel Abuelo del pasado, con sus ojos en blanco (según lo que me explicó después mi madre), se acercó al recipiente de agua, señaló una Estrella que se reflejaba ahí y nos indicó que esa Estrella era yo. Le pidió a mi madre que me fuera describiendo lo que iba viendo en el agua. Entonces apareció una segunda Estrella que mi madre describió, y nos dijo que esa Estrella era una gran compañera en mi vida. Luego apareció una tercera, justo en medio de los dos,

pero más pequeñita, y aquel hombre, emocionado, dijo que ahora entendía, que esa compañera y yo seríamos padres de una hermosa Estrella. Y en ese instante sucedió algo, que hubiera preferido no haber descubierto nunca por anticipado: la segunda Estrella, la que representaba a mi compañera, desapareció. Mi madre lo comentó, un poco temerosa, pues para ella se estaba confirmando lo que el Desierto ya le había revelado. Ella alzó su mirada tratando de encontrarla en el Cielo, pero el abuelo le dijo: “No la busques en donde ya no está, esa Estrella hermosa, como muchas, son temporales, regresan a casa después de haber cumplido su misión”.

Yo estaba confundido, quería ver las Estrellas que ellos estaban viendo, sentí mis piernas temblar y experimenté un miedo extraño que no recuerdo haber sentido. “¿Qué pasa, mamá, qué pasa, Arteago? Por favor explíquenme el significado de lo que están viendo”. El hombre respondió: “Arteago está durmiendo, soy Che éni. No tengas miedo, tú has pedido caminar este camino. No tengas miedo, tu Espíritu te puso en esta senda y es hora de crecer. A lo largo de nuestra vida Estrellas aparecen y desaparecen, vienen y se van. Una Estrella muy brillante llegará a tu vida, otra Estrella nacerá de ambos, la primera se irá pero siempre vivirá en la que les nacerá”. En eso un gran Viento se dejó sentir, venía de entre los árboles y, mientras nos cubrimos nuestros rostros puesto que levantó mucho polvo de los alrededores y cenizas de la fogata, Arteago dijo. “Uf, ese Che éni, no avisa al aparecer, sólo llega, me estruja todo y se va. Espero que les haya dicho cosas bonitas, es muy amoroso”. Pepe, mi madre y yo estábamos atolondrados por lo que estaba pasando, yo sentía una fuerte opresión en mi pecho. La revelación de las Estrellas parecía muy clara, la segunda Estrella era a todas luces Minerva, la tercera un hijo de ambos, pero luego Minerva desaparecía. “¿Sería real que Minerva nos dejaría, como su madre la dejó a ella y a su padre? ¿O sería algo peor que le ocurriría a Minerva?”, me preguntaba yo.

Me moví del espacio de la fogata hacia los árboles que nos rodeaban, necesitaba acomodar mis pensamientos. Escuché a lo lejos que Arteago les preguntaba a Pepe y a mi madre qué había dicho Che éni o qué habían revelado las Estrellas. Ellos algo le contaron en voz baja, aunque no pude escuchar, seguramente le hablaron sobre lo que yo ya sabía. Entonces surgieron muchas preguntas en mí: ¿Sería esa mi forma de crecer, descubrir algo fuerte que estaba por ocurrirme y aprender a manejarlo? ¿Otro desprendimiento poderoso para mí, tan fuerte como el de mi padre? ¿Estaba cometiendo un error al enfocarme sólo en la Estrella que se ausentaba y no en la Estrellita que nacía de ambos? ¿Era todo ese proceso algo para confiar y creer de manera literal, o había otra interpretación escondida menos dolorosa? ¿Sería que esa revelación era un

reto para mí, para salvar o impedir que esa Estrella, que parecía ser Minerva, se fuera, me dejara o muriera?”.

Me invadieron los miedos y sentí unas ganas inmensas de regresar al rancho y comunicarme con Minerva, así que regresé a la fogata y les pedí que nos fuéramos. Agradecemos mucho a Don Arteago y salimos de prisa. A los pocos metros volvimos a caer en un pozo de lodo, pero mi miedo se manifestó en enojo, pataleé sin quitarme los zapatos y seguí avanzando por el camino. Ellos me siguieron. Nos subimos a la camioneta y Pepe condujo hasta el rancho. Nadie habló en el regreso. Al llegar a la casa llamé a Minerva a la tiendita del pueblo a donde normalmente la llamaba, les pedí que la buscaran y me prometieron que al día siguiente en la mañana lo harían.

Pasé una noche intensa, de mucha reflexión, estaba ante una gran prueba. Había muchas preguntas, dudas, me sentí ansioso por momentos, estaba en juego la presencia, salud o vida de la mujer que amaba, de la única mujer que había amado y con la que estaba a tres días de casarme. Fue un suplicio esperar su llamada, me tomé más tazas de Cacao que nunca y le pedí a Cristóbal que cancelara todas mis consultas, quería mantenerme cerca del teléfono al recibir la llamada de Minerva.

Entraron varias llamadas previas, de la panadería buscando a mi mamá, pedidos de Cacao y Yaca, la mamá de mi papá para confirmar su asistencia a mi boda, el de los músicos que habíamos contratado que solicitaban la dirección exacta del evento, Pedro para confirmarle a mi mamá que vendría al rancho a la mañana siguiente de la boda. Por fin a la entrada de la tarde llegó la llamada de Minerva. No quise decirle nada de lo vivido con Don Arteago, no quería preocuparla, tan sólo quería escucharla y saber que todo estaba bien. Ella se escuchaba muy feliz, emocionada porque la boda estaba a la vuelta de la esquina y porque a partir de ahí viviríamos juntos. Creyó que mi llamada era para verificar los detalles de la boda, y traté de responder como mejor pude lo que me preguntaba, procurando no parecer preocupado.

Fueron dos días complicados los previos a la boda, no había nada más hermoso que saber que estaba a punto de casarme con la mujer que me hacía vibrar de pies a cabeza, la que activaba un Fuego Interno indescriptible, pero esas “verdades” que se me habían “revelado” recientemente no me cuadraban con toda la felicidad que yo debería estar sintiendo. La noche anterior a la boda me refugié en la casita del árbol. Mi mamá no quiso intervenir, ella estaba viviendo días intensos también porque se le confirmaba lo que le habían revelado en el

Desierto, además de que estaba ocupada con la organización de la boda y con la visita de Pedro, tan esperada por ella.

Ahí, por primera vez desde la visita con aquel hombre de poder, lloré. Necesitaba hacer que aflorara lo que sentía, que era muy confuso, pero al liberarlo empecé a ver con mayor claridad y pude lograr que mi aura recuperara más o menos sus tonalidades naturales. Encendí una velita que tenía por ahí y me dispuse a escuchar. No quería hablar porque mis palabras podían traerme incluso más confusión. Necesitaba escuchar una voz más poderosa que la de mi mente, sólo ella podría traerme paz y calma. Y cuando puse mi mente en blanco las frases de poder comenzaron a llegar: “No porque te cases con ella, ella será tuya”, “nadie posee a nadie”, “entrégamela y sabré qué hacer con ella”, “sólo cuando sueltas el control te permites disfrutar el viaje de la vida”.

Dos ríos de lágrimas recorrían mis mejillas. “Entregársela a Dios” era la clave para recuperar mi calma, y seguramente esa era mi gran lección. Así lo hice, visualicé el aura de Minerva cerca de una gran luz, la luz de Dios, del Gran Espíritu, y me sentí reconfortado, porque sabía bien que a Su lado nada malo podría ocurrirle, a Su lado yo nada tendría de qué preocuparme. Después me puse en brazos de Dios, y sentí una gran paz al ser solamente el copiloto de mi vida y permitir que el Gran Espíritu fuera el piloto. Finalmente invoqué a mi padre y dialogué con su Espíritu por más de veinte minutos. Me dijo que disfrutaría mucho mi boda desde donde estaba y me prometió cuidar de mi madre en los días que yo estuviera de luna de miel alejado del rancho.

Volví renovado a la casa, lo que también le regresó la tranquilidad a mi madre. Apoyé en lo que pude con los preparativos y por la noche tuve una cena privada y larga con mi madre. Repasamos lo vivido juntos en los últimos años, me contó algunas historias de cuando era niño que yo desconocía y que ya aquí te he contado, y renovamos nuestra alianza y pacto de amor que siempre habíamos tenido. Pasaría dos semanas de luna de miel con Minerva en una cabaña rentada en Zacatlán de las Manzanas y después nos mudaríamos al rancho en donde construiríamos nuestra propia casa a unos 150 metros de la de mi madre. Mi madre me dijo que me iba a extrañar estas dos semanas, pero noté cierto tono hasta de emoción porque yo estaría lejos. Pronto me cayó el veinte de que en realidad ella no estaría sola en esos días, sino que estaba organizando las cosas para pasarlos con Pedro.

Capítulo 30

Fue una boda al estilo Zapoteco, pero con toques muy nuestros, o más bien de mi mamá y de Minerva. Por suerte ellas no tuvieron mucho lío en ponerse de acuerdo, como he escuchado que algunas suegras y nueras tienen. Fueron 120 invitados que gozaron junto con nosotros. Minerva y yo no nos despegamos ni un minuto, pues cada cual disfrutaba al máximo con la presencia del otro. Por momentos sentí miedo del futuro, sobre todo por los presagios de las estrellas, pero me calmaba la idea de haber puesto tanto a Minerva como a mí mismo en los brazos de Dios.

Todo comenzó a las 11am con dos procesiones o caminatas, una de los hombres en la que yo caminé al frente, ayudado por Cristóbal, y otra de las mujeres en la que Minerva caminó al frente. Ella partió de su casa hacia el jardín que rentamos para la boda después de que una curandera le hizo una limpia con copal y palo santo, y nosotros partimos del rancho del Chamán Enrique después de que él y su ayudante me dieron unas infusiones purificadoras y energizantes. A ambas procesiones nos tomó unas dos horas llegar al lugar de la boda. Pude ver y sentir el aura de mi amada, en la distancia, andar hacia mí. Se sentía decidida y expandida y mi aura se veía clara y equilibrada.

Ambos grupos se reunieron y nos rodearon a ella y a mí, y a lo lejos comenzaron a sonar unos tambores. La mujer de mayor edad, la abuela de mi padre, ya de 98 años, se acercó y colocó una manta en los hombros a Minerva, la cual había sido bordada por 12 abuelas, manta en la que cada una de ellas tejió motivos hermosos de la Naturaleza, a manera de buen augurio y abundancia. Mi madre le colocó a Minerva una corona de rosas en su cabeza, simbolizando que ella, quien había sido la mujer más importante en mi vida hasta ese momento, ahora le cedía su lugar a la que estaba por casarse conmigo. Ese momento fue uno de los más especiales del enlace, saber que mi mamá aprobaba este matrimonio y que me pedía que todo mi enfoque de vida ahora fuera para Minerva.

Don Enrique y Doña Elba, quien había copaleado a Minerva al salir de su casa, nos guiaron por un camino bordeado de flores hasta un altar sobre el suelo que había sido armoniosamente elaborado de puros elementos de la Naturaleza: maíz, semillas de cacao, recipientes con agua, plumas de águila y cóndor, ramas de plantas aromáticas y medicinales, veladoras e instrumentos prehispánicos de música. Ahí Minerva y yo nos sentamos en el suelo, y los tambores ahora fueron acompañados por una flauta. Los invitados se sentaron en sillas y nosotros sobre unos cojines colocados sobre unos petates.

Doña Elba le pasó un recipiente de cáscara de Coco lleno de Cacao a Minerva, primero ella lo bebió, y después me dio de tomar en la boca, en representación de que ella quedaría a cargo de la alimentación en nuestro hogar; el Cacao me cayó de perlas porque no me había dado tiempo a desayunar y la caminata había sido larga. Fue entonces cuando Minerva empezó a pronunciar unas palabras inolvidables para mí y para los presentes:

“Que mi boca se abra para manifestar las palabras de mi corazón,
Que mi corazón se inspire en el amor que mi madre me tuvo y en la fuerza de mi padre,
Que todo mi linaje bendiga este momento, sagrado momento de amor.
Sea yo y sean mis palabras, testigos de que el amor existe,
Testigos de que el amor es tan real como el canto de los pájaros y las tormentas de agosto.
El amor se teje en el plano invisible,
Pero se materializa y se vuelve visible en los seres humanos.
Desde que vi a Yao salir de entre los árboles mi corazón salió de su armadura,
El amor te sacude, te ablanda, te regresa a tu estado original.
Hoy me entrego, a mis quince años, en total voluntad y decisión, al amor,
No a un hombre, sino al amor de Dios depositado en un hombre.
Hoy me entrego completa porque en partes no se puede vivir,
Completa voy y vengo, y hoy me voy al lado de Yao.
No tengo miedo a lo que él haga conmigo, porque sé que será Dios quien actúe en él hacia mí.
Hoy, frente a todos ustedes como testigos, declaro que deseo ser la mujer de Yao, el hombre más auténtico y sensible que he conocido.

Hoy, frente a todos ustedes como testigos, declaro que deseo ser la madre de los hijos de Yao, quien será tan buen padre como mi padre lo ha sido conmigo.

Prometo que no pasará un día sin que bese su boca, su mejilla o su frente, Prometo que nunca me llegará la noche sin haberle dedicado pensamientos hermosos,

Prometo que no habrá jornada en la cual no le agradezca a Dios el haberlo conocido.

Yao, quiero ser mucho más que tu esposa, quiero ser tu amiga, tu aliada, tu maestra en ocasiones y tu aprendiz en muchas otras.

Que Dios nos bendiga siempre y que nos susurre sus consejos al oído todos los días,

Que la Madre Tierra nos abrace con su abundancia y que nos enseñe el camino de la fertilidad”.

Minerva dejó de hablar y algunos sollozos se escucharon a lo lejos, entre ellos los de su papá. El Viento delicioso nos abrazaba y la música engalanaba el momento. Era mi turno y como pude hablar lo hice, aunque de manera más corta, porque el nudo en mi garganta me impidió seguir hablando.

“Recibo emocionado tus palabras, Minerva, las cuales han salido de lo más profundo de tu corazón.

Cuando te conocí descubrí una parte de mí que no conocía y el brillo en mi aura cuando estoy en tu presencia es prueba clara de que algo sucede en mi cuando estoy a tu lado... y cuando tomo Cacao.

(Los presentes se rieron con esa precaria rima, nosotros también y eso me permitió hablar con mayor fluidez).

Mi padre en el cielo sabe lo que siento por ti,

Y tu madre en el cielo se asegurará de que siempre lo sienta.

(Otra vez todos rieron, y Minerva derramó algunas lágrimas pero mantuvo su aura de felicidad).

Amo a mis padres como sé que tú amas a los tuyos,

Amo a Dios, el tejedor de nuestras vidas, y sé que tú también,

Que sea esta la base para que el Fuego del Amor se mantenga vivo en nosotros por siempre.

Deseo que seas mi esposa y deseo ser el padre de tus hijos,
Seamos en pareja un instrumento vivo de Dios y la Madre Tierra para
contagiarle fe y esperanza a los demás, para que comprueben que el amor
existe y que es tan real como el palpitar de nuestros corazones.
Prometo celebrar tus risas en cada momento,
Prometo honrar los alimentos que prepares,
Prometo agradecer cada día que Dios nos permita esta juntos.
Prometo serte fiel siempre y que la fidelidad hacia ti sea el mejor acto de
amor hacia mí mismo.
Que los aquí presentes compartan esta felicidad que hoy sentimos tú y yo
por nuestras vidas y por nuestro matrimonio”.
(Los presentes volvieron a reír en señal de celebración y aplaudieron
emocionados).

Al terminar de hablar, el ayudante de Don Enrique hizo sonar el caracol de mar a los cuatro vientos e iba recitando hermosas palabras en zapoteco. Al mismo momento varias niñas esparcían pétalos de flores sobre nuestras cabezas y a nuestro alrededor. Mi madre y Romeo se acercaron después, extendieron la manta que la abuela le había colgado en los hombros a Minerva, y ahora la colocaron alrededor de ambos, como abrazándonos con ella. Mi madre me contó después que mientras lo hacía había observado, entre los árboles cercanos, una silueta con un gran penacho.

Entonces las doce abuelas que habían tejido la manta nos levantaron y nos guiaron hasta la gran mesa del banquete, en donde ellas bendijeron todos los platillos que cada una había preparado como era costumbre en aquellas regiones y épocas. Cada una de las abuelas fue depositando en un botellón de cristal las semillas de frutos y plantas usadas en la producción de sus alimentos y al final nos lo entregaron con la intención de que la abundancia natural y los secretos de su cocina los aprovecharíamos nosotros en nuestro hogar. Fue una ceremonia hermosa en la que todos nos conectamos con la Pachamama y con los alimentos que ella nos ofrece. Los alimentos fueron veganos para mantenernos en la línea de nuestras creencias y formas de comer, y los invitados ni cuenta se dieron ya que los alimentos eran deliciosos y abundantes.

También ofrecimos bebidas propias de nuestra región, pero con infusiones de plantas poderosas y aromáticas. Para abrir el apetito dimos horchata con canela y anís, atole adicionado con cacao y achiote, tepache aromatizado romero,

y panela de caña con menta. No podía faltar el mezcal que mandamos traer del sur del estado en donde una curandera nos lo cantó y rezó, y nos lo envió en dos versiones, saborizado con frutos cítricos, y otro con toques de maderas de la región.

Durante la comida, aproximadamente a las cuatro de la tarde, la música chamánica fue dando paso a una música más movida yailable que culminó con los danzantes zapotecas del valle de Teotitlán. No pude ver sus atuendos, que me describió Minerva como hermosos, pero pude escuchar el sonar de las flautas de carrizo, tambores, sonajas y caparazones de tortuga. Nuestra primera pieza la bailamos ella y yo, rodeados por los danzantes típicos, y después de ahí estalló la música ranchera y grupera que muchos nos pidieron para bailar.

En vista de que los novios no pueden irse de la fiesta de bodas hasta que todos los invitados se hayan ido, tuvimos que quedarnos hasta ya muy entrada la noche, aún en contra de nuestra voluntad pues ya queríamos descansar y estar solos ella y yo. Mi madre se despidió de mi como a las once de la noche, al parecer algún plan traía entre manos, pero no la cuestioné. Don Romeo, un tanto briago, nos dio muchos abrazos al despedirse y lloró a pierna tendida en mi hombro rogándome que cuidara a su hija.

Un tío de Minerva nos llevó a la cabaña que habíamos rentado por dos semanas para nuestra luna de miel, sagradas tradiciones que nos permitían disfrutar de este periodo permaneciendo lejos del bullicio. Llegamos allí como a las dos de la mañana, pero el cansancio era inmenso y preferimos contenernos para no dejar el fuego a medio encender. Pero a la mañana siguiente sucedió el milagro.

Capítulo 31

Me despertaron sus caricias. Ella, mi esposa, pasaba suavemente su mano por mis cabellos. El Sol aún no salía pero el calor en ella ya se había despertado. Ella había contenido ese Fuego en su interior por mucho tiempo, igual que yo lo había hecho. La sentí más cerca y más libre que nunca y el vaho de su aliento comenzó a calentar mi oído. Sus pies desnudos comenzaron a jugar con los míos debajo de las sábanas. Comencé a sentir un volcán en mi interior, al igual que muchas dudas, pues no sabía qué hacer o por dónde empezar. Tenía claro el objetivo, y algo recordaba que Cristóbal me había platicado de lo que uno como hombre tenía que hacer, pero preferí entregarme a los instintos, sin pensar en el proceso, tan sólo siguiendo la guía de nuestros corazones.

Ella, atrevida y amorosa como siempre, llevó sus labios a los míos. Sentí que mi cuerpo se conectaba a una corriente sagrada y que esta fluyó por todo mi cuerpo. ¡Minerva era una poderosa fuente de energía y me la transmitía toda! Con mis labios primero, después ya con más confianza con mi lengua, recorrí cada rincón de sus labios y luego de su boca entera. Hubo un momento en que dejé de saber cuál era mi saliva y cuál era la suya, todo se entremezclaba y ese era justo el objetivo.

Ella, con un movimiento intempestivo y sin separar sus labios de los míos, giró y se subió sobre mí echando a un lado las sábanas. Justo en ese momento comencé a sentir el calor de los rayos del Sol colarse por las cortinas. Respiré su aliento por varios minutos hasta que, un poco asustado, dejé de respirar por unos segundos, justo cuando ella tomó mis manos y las llevó a sus pechos. La piel de mis manos sentía por primera vez la piel excitada de los pechos de una mujer. Al recuperar mi aliento no pude dejar de sonreír y entonces sentí que atrapaba sus pezones alzados entre mis dedos. Era como si sus pechos habían sido hechos para mis manos, parecían que mis manos habían sido diseñadas para acariciar sus pechos.

Ella comenzó a mover sus caderas hacia adelante y hacia atrás, frotando su entrepierna con aquella parte de mi cuerpo que ya deseaba encontrar refugio en el interior de su cuerpo. Ella me despojó de mi camisa, para que yo estuviera desnudo de arriba como ella ya lo estaba. Se echó encima de mí y besó todo mi pecho, mientras la temperatura en mí subía, aunque creía que estaba ya hirviendo por dentro. Veía que su aura hermosa, con vida, se ampliaba y contraía con cada una de sus respiraciones. Y en ese momento pensé: “Que Dios nos abrace en este momento, que Dios nos permita estar con Él en esta primera vez que hacemos el amor y en cada día de nuestra vida”.

Ella se quitó su calzón, lo pasó por mi pecho para que yo lo supiera, y después me fue quitando suavemente el mío. Volvió a subirse sobre de mí, pero ahora pude sentirla al rojo vivo. Se movió sobre mí por varios minutos hasta que supo que estaba lista para recibirme en su interior. Ella se encargó de la unión, que primero se dificultó pues también era su primera vez, pero al cabo de muchas caricias y más besos, la naturaleza de nuestros cuerpos se encargó de hacer que todo fluyera.

Puse mis manos en su cintura, la cual sentía subir y bajar sobre mi cuerpo. Me mantuve por un tiempo acostado, pero después me levanté desde la cintura, ella me abrazó con sus piernas, y unimos completamente nuestros pechos y bocas. En ese momento pude visualizar una estela de luz que salía de mi cuerpo en mi exhalación, entraba por la suya en la inhalación, recorría su cuerpo y después salía de su vientre hacia mi cuerpo. Una curva luminosa fluía por nuestros cuerpos y nos unía en una sola entidad. Fue el momento más majestuoso de toda mi existencia, la amaba, me amaba, éramos uno y compartíamos hasta el sudor.

Me dijo cosas hermosas al oído, le regresé las palabras más bonitas que pude encontrar en mi corazón en esos momentos. El calor seguía elevándose al ritmo de nuestros jadeos. Sin planearlo pude sentir que nuestros cuerpos habían tomado un ritmo para respirar y moverse en sincronía, y una vez que íbamos en la misma frecuencia rítmica, ambos comenzamos a acelerar los movimientos pélvicos y las respiraciones. Mis manos, exploradoras, la tomaron a ella por los glúteos, sentí que tenía un tesoro en mis manos y me provocó acelerar aún más. En eso ella me dijo al oído, estoy lista para volar cuando tú lo estés. Yo no sabía exactamente a qué se refería, pero me pasó por la imaginación que para volar se necesitaba más velocidad, y aceleré mis movimientos. Un par de minutos más y el milagro sucedió. Ella estalló por dentro, pegó dos largos gritos y me abrazó con gran fuerza. Yo visualicé una luz blanca intensa subiendo por mi columna abriéndose paso por cada vertebra hasta llegar a mi cabeza, y ahí estalló en mil

colores. Tenía mis ojos cerrados cuando alcancé ese momento sublime, y cuando los abrí pude ver la cabellera de Minerva, después su oreja y luego el resto de su cuerpo desnudo entrelazado con el mío. Levanté una de mis manos y la vi claramente, primero el anverso, luego el reverso. Vi un rayo de Sol que entraba por la ventana y que iluminaba mi cara. Cerré mis ojos, le rogué a Dios que no fuera un sueño, los volví a abrir y me percaté de que realmente veía.

“Te veo”, le dije. Ella no reaccionó, seguía semiinconsciente, recostando sobre mi hombro su cara empapada en sudor. Le repetí: “Te veo claramente Minerva”. Ella, recuperándose, levantó su cara y me miró fijamente a los ojos, pero estaba tan sorprendida que seguía callada. Yo seguí: “Tus ojos son de un negro pálido, en el centro tienen un pequeño círculo más negro. Eres aún más hermosa de lo que imaginé. Y en tus ojos veo reflejada la silueta de mi rostro. Wow, ese que se refleja en tus ojos soy yo”. Ella no daba crédito a lo que estaba sucediendo y por unos minutos continuó muda.

Después, queriendo asegurarse de que no era un sueño lo que estábamos viviendo, me tapó los ojos con una de sus manos, la mantuvo ahí por unos segundos y después la retiró preguntándome: “¿Me sigues viendo?”. A lo que yo le respondí que estaba viendo a la mujer más hermosa que jamás hubiera existido, que si ella era esa mujer entonces sí estaba viendo. Observaba cada poro de su piel y la energía que desprendían, y la transparencia de las gotas de sudor recorriendo su piel me parecía espectacular. Y de hecho captar su mirada sorprendida al verme descubriendo curvas y figuras a lo largo de su cuerpo me resultó increíble.

“Ahora entiendo, hermosa mía, que el amor es la medicina más grande que existe, lo cura todo, hasta mi ceguera”. Ella, apenas saliendo del trance, respondió: “Dios te quería ciego por algo, ahora te quiere vidente por algo más. Esto no es un milagro, eres el testimonio vivo de que el cuerpo es tan sólo el reflejo de los deseos de Dios y de nuestro Espíritu”. Volvió a besarme y me dijo: “Ahora podrás ver estos labios que te besarán y te dirán ‘te amo’ todos los días, ahora podrás ver mis pechos excitados al sentirte cerca, y algún día podrás ver la cara sonriente de nuestros hijos corriendo a nuestro alrededor”. Coloqué frente a mis ojos el dedo índice de mi mano derecha, lo puse suavemente en la base de su frente, entre sus ojos, y comencé a pasearlo delicadamente por su cuerpo. Primero observé y sentí su nariz afilada, después sus labios enrojecidos, después su cuello sudado. Llevé después mi dedo por el centro de su pecho, por su ombligo hundido y lo detuve muy cerca de su entrepierna. “Ya te amaba Minerva, ahora te idolatro amada mía. Eres la mujer más bella que he visto en toda mi vida, je je...” y ambos reímos.

Entonces me espabilé del trance del amor y le dije: “Mi madre tiene que saber que ya veo, amor”. Ella me respondió: “Lo sabrá antes de que el día termine, pero antes quiero que me pliques todo lo que sentiste mientras hacíamos el amor, y quiero yo contarte lo que viví, si acaso mis palabras pueden describir lo mágico del momento”.

Acepté y nos tendimos desnudos sobre la cama. Ella me platicó, de manera mágica, lo que había experimentado. Yo hice lo mismo tratando de encontrarle explicación al cómo ese proceso tan maravilloso había culminado en mi sanación visual. “¿De cuántas otras condiciones, menos evidentes como mi ceguera, serían capaces de sanar las parejas al hacer el amor verdaderamente?”, pregunté en voz alta. “Deberíamos dar terapias de sanación con técnicas para hacer el amor, pero para eso tenemos que volvernos unos expertos. Esta fue apenas la primera vez, ¿qué será cuando seamos maestros en el arte de la pasión?”, dijo ella y los dos nos reímos con intensidad.

Me llamó la atención una planta que estaba al fondo de nuestra habitación y me surgió el deseo de ir a explorarla visualmente. Me iba a levantar de la cama pero sentí un poco de mareo, no sabía si había sido la enorme oxigenación durante la pasión, o que ahora veía las cosas y mi sentido de navegación no se había adaptado todavía. Me levanté con cuidado de la cama, sosteniéndome de todo como acostumbraba hacerlo, y observé con curiosidad la forma como mis pies descalzos pisaban el piso de madera. Di un par de pasos y pasé frente a un vidrio plateado colgado en la pared. Minerva me dijo: “Eso que ves es un espejo, en él podrás verte”. Detuve mi andar y giré levemente mi cabeza frente al cristal. De pronto un ser que aún no reconocía apareció allí. “Soy yo, esta es mi cara”, expresé; “y es hermosa”, dijo Minerva que observaba aún sorprendida lo que estaba ocurriendo. Toqué cada parte de mi cuerpo para reconocerme y cerciorarme que sí era mi rostro, me peiné, luego me despeiné, sonreí, luego hice cara de enojado, saqué mi lengua, abrí y cerré la boca. Finalmente volví a cerrar los ojos y rogué a Dios que cuando los volviera a abrir aún pudiera ver. Y así sucedió, tras abrirlos me veía en el espejo nuevamente.

Seguí mi camino hacia la planta y observé en detalle sus hojas y su tallo mientras la acariciaba: “Es mágico todo lo que Dios ha creado. Y es muy similar lo que veo en tu piel y la textura de estas plantas”. Escuché a un pajarito cantar muy cerca de nuestra cabaña, pelé grandes mis ojos y Minerva intuyó que quería ir a verlo. Ella salió de la cama, seguía desnuda. Traté de detenerla, pero me dijo que no había nadie que nos viera a varios kilómetros a la redonda. Al salir pude ver el sol darme en la cara, giré mi mirada y vi muchos árboles, y sobre uno de

ellos un petirrojo hermoso cantando. Me acerqué sigilosamente y emprendió el vuelo, fue hermoso ver como sus alas se movían rápidamente en pleno vuelo, y también logré ver su aura azulada. Era mágico, ahora la visión de la realidad se entremezclaba con la visión de las auras o energías.

Corrí hacia un árbol y lo abracé muy fuerte como queriendo abrazar a Dios para darle las GRACIAS. Entonces volteé hacia abajo y observé con detalle mi propio cuerpo. Sentí por unos momentos que yo había ‘poseído’ a una maravillosa mujer y supe que me llevaría algunos días adaptarme a ver mi propio cuerpo. Nos tomamos de la mano, después la abracé y volví a besarla, le dije que no quería vestirme, que quería pasar mis días a su lado permaneciendo desnudos y haciendo el amor. Y ella me dijo: “¿Ahora también lees la mente?, porque era justo lo que estaba pensando”.

El resto del día fue mágico, como lo había sido todo entre ella y yo. Me preparó fruta para desayunar y la acompañamos con Cacao con leche de almendras. Ella me iba indicando cuál era el nombre del color de lo que yo veía, y yo disfrutaba escuchándola. Conversamos acerca de la boda, de los momentos más icónicos y de los más divertidos. Abrimos algunos regalos que nos habían dado, desde grandes canastas con alimentos y dulces de la zona, instrumentos de cocina, un libro de la historia del chamanismo, una copalera, unas maracas, inciensos y hasta unas cobijas.

Pasado el mediodía nos vestimos y le pedí que fuéramos a buscar un teléfono, que ya quería llamar a mi mamá. Así lo hicimos, para tener tiempo de ir y volver, pues la tiendita más cercana quedaba a unos veinte minutos caminando. Caminar de la mano de Minerva y compartir con ella el milagro de ver, oler, sentir, escuchar era como estar en el Cielo, no podía pedirle nada más a Dios ni al Espíritu de mi padre.

“Hola, mamá”.

“Hola, hijo mío hermoso, ¿cómo están los recién casados?”.

La noté un poco más alebrestada y entusiasta de lo normal. Imaginé que era por mi llamada.

“¿Cómo llegaste al rancho?, me quedé un poco preocupado al saber que irías tan de noche al rancho”.

“Llegamos perfecto hijo, ya sabes que Pepe maneja mejor de noche que de día, y mejor cuando me duermo en el camino que cuando vengo pidiéndole que tenga cuidado al manejar”.

Los dos reímos un poco.

“Pues te deseo que la sigan pasando increíble, hijo mío, los espero a los dos acá en dos semanas, su casita ya casi está lista”.

Algo le pasaba a mi mamá, estaba apurada por terminar la llamada, nunca la había sentido así.

“¿Está todo bien, mamá?”

“Claro hijo, mejor que nunca, estoy feliz por saber que tú estás feliz. Me saludas mucho a Minerva”.

“Mamá, mamá, espera, tengo algo importante que decirte”.

Al fin sentí que captaba toda su atención y entonces me dijo:

“Te escucho hijo, dime”.

Tomé aliento para revelarle el milagro. En mi mente me cuestioné si debía decirle cómo había ocurrido y decidí sin miedo que sí.

“Hoy por la mañana sucedió algo maravilloso. Minerva y yo seguimos sorprendidos. Ocurrió justo en el momento de mayor felicidad cuando hacíamos el amor”.

“Hijo, sé de esas cosas, te agradezco por querer contarme, pero no tienes que hacerlo. Sé lo que se siente y es mágico”.

Volví a retomar la algarabía que traía, algo raro le ocurría.

“Mamá, espera, espera, lo que te voy a decir va más allá de cualquier sensación pasional. ¡Ya no soy ciego, veo, veo mamá! Dios me regresó la vista y ahora veo los ojos de Minerva, el Sol, las plantas y mi propio cuerpo”.

Se hizo un silencio largo al otro lado del teléfono y yo continué:

“Yo tampoco lo podía creer al principio, creí que era un sueño, pero es realidad, ya veo. Veo los números en las teclas de este teléfono, veo la cara de la señora que atiende esta tiendita, veo el gato que camina por aquí ronroneando, veo las frutas y verduras que tienen aquí en venta ...”

Mi mamá comenzó a llorar.

“Sabía, sabía que Dios nos haría el milagro algún día, sabía que tu padre y mi madre intercederían. Cada viaje que hicimos, cada menjurje que nos dieron los hombres y mujeres de poder, cada esfuerzo, cada sacrificio, cada lágrima. Hijo de mi vida, esto no es un milagro, es la conclusión de una secuencia de eventos de amor, de esfuerzo, de fe, de entrega. Te amo y me amo, amo la vida, amo a Dios. Esto lo tienen que saber Gertrudis, Arteago, La Bruja Inés, el hombre de las regresiones en Coyoacán, Luna la Danzadora, Felipón y Bety,

Pedro, la Tía Miranda y Don Enrique. Tenemos que agradecerles su apoyo a todos, y a cada maestra y maestro que te han dado clases, y a cada trabajador de Las Polvoronas y de aquí del rancho. Quiero gritar de felicidad hijo mío, te amo, te amo. GRACIAS Dios”.

Mi mamá estaba desatada, por supuesto que la noticia era increíble, extraordinaria, pero dentro de ella circulaba un tónico más que sólo la alegría y la gratitud, el amor hacia mí y la confianza en Dios. Luego lo entendí, su cuerpo estaba lleno de pasión, a su lado tenía a Pedro besándola por todos lados queriendo que volviera a la cama, de la que no habían salido por horas. Lo habían planeado todo en los últimos meses, se habían extrañado por más de tres años, y desde aquel beso que se dieron en el portal de nuestra casa, ambos se habían quedado con el deseo de mucho más. Cuando lo supe me dio mucha alegría por mi mamá, y su aura fue diferente a partir del reencuentro con Pedro.

La llamada terminó y volvimos a nuestra cabaña al ponerse el Sol. Hubiéramos tardado unos veinte minutos caminando, pero nos tomamos más de una hora, reconociendo plantas, arbolitos, pajaritos, ardillas y hasta hormigas que se nos atravesaban. Poder ver las mariposas fue majestuoso, mucho más hermosas de como las había imaginado.

Volvimos a hacer el amor. Ser capaz de ver a Minerva, mi musa, mi amada, mientras sucedía aquella danza de la pasión, del fuego, de la magia espiritual encarnada en dos seres que se aman, fue simplemente espectacular. “¿Qué hice yo para merecer tanto?”, me preguntaba en silencio. “¿Qué tendré que hacer de ahora en adelante para compensar tantas bendiciones recibidas?”. A veces los regalos de Dios son posteriores a mucho esfuerzo, en otras vienen por adelantado y te motivan a darlo todo para sentirte merecedor de lo ya recibido.

Pasamos unas horas en el exterior y vimos las Estrellas, pues había escuchado mucho de ellas y tenía verdaderas ganas de verlas. La luna, muy tenue en la distancia, preciosa, nos permitió apreciar las Estrellas. Entrada la noche hicimos una pequeña fogata. Nunca había visto el Fuego y me sorprendí de no sorprenderme al verlo por primera vez. Compartí con Minerva el saber que ese Fuego era muy similar al fuego que yo había visto en mí en los días de silencio y ayuno antes de encontrarme con ella, y era también muy similar al que había visto la primera vez que hicimos el amor y sintiéndolo como una energía que recorría todo mi cuerpo desde mis genitales hasta mi cabeza. “Seguramente ahí está el secreto, elevar el fuego de la creación a tu cabeza y a tus ojos”, me dijo ella como descubriendo el misterio.

Habíamos planeado estar ahí durante dos semanas, pero Minerva comprendió que yo tenía muchas ganas de ver a mi madre, el rancho, a los trabajadores, la casita en el árbol, los sembradíos de Cacao y Yaca, así que al octavo día regresamos. Romeo, su papá, nos llevó hasta El Penacho. No paró de cuestionarme en todo el camino sobre mi proceso de sanación, yo sentía que llegó a dudar hasta que yo hubiera estado ciego por más de 14 años y que ahora fuera capaz de ver.

Capítulo 32

Llegamos al rancho, todo lucía muy tranquilo y callado, pero cuando rodeamos la casa una multitud nos recibió con una gran algarabía. La música comenzó a sonar, al fondo uno de nuestros trabajadores lanzó cohetes al aire y mi madre corrió a abrazarme. La miré por primera vez, era tan delgada que mis brazos la rodeaban fácilmente, de baja estatura, cabello largo y negro, piel tostada, una sonrisa gigante, ojos luminosos... y lloré al abrazarla. Detrás de ella estaban Pepe, Cristóbal, mi abuela paterna, varios trabajadores del rancho y otros tantos colaboradores de las panaderías que habíamos tenido tiempo atrás. Estaba Don Enrique y su asistente, Luna la Danzadora, Don Arteago y Gertrudis, pero a las que más me sorprendió ver fue la Tía Miranda y a Petra.

Algunos de los pacientes que había tenido y a quienes había ayudado a sanar también fueron convocados por mi madre, al igual que las dos maestras que había tenido, las cuales por supuesto también festejaron mi recuperación. ¡Pude ver a los ojos a tantas personas a las que antes sólo conocía por voz, aroma y aura! Por ahí entre los invitados había un hombre, que fue uno de los últimos en acercarse a mí. Al notarlo un poco nervioso adiviné que algo se traía entre manos. Al cabo de un rato de muchos abrazos y celebración, en que la comida ya comenzaba a circular por mesas de tablones alargados, mi madre se acercó a ese hombre, lo tomó de la mano y me dijo. “Yao, hijo, él es Pedro, lo conociste hace algunos años y desde entonces nos ha comprado mucho Cacao”. Supe de inmediato lo que sucedía, había armonización entre sus auras como recientemente había notado que se había dado entre mi aura y la de Minerva. Entonces sonreí plenamente y le dije: “Lo sé madre, sé que él es Pedro, puedo imaginar que entre ustedes hay algo más que una simple amistad, lo notó en tu sonrisa, madre y en tu actitud, lo noto en los ademanes de Pedro. Pero tienes que saber algo, estimado Pedro, deseo la felicidad de mi madre por sobre todas las cosas, y si en tu compañía ella

es feliz, te acepto de todo corazón como parte de la familia”. Lo abracé también y sentí que él se relajó y valoró cada una de mis palabras”. Cerré diciéndole: “Pero si te portas mal con mi madre, terminarás dentro de la trituradora de Cacao, ¿eh?”. Los cuatro, incluyendo a Minerva, nos echamos a reír.

Y estando en medio de la fiesta de sanación, aparecieron una reportera y un camarógrafo. Noté a Minerva un poco sorprendida, se acercó a ellos y comenzaron a dialogar, después la seguí yo y pregunté qué ocurría. Ellos se habían enterado de que un ciego había recuperado la vista y querían reportarlo, y yo accedí a pesar de que Minerva no estaba tan de acuerdo, pero limité mis comentarios a decir: “Dios actúa de diferentes maneras para todos y todas. Dios no olvida a nadie, a unos les manda unas bendiciones y a otros otras. Tenemos que aprender a agradecer lo que Dios nos concede y a mi me concedió casarme, tener una madre hermosa y ahora la posibilidad de ver. Ver hacia afuera es una bendición, pero nunca olvidemos que lo más hermoso siempre estará adentro, eso yo tuve el privilegio de verlo a lo largo de catorce años. No se dejen distraer tanto por lo que ven afuera, que adentro está el camino que tenemos que seguir”. Y me retiré de ellos para continuar celebrando. Ellos quisieron preguntar cómo lo había logrado, pero aún no estaba listo para hablar tan públicamente del proceso. Para algunos podría haber sido un milagro momentáneo, pero para mí y para mi madre había sido un milagro que nos había tomado catorce años, además de los meses de embarazo.

Poco a poco la gente se fue despidiendo y al caer la tarde en el portalito sólo quedamos Pedro, mi mamá, Minerva y yo, tomando Cacao y recordando mucho el camino recorrido con hombres y mujeres de poder. Para Pedro todo era novedad, para Minerva la gran mayoría también, así que ellos escuchaban atentos mientras nosotros, felices, contábamos las historias. De las que sucedieron antes de los cinco o seis años yo no me acordaba muy bien así que me sirvió mucho escuchar a mi madre para recordarlas. Llegó la noche y, como nuestra casa aún no estaba lista, y sabiendo que podría ser incómodo que mi madre o Pedro hicieran mención sobre cómo acomodarnos en las recámaras, yo mismo planteé el tema: “Mamá: Minerva y yo iremos un ratito a la casita del árbol, tengo muchas ganas de verla a todo color, después volveremos y dormiremos en mi recámara. Sugiero que ustedes duerman en tu recámara, ya que Pedro es tu *más-que-amigo oficial*”, todos reímos, ellos un poco nerviosos pero contentos con mi aprobación.

Al día siguiente, apenas al despuntar el alba, tocaron la puerta dos hombres, eran los hermanos Jaguar. Los reconocí en seguida por su aura, que hacía apenas

muy pocos días había visto. Les pedí que platicáramos en el portal puesto que los demás seguían dormidos. Me dijeron que el rumor se estaba esparciendo, que pronto llegarían miles de personas a buscarme para que les ayudara a sanar. Me dijeron que yo tenía que estar protegido porque personas con malas intenciones se mezclarían entre los que legítimamente buscaban ayuda, y buscarían hacerme daño. Me dijeron que ser parte de la Hermandad Jaguar me garantizaría protección. Les dije que de ninguna manera yo aceptaría aislarme de mi esposa y de mi madre y que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo, que me ponía en manos de Dios, que él decidiera lo que habría de ocurrir de ahí en adelante. Me dijeron que después de una larga deliberación con todos los hermanos habían decidido que mis ‘poderes’ eran de tal magnitud, para beneficio de la humanidad, que podían hacer una excepción a la regla y que estaban dispuestos a aceptarme como Jaguar aún sin desprenderme de mi familia. Les pedí unos días para reflexionarlo.

Y ellos tenían razón, la cobertura de medios y el rumor de boca en boca de mis propios pacientes que habían acudido a la fiesta, invitados por mi mamá, hizo que poco a poco más y más personas llegaran al rancho El Penacho buscando algún remedio, cura, o aliento a su situación. Me decían Sanador, me decían Curandero, me decían el Joven Chamán, yo les pedía que sólo me dijeran Yao. Pedro, quien había llegado para pasar dos semanas con mi madre, decidió quedarse un periodo más prolongado y nos fue de mucha ayuda porque nos ayudó a definir un nuevo estacionamiento para vehículos a la entrada del terreno del rancho, lejos de la casa de mi mamá y de la que sería la casita de Minerva y mía. De ahí trazamos un camino lleno de vegetación, desde el estacionamiento hasta un jardín en donde esperaban los pacientes, para que cupieran más personas. Después creamos otro caminito que conducía hacia mi choza-consultorio, que no quise que le cambiaran nada porque ahí me sentía muy cómodo.

Pedro sugirió que mientras los pacientes esperaban, al igual que sus familiares o acompañantes, también podíamos ofrecerles un tour por los plantíos y por la fábrica de Yaca y Cacao, y que terminaran en una tiendita de productos que ahí producíamos. Al principio me opuse por considerarlo muy comercial, pero después entendí que si vendíamos un producto orgánico y sumamente saludable, no teníamos por qué sentirnos mal por tenerlo ahí disponible para quien en su libre albedrío quisiera comprarlo.

Algunos días un hermano Jaguar se la pasaba todo el día rondando por ahí y me decía que andaba “olfateando y verificando que no hubiera amenazas cercanas”. Yo no quise tomar muy en serio sus preocupaciones y me centraba

en mi trabajo de ayudar a cada persona a redescubrir sus poderes internos. Y aunque las consultas al principio eran uno a uno, como lo habían sido por varios años, muy pronto tenía demasiados pacientes y a Pedro se le ocurrió una gran idea: hacer sesiones colectivas, de 8 a 10 personas durante una hora. Antes de aceptar la idea medité en profundidad durante varios días hasta encontrar la mejor manera de hacerlo sin restarle poder a las sesiones. Escuchar a Pedro era una forma de respetar la relación que se había ido desarrollando entre él y mi mamá, además de que sus ideas agregaban mucho valor.

Constantemente recibíamos reporteros y escritores queriendo saber más cómo me había sanado y cómo ayudaba a sanar a otros, y buscaban conocer mis opiniones sobre la medicina convencional, la alimentación y hasta la espiritualidad. Los recibía a todos y a todas, y trataba de explicar lo más honestamente posible que era Dios el que hacía todo el trabajo, que yo sólo era un canal. Les decía que cada ser humano había recibido la posibilidad de sanarse a sí mismo y mantenerse sano, que mi trabajo era ayudarles a recordarlo, y que el Cacao y la respiración eran grandes aliados naturales en todo ello. Explicaba que a veces se lograba la sanación y en otras no, que no siempre teníamos éxito, pero que así era la vida misma, que mi compromiso con Dios era seguir ayudando hasta que él decidiera algo diferente para mí.

Capítulo 33

Transcurridos dos meses de haber vuelto de mi luna de miel, ya vidente, Minerva y yo nos mudamos a nuestra propia casita. En las últimas semanas mi madre había buscado que se aceleraran los trabajos en esta, seguramente porque buscaba más privacidad, tanto para ella y Pedro, como para nosotros. No dudo que ellos, igual que nosotros, buscábamos nuestros momentos silenciosos de privacidad en nuestras habitaciones, pero no era la misma libertad de la que habíamos gozado en la cabaña esos ocho días posteriores a nuestra boda. Nuestra casita era sencilla, contaba con una recámara para nosotros, otra por si algún día llegaban bebés, un baño, la cocina, una salita y, por supuesto el portalito, que no podía faltar.

En los últimos días algo curioso había comenzado a suceder: Minerva había comenzado a tener pesadillas y se levantaba sudando, empapada, en medio de la noche. En densos sueños veía lunas oscuras, árboles marchitos, mariposas que trataban de eclosionar de la crisálida sin poderlo hacer y que morían en el intento, y otras cosas raras que a veces recordaba claramente pero otras no. De repente la sentía atemorizada y muy pensativa durante el día. A veces me acercaba a ella y me decía que tenía miedo pero que no sabía qué lo motivaba. Yo buscaba que participara conmigo en más ceremonias de sanación y Cacao para que fuera lo que fuera, pudiera irlo liberando. Y cierta tarde noté un cambio muy pronunciado de su aura, entre su vientre y el resto del cuerpo, algo que nunca había visto en ella.

No se lo hice saber, pero me quedé preocupado. Al día siguiente, en cuanto llegamos a casa de mi madre para desayunar con ellos, mi madre miró a Minerva y viéndola a los ojos dijo: “¡Ay Minerva, conozco esa mirada, estás embarazada!”. Ella se sorprendió ante esas palabras y se llevó de inmediato las manos al vientre. “¿Usted cree, suegra?” preguntó entusiasmada. Yo estaba medio atolondrado con la noticia, no quería saltar de alegría sino solamente cuando se confirmara el

diagnóstico, pero ahí mismo se confirmó con preguntas que sólo las mujeres hacen. “A ver, ¿cuál fue la última vez que tuviste tu sangrado?”. Minerva, tratando de recordar, respondió: “Unos días antes de la boda. Es cierto, no lo he tenido recientemente. ¿Eso quiere decir que estoy embarazada?”. Ahora sí mi madre podía estar segura: “Pero claro que lo estás, ahorita mismo le hablo a la mamá de una de las muchachas que trabajó conmigo en La Polvorona, ella es partera y podrá confirmarnos lo que ya sabemos”.

Noté que Minerva se alegró y cambió la actitud que había tenido en los últimos días, asumiendo que sus pesadillas, reflexiones y sensaciones había tenido que ver con su estado. Pero para mí había algo que no parecía encajar. La partera Juana llegó por la noche y aplicó varios métodos de diagnóstico, le hundió el dedo en el ombligo y al sacarlo este saltó; sostuvo el péndulo sobre su vientre y este giró intensamente; olió su aliento y exploró con detalle sus ojos. Al final nos dijo sonriendo: “Esta niña está embarazada, esperemos que el papá se haga responsable”, y todos reímos.

Mi felicidad inmensa por ser papá en ocasiones se veía interrumpida por aquel presagio de las Estrellas con Don Arteago. Me preguntaba constantemente si ese destino fatal le esperaba a Minerva o al bebé que venía en camino. ¿Qué significaba que una Estrella estuviera y después ya no, se iría Minerva o algo peor ocurriría? Un día, poniendo el pretexto de que iríamos a comprar unos petates nuevos para la zona de sesiones colectivas, nos escabullimos Cristóbal y yo y fuimos en busca de Don Arteago, pero no lo encontramos.

Yo estaba un poco desesperado por respuestas, el embarazo continuaba, la distorsión en el aura de Minerva a veces era menor pero en otras me inquietaba. Las pesadillas, aunque habían disminuido de frecuencia, de cuando en cuando se presentaban. Yo me decía a mí mismo que en vista de que yo era un gran sanador, quizá podía hacer algo por ella, aunque lo cierto es que temía asustarla al ofrecerle terapias personalizadas. Pero ideé un plan: le comenté a mi madre que me gustaría que hiciéramos una sesión de Cacao y de sanación familiar, sólo para nosotros cuatro, y ella accedió con mucho gusto y convenció a Minerva para que la hiciéramos. Lo cierto es mi madre también andaba nerviosa, tanto por lo que habíamos visto con Don Arteago, como por lo que a ella le habían dicho en el Desierto que sucedería, algo que aún no me lo había confesado.

En la sesión trabajamos con la respiración y el Cacao. También hice una meditación guiada que pareció regresión en la que los llevé a todos a momentos de dolor en su vida, hasta que cada uno identificó temas pendientes por sanar. Fue en ese proceso en que descubrí una energía negra y densa en el vientre de

Minerva. Tragué saliva, no pude decir nada en ese momento, pero ahí descubrí que ella tenía un tumor maligno en la boca del estómago. Minerva vomitó mucho después de la sesión, y creyó que eran los síntomas del embarazo, pero yo sabía que era su cuerpo intentando echar fuera esa bola de células que habían mutado para sobrevivir en un entorno de dolor que ella había vivido por muchos años. Primero en la sesión ella descubrió que había sido tocada sexualmente siendo muy niña, en contra de su voluntad, por un hombre. Y cuando quiso profundizar más sobre quien había sido, ella reconoció el rostro de su padre. Después, el dolor por el abandono de su madre se había vuelto a manifestar, lo que dejaba claro que ella aún no lo había sanado del todo. Su inconsciente estaba expresando lo que vivía dentro de ella, algo que desde su consciente necesitaba seguir trabajando para sanar.

Capítulo 34

Aunque yo había logrado convencer a Minerva para que la Partera la visitara todas las semanas y le hiciera una revisión de rutina, mi temor estaba en que el tumor pudiera afectar su proceso de embarazo. Ella rejea, creyendo que su debilidad, su cansancio y sus vómitos esporádicos eran comunes en mujeres embarazadas, aceptó mi solicitud. También la había convencido para que visitara a la Tía Gertrudis y a Luna la Danzadora para que le ayudaran en su proceso de sanación emocional, pues yo sabía que con ellas se podría abrir emocionalmente más que como lo hacía conmigo en las últimas semanas. De ambas sesiones volvió renovada, pero el aura entre negra y grisácea a la altura de la boca del estómago seguía presente.

A los cuatro meses de embarazo, en un acto de honestidad hacia ella y buscando tener por fin su enfoque puesto en la sanación de su cáncer, decidí confesarle lo que veía en ella. Ella no me creyó, incluso me tachó de charlatán en un arranque de miedo disfrazado de coraje hacia mí. Al día siguiente, sin decirme nada, mientras yo daba una sesión colectiva, se fue caminando hasta la carretera y de aventón llegó hasta el Sanatorio Regional de Oaxaca, en donde esperó cuatro horas hasta que un médico la atendiera y la revisara. Él le dijo que todos sus malestares eran normales por su embarazo. Volvió por la noche, todos la esperábamos, pero estaba notablemente molesta.

Pedro, buscando ayuda, se fue al día siguiente al Distrito Federal y al cabo de una semana estaba de regreso con un amigo suyo, oncólogo, que se había especializado en España; ambos habían volado desde la capital. Un tanto a la fuerza, ella se dejó revisar y él identificó ciertas señales que lo motivaron a proponerle a Minerva que se sometiera a una biopsia. Al día siguiente viajamos todos al Sanatorio en la ciudad de Oaxaca y ahí él obtuvo la muestra necesaria de lo que llamó “una masa anormal del tamaño de un limón”. Esa misma tarde él

viajó de regreso con la muestra. Dos semanas después recibimos la llamada del Doctor, ella presentaba un tumor cancerígeno en etapa 2 en la boca del estómago. Aún no hacía metástasis pero la situación era muy delicada, porque el embarazo podía provocar una liberación de células cancerígenas en el torrente sanguíneo y de ahí se podrían contagiar fácilmente otras zonas más delicadas. El doctor amigo de Pedro le comentó a este, discretamente, que en estos casos los pacientes no vivían durante más de tres meses. Los dos únicos oncólogos cirujanos en la capital estaban saturados en esas semanas, y por influencias del amigo de Pedro, uno de ellos le abrió espacio para operarla al cabo de tres semanas.

Agradecida con esa información, aunque exaltada, Minerva me dijo: “Yao, tienes dos semanas para curarme. Si no lo haces me llevarás a la Capital a operarme. Has curado a miles de personas, de cosas peores que las mías, tú mismo identificaste el tumor, ahora por favor cúrame, llevo en el vientre a tu hijo, y la única que puede amamantarlo soy yo”. Y después de haberse desahogado se dejó caer en mis brazos cubierta en lágrimas de tristeza y miedo. Con la voz más suave que pude le dije: “Mi amor, he intentado sanarte en este periodo, sin tú saberlo, ahora estando tu consciente de lo que te sucede seremos aliados en tu sanación. Sólo recuerda, eres tú la que te sanarás con los poderes que Dios te dio, yo te ayudaré a hacerte consciente de ellos y te enseñaré a usarlos a favor de tu salud. Pero por favor no le pongas condiciones a Dios, pide que siempre, siempre, Él manifieste en ti Su voluntad”.

Después, tomando aliento, le lancé una pregunta: “¿Qué tanto deseas sanarte?”. Ella, batida en llanto me respondió: “Con todo mi corazón, por nuestro hijo, por ti, por mí. Haría lo que fuera para sanarme”. Entonces seguí: “Eres consciente de los dos dolores más fuertes que has venido acumulando, así que comencemos por liberar esos dolores y por fortalecer tu sistema inmunológico a través de plantas y alimentación”.

Pusimos manos a la obra, consulté con todos mis asesores en plantas, incluyendo a la tía Miranda, y todos los días le preparaba un té superpoderoso para que lo tomara en ayunas. A lo largo de la mañana y al mediodía comía sólo plantas, semillas y verduras, tomaba mucha agua y ayunaba desde las dos de la tarde hasta el día siguiente. Despejé mis tardes y noches de consultas y sesiones y me dediqué a trabajar en su sanación emocional y en su reconexión espiritual. Emergieron nuevos traumas, dolores, creencias y programaciones negativas atoradas. Demostró ser una guerrera, dejó de tenerle miedo a lo que saliera de su inconsciente, lo liberaba con llanto, vómito o diarrea, y lo limpiaba repitiendo miles de veces frases de GRATITUD. Se acostumbró a agradecer al

día y a la noche, a Dios y a la Madre Tierra, a su padre y a su madre, a todos sus ancestros, a mí y a todos los que se encontraba a su paso. Cada vez se veía mejor, la nueva dieta le estaba cayendo de maravillas, y lo mejor de todo era que la mancha negra que despedía su estómago estaba disminuyendo y eso nos infundía mucha esperanza.

Por las noches le cantaba a nuestro bebé, la partera nos había dicho que sería niña, y juntos decidimos llamarla Yoana. Ella me dijo que le gustaba tanto mi nombre que quería que se pareciera al mío, y que al mismo tiempo sonara como nombre internacional. Aprendió a elevar su poder creador, a llenarse de luz por dentro y después dirigir esa luz sanadora a la zona de su mal, y lo hacía como gran maestra. Practicaba todos los días hiper respiración y visualizaba cada una de sus células alimentándose de oxígeno y sanando. En ocasiones la vi, en plena meditación, dialogando en voz bajita con sus células, aunque las escuchaba más de lo que les hablaba y después me contaba lo que ellas le decían y las recomendaciones que le daban.

Durante esas semanas dejé de ir a las reuniones semanales con los hermanos Jaguar, ellos lo entendieron muy bien; no tenía cabeza ni corazón para adivinar el futuro ni escuchar nada al respecto, estaba concentrado en el presente. Al mismo tiempo necesitaba tiempo para trabajar en mí, pues en ocasiones me sentía muy cansando, agotado emocionalmente, ya que me carcomía el miedo a perderla a ella, y de paso a mi hija. No estaba rindiendo suficiente en mis consultas, en las sesiones colectivas de repente me sentía ausente, mi mente divagaba hacia muchos lugares y pensamientos. En esas fechas meditaba mucho y a todas horas buscaba un espacio para dialogar con Dios, con mi papá y con cualquier Energía Espiritual que estuviera dispuesta a ayudarme. Mi mente estaba saturada, ya no podía confiar lo que yo pensaba, necesitaba el apoyo de alguien o algo más grande que yo: Dios, el Universo, o al menos mi propio Espíritu sin las ataduras y miedos terrenales.

Lloré en varias ocasiones con mi mamá, a veces sentía que era demasiada responsabilidad sobre mis hombros y que todo aquello me abrumaba. Una cosa era sanar a otros, uno lo hace con cabeza fría, sin sentimientos personales involucrados, sin miedos, pero sanar a la mujer que amas, la que lleva en el vientre a tu hija, eso me estaba resultando más difícil.

Una de esas tardes Romeo, padre de Minerva, y su abuela, llegaron al rancho. Ellos desconocían aún el estado de salud de mi esposa, sólo sabían que estaba embarazada pues Minerva no había querido decirles nada por teléfono. Su comunicación con su padre se había limitado a llamadas muy cortas, me confesó

que sentía mucho miedo de ver a su papá, no sabía cómo iba a reaccionar después de haber descubierto en la regresión lo que él le había hecho de niña. Pero, al mismo tiempo, ella sabía que sólo diciéndole que lo perdonaba mientras lo veía a los ojos, sería capaz de sanar completamente lo que venía cargando en torno a él. Yo le había sugerido que primero hiciera visualizaciones en donde lo perdonaba, e incluso le agradecía por la vida y por tantas otras cosas buenas, que eso le ayudaría a entrenar a su mente y a su corazón cuando lo tuviera frente a ella.

Romeo y Minerva estuvieron encerrados toda una tarde en nuestra casa, mientras mi mamá y yo platicamos con la abuela sobre la situación. La abuela me imploró que hiciera algo por su nieta, le respondí que llevaba dos semanas intentándolo, que había grandes avances, que la mancha negra se había reducido mucho, pero que aún podía identificar trazas de células de energía densa. Le dije que necesitaba más tiempo, pero que tiempo es lo que nos hacía falta, que teníamos que tomar la decisión lo antes posible si proceder a la operación o no. De lo contrario el embarazo se podría complicar y podría estar en peligro la vida de ambas.

Romeo salió de la casa, se veía que había llorado mucho, su aura mostraba muchos matices y estaba notablemente triste; no sabía yo si por la situación de la salud de su hija o por lo que su hija le había revelado sobre él mismo. Yo fui hasta mi casa a estar con ella, la encontré en paz, seria, pero se notaba que se había quitado un peso enorme de encima. No me contó mucho de lo que hablaron pero notar su luz un poco más nítida me dio mayores esperanzas. Esa noche Minerva me dijo algo que jamás olvidaré: “Si en algún momento tienes que decidir entre la vida de nuestra hija y mi vida, tendrás que ser fuerte para elegir la vida de nuestra hija. Ella lleva ya mi Espíritu y en sus ojos siempre me verás a mí”. Puse mi mano sobre su boca, no quería que siguiera hablando, sus palabras me quebraron, sentí que una espada atravesaba mi corazón. “¿Por qué ella, la guerrera, la mujer invencible, la que todo lo controlaba, pronunciaba esas palabras que parecían decretos de derrota? ¿Qué estaba pasando por su mente, qué era lo que ella veía que yo no veía ni sentía?”, me preguntaba yo a mí mismo.

En un abrir y cerrar de ojos se llegó el momento para decidir si optaríamos por la cirugía o no. El semblante de Minerva había mejorado, la mancha energética grisácea casi había desaparecido, yo estaba convencido de que de continuar sanándola como lo estaba haciendo podría liberarse de todo mal en unas cuantas semanas más, pero su papá la convenció de viajar a la Capital, “al menos para que le hicieran una nueva revisión con la tecnología nueva que usan los médicos allá”. Ella, dubitativa, dijo que iría a revisarse para cerciorarse que ya todo estuviera

bien en su cuerpo. Minerva y yo discutimos sobre el tema e hice todo lo posible para que confiara plenamente en lo que veníamos haciendo y evitara el contacto con la medicina tradicional y sus violentos procedimientos quirúrgicos. Pero por más que lo intenté, sus temores disfrazados de respeto por la voluntad de su padre se impusieron y hasta la capital fuimos a dar al día siguiente, después de un trayecto de varias horas. Los ultrasonidos y tomografías que le hicieron mostraron lo que ya sabíamos, el tumor mostraba una sorprendente disminución de tamaño, “pasó de ser del tamaño de un limón al tamaño de una lenteja”, nos dijo uno de los médicos un tanto sorprendido. No se explicaban el cambio tan dramático, no podían creer que esto hubiera sucedido en tan sólo dos semanas.

Sin embargo, fueron enfáticos en que recomendaban la operación para extirpar las células cancerosas remanentes, porque dijeron que “las que quedan a lo último siempre son las más peligrosas y pueden esparcirse en cualquier momento”. Remarcaron que, “si no lo hacemos ya, en los próximos meses no podremos hacer nada porque sería difícil maniobrar en su vientre con el tamaño que el bebé habrá alcanzado”. Con mucha confianza aseguraron que “ahora será incluso más fácil la operación puesto que lo restante del tumor es tan pequeño que será posible remover la totalidad”.

Fue un debate familiar que duró toda la tarde y noche. Yo me oponía rotundamente, pero su papá poco a poco fue convenciendo a los demás de que era mejor aceptar la operación. Minerva, que era la que tenía que tomar la decisión final, terminó por aceptarla, a pesar de mi oposición. “Me hago responsable de esta decisión”, nos dijo a todos, “que nadie se culpe después si algo sale mal”. No quise interferir más, la discusión ya estaba alterándole el aura a Minerva y temía que eso fuera a empeorar su situación y evitar que le llegara suficiente oxígeno a Yoana. Pero a niveles más profundos, sentí un gran dolor al ver que de alguna manera, consciente o inconscientemente, Minerva la estaba dando la espalda a nuestros métodos espirituales de sanación y que luego de cada nuevo paso hacia la cura convencional, el proceso sería irreversible y ni la Naturaleza ni yo tendríamos nada más que hacer.

Entró al quirófano a las seis de la mañana del día siguiente y a las once de la mañana nos avisaron que todo había salido bien y que la bebé presentaba signos vitales estables. Corrimos a su lado pero sólo pudimos verla a través de una ventana. Estaba entubada y la alimentaban con suero por una intravenosa por donde también circulaban analgésicos y otros medicamentos. La luz de su energía era muy confusa, asumí que era por los trastornos que ocasionaba una intervención así.

Al tercer día la dieron de alta, los médicos dijeron que ya podían declarar que la operación había sido un éxito, y recomendaron que la volviéramos a traer en un mes, cuando ya tendría un poco más de seis meses pasados de embarazo, para volverla a revisar. Pedro, Romeo y su abuela se mostraron muy contentos en el camino de regreso. Mi madre y yo seguíamos preocupados, necesitábamos ver completamente repuesta a Minerva para poder cantar victoria.

Minerva llegó muy cansada al rancho, y en los primeros días dormía más de doce horas y comía poco. Algo no estaba resultando como esperaba. Andaba siempre desganada y cabizbaja. Hablaba poco conmigo y cuando se levantaba de la cama se iba al campo a caminar. Algunos días olvidó bañarse y hasta cambiarse de ropa. Yo, por más que lo intentaba, no lograba captar su atención para revisarla o para ayudarle a recuperar su fuerza y su ánimo.

Una de esas tardes le ocurrió algo curioso a mi mamá. Ella estaba sola en su casa, Pedro había ido a la ciudad a comprar unas cosas. Sonó el teléfono y ella contestó, era la cajera de La Polvorona que quería pasarle un recado. “Señora Verónica, acaba de llamar su mamá, primero preguntó que si usted estaba, le dije que no y que le podía pasar el teléfono del rancho, pero ella me dijo que no era necesario, que me pasaría un recado importante para que yo se lo diera. Se oía muy lejos y con mucha estática, pero logré entender que me pedía que le dijera a usted que la señora Minerva o Minela, algo así, ya estaba con ella, y estaban las dos muy felices. Eso fue todo lo que me dijo y colgó”. Mi mamá escuchó de corrido el mensaje sin poder emitir una palabra, estaba boquiabierta y paralizada. La cajera era nueva y no conocía nada de la vida privada de mi madre ni de su familia. Mi mamá sólo pudo responder “gracias”, y colgó.

Mi mamá me ocultó este suceso, y lo entiendo, no la culpo. Semanas después, en una larga plática que tuvimos, me contó sobre el mensaje que había recibido en el Desierto y sobre esta llamada desde ‘el más allá’.

Habían pasado diez días desde la operación, Minerva no había recuperado el semblante y la veíamos temblorosa. Dormía más de la cuenta, comía poco, y lo peor es que yo había comenzado a notar en su aura pequeñas manchas grisáceas en diferentes partes del cuerpo. Su aura estaba en mayor balance antes de la operación que después. En ocasiones la notaba ausente y olvidadiza, a veces con su mirada un poco perdida. En otras la vi muy preocupada y temerosa por lo que pudiera pasarle a su bebé. No era ni la sombra de aquella guerrera de antes. Cada noche, mientras ella dormía, yo le hacía sanación con las manos, tratando de equilibrar su energía, pero sentía que iba a contra corriente y que ella no tenía su voluntad puesta en su proceso.

En el día once no quiso levantarse en toda la mañana, estaba sin fuerzas. Mi mamá y yo llamamos al médico en jefe de su operación. Él se mostró preocupado por la situación y nos pidió que la lleváramos cuanto antes. Me sentí muy confundido por esos días, el miedo nublaba mi mente y no podía tomar decisiones conscientes. Romeo volvió a insistir en que lo mejor era llevarla al médico, aunque yo creía que el viaje mismo la debilitaría más. Para simplificar el traslado, volamos mi mamá, Romeo, Minerva y yo hasta la capital en el vuelo más próximo. El diagnóstico de los doctores fue devastador: las células cancerígenas se habían esparcido por todo el cuerpo, invadiendo médula espinal, hígado y colon. Sus pulmones estaban agotados y necesitaba ayuda de un respirador. A partir de ese momento comprendí que ya era demasiado tarde, estas eran las consecuencias de la decisión tomada semanas atrás por Minerva, y ahora había que asumirlas, por más que eso me enfadara.

Romeo perdió la cordura, se fue contra los médicos y los culpó de lo sucedido. Les dijo que su hija había entrado al hospital mejor de lo que había salido. Uno de ellos reconocía que “en el 20% de los casos el cáncer se filtra entre las arterias y se refugia en otras zonas, proliferando más y más”.

Minerva fue internada el 18 de agosto de 1972, tenía seis meses y medio de embarazo. Aparatos la monitoreaban a ella y a Yoana día y noche. Los médicos pidieron cuidados especiales para ellas, pues los invadía la culpa. Yo no tenía tiempo para culpar a nadie, necesitaba hacer cuanto estuviera a mi alcance para su sanación y estar yo al 100% si quería tener la fuerza para ayudarla. Cerca al hospital rentamos un cuarto de un hotel que alguna vez fue parte de una hacienda. Era un hotel modesto, pero tenía amplias zonas verdes, yo necesitaba mantenerme conectado a la Madre Tierra para que me ayudara a depurar todo lo que estaba sacándole a Minerva, pero al mismo tiempo lo que mi cuerpo producía de tanta emoción que experimentaba.

Conseguimos también quien le preparara comida hiper saludable, en su mayoría frutas, verduras y semillas, ya que la comida del Hospital General Mexicano era pésima para el estado de salud de Minerva, alta en azúcares, grasas y sodio, y muy baja en fibra, vitaminas y minerales. Pedro y sus amigas nutriólogas, que habían estado con nosotros en el rancho, fueron pieza clave en ello. Todos los días mi mamá iba a recoger el desayuno y la comida saludables para llevárselas, y por la noche Minerva ayunaba para que su cuerpo enfocara sus energías en su sanación.

Conversábamos ella y yo todas las tardes, algunos días estaba algo restablecida, otros muy apagada. Romeo y yo tuvimos varias confrontaciones sobre el tema

de las medicinas; también tuve otras con los médicos que parecía que estaban probando drogas nuevas con Minerva. Ninguno tenía seguridad de lo que pudiera ocurrirle al suministrarle esos medicamentos, así que yo no las aceptaba porque veía literalmente cómo su hígado y riñones sufrían al procesarlas y distraían su actividad depurativa de la enfermedad al estar procesando químicos. Ellos no me creían, y justo cuando iba a bañarme o iba a dormir un poco, ellos aprovechaban para suministrarle medicamentos aprobados por Romeo. Por ello, después de dos semanas de internada, me instalé permanentemente ahí con ella. No le puedo decir habitación, porque no lo era, era una especie de galerón gigante dividido por cortinas móviles. No querían dejarme estar ahí, pero los convencí para que me permitieran dormir en una colcha que extendía debajo de su cama.

A la tercera semana, desesperado al ver que todo lo que intentaba hacer con ella no funcionaba, o bien me lo impedían o cuestionaban, tanto los médicos como Romeo –el cual se había vuelto mi gran opositor– comencé a dudar de mis capacidades de sanador. Así que, cuando todos dormían, a media noche, me acercaba a otros enfermos del mismo galerón, los diagnosticaba revisando el flujo de su energía y aplicaba en ellos mis técnicas de sanación. Convencí a muchos familiares de enfermos que rechazaran la comida del hospital y les escribía recetas para que les prepararan en su casa. A falta de conocimiento, tiempo, voluntad o dinero, muchos no podían, así que terminamos trayéndoles también desayunos y comidas a los enfermos contiguos. Esa dinámica generó mucha oposición y controversia entre enfermeras y médicos, el mismo director del hospital se involucró, pero era difícil que se opusieran a que los familiares les dieran verduras, frutas, semillas y cereales a sus parientes enfermos, no había nada malo en esos alimentos, mientras que sí había mucho de malo en los sándwiches, gelatinas, vasos de leche, sopas saborizadas artificialmente, pollo con pellejo, donas y jugos falsos de caja que les daban.

Una noche, la enfermera de turno nocturno me encontró sanando con mis manos el hígado de un enfermo; no dijo nada y se mantuvo discretamente escondida detrás de la cortina. Al día siguiente recibí una notificación por escrito de que tenía prohibido acercarme a cualquier otro paciente que no fuera Minerva, y me limitaron los horarios de visita de 8am a 8pm, además de que ya no me dejaron dormir allí. Sin embargo, al ver que fue sanado el paciente con cáncer de hígado al que atendí, así como otros a los había atendido secretamente antes de ser sorprendido, la enfermera se volvió mi aliada y me dejaba entrar por la puerta trasera en las noches. Así ayudé a darse de alta a otros ocho pacientes a lo largo de los dos meses de agonía de mi amada esposa. Entonces me preguntaba: “¿Pero por qué puedo sanar a otros y no a Minerva? ¿Toda una vida de preparación para

aplicar todos mis conocimientos y capacidades en ella, para que ahora no pueda aplicarlos justo en quien lleva en su vientre a nuestra hija?”.

En la última semana noté que Minerva había entrado en estado de conexión profunda con el cosmos, Dios, la Tierra. Era un trance que la anesthesiaba de sus dolores físicos, pero que me indicaba que el proceso de transición estaba avanzando y sentía una profunda opresión en el pecho que no podía evitar. La escuchaba con atención pero con lágrimas en los ojos, un coraje extraño nacía en mí por la impotencia de no poder hacer nada o lo que intentaba no funcionaba. Transcribo aquí algunas de sus frases más hermosas, en honor a ella y a su memoria:

“El ser humano no muere, no puede morir, somos como el agua, el fuego o el viento, poco a poco nos transformamos en estados elementales de la creación. Por esto no debemos sufrir al morir, sino entregarnos con amor a la transición de estado”.

“No hay cielo, purgatorio o infierno después de la vida terrenal, esos estados se viven en vida, y yo junto a ti Yao he vivido un cielo increíble. Lo que hay después de la vida terrenal es pura luz, es pura felicidad. Para mí no habrá diferencia entre una y otra forma, porque a tu lado ya estoy en la luz y a la luz iré”.

“Dios les da a todos, siempre, momentos de reflexión para arrepentirse, algunos los aprovechan a lo largo de su vida, otros los aprovechan justo en el último segundo de su vida”.

“Junto a Dios no hay tronos ni oro, no hay sillas a la derecha o a la izquierda, no hay lugares especiales o de segunda clase, en su luz todos somos iguales”.

“El ser humano se la pasa todo el tiempo alejándose de Dios al individualizarse, al describirse como más que los demás, pero la clave de la paz es reconocernos como iguales a los demás, regresar a Dios e identificarnos con Él hasta ser uno con Él”.

Las frases que de plano me quebraban tenían que ver conmigo como padre de nuestra hija, me dolía escucharla hablar del futuro de esa manera:

“Serás un gran padre Yao, le enseñarás a disfrutar de la vida a nuestra hija Yoana. Confío mucho en ti, y los cuidaré desde donde yo esté”.

“Me gustan los colibríes, cuando veas uno cerca de ustedes, ten la

seguridad que yo estaré allí presente”.

“Pláticale a Yoana de mí, cuéntale como nos conocimos, dile cómo te conquisté”.

“Nunca regañes a Yoana, mejor haz las mismas travesuras que ella hace, así se divertirán mucho”.

“Cuando Yoana crezca, tomen cacao en el portalito de nuestra casita, llegará mi aroma con el viento y los abrazaré con mucho amor”.

“Si algún día vuelves a enamorarte, ten la seguridad que yo bendeciré tu amor y a esa mujer. Busca darle hermanitos a Yoana. Yo no los tuve, tú tampoco, pero he escuchado que los hermanos son los mejores aliados”.

Rompí en llanto cuando volvió a pedirme que si llegara el momento de decidir entre su vida y la de Yoana, optara por la de la bebé, ya que “mis ojos vivirán para siempre en la mirada de nuestra hija”.

A partir de esos días su salud fue de mal en peor. El 19 de octubre, los aparatos que monitoreaban el pulso de Minerva comenzaron a sonar. Una enfermera corrió hasta su cama e hizo revisiones adicionales, y al ver los resultados corrió a traer a los médicos. Dijeron que su pulso y su capacidad pulmonar habían llegado a niveles críticos, que tenían que hacerle cesárea de inmediato y retirar a la bebé, de lo contrario peligraban la vida de ambas. Romeo me detuvo para que no interviniera. Se la llevaron a las cuatro de la tarde, ella iba inconsciente.

Fueron momentos de agonía, me sentía muy confundido, triste, enojado. Me cuestionaba miles de cosas sobre mí y mis capacidades, sobre los motivos de Dios, sobre la voluntad de Minerva. “Pero ¿qué quiere Dios que aprenda de esto?”, me preguntaba a mí mismo. No veía los aprendizajes, mi corazón no estaba abierto para percibirlos en medio de tanto dolor. Me enojé con mi madre a quien veía en una especie de calma inexplicable, ella ya conocía el futuro, no se resistía a lo inevitable.

En ocasiones le eché miradas de coraje a Romeo y estuve a punto de culparlo a él de todo, pero me contuve. Después quise irme contra los médicos, las enfermeras, la medicina en general o el hospital, pero cerré mis ojos y preferí entregarle al cosmos ese miedo disfrazado de ira. Tenía momentos de mucha conciencia y espiritualidad, pero otros de mucha confusión terrenal.

Una hora después escuchamos el llanto mi hija. Quisimos acercarnos al quirófano pero lo impidieron las señoritas ubicadas detrás de un mostrador que hacía las veces de una barrera de contención. Al cabo de un par de minutos salió una enfermera, bañada en sangre, y nos dijo con voz temblorosa: “Era la

vida de la hija o la vida de la madre. Mientras los médicos debatían si aún había posibilidades de salvar a la madre y retrasaban la cesárea, la señora Minerva abrió los ojos, tomó el bisturí y se lo encajó en el cuello. Sus últimas palabras fueron: “Yo ya estoy con Dios, sáquenme a mi hija”. La enfermera, de unos 24 años de edad, hizo una pausa, batallaba para continuar con sus palabras, su rostro se había empapado en lágrimas, y como pudo continuó: “La bebé está perfecta, nació sin llorar, creíamos que estaba sin vida, pero en cuanto sintió el calor del pecho de su madre comenzó a moverse y lloró. Como la bebé no podrá ser alimentada por su madre la pasaremos a la incubadora y le daremos de biberón. Lo siento mucho por su esposa”.

No pude contenerme, corrí hasta el quirófano y ya no pudieron impedírmelo. Estaban suturándole el vientre, le habían colocado gasas en el cuello y en su rostro se dibujaba una sonrisa. Era así como se despedía de mí y de la vida. Una de sus manos colgaba de la cama, me tiré al suelo y la tomé entre las mías, pero ella ya no pudo sentir las. Lloré, lloré de manera incontenible y toda mi ropa se manchó de sangre. Dos enfermeros llegaron hasta mí y me retiraron de ahí, no tenía fuerzas ni para oponerme.

Mi madre me abrazó, yo no pude hacerlo, estaba ido, en trance y mis brazos colgaban hacia mis costados. Mi mirada estaba perdida, no había nada que ver que atrajera mi atención. Estaba viviendo el momento de mayor confusión emocional de toda mi vida, todo el dolor que había percibido en otros ahora estaba dentro de mí. Un pensamiento invadió mi mente: *cuando te sientas mareado ánclate a la Tierra*. Como pude, entre el abrazo de mi madre y mi mar de lágrimas, planté fuertes mis pies sobre el suelo, abiertos un poco más que la altura de mis hombros, y entonces tomé una profunda bocanada de oxígeno. En ese momento sentí una luz blanca que salía disparada del suelo, penetraba mi cuerpo y activaba el volcán de la energía creadora en mis genitales. Visualicé la explosión del volcán, el magma de la creación subió por mi columna iluminándola toda hasta llegar a mi cabeza en donde estalló en chispas doradas y blancas. Mis ojos se abrieron de par en par, me sentí invadido de una fuerza superior, me aparté de mi madre y comencé a caminar ante la mirada atónita de los presentes. Nunca mi madre había percibido mi aura o la de nadie, pero ese día percibió la que salía de mí.

Me dirigí a un galerón de enfermos cercano, llegué hasta la cama de una mujer inmóvil, le puse mis manos en su cabeza, abrió sus ojos y comenzó a moverse. Clavando mi mirada en la suya le dije: “Te mintieron y te lo creíste, tú no estás enferma, tú estás paralizada de miedos. Al carajo los miedos, levántate que tus

hijos te necesitan”. Tomé la charola de medicamentos y la arrojé con fuerza al bote de basura. Seguí caminando hacia otra cama, de un jalón le arranqué las vendas de la pierna a un hombre y le dije: “Deja de victimizarte, vete a trabajar que tu mujer e hijos necesitan el sustento. Deja de ser el flojo que has sido toda tu vida. Perdona a tu padre y no volverás a llorar nunca”.

Una enfermera trató de impedirme que siguiera con otros, pero alcé mi mano en su frente y en mi mirada ella vio que nada me detendría; continué. “Lo que tú tienes es por la culpa, ya deja de sentirte culpable, ya deja de sufrir y vete de este hospital que aquí te enfermarás más”, le grité a otro moribundo con contundencia y con una mirada penetrante. Levanté a todos los enfermos de ese galerón, uno por uno, no había enfermedad o condición que no pudiera sanar, me salía fuego por boca, ojos y manos. En los pasillos los enfermos y sus pacientes comenzaban a reunirse y celebrar ante la mirada atónita de los médicos.

Salí de ahí, bajé las escaleras de unos cuantos brincos y seguí con la sala de urgencias, ahí encontré a un hombre y a un niño sufriendo por profundas quemaduras, coloqué mis manos en uno y eché mi aliento en otro, y las llagas comenzaron a sanar. Al salir de la sala les grité: “El fuego no quiso matarlos, sólo purificarlos, pero si vuelven a ensuciarse el fuego los volverá a quemar...”. Se levantaron y comenzaron a seguirme, estaban impresionados por lo que habían vivido. Comencé a ver enfermeras y médicos correr por los pasillos, iban detrás de los enfermos que se levantaban de sus camas y buscaban salir a la libertad.

Fui a otra sala en donde decenas de ancianos esperaban el día en que Dios los llamara, pero si seguían ahí era porque aún no les tocaba su turno. Me paré firme en la puerta y les grité a todos: “¿Esperarán aquí, lamentándose en estas cuatro paredes grises, comiendo la basura que aquí les dan, hasta que el Gran Espíritu los llame? La vida está allá afuera, no aquí adentro, a Dios no le sirven todavía allá, todavía le sirven acá, así que ya dejen de lamentarse, no sean víctimas de sus propios lamentos, salgan de esas camas y lárquense a disfrutar lo que les quede de vida”. Y comencé a empujarlos de sus camas, les quitaba las sábanas, les desconectaba los respiradores, les aventaba en su cara sus pantuflas y batas para que se vistieran y salieran. Los viejecitos se sintieron llenos de energía nuevamente, comenzaron a levantarse, algunos sorprendidos que sus piernas los resistieran. Las enfermeras geriátricas y parientes no podían creer lo que veían, a lo lejos vi a un viejito que comenzaba a bailar con sus brazos extendidos al cielo. En pocos minutos esas camas estaban vacías. Algunos querían besar mi mejilla o mi mano, yo me hacía a un lado. “No me agradezcan a mí, soy un canal de Dios, y ahorita no estoy para abrazos y besos, lárquense a sus casas, hagan lo que en toda su vida han querido ser: ¡vivan y no vuelvan en muchos años!”.

Salí de ahí, era un pandemónium allá afuera, una multitud me seguía esperando presenciar lo que haría a continuación. Mi energía era impresionante, la incapacidad de sanar a mi amada Minerva se había convertido en un poder sanador gigantesco, no podía contenerme, tenía que seguir y seguir. En el fondo temía que al detenerme la consciencia de mi gran pérdida me alcanzara y me derrumbara en sufrimiento: sanando a otros estaba huyendo de mi dolor.

Atravesé la sala de espera en donde aguardaban enfermos que esperaban ser atendidos. “Sana, suelta el dolor, deja de lloriquear. Que tu madre le diga a tu padre que si vuelve a tocarte yo mismo iré a azotarle la espalda”, y una niña que lloraba quedó liberada de sus miedos insoportables y entonces su madre fue la que rompió en llanto.

“Tú, deja de culpar a Dios, la culpable fuiste tú, tú aceptaste estar con alguien que no te ama”, le coloqué mis manos en sus ojos a otra mujer en la sala de espera y dejó de sentir la jaqueca tan grande que hasta el hospital la había traído. “Y tú, alcohólico imbécil, el aguardiente nunca llenará el vacío tan grande que ha dejado en ti la carga de creer que no debiste haber nacido. Esa silla no te sanará, y menos el médico que esperas, lárgate al bosque y llora tu dolor, agrádecele a Dios y a tus padres por la vida y entonces el alcohol te sabrá a veneno”.

Un doctor trató de detenerme, pero le puse mis dos manos en el pecho. Él sintió un calor impresionante en la zona torácica y se soltó llorando, se hizo a un lado y me dejó continuar. Personas iban y venían corriendo, felices, libres, sanadas. Algunos salían del hospital llenos de alegría por ver el sol después de semanas o meses de no hacerlo. Otros, desde afuera, al enterarse de lo que estaba sucediendo adentro, llegaban buscando algún remedio para su mal.

“Tú, sana... tú, libérate de la infección que es producto de tu creencia de inferioridad... tú, el gran médico de tu vida está dentro de ti, encuentra el amor por dentro y sanarás lo que deseas... tú, ya es hora de crecer, deja de ser un niño y asume la responsabilidad que te corresponde... tú, hombre enfermo de soberbia, arroja al fuego tu arrogancia y que la humildad sea tu medicina...” Seguí a toda velocidad y contundencia con cuantos se acercaban a mí. A unos les puse mis manos en sus hombros, a otros sólo los miraba de manera directa. Lágrimas muy saladas recorrían mis mejillas, no sabía si eran las de mi dolor interno, las del poder de la sanación dentro de mí o estaba recogiendo la tristeza de los pacientes que sanaba.

Sentí que no me daría el tiempo para sanarlos a todos uno por uno, entonces comencé la sanación colectiva. Me paré en la parte superior de las escalinatas de la entrada del hospital, mientras cientos de personas se acomodaron en los

escalones, algunos enyesados, otros en sillas de rueda, algunos recién operados, hombres, mujeres, niños, niñas y muchos ancianos. Planté mis pies en el suelo, bajé mis manos a la altura de mis rodillas, las levanté después activando nuevamente el volcán en mis genitales, sentí que una bola de fuego gigantesca subía por mi columna y llenaba de luz todo mi cuerpo. Levanté mis manos al cielo y proyecté el poder de la creación hasta cada uno de los presentes. Algunos comenzaron a llorar, otros a gritar de felicidad, la energía llenaba el corazón de los presentes, recuerdo ver cómo decenas de auras se expandían. La liberación total había comenzado, pero era la de ellos, porque algo dentro de mí no me dejaba sonreír con plenitud como ellos lo hacían. Con las manos extendidas cerré mis ojos y visualicé a Dios como un sol gigantesco y le pregunté un tanto enojado: “¿Por qué, por qué los puedo sanar a todos menos a mi Minerva?” La respuesta llegó de inmediato y me estremeció de pies a cabeza: “Nadie ni nada puede evitar la transición de un espíritu cuando ha llegado su hora”. Sentí un cansancio brutal y me derrumbé en mis rodillas. Empapado en la sangre de Minerva y en mi llanto comencé a balbucear: “Perdóname Dios por mis dudas, perdóname por mis confusiones. Te entrego a mi gran amor, sé que contigo estará mejor que conmigo. GRACIAS Dios por permitirme haberla conocido, GRACIAS por la hija que me diste a través de ella...” Justo estaba en mis plegarias cuando sentí un golpe devastador en mi cabeza, a la altura de mi oreja derecha, todo se nubló y caí inconsciente sobre el suelo.

Unos 45 minutos antes de aquel golpe, cuando comencé con la sanación de las primeras personas, una enfermera corrió a la oficina del director y él, asustado, se comunicó con un capitán del ejército, amigo suyo. El Capitán, al ver que se trataba de un misterioso proceso de sanación, siguió con el protocolo de emergencias y le pasó el teléfono al Coronel, el cual llamó de inmediato al Brigadier. Este último le notificó a un equipo especial lo que estaba sucediendo y emprendieron de inmediato su camino al hospital. Se había activado el protocolo militar Spider35 de Cooperación México-Estados Unidos, a través de este nuestro país se comprometía a entregar a una institución secreta de aquel país a toda persona que mostrara poderes paranormales. El Brigadier recibiría su recompensa de Estados Unidos por entregarme para ser estudiado, para ellos yo era un ratón de laboratorio y había que atrapar me a toda costa.

Dos hombres vestidos de negro me arrastraron por el pasillo del hospital y me sacaron por las puertas traseras, muchas personas trataron de impedirselo pero su miedo a las armas de aquel comando especial los mantuvo al margen. Me inyectaron en ambos brazos en cuanto me tuvieron dentro de una camioneta blindada. Me trasladaron por tierra hasta un helipuerto escondido

en las afueras de la capital, unas motocicletas sin identificación alguna fueron abriéndoles paso, ahí me subieron a un helicóptero y me llevaron hasta un paradero subterráneo secreto.

Cuando desperté, en un cuarto revestido de paredes de concreto, portaba un uniforme totalmente blanco y un pasamontañas negro. Estaba tirado en el suelo, todo atolondrado y la saliva chorreaba por mi boca. Sentí la sangre coagulada que había manado de mi oreja y aún notaba mucho dolor en esta. Traté de hablar pero no pude, apenas emití unas palabras que yo mismo no alcancé a oír. La figura de un hombre apareció, ante mi visión borrosa, frente a mí. Observé primero sus zapatos, después levanté con dificultad mi mirada y pude ver a un hombre de unos sesenta y tantos años, con una boina puesta en la cabeza. Él me dijo: “Hola Yao, conoces mi aura, pero nunca me habías visto. Soy Hans”.

... continuará.

Espero que hayas disfrutando esta hermosa historia llena de conocimientos de Sanación y Transformación.

Te invito a leer otros de mis libros:

New Me

www.ricardoperret.com/libros/newme

La Montaña

www.ricardoperret.com/libros/la-montana

Inteligencia Espiritual para Líderes

www.ricardoperret.com/libros/inteligenciaespiritual

Si quieres vivir un proceso de sanación y transformación personal te sugiero tres formas:

Seminarios en línea

www.ricardoperret.com/online

Club de Transformación

www.ricardoperret.com/club

Retiros en La Montaña

www.centrodetransformacion.org

O escríbele a mi asistente Lucía para información personalizada

<https://wa.me/5215529009994>